Sebastián E. Luna

ABOMINABLE

Los peores monstruos viven en nuestra oscuridad.

13

A comienzos del siglo XX, cuando el tratamiento de la enfermedad mental vive su periodo más convulso y oscuro, surge una misteriosa sustancia que promete revolucionar el mundo de la psiquiatría. Sus creadores la llaman «El Suero» y su uso queda restringido a unos pocos médicos afortunados.

Un excéntrico psiquiatra trata desesperadamente de utilizarlo fuera de los muros del hospital pero, cuando está a punto de conseguirlo, un viejo paciente comienza a sufrir extrañas y violentas reacciones. Sus alucinaciones parecen alterar la realidad; cada nueva inyección desata un aterrador episodio y el cuerpo de este anciano empieza a transformarse…

¿Qué es el suero? ¿Quiénes y para qué lo crearon? ¿Y por qué un brillante psiquiatra terminó siendo apodado el Comecerebros?

Un compuesto curativo que revela la verdad. Un hombre que tiene mucho que ocultar.

Sebastián E. Luna

Abominable



Título original: *Abominable*
Sebastián E. Luna, 2022
Diseño de cubierta: Bárbara Molins.

-

Revisión: 1.0
23/05/2022

«La ciencia no nos ha enseñado aún si la locura es o no
lo más sublime de la inteligencia».

Edgar Allan Poe.

1

No sé qué tipo de idea tendrán acerca de una institución mental, pero aquellas que a primeros de siglo se conocían como manicomios no eran la clase de lugar en el que alguien se plateara ingresar. Quien lo hacía era porque había perdido el derecho a vivir en sociedad. Y lo que nadie sospechaba al cruzar sus puertas es que allí, en realidad, habitaba el olvido. Era el lugar donde los cuerdos abandonaban a aquellos de los que no podían ocuparse y los enfermos, entre años de suciedad y decrepitud, terminaban por olvidarse de sí mismos. A sus habitantes no se les podía tomar nada en cuenta, porque si habían sufrido tanto como para olvidarlo todo, ¿en qué lugar vacío y oscuro de sus mentes se hallaría el mundo y sus ridículos convencionalismos?

Yo soy uno de estos hombres. Uno de estos seres olvidados por el tiempo y la compasión de la sociedad.

Dicen que puedo ser peligroso a pesar de los años transcurridos y la enfermedad que, demasiadas veces, me mantiene postrado en una cama. Pero ellos insisten. Nunca dejarán de hacerlo porque me tienen miedo. «Es peligroso», dicen. «Conviene no olvidar lo que hizo». Noventa años, al parecer, no aligeran un diagnóstico. Descompensación psicótica y varios tipos de trastorno funcional. Algunos de estos males no habían sido descritos entonces y supongo que desapareceré de la faz de la Tierra sin conocer la lista completa de los que, según ellos, encajan en el marco enfermo de mi personalidad.

Escribo porque es el único modo de caminar de nuevo en

libertad, de agarrar la mano de un amor perdido y de volver a verla internándose en la niebla, con su largo cuello despuntando desde su abrigo. Solo pretendo dejar constancia de lo sucedido a fin de que los extraordinarios hechos me sobrevivan; de que el misterio, que no fui capaz de resolver en una vida, quede expuesto para el que tenga el valor de enfrentarlo.

Apenas me acompañan objetos e intento no reparar en las condiciones de la celda, porque si lo hago durante mucho tiempo me entran ganas de usar la cuerda, y temo que esta ya no pueda aguantar mi peso. La tengo escondida bajo el catre. Apareció una mañana de hace veinte años tirada en el suelo de la celda. Creo que la persona que la dejó ya ha fallecido. O simplemente se olvidó de que un día intentó ayudar a que alguien terminara con su suplicio. Si lees esto te doy las gracias. También hay un cubo de agua con el que he de lavarme la cara y sanear un inodoro sucio y quebrado, una silla cuyo tren delantero está cojo y un viejo escritorio que debieron rescatar de un colegio. Porque hay unas cuantas feas menciones del profesor tal, y unos dibujos obscenos dedicados a la profesora cual. Sobre él me han dejado acomodar la máquina de escribir ahora que el tiempo, dicen, ha hecho su trabajo.

Los gritos recorren los pasillos y, lo que resultaría desquiciante para la mayoría, en mí despierta la curiosidad científica de otros tiempos. Siento el impulso de analizar sus mentes y concretar un diagnóstico, aunque nada pueda hacer al estar irremediablemente confinado.

Supongo que, a pesar de no haber vuelto a ejercer, la profesión nunca ha sucumbido del todo y, aunque pongo cuidado en no dejarme llevar en exceso, si las voces llaman demasiado mi atención, me siento frente a la máquina y tecleo hasta agotar la tinta o el papel. La mayoría de estos textos no parecen más que historias pintorescas, pero de vez en cuando me visita la lucidez y la memoria acierta en su propósito. Y, cuando lo consigo, cambian radicalmente las expresiones de los enfermeros que los leen. Sus ojos saltan con rapidez de línea en línea, les tiemblan las manos y las hojas caen al suelo mientras sus rostros se constriñen de pánico.

Esta es la consecuencia de mirar a los ojos de lo oculto y desconocido.

Dado que lo que describo sucedió bajo el conocimiento de secciones secretas de las autoridades, no se me permite dejar constancia de nombres reales, así como de ubicaciones o datos que sirvan al lector para ponerlo en pista de estos acontecimientos. Lo que digo que sucedió allí, podría interpretarse como aquí. Y lo que relato en este tiempo, pudo suceder en otro inconcreto. Pero es igual. Que esta circunstancia no les desanime. Lo verdaderamente importante es que todo sucedió, sin importar el lugar, el tiempo o lo que otros tergiversen estos hechos.

2

El día de la mudanza no solté en ningún momento el recorte de prensa. De vez en cuando lo ojeaba convencido de que era mi particular mapa del tesoro. Estaba tan manoseado que la tinta se había emborronado desde aquella primera vez en la que me topé con él en una prestigiosa revista médica. El resto de información que me llevó a tomar la decisión de abandonar la ciudad apareció en cascada en distintos medios a lo largo de las siguientes semanas. El artículo exponía las particularidades de un revolucionario tratamiento para pacientes mentales desahuciados con los que se habían empleado técnicas que me eran desagradablemente familiares.

Recuerdo un tiempo, lejano de aquel presente, en el que cada noche de viernes, entre vasos de *whisky* escoces y pipas de tabaco importado, solíamos cuestionar estos procedimientos entre colegas del sector. Mi opinión iba de la mano de la de los nuevos tiempos, en donde el enfoque moral comenzaba a alejarse del abordaje general de la frenopatía.

El tipo de enfermo mental al que me refiero estaba incapacitado para diferenciar entre conceptos como el bien y el mal. Por el contrario, existía un excesivo empeño por parte de los terapeutas clásicos en que el paciente se percatara de la moralidad de sus actos. «Esto es malo y aquello es bueno. Y si hace lo que es bueno, no debería pasarle nada malo». El problema era que lo malo acababa sucediendo y los argumentos del terapeuta se diluían sin que el enfermo supiera lo que había pasado. Este enfoque, desde mi punto de vista, no hacía otra cosa que perpetuar la cronicidad de la

dolencia. En estos lejanos y oscuros años de la enfermedad mental se diagnosticaba al noventa y cinco por ciento de los pacientes como crónicos e incurables. El tronco divisorio no bifurcaba más que en unos pocos conceptos: locura epiléptica, imbecilidad por nacimiento o accidente, malformación física, demencia terminal, parálisis general y/o paranoicos. Rama aparte era la de los degenerados sexuales, para los que no se trabajaba en su curación, sino en la extirpación de los atributos con los que llevaban a cabo sus deleznables acciones.

Para cualquiera de los otros casos, el abordaje primario era confinar al paciente en el manicomio a fin de evitar accidentes o suicidios, donde se les exponía a la experimentación y a la ingesta masiva de una colección de compuestos. Algunos procedimientos podían parecer excepcionalmente crueles, incluso ser tildados de tortura, pero, según la gravedad de los ataques, eran del todo necesarios. Así encontrábamos, entre otros alardes de imaginación, el marcaje al rojo de la frente con un hierro candente, que, si bien podía resultar doloroso y desagradable al olfato, ayudaba a que el paciente recuperara el sentido. También se les ataba con ceñidas correas para evitar que hicieran o se hiciesen daño, o se les sumergía en agua fría para privarlos de la respiración.

El hospital psiquiátrico de Aston Hall, una de las primeras instituciones que luchó activamente por no ser tildado de manicomio, prometió poner fin al uso de estos métodos. Aunque en rigor he de decir que se mantuvieron en algunos casos. Para ello, según aquel recorte de prensa que aprisioné en mi mano durante semanas, se recurriría a la hipnosis, a la aplicación de suaves descargas eléctricas sobre las sienes, terapia ocupacional y, la guinda del pastel, un prometedor compuesto curativo derivado del tiopentato de sodio, mundialmente conocido como el suero de la verdad. Su fórmula secreta se convirtió en una obsesión; el particular grial cuya búsqueda me llevó frente a los muros de aquel lúgubre hospital.

La mayoría de los traumas que se arrastran de por vida se originan en la infancia y tienen su germen en el núcleo familiar. En

mi caso se cumplieron ambas premisas con la exactitud de una compleja maquinaria. Mi madre enmudeció de repente. Apenas poseo recuerdos anteriores a este hecho, pero los escasos que conservo la muestran como una mujer de belleza sencilla que llamaba la atención por la naturalidad y dulzura con la que se desenvolvía. Sus allegados la describían como una persona alegre, atenta y de desbordante energía, que dedicaba su vida a la crianza de su hijo con la voluntad del que se entrega sin reticencias al momento existencial.

Esta primera manifestación de su raro desorden psicológico fue solo el inicio de un larguísimo y tortuoso periodo en el que el deterioro físico y mental no se detuvieron hasta extinguirse como la vela en calma. Al tiempo de dejar de hablar, empezó a hacerse sus necesidades encima. La mujer realizaba las tareas del hogar establecida en su mutismo y, sin previo aviso, un reguero amarillo bajaba por sus piernas hasta encharcar el suelo. En aquella época yo era tan joven e inmaduro que contemplar semejantes manifestaciones de su enfermedad me producía una risa absurda y descontrolada. Y solo cuando tuve experiencia vital suficiente para pensar con algo de raciocinio me percaté de que la situación no era en absoluto normal, pues después de orinarse o defecarse, continuaba con sus tareas extendiendo su suciedad como si esta no existiera.

Pasó el tiempo y, a la par de que me hacía más consciente de su deterioro, ella se distanciaba de la conciencia de sus acciones. Su estado, sin tratamientos de ninguna clase, se fue agravando. A sus ya de por sí extrañas y repulsivas conductas, se sumó un aletargamiento de sus movimientos y una notable disminución de su entendimiento. Debido a este nuevo cuadro de síntomas, la casa quedó en completo estado de abandono y yo me vi, a una edad en la que debería haber estado jugando y socializando en la calle, en la necesidad de responsabilizarme de una inagotable lista de tareas.

Mi padre nunca afrontó el asunto desde una perspectiva racional. Siempre creí que el estigma de la enfermedad mental le impedía solicitar ayuda especializada, pero lo cierto es que los años

terminaron revelando una verdad incómoda y sombría. Mi padre, al que ya se le podía considerar mayor para la edad de mi madre, tuvo un idilio con una vecina aún más joven que mi progenitora. Una viuda que, en dependencia hacia el hombre que había sido su marido, no era capaz de desenvolverse con normalidad. Comenzó ayudándola con tareas de bricolaje y albañilería para que, a petición de ella, no tuviera que dormir en la habitación donde su marido había sucumbido a la enfermedad. Supongo que el resto sucedió como siempre suceden estas cosas y, entre golpe y golpe de martillo, descansos y toallas húmedas, se entregaron al deseo.

Por aquel entonces, y según el testimonio de su diario personal, mi madre todavía actuaba con normalidad. Sus escritos revelan un amor incondicional hacia su marido, confianza plena durante sus habituales ausencias y una total dedicación hacia mí. Pero en algún momento de su idílica ensoñación, la cruda realidad emergió desde las profundidades.

Un día, al volver de la compra y encontrar la puerta de la viuda abierta, escuchó ruidos en la vivienda. Solo tuvo que avanzar unos pasos para darse cuenta de que en las entrañas de la casa una pareja consumaba su amor a la desesperada. En sus escritos destaca las sensaciones que sintió en aquel momento; el puñetazo en el estómago, la presión en el pecho y la duda que cruzó por su mente como una sombra tenebrosa. ¿Debería haber entrado a sabiendas de lo que sucedía? Yo creo que no. Mi padre habría roto la relación con el tiempo y nuestra familia jamás habría vivido la pesadilla en la que se vio envuelta. Porque desde el momento en el que cruzó la puerta, la vida de mi madre, así como sus escritos, se volvieron sombríos. Su diario personal finaliza pocos meses antes de que enmudeciera, y sus últimas líneas, escritas con mano temblorosa y tinta emborronada por el caer de las lágrimas, auguraban el infierno en el que viviría.

He soportado la vergüenza. He tolerado su presencia en mi casa. Pero ya no la quiero ver más. Frank ha accedido tras la última conversación y me ha hecho una promesa. No se volverá a ver con ella. Pero hay una cuestión que no ha sido capaz de

responder: ¿Y cómo haré yo para olvidarme de vosotros?

Mi padre no cumplió su promesa. A veces ni siquiera venía a cenar y, sin embargo escuchábamos su nombre al otro lado de la pared, entre los sordos golpes de un cabecero y los gritos de una mujer en éxtasis. Era una situación muy incómoda que mi madre resolvía cantando. Solo que, como dije, ella enmudeció poco después; la pared todavía tardó mucho tiempo en guardar silencio.

Un día debió llegar la cordura. Y lo describo así porque desconozco los pormenores de lo sucedido. Para entonces, mi madre ya había dejado de escribir y mi padre jamás hablaba abiertamente de ello. Sin embargo, a veces, durante el sueño, murmuraba fragmentos que arrojaban cierta luz sobre lo sucedido. La viuda había encontrado a otro hombre de una generación acorde a la suya, soltero y de buena familia, y mejor visto a ojos de la sociedad. La joven, de la que no cito su nombre por no darle mayor peso en mis memorias, desapareció de un día para otro.

Mi padre quedó destrozado. Le recuerdo sentado frente a la puerta, agarrado a una botella, soportando los ruidos que ahora le devolvía a él la casa. La viuda era incapaz de bajar en volandas el equipaje por la escalera. Creo que no enloqueció por poco, imaginando que aquellos golpes de maleta eran en realidad el sonido del cabecero del que mi madre se quejaba. Su llanto fue tan copioso que las lágrimas empaparon el cuello de su camisa.

Tras desaparecer ella, y con mi madre presa de la enfermedad, mi padre se convirtió en la clase de alcohólico que salía de casa un viernes al mediodía con la excusa de hacer acopio de alimentos y regresaba el domingo a última hora de la tarde totalmente tambaleante y sin una sola moneda en los bolsillos. Y sin rastro de víveres, por supuesto. Su principal creencia acerca del estado en el que mi madre estaba atrapada era el de que ella lo hacía a propósito.

«Esa hija de campesinos no habla porque me tiene retirada la palabra».

«Se mea y se caga para darse el gusto de que yo tenga que limpiarla».

En favor de mi madre diré que no recuerdo una sola vez en la que él la aseara o se hiciera cargo de su situación. Ante este recorrido de vida, y la obsesión creciente en mí de hallar una cura, a los doce años instalé mi primer laboratorio en el sótano de la casa. Aquel era un lugar sombrío en el que el olor a humedad batallaba con el de mis raros preparados. Había trastos y corrían las ratas, colándose en los numerosos agujeros del suelo. Pero yo estaba feliz, porque nada ilumina tanto como el conocimiento y, entre aquellas pociones elaboradas en frascos y tubos de ensayo, vislumbré el verdadero sentido de mi existencia.

Comencé esta andadura experimentando con hierbas. Como la diversidad botánica de la zona era bastante pobre, las robaba en mercados o ferias ambulantes. Aquellos preparados solían ser tan inocuos para la salud mental de mi madre como una manzanilla para la tuberculosis. Ella seguía instalada en su mutismo y no hacía un solo sonido de queja, aunque los líquidos estuvieran demasiado calientes.

Al llegar la pubertad, y adquirir una apariencia más varonil, conseguí acceso a libros especializados. Solía leer el periódico, prestando atención a la sección de necrológicas. Los viejos doctores morían, como cualquier ser humano, y sus viudas, en las primeras semanas, eran fáciles de convencer. Mediante esta práctica amplié mi biblioteca y mis objetos de experimentación.

Esta nueva ola de conocimiento ensanchó mi visión y no tardé en probar mis experimentos en animales domésticos. Engatusaba a perros y gatos de la calle con trozos de carne cruda. A los diecinueve años sabía tanto de farmacología como para haber escrito mi propio tratado. A los veintitrés me gradué con honores en la universidad tras ser becado por un brillante profesor que comprendió que, dada mi precaria situación económica y social, no podía desperdiciar mi talento trabajando en el muelle para pagar mis estudios.

Los días del puerto me sirvieron para abastecerme de especias y exóticos ingredientes. Aprendí a identificar que los barcos procedentes de África, Asia o Sudamérica solían contener cajas que nadie llegaba a reclamar si las escondía durante un tiempo en huecos

o dobles alturas. Aprendí a leer con alucinante velocidad los manifiestos de carga y a manipular los maderos sin que en ellos quedara huella de mis acciones. Gracias a estos hechos, pude sacar adelante la enrevesada maraña en la que se había convertido mi vida. Dejé el muelle meses antes de que la policía hiciera una redada ante las numerosas denuncias acumuladas por desapariciones, en la que el capataz portuario terminó siendo acusado de delitos de robo y contrabando. Obviamente, una de las dos condenas que recibió no le pertenecía del todo.

Valiéndome de cartas de recomendación de mis profesores, así como de mi predisposición a la plática y mi buena educación, comencé a trabajar en clínicas privadas de doctores que, dada su avanzada edad, habían perdido el interés por la causa, pero querían seguir manteniendo un saludable nivel de ingresos valiéndose de su apellido.

Mi padre falleció por una hemorragia masiva en el estómago fruto de su alcoholismo continuado. Creí que a raíz de su muerte mi madre mejoraría, pero no fue el caso. La ausencia de mi padre no supuso para ella un cambio diferente al del paso de una estación a la siguiente. Si lloró, no me enteré. Si lo lamentó, no dio muestras de hacerlo. Si se alegró, lo disfrutó únicamente en sus adentros.

Los años la llevaron a terminar enclaustrada en su propio cuerpo, hasta el punto en que dejó de ser capaz de tragar por sí misma, y me vi en la obligación de alimentarla por los medios más ocurrentes que puedan concebir. Apremiado por su deterioro, probé en ella toda clase de sustancias que, a veces, y ante la imposibilidad de experimentar previamente en otros pacientes o animales, probaba conmigo mismo. Descubrí que, utilizando hongos microscópicos y bases de plantas pirófilas, los mismos preparados mostraban comportamientos diferentes en función de cómo fueran administrados, y que la vía intravenosa, por lo general, prometía mejores resultados. En consecuencia, y ante mi constante ebullición de ideas, mi madre mostraba tantos pinchazos en su piel que recordaba a un niño cuyo cuerpo estuviera siendo atacado por un violento sarampión. Cuando solicité la plaza en el hospital Aston

Hall, su cuerpo se había reducido hasta los cuarenta kilos. Era una marioneta acartonada de brazos y piernas endebles. Su piel contaba con más de doscientos aguijonazos visibles que habían dejado de sanar correctamente, por lo que cuando la prensa destacó los buenos resultados que prometía aquel suero en el paradigma de la enfermedad mental, conseguirlo se volvió mi única ambición.

3

Aston Hall me produjo un fuerte *déjàvu*. Estaba seguro de no haber contemplado nada parecido en mi vida, pero la sensación de que ya había estado en un lugar como aquel crecía en mi interior como una enfermedad maligna e invasiva.

Por un lado, el edificio merecía toda mi admiración. Era el ejemplo prodigio de arquitectura jacobea. Construido en los primeros años del siglo XVII, había resistido con entereza el paso del tiempo, sin embargo, algo en él me resultaba lejano y decadente. Supongo que, tras años de peregrinaje laboral a través de infinidad de sanatorios mentales, había aprendido a reconocer estos lugares marcados por el dolor y el estigma, como si los demonios y fantasmas internos de los pacientes tuvieran el poder de materializarse en los oscuros rincones de los edificios.

El día de la mudanza llovió durante casi todo el trayecto y, cuando no, nos veíamos envueltos en una niebla tan densa que apenas dejaba distinguir los espigados árboles que flanqueaban los márgenes de la carretera. El conductor, un hombre de avanzada edad de tan pocas palabras que *a priori* me hizo pensar en la posibilidad de que fuese mudo, avanzaba a través de ella con una seguridad que en más de una ocasión me llevó a tragar saliva. Durante algunos tramos la visibilidad no era mayor de diez o doce metros, sin embargo, el coche no descendió en ningún momento de los 70 kilómetros por hora. Al parecer, la presencia de la niebla era tan constante en la región, que los viajeros solían describirla como una característica más del lugar tan inamovible como su orografía.

El edificio, además de la niebla en la que desaparecía durante buena parte del año, tenía otros atrezos propios. En los días despejados, bandadas de grandes aves oscuras sobrevolaban la finca. Los ejemplares eran tan numerosos que, cuando cruzaban por encima de nuestras cabezas, ensombrecían la escasa luz del día. Sus graznidos ponían la piel de gallina. Eran cuervos o algún tipo de ave similar, aunque rara vez descendían porque en los jardines, a pesar de ser un lugar ideal para encontrar alimento, aguardaba un terrible depredador. Las copas de los árboles albergaban una numerosa colonia de gatos. Tales animales vivían sin control, proyectando sus sombras en el suelo desde el ramaje. Rara vez bajaban durante el día y, si lo hacían, ofrecían un espectáculo deforme y dantesco. La noche era aún peor, porque estas criaturas tenían ojos ambarinos que brillaban en la oscuridad sin que se distinguiera nada más de su estructura corporal.

Muchos de ellos, debido a su naturaleza salvaje y belicosa, mostraban heridas tan crudas que al contemplarlas se sentía algo grimoso y perturbador. Conocí a unos caballeros que habrían estado encantados de poner fin al problema de la colonia. «Un par de tardes y unas doscientas balas. No pedimos más». Pero la dirección del Aston Hall se mostraba contraria debido a que se quería salvaguardar la atmósfera de paz. Esta última descripción no es propia, sino que forma parte del folleto publicitario de la institución, con el que no puedo estar más en desacuerdo. En su momento también se manejó la idea de utilizar perros de caza, veneno, e incluso arcos y flechas u otros métodos alejados del ruido. Pero todas esas opciones, en un entorno en el que los pacientes eran capaces de esconderse entre los arbustos para meterse en la boca cualquier cosa que cogieran del suelo, eran del todo impracticables. Podían envenenarse, ser el blanco de una flecha perdida, o ser atacados por los perros. También existía la posibilidad de que fueran ellos los que atacaran a los perros. Así estaban las cosas en esos extraños tiempos de abordaje terapéutico. La realidad era que los gatos se multiplicaban sin control y la mayoría hacíamos como si no existieran.

Este aparente estado de abandono contrastaba con un entorno bien cuidado. Personal cualificado atendía los diferentes marcos naturales de la finca. El resultado era unos jardines dispuestos con delicadeza, con nichos de flores y largas avenidas de claros baldosines. Estos senderos discurrían por praderas de hierba tupida para que los familiares pasearan con los pacientes durante los fines de semana. Pero lo cierto era que, en la práctica, el panorama no resultaba tan idílico como vendía el folleto publicitario. Los motivos, aunque pocos, eran obvios y rotundos.

A la ya de por sí incómoda presencia de la niebla, había que añadir más de doscientos días de lluvia al año. Una lluvia característica que no he visto en ningún otro lugar del mundo; tan fina que a veces costaba verla caer. Pero que calaba hasta los huesos dada su enorme densidad.

Los últimos kilómetros hasta Aston Hall fueron un verdadero ejercicio de confianza. El conductor del vehículo iba más rápido que nunca, en una marcha demasiado baja para la velocidad. En consecuencia, el motor rugía como el de un barco carguero. Creí que pronto vería aparecer los cilindros por el capó. La niebla se levantó, permitiendo algo más de visibilidad. Nada esperanzador, quizá treinta o cuarenta metros. Pero a cambio, volvió a llover. El coche derrapó en dos ocasiones al tomar una curva y, cuando por fin se detuvo frente a las puertas de la finca, estuve a punto de vomitar.

Bajé la ventanilla para tomar aire. El viejo conductor me miraba en silencio a través del espejo retrovisor. Entendí su expresión. «La próxima vez será mejor que se quede en tierra». Los ojillos bajo la visera mostraban la turbidez de la edad. Pensé que aquel chofer no acabaría el año conduciendo. Quizá ni el próximo mes. El hombre giró la cabeza hacia el edificio. Me bajé del coche y le di una propina por el lado de su ventanilla.

El camión de mudanza apareció al minuto envuelto en su propia nube de contaminación. Habíamos corrido tanto que no pudo seguirnos el ritmo. En el interior iban todas mis pertenencias. Todas. Pronto sabrán a lo que me refiero. Aparcó detrás de nosotros y el conductor se bajó a hablar con el del coche. Intercambiaron

insultos y después solo gruñidos. Minutos después ambos vehículos se perdieron calle abajo. El coche giró a la izquierda y el camión a la derecha, en dirección a mi futura casa. En aquel momento, al encarar por primera vez la fachada de Aston Hall, sentí aquel extraño magnetismo.

El lugar estaba vacío, salvo por una figura solitaria, alta y alarmantemente estática. El edificio daba la impresión de estar deshabitado, aunque albergara cerca de doscientos pacientes mentales. Seguí el camino de claros baldosines, cubriéndome la cabeza con el abrigo. Grandes árboles se erigían a mi derecha. Los gatos transitaban entre sus ramas. Allí fue cuando los vi por primera vez. Pares de ojos amarillos brillando desde las sombras que se movían con ligereza sobrenatural. Su comportamiento me pareció inusual. A mi entender, no era normal que pasaran por alto la lluvia. Debí reparar más en aquel detalle, pues de algún modo anunciaba la clase de demencia que se había apoderado del sitio.

La silueta alta y estática echó a andar a la par que yo. Nos encontramos a mitad de camino. Se presentó como el director Foster. Conocía aquel nombre porque habíamos intercambiado una extensa correspondencia en los últimos meses, hasta que dado mi desbordante interés, fue el propio director el que me invitó a pasar un periodo de prueba en el hospital psiquiátrico. No era la clase de persona que había imaginado. Más bien parecía un resabiado comercial del mundo del motor y no un hombre encargado de dirigir una institución de aquel calibre. Llevaba una larga gabardina y aguantaba el chaparrón bajo un paraguas que enseguida compartió conmigo. Lanzaba grandes bocanadas de humo provenientes de una pipa. Me dirigió una penetrante mirada en la que me estudió con ojo clínico.

Tras el cortés apretón de manos debió decidir que nada raro ocultaba mi persona, y, tras otra profunda bocanada, nos dirigimos al edificio. Volví a observar a los gatos apostados en los árboles. Foster pronunció unas pocas palabras que no fui capaz de entender. Le pedí con amabilidad que las repitiera, pero tan solo las farfulló entre dientes, como si ya estuviera arrepentido de su comentario.

Carezco de seguridad al respecto, pero juraría que acerca de los gatos dijo lo siguiente: «Acostúmbrese a ellos. Pronto le parecerán de lo más cuerdo de este sitio».

4

Mi experiencia en sanatorios mentales era bastante amplia. No pesaba sobre mí el hartazgode décadas de rutina y profesión, pero se podía decir que había visto de todo. Por lo que las buenas sensaciones que experimenté al traspasar sus puertas renovaron mi curiosidad. Sinceramente, no lo había creído posible.

El folleto publicitario describía Aston *hall* como un complejo inmerso en una nueva y efectiva metodología de trabajo. Y mi primera impresión fue que, en absoluto, era un farol. Me extrañó no escuchar gritos ni demás sonidos de los que despiertan dudas de que pertenezcan a un ser humano. Todo estaba bastante limpio. Se respiraba orden y pulcritud. Los pacientes transitaban en fila ordenada, la mayoría muy sonrientes. Saludaron al director alzando la mano y luego me dedicaron una expresión agradable al pasar por delante. No parecían enfermos mentales, sino alumnos disfrutando de su último día de colegio, solo que algunos de esos colegiales superaban los sesenta años y vestían con camisones blancos abiertos a la espalda.

La sensación era extraña, irreal y cautivadora. Pensé que aquella gente lo había conseguido. Habían doblegado la enfermedad mental y, de paso, unos cuantos prejuicios morales.

Observé la longitud de los corredores. Estos se adentraban en el edificio en multitud de direcciones. Los techos eran de maderas nobles exquisitamente talladas. Ni siquiera las casas de las viudas se vestían con tanta opulencia. El director Foster aguardaba a la entrada del más alejado.

Una sola mirada al interior produjo en mí una sensación de vértigo. El pasillo era largo. Increíblemente largo. Decenas de puertas enfrentadas se extendían a lo lejos. Parecía no tener fin, pero solo era una apariencia. Tenía un final rematado en una gran puerta. Aquel angosto espacio me recordó a un repulsivo milpiés, cuya cabeza, el director Foster, me sonreía con el orgullo del padre que presenta a su hijo en sociedad.

—Entiendo que se sorprenda. —Debía referirse a mi cara. Hasta entonces no era consciente de mi propia expresión—. Eso es bueno —dijo, señalándome con la pipa—. Es usted un hombre con experiencia. Lo que ve aquí es el resultado del suero. Nada más. Estamos muy cerca del milagro, vislumbrando el rostro de Dios, aunque suene poco ortodoxo. Por lo que, en cuanto podamos abordar a los pacientes con una rama más amplia de tratamientos, esperamos un porcentaje de curación del cien por cien.

—Cien por cien —repetí como si acabara de ver un fantasma. Y de algún modo lo hacía, porque tras aquellas palabras no dejé de vislumbrar la huesuda y desgastada imagen de mi madre, y el posible efecto que una sola inyección de aquel compuesto milagroso tendría sobre ella.

La impresión que causó en mí la cifra se desvaneció cuando el director abrió las puertas de su despacho. En ese momento mi expresión cambió del estupor a la más absoluta admiración por el lujoso y refinado gusto de su lugar de trabajo. Ardía un fuego generoso en la chimenea, como si acabaran de avivarlo. Foster, a sabiendas de lo que sentía, desgranó algunas descripciones sobre los objetos del interior, sobre todo de aquellos cuya posesión era motivo de orgullo.

Una pared quedaba parcialmente oculta por grandes archivadores metálicos que custodiaban los expedientes de cada persona que tuviera relación con Aston Hall; trabajadores, pacientes y asiduos visitantes. La otra pared era un antiguo mueble biblioteca de siete baldas cuya altura precisaba de una escalera enrailada. Los volúmenes, encuadernados en piel, mostraban una calidad y antigüedad dignas de un gran coleccionista. A los pies de la

biblioteca había un sofá de cuero, una mesa y una sencilla lámpara eléctrica. Del sofá se extraía que Foster era un fanático de la lectura, dada la depresión que mostraba en el lugar donde se asentaban las posaderas.

En el centro del despacho reinaba un amplio escritorio en chapa de palisandro, tapa de cuero negro y detalles en bronce. A su frente había un par de sillones Chesterfield con respaldo abotonado y tachuelas metálicas, sin duda para que los familiares se sintieran cómodos durante las entrevistas. Un pequeño taco de folletos publicitarios se situaba a ras del escritorio, a mano de los posibles ocupantes de los sillones. Creí vislumbrar la escena. Foster invitando a que la pareja de turno tomara un folleto en las manos. El director desarrollando punto por punto la publicidad, la pareja asintiendo sin comprender la mayoría de sus expresiones, para acabar firmando el contrato de admisión. La pareja se marcharía tranquila, con un familiar intratable menos del que ocuparse.

Un sonido inesperado me sacó de aquellas cavilaciones. La aguja de un moderno gramófono acababa de caer sobre un disco que giraba a revoluciones constantes. El director mostraba una pose distraída, a sabiendas de las sensaciones que despertaba toda aquella ostentación. Sentí cómo ejercía conmigo una enorme capacidad de análisis, a pesar de que no levantó la cabeza del casi imperceptible vaivén del vinilo sobre el plato. Tras los primeros segundos de estática, la corneta dorada emitió una música tan bella como inesperada. La pieza era Scheherazade, de Nikolái Rimsky-Korsakov. Un regalo para los oídos; una llave a las profundidades del alma.

—Los rusos nos llevan años de ventaja —comentó Foster, refiriéndose a la pieza musical. Su voz escondía una extraña melancolía, y su pose, por primera vez, cayó como la marioneta a la que cortan los hilos.

No añadí nada al comentario, puesto que, en aquel tiempo, no me hallaba versado en esta disciplina.

—También en ajedrez —añadió él.

Esa tenía que haber sido mi respuesta. Lo supe en cuanto me

miró de aquella forma compasiva. Luego se desabrochó los blancos puños y se arremangó. Tenía los antebrazos velludos y lucía una esclava de oro en la muñeca. Las manos eran delicadas. La clase de manos que jamás habían empuñado una herramienta. El dedo anular estaba rodeado por un anillo de casado que le quedaba algo prieto; vestigio de un tiempo en el que la felicidad no la encontraba en un plato.

—Algo estaremos haciendo mejor en Inglaterra —sugerí.

Foster desplegó su sonrisa. Los dientes eran rabiosamente blancos, la colocación envidiosamente perfecta. Recuerdo que pensé que aquel hombre era la pulcritud en persona. Me sentí afortunado por haberle hecho sonreír. Después de todo había conseguido llegar al punto que estaba esperando.

Abrió uno de los cajones de su lujoso escritorio y sacó una caja de madera. No me cupo duda de que aquella era su forma de celebrarlo. La tomé en mis manos. La parte superior mostraba un grabado de un archipiélago con una rosa de los vientos y hojas de palmera. No supe reconocer las islas, pero por los tonos azulados y esmeraldas con los que habían simulado las aguas, imaginé que contemplaba una representación, quizá ficticia, del mar Caribe. Al abrir la tapa hallé una colección de grandes y frescos cigarros puros. Despedían un aroma delicioso, a trópico y lejanos bosques primigenios; a madera, especias y barcos que ejercían la piratería. Y todo estaba allí, contenido en una caja. Me dio fuego con un largo fósforo. La estancia se llenó de humo, y la melodía alcanzó el punto álgido. Habló cuando el tempo de la música se replegó como una marea nocturna.

—No le falta razón, amigo. Los rusos aún están en el medievo en cuanto a ciertas prácticas medicinales. ¿Ha estado alguna vez en uno de sus manicomios?

Negué con un movimiento.

—No querría verlos. Se lo aseguro. Hice un viaje hace unos años. Un viaje que aún hoy me causa intensas pesadillas. Edificios ruinosos, esqueletos vivientes y prácticas abusivas. Sin mencionar el nefasto clima. Lo único beneficioso para los pacientes en un entorno

por debajo de los cinco grados bajo cero es que no hay humedad en las paredes. —Foster sonrió, pero yo no tuve el valor de hacerlo—. Las torturas, en consecuencia, tampoco se extendían por demasiado tiempo. El frío doblaba los cuerpos y los ennegrecía, como cerillas a punto de consumirse… —dijo con la mirada perdida—. En fin, habría preferido no vivir aquellos días. Pero los viví, y en consecuencia me llevé mis lecciones. Enseñanzas que he querido poner en práctica aquí, en Aston Hall.

—Debe sentirse orgulloso. Se respira calma; un estado difícil de alcanzar en un lugar de estas características —confirmé—. Más bien parece una agradable residencia de montaña, si obviamos la colonia de gatos —me atreví a apuntar.

Foster soltó una carcajada. Una risa que vació buena parte del humo acumulado en sus pulmones.

—Gracias —susurró tras serenarse. Sonó sincero, aunque lo cierto es que en aquel tiempo todo el mundo me lo parecía. Luego se puso en pie. Se alisó a conciencia los pantalones y se aproximó hasta el gran archivador a su derecha. Abrió un cajón metálico cuya etiqueta en el frontal estaba en blanco. Los raíles se abrieron con la facilidad pasmosa de lo que ha sido diseñado para tocar la eternidad y tan solo lleva unos meses funcionando. Foster extrajo una carpeta de documentos. Reconocí mi letra en las páginas sueltas que, metódicamente, trasladaba cerca de la ventana para leerlas bajo la claridad de la luz natural. Aquel era mi expediente. La información que había reunido de mí antes de invitarme a formar parte de su equipo. También estaban las numerosas cartas de recomendación que solicité para acceder al puesto de trabajo.

Durante el proceso de lectura fumé tanto que el humo de la habitación llegó a escocerme los ojos. Foster parecía inmune a sus efectos, y continuó analizando los movimientos que yo mismo había detallado sobre mi vida. Emitió una serie de singulares sonidos que intuí como de conformidad con lo que estaba leyendo. También palabras sueltas que me aportaron pistas sobre la clase de idea que se estaba haciendo. «Ajam, vaya, así que usted también estuvo en… Singular, sin duda. Único», pronunció la última palabra de un modo

contundente. Cerró el archivador con demasiado ímpetu. El golpe anunció que el mueble perdía parte de la eternidad para la que se había diseñado.

—Su expediente es sorprendente —resumió—. Sin duda hará un gran trabajo. Personalmente, también le aseguro que la institución le ayudará a resolver las inquietudes que menciona en sus escritos.

Asentí, conforme. Ni siquiera había preguntado por el salario, porque me era del todo indiferente. Mis propósitos eran otros que no se podían saldar mediante la retribución económica. Quería saberlo todo acerca del suero: su uso, posología, en qué clase de enfermedad o trastorno había demostrado ser más eficaz, horarios en los que debía ser administrado. Todo. Absolutamente todo.

—Una pena lo de su madre —comentó con expresión compungida—. No me cabe duda de que este habría sido el lugar indicado para ella —guardó silencio, mostrando respeto.

Foster pensaba que estaba muerta, porque así se lo trasladé en mis cartas. El motivo no es otro que el que ya he mencionado. Mis experimentos habían causado estragos en su cuerpo. Daños que un profesional de la medicina sabe discernir del deterioro propio de la enfermedad. El director estaba al corriente de una parte de su complejo trastorno, pero desconocía la otra cara del proceso: mi feroz lucha contra la enfermedad. Intenté no explayarme en detalles, pero creo que la pasión con la que lo vivía me llevó a contarle demasiado. Los hechos, al ser leídos por un tercero, parecían recientes. Por eso me cuidé muy bien de darle una fecha exacta de su muerte y una supuesta localización para su tumba. De haber dicho la verdad, Foster o cualquier otro médico del hospital se habrían ofrecido a examinarla y, dados los complejos tratamientos a los que la sometía, me habrían hecho preguntas difíciles de contestar.

—¿Cree que lo habrían logrado? —pregunté.

La melodía de Korsakov inició otra escalada, una última ascensión hacia la cumbre. Foster giró la ruedecilla del gramófono y el volumen disminuyó hasta que resultó óptimo para el diálogo. Un inesperado rayo de sol refulgió sobre la dorada corneta, produciendo

reflejos que a su vez se eyectaron al techo, dando la impresión de que en este brillaban un puñado de estrellas. La lluvia cesaba, y no quedaba rastro de niebla. Pensé que aquel era un buen día. Foster corrió la cortina y recuperó su sitio tras el escritorio. Se me quedó mirando como si en su interior se fraguara una complicada pregunta. Pensé que la conversación estaba a punto de llegar a un clímax en el que convenía dejar de lado las distracciones. No me equivoqué.

—Juntos, *Mr.* Brown. Lo habríamos logrado juntos —resolvió sin dudarlo.

Foster debió percibir el pesar que se adueñaba de mi presencia, porque rápidamente afianzó mi mano, trasladándome su confianza. Lejos de sentirme cohibido, acepté aquel gesto con absoluta empatía. El director, por su parte, no podía esbozar una expresión más paternalista.

—Puede que no todo haya sido en vano, *Mr.* Brown —aseguró —. A veces la vida nos obliga a recorrer terribles senderos con el único fin de aprender. No importa el lugar hacia el que nos dirigimos, sino el modo en que los transitamos.

Observé sus ojos sin comprender. Eran claros y extrañamente comunicativos, como si quisieran gritar a cada momento un temible secreto. Cientos de arrugas se dibujaron a su alrededor cuando se replegó contra el respaldo.

—¿A qué se refiere? —pregunté.

—Su experiencia le servirá para ayudar a los que son como su madre, y hacerlos avanzar con rapidez hacia la total recuperación.

—¿Como mi madre? —balbuceé.

No podía creerlo. En todos los años en los que llevaba trabajando jamás había encontrado un caso tan intrincado. La mayoría de las veces, los pacientes respondían a patrones que iban desde A hasta B. Curiosamente, el punto en el que solían estar más estables se hallaba a mitad de vector, pero el caso de mi madre era diferente. No había patrón, por lo tanto, era casi imposible asignarle un tratamiento adecuado.

—Usted trabajará en la tercera planta, en el ala oeste. Allá no

hay más que unas pocas habitaciones, con cuatro o cinco pacientes —comentó en dos tiempos—. La mayoría sufre síndrome de cautiverio; el horror en vida. ¿Se imagina, *Mr*. Brown? ¿Se imagina lo que le ocurre a la mente cuando el cuerpo no le responde? ¿Se imagina el horror que esos desdichados deben sentir ante cualquier circunstancia que a usted y a mí nos resulta soporífera?

Foster encendió un fósforo. El golpe de humo ascendió hasta sus ojos. Estos contemplaron la llama, agrandados ante el poder de controlar el fuego.

—Hubo un tiempo, *Mr*. Brown, en que se exponía a estas personas a cualquier clase de tormento para estudiar sus efectos. Muchos ardían y otros morían ahogados o con los miembros congelados sin siquiera pestañear. Por suerte esos tiempos oscuros de la ciencia han quedado atrás. Usted y yo pertenecemos a la luz, ¿no es cierto? —dijo, al tiempo que agitaba la cerilla y la llama se desvanecía.

—Estoy al corriente, director Foster. Por suerte, esos tiempos pasaron.

—El grupo de pacientes del que se encargará, en su mayoría, ha sido estudiado. Su síndrome de cautiverio es consecuencia de enfermedades físicas previas. Tumores, sangrados, traumatismos craneoencefálicos… Como le digo, casi todos son casos de manual. Pero hay algunos pacientes en concreto que no han podido ser diagnosticados —insinuó, queriendo despertar mi interés.

Mi curiosidad fue en aumento. Pronto me olvidé de darle caladas al puro, del murmullo de la música y del increíble olor a libro viejo que flotaba en la estancia por encima de la nube de tabaco. El puro quedó sobre el cenicero, al lado de la caja con el grabado del Caribe. El hilillo de humo que desde él se elevaba desapareció en segundos.

—¿Cómo es posible? —pregunté, acerca de esos casos sin diagnosticar.

Foster no quiso dar muchas explicaciones, pero ante mi mirada escrutadora, supongo que porque le parecía un hombre digno de su confianza, se adentró en las profundas y cenagosas aguas de las

finanzas, en las cuales, todavía no sabía dónde, se hallaba la respuesta a mi pregunta.

—Ya se imaginará que este lugar no ha salido de la nada. —Elevó las cejas, buscando mi comprensión—. Aston Hall ha requerido de inversores privados.

Era evidente. El lujo y la calidad imperante en el edificio denotaban una inversión muy superior a la de cualquier otra institución. Foster no decía nada que no hubiera imaginado, por ello guardé silencio, esperando que mi actitud le animara a continuar.

—Ya conoce a los políticos —sugirió, bajando el tono—. Son como la iglesia, quieren estar en todas partes.

—Para poder recaudar el dinero de todos —arriesgué con aquel comentario.

Foster se echó hacia atrás con un rápido movimiento y se palmeó con fuerza el muslo. Estaba eufórico.

—Ya sabía yo que era de los míos —soltó con alegría.

Su vista se desvió un momento hacia el mueble bar, pero acabó guardando la compostura. Ya había compartido conmigo uno de sus puros. Si nuestra relación fructificaba debían quedarnos un buen número de conversaciones por delante, lo que seguro se traducía en muchas celebraciones.

—He conocido a algunos políticos —sugerí.

—Pues que sepa que aquí no entrará ni una sola de esas ratas. —Estuvo a punto de golpear la mesa. Estoy seguro de que de habernos conocido un poco más habría llegado a hacerlo. Yo le hubiese acompañado, por supuesto. Compartía hasta la última letra de aquella opinión—. Bastantes problemas me han causado para la poca inversión que hicieron en este lugar.

—¿Qué clase de problemas?

—Precisamente esos pacientes sin diagnosticar. A los pocos días de abrir Aston Hall, llegaron varios vehículos provenientes de otros hospitales. Los trasladaban desnudos, al abrigo de una simple sábana y en condiciones de salud deplorables. Hemos hecho lo posible para hidratarlos y alimentarlos, y muchos de ellos han mejorado, pero la cuestión de su diagnóstico, así como la de hallar

su identidad, es una tarea para la que no tenemos medios.

—¿Quiere decir que trajeron a esas personas sin ningún tipo de documento?

—Como lo oye y, dadas las características del síndrome de cautiverio, es imposible comunicarse. Están solos. Solos en una situación que no comprenden, cuando sus familias podrían estar viviendo en el pueblo de al lado, preguntándose, precisamente, dónde estará aquel familiar suyo que cayó enfermo.

—Es terrible —aseguré.

—Terrible es lo que deben estar pasando los familiares. Vagando sin rumbo, buscándolos por todas partes.

En aquel momento Foster me convenció de sus buenas intenciones. Un hombre no solo preocupado por las apariencias, sino también por las personas.

—¿Y el suero? —sugerí—. ¿No puede el suero ayudarlos?

—Es ahí donde entra usted; el verdadero motivo por el que va a ser contratado. —Foster clavó los codos en la mesa. Los índices resbalaron arriba y abajo sobre el tabique nasal—. No quiero presionarlo, pero esperamos de usted una atención diferente para esta clase de pacientes.

—¿Diferente? —pregunté, atento a su explicación.

El director se levantó de la silla. Su mano indicó que no hacía falta que le siguiera. Corrió un pestillo en la puerta del despacho y apoyó durante unos segundos el oído sobre la hoja de madera. Cuando estuvo seguro de que nadie transitaba por las inmediaciones, cuidó de que no entrara ni un ápice de luz por las ventanas. Corrió cortinas y visillos cuantas veces fueran necesarias hasta dar con la configuración perfecta para su propósito. La estancia quedó sumida en una agradable penumbra, a mi parecer del todo injustificada. No tardé en comprender el motivo y, una vez lo hice, confieso que quedé maravillado. Creí haber estudiado con detalle cada rincón del despacho, pero aquella sala estaba llena de secretos. Foster elevó la música. No como para dificultar nuestra conversación, pero suficiente para empezar a desvelar uno de sus increíbles secretos sin que nadie pudiera seguir el hilo de sus

acciones.

—Discúlpeme, *Mr*. Brown. No tema —añadió en dos tiempos—. Todo esto es necesario. Debo tomar las debidas precauciones. Hace menos de un mes descubrí que una persona que se hacía pasar por un paciente en realidad era un espía de una compañía que quería replicar el suero.

Todavía no me hacía a la idea de lo que sucedía, pero asentí confiando en su palabra.

Foster pulsó un botón bajo el escritorio y el mueble biblioteca se iluminó en tonos anaranjados. Era la clase de luz perfecta para la lectura, ni muy baja ni demasiado intensa, y en un tono que me recordó a un maravilloso atardecer en la costa. Luego retiró un libro de la tercera balda. No tenía nada de especial, parecía tan viejo como cualquier otro. Hasta que leí las letras en grabado dorado de la cubierta: La Divina Comedia, de Dante Alighieri; obra soberbia en la que el poeta describe su descenso a los infiernos. Si en aquel momento hubiera sabido lo que me iba a suceder, habría comprendido la premonitoria metáfora.

El volumen dejó un hueco oscuro al retirarlo, por el que Foster coló el brazo hasta la altura del hombro. Forcejeó durante un instante, hasta que se escuchó el crujido de una palanca seguido por el correr de una cadena. La mitad de la biblioteca comenzó a girar sobre sí misma, lenta y firme. La ejecución del movimiento reveló la complejidad de la maquinaria.

Foster me invitó a su lado cuando devolvió la Divina Comedia a su posición. La biblioteca aún tardó unos segundos en concluir el giro cuando me situé a su izquierda. Pensé que mi rostro debía estar deformado. No podía caber un ápice más de expresión. Foster me pidió con amabilidad que me tranquilizara. Hasta tal punto llegaba mi asombro. Sentí una ligera vibración en el suelo cuando la cadena dejó de correr y la biblioteca quedó oculta del otro lado. Luego hubo otro fuerte chasquido, como si dos grandes piezas hubieran encajado.

Foster asintió, indicando que el proceso acababa de concluir. La biblioteca ocultaba una pared cubierta de archivadores metálicos,

solo que aquellos eran diferentes. No habían sido diseñados para guardar carpetas de documentos. Apenas levantaban un palmo y eran excepcionalmente anchos. Más bien parecía la clase de caja de seguridad donde un joyero decide guardar sus mejores piezas.

—Adelante —señaló la extraña superficie metálica—. Toque, no tema —invitó con la boca desgarrada en una enigmática sonrisa.

Llevé la palma de mi mano hacia el que tenía más cerca. Mis dedos temblaron en el último tramo ante la emoción de lo desconocido. Me asusté. Esperaba una superficie no demasiado fría y lo que encontré era tan gélido como un viento de invierno. Me había formado esa idea llevado por las agradables sensaciones que me rodeaban: la tenue iluminación, el crepitante fuego en la chimenea y el lujo desmedido hasta en los detalles insignificantes. Me dejé llevar por un acto reflejo y me retiré unos pasos. Foster me afianzó por el hombro, rompiendo el embrujo de confusión que el tacto helado había sembrado en mi mente.

—¿A cuántos grados…? —pregunté, escéptico.

—A menos dieciocho.

—¿Cómo es posible?

—Se lo debemos a los creadores del suero. Han tomado el éter, y de él han elaborado algo mucho más potente —dijo, regalándome otra sonrisa lobuna.

—Pero ¿por qué? —quise saber.

Una vez más, y no fue la última, me rogó con aquellos ojos claros que me tranquilizara. Asentí una vez recuperé el pulso y el ritmo de respiración. Entonces Foster decidió dar el último paso. El que yo, en mi ingenuidad, creía que daría una verdadera explicación.

El director abrió un cajón del archivador. Este no se retiró con la misma ligereza que el de los documentos. Más adelante, durante una de nuestras charlas nocturnas, Foster dejó entrever que aquella maravilla tecnológica era capaz de resistir el bombardeo de un DH4. «Material armamentístico», según sus propias palabras. A aquellas alturas de siglo, el modelo podía parecer anticuado, pero que se lo digan a las miles de víctimas a las que se les vinieron los techos encima. Estas palabras también fueron de Foster, dejándome

todavía más desconcertado. La caja de seguridad, mueble archivador, o como corresponda el término, estaba construida con una aleación secreta. Aunque el director pronunció la palabra plomo dos veces. Creo que le producía cierto placer dispersar migajas de los muchos secretos que le rodeaban. Placer sexual. Sin que este pueda interpretarse como una falla de su personalidad.

Toda aquella coraza, desde el despacho hasta el increíble mueble archivador, no tenían otro fin que dar sustento y protección al mayor tesoro que guardaba el edificio. Allí reposaba el corazón de Aston Hall, y yo estaba a punto de descubrirlo.

El cajón sobresalió más de metro y medio, por lo que una vez estuvo extendido quedó muy cerca de mi pecho. En apariencia no contenía nada, pero solo en apariencia. Un nuevo vistazo me reveló que aquel no era el verdadero interior, sino que bajo la superficie, forrada de terciopelo oscuro, aguardaba otro compartimento.

—Cierre los ojos —solicitó Foster.

—¿Cómo dice?

—Créame. —Su voz, esta vez, quedó muy lejos de ser un ruego —. Después me lo agradecerá.

Los cerré, sorprendido por la súbita violencia que me había transmitido; tras el velo de los párpados, una vez escuché el último sonido de apertura, distinguí una vaporosa iluminación esmeralda que creció en intensidad conforme transcurrieron los segundos.

—Puede abrirlos —comentó.

Foster tuvo razón. Le estaba agradecido por haber conducido mis pasos hasta aquella sorpresa mayúscula. El verde escalaba por las paredes, reptaba por el techo con el movimiento de una serpiente, e incluso teñía los ojos claros del director de un vivo y animal tono reptiliano. Aquella insólita atmósfera se debía al contenido del cajón, en el que decenas de viales de fino cristal, impecablemente ordenados, descansaban en su helada cama de terciopelo. En el líquido del interior, responsable de la luminiscencia, flotaban burbujas de distintos tamaños que se movían sin parar por el interior de los frascos. Parecía que alguien había desarrollado la tecnología para contener un pequeño universo, lejano y exótico, en un vial de

laboratorio. Aquel era el suero. La sustancia que me había llevado a cruzar medio país aun a riesgo de perderlo todo. Y, como cualquier otro integrante de Aston Hall, exhalaba vida. Una incomprensible y demencial vida.

5

No tardé en acostumbrarme a mi nueva vida y en encontrar el placer al transitar aquellas calles grises y adoquinadas. Los cielos eran densos y plomizos y rara vez dejaban el sol a la vista. En consecuencia, la humedad calaba los huesos y me veía en la obligación de abrigarme con un grueso y pesado chaquetón que me otorgaba un aire rendido. Cada día me tomaba mi tiempo para ir al trabajo. Solía salir con una hora de margen que invertía en explorar la ciudad. A veces me gustaba un recorrido en especial. Bien porque su paisaje me ayudaba a olvidar o porque me encontraba cómodo dejando atrás centenares de puertas y edificios que en apariencia siempre estaban vacíos.

Había poca vida en Birmingham. O una vida que rara vez daba la cara más allá de las fachadas. Personalmente creo que la gente temía el aire contaminado que trajo la revolución industrial.

Una vez, un hombre con el que me topé al paso de la sombra que proyectaban las bandadas de cuervos al sobrevolar nuestras cabezas, me dijo que aquellas aves, en comparación, eran considerablemente más negras que las de hacía dos siglos. Según él se habían adaptado a la atmósfera contaminada de las fábricas. Fuera cierto o no, para mí era un dato fascinante. La adaptación de la vida a la adversidad me parecía una disciplina digna de estudio, tanto, que a veces me veía persiguiendo a esas bandadas a través de distintas calles.

No dudaba en acelerar el paso cuando era necesario, o en detenerme cuando estas se posaban en los tejados. A veces me

chocaba con vehículos aparcados o tropezaba con los bordillos por ir mirando hacia arriba. Uno de sus tejados favoritos era el de Aston Hall. No era raro encontrarme merodeando alrededor de la finca. Dando vueltas y más vueltas hasta que era la hora de entrar a trabajar.

Llevaba siempre conmigo un cuaderno en el que tomaba esbozos de los ejemplares, mientras los pacientes me observaban desde las ventanas con caras sorprendidas. Unos decían que me dedicaba a la caza y otros, los más imaginativos, que dibujaba un mapa en aquel cuaderno ya que no era capaz de encontrar la puerta de entrada. Lo cierto es que con este panorama no tardé en hacerme popular. Los pacientes me paraban por los pasillos y me bombardeaban con preguntas acerca de mi vida personal. «¿Está casado? ¿No? ¿Y tiene hijos? Espero que no tenga hijos en pecado… ¿Cuántos años tiene? ¿Puedo ir a su planeta? ¿Por qué hay peces en el urinario?». El secreto por el que me gané tan rápido su cariño no fue otro que contestar con igual compromiso ético a todas y cada una de las preguntas.

Cada tarde, a las ocho y cuarto, el personal médico con acreditación para la administración del suero guardaba cola en el pasillo del despacho del director. La entrega de los viales se hacía bajo estrictas condiciones. El suero no podía recibir luz directa, por lo que no se podía inocular durante el día. Si la luz llegaba a incidir en él de alguna forma, la fórmula secreta se desestabilizaría, perdiendo su fantasmal luminiscencia. La densidad del fluido, de naturaleza viscosa, también se vería alterada, volviéndose un líquido que, a la vista, sería indistinguible del agua. Todo aquel que no se lo tomó en serio, o que echó a perder un vial por ser descuidado en el manejo, fue fulminado de su puesto de trabajo. En consecuencia, la atmósfera de aquel angosto pasillo se asemejaba mucho a una caverna inexplorada en la que la bioluminiscencia de formas de vida desconocidas reinara, por breves momentos, en paredes y techos.

El mismo Foster se encargaba de llevar a cabo el proceso; encorbatado, regado en carísimo perfume y envuelto en sus mejores trajes. Entregaba en mano un maletín hermético fabricado en el

mismo material que el mueble contenedor oculto en la pared de su despacho. Cada maletín era intransferible, y contenía el número de dosis que cada médico debía administrar conservados a aquellos increíbles menos dieciocho grados. Una vez inoculados los viales, el maletín debía devolverse al concluir el turno de noche.

Nunca olvidaré la mirada que Foster me dedicó la primera vez que el maletín pasó de sus manos a las mías. En mi fuero interno, no paraba de repetirme que aquel hombre conocía mis intenciones. Que aquel escrutinio se debía al ligero temblor de mis dedos, a la finísima sudoración que cubría mi frente y axilas, a la palabra atragantada que se quedó a medio camino de salir de mi boca. Pero si en realidad fue capaz de captar algo en mitad de aquella semioscuridad, se lo guardó para sus adentros. Percibí el momento más largo de lo necesario, y claramente ritualizado. No fue una banal entrega de medicinas e instrumental médico, sino que lo experimenté como el momento álgido de un rito religioso. Abandoné el pasillo cabizbajo, sintiéndome juzgado por las incontables miradas que el resto de los médicos me dedicaron al paso. Supongo que no entendían mi repentina pesadumbre, ni el peso con el que el maletín elongaba mi brazo, e interpretaban aquellas cavilaciones como una manifestación de vaguería o desaliento hacia el trabajo. Pero lo cierto es que iba pensando. Dándole vueltas a la manera de llevar a cabo mi propósito. En mi ignorancia, no había previsto que el acceso al suero estuviera tan controlado. Tampoco que no pudiera recibir luz ni mucho menos, y aquí se presentaba el problema más difícil de solucionar, que la cadena de frío que conservaba el suero debía mantenerse hasta quince minutos antes de la inyección, y el único medio que podía obrar tal milagro no era otro que el maletín que tenía que devolver a Foster al concluir la jornada.

Terminé encontrando la respuesta a este problema, pero eso fue meses más tarde. Antes agoté un gran número de recursos.

El sótano de mi casa adquirió un nuevo estatus; el de laboratorio de ideas y guarida de las elucubraciones. Mi madre también vivía allí abajo. Si se le podía llamar vida a su penosa situación. Tras el estrés

sufrido en el traslado comenzaba a recuperarse del viaje. Mis pizarras, en las que habitualmente tomaba mis apuntes, se llenaron de nuevos datos. Lejos quedaron los días de las formulaciones químicas con las que intentaba hallar un milagroso compuesto curativo, porque el compuesto ya había sido inventado. Ahora tenía que encontrar el modo de hacerlo llegar hasta mi casa sin que terminara siendo una vulgar inyección indistinguible del agua.

Primero intenté el abordaje científico. ¿Qué otra cosa podía hacer dada mi formación? No lo habría remarcado si no me hubiera visto en la obligación de hacer otra serie de cosas que se distancian, y mucho, de este método. Un método, permítanme la expresión, tan soporífero como efectivo. Estaba convencido de que sería capaz de reproducir el diseño estructural del maletín, así como la sustancia derivada del éter con la que se mantenían aquellos increíbles menos dieciocho grados en ausencia de electricidad.

Cada día, una vez administraba las dosis, y tomaba los debidos apuntes sobre la evolución del estado de mis pacientes, me encerraba en el baño durante lo que debía ser mi tiempo de descanso. Sentado en el urinario, y armado con unas pocas herramientas que introducía en Aston Hall adosadas al cuerpo, hurgaba en cada pequeño resquicio del maletín. Pero el diseño era soberbio. Tecnología militar, como pude constatar tiempo más tarde. En los numerosos intentos que llevé a cabo no conseguí que las juntas cedieran y revelaran sus secretos. Tampoco obtuve resultados en los ensayos que yo mismo practiqué con el éter. Para colmo, sufrí una quemadura química en un dedo que me fue difícil de explicar. Pero no desistí en mi empeño, hasta que las ganas de seguir hurgando en el maletín se evaporaron una noche en la que el director me llamó a su despacho. Para entonces ya éramos amigos. O al menos no éramos del todo desconocidos.

—Pase, pase —invitó la voz Foster cuando toqué con los nudillos en su puerta.

Estaba de pie frente a la chimenea. Las manos cruzadas a la espalda, calentándose las nalgas con las vigorosas llamas. Creí que el aviso se debía a la habitual pipa de tabaco que compartíamos a

mitad de la noche. Sí que me extrañó la hora, más temprana que en otras ocasiones, pues ni siquiera se había procedido todavía a la entrega de los viales. Durante esos ratos solíamos charlar animadamente, bajo el son de melodías clásicas que en su mayoría me eran desconocidas, sobre los avances de la ciencia y los efectos del suero en nuestros pacientes. Efectos destacables que despertaban en mí una incontenible verborrea. Tan apremiante era para mi saber, como corroborar lo aprendido.

Nada más cruzar la puerta supe que su llamada no se debía a las motivaciones de siempre. En el despacho flotaba una densa y cargada nube de tabaco, por lo que deduje que Foster, al sentirse nervioso, fumaba por su cuenta. Su silencio y la fijeza de su mirada me indicaron que devolviera a mi bolsillo la bolsa de tela en la que guardaba la pipa. Actué con premura y fui directamente hacia él, pasando de largo el cómodo sillón en el que solía sentarme.

—*Mr*. Brown —dijo con voz arrastrada—, iré al grano. Supongo que ya habrá escuchado lo del accidente.

—¿Qué accidente? —pregunté. Me sorprendió que Foster hiciera mención a un accidente en concreto, ya que, en el desempeño de la salud mental, se sufrían decenas cada día. Acababa de empezar mi turno y no había tenido ocasión de que los compañeros me pusieran al corriente de los chascarrillos del día. Algunos de ellos eran bastante cómicos. Había un hombre que se creía un perro y contenía la micción hasta que los cuidadores le dejaban salir al jardín para orinar en las esquinas. El suero había conseguido buenos resultados con este paciente, pero los efectos no conseguían perdurar durante todo el día y, a veces, si no le dejaban salir, gimoteaba y aullaba en la habitación hasta que llegaba la hora de la siguiente dosis. Supuse que aquella reunión no iría encaminada a esta clase de sucesos.

Foster chascó la lengua. O bien estaba cansado de contar la misma historia o bien habría preferido que ya estuviera al corriente. En cualquier caso, iba a tener que contarla.

—Hace menos de dos horas que se ha marchado la policía. Ya se imagina… —comentó con pesar—. Llevo todo el día sin dormir,

contestando a sus preguntas. Esta mañana ha muerto un compañero a manos de un paciente —reveló por fin.

—¿Cómo dice? ¡¿Quién?! —pregunté, exaltado.

—Smith. No le conoce. Un prometedor joven del turno de mañana.

—¿Cómo ha muerto? —pregunté, afectado por la información.

—Le clavaron un destornillador en el ojo.

Lo soltó de golpe y, de inmediato, se dio cuenta de que, aunque llevara horas hablando con la policía del suceso, para mí era un hecho nuevo y arrollador. Ante lo compungida de mi expresión, me invitó a sentarme en una silla y me ofreció un vaso de agua.

—Dios mío… —susurré, tras beberlo de un trago. Me quedé mirando el vaso. Pensé que aquel día las cañerías habían impregnado el agua de una dosis extra de sabor metálico. Pero enseguida me di cuenta de que era sangre. Aflojé la mandíbula y el dolor en la lengua desapareció.

Foster negaba con la cabeza, mesándose el cabello revuelto. Aquel detalle me pareció digno de apreciación. Puesto que algunos episodios de psicosis son precedidos por estos gestos repetitivos y de una clara naturaleza maníaca.

—No lo entiendo —susurró a su vez—. Los protocolos son muy estrictos y no hay modo de que un paciente haya accedido al taller de mantenimiento. Está en otro edificio, junto al pequeño estanque, con su propio control de seguridad. El encargado ha hecho inventario de las herramientas y la policía ha constatado que están todas las que figuran en la factura original. Creo que eso ya es un logro. ¿Se imagina que hubiéramos perdido un martillo? Dios mío, sería el caos… El proveedor también lo ha verificado. Lo único que se me ocurre es que alguien haya colado ese destornillador.

Tras sus palabras, mi cuerpo entero comenzó a temblar. El destornillador me pertenecía. No cabía duda. Esa misma tarde lo había echado en falta. Pensaba que se me había caído durante el trayecto a casa, pero al parecer lo perdí en Aston Hall, cayendo en manos equivocadas.

—¿Para qué querría alguien hacer eso? —pregunté, simulando

una absoluta ignorancia.

—Eso mismo llevo preguntándome toda la tarde. Y solo encuentro una explicación —sentenció.

Guardé silencio. Los ojos sumamente abiertos, esperando la acusación. Dentro de aquel episodio de terror, llegué a creer que la policía derribaría la puerta. Sin duda estaban escuchando al otro lado, iba a ser arrestado en cualquier momento. Iría directo a la cárcel. No tenía posibilidad de defenderme, puesto que bajo las ropas portaba nuevas herramientas con las que seguir hurgando en el maletín. Un martillo, una llave y un punzón. Las armas de un ladrón consensuado y un homicida involuntario.

—Alguien intenta robar el suero. —Percibí la decepción del que se sabe traicionado.

—¿Cómo dice? —Me hice el sorprendido.

—No hace ni un mes desde la primera vez. En aquella ocasión fue uno de nuestros enfermeros. La noticia no trascendió porque así quise que fuera. Aquel hombre llevaba menos de una semana empleado. Fue culpa mía, por no corroborar sus referencias. Resulta que el tipo era un espía de una compañía americana. Querían la fórmula secreta para desarrollar su propio compuesto.

—Dios mío… —repetí como una monja.

Entonces el director hizo algo que modificó por completo mi estatus de cara a la conversación. Se acercó a la puerta de su despacho y echó la llave por dentro.

—Tengo varios nombres sobre la mesa, pero mis pesquisas apuntan a uno en concreto —dijo, bajando el tono.

—¿Quién? —pregunté, intentando disimular mi angustia.

—Le ruego que esté muy atento a los movimientos de Murphy.

Murphy había nacido en Dublín. Era delgado y lampiño, y sus mejillas siempre presentaban un par de buenas manchas rosadas fruto de su gusto por la cerveza. Le consideraba un buen trabajador, en cuanto al trato con los pacientes, aunque gustaba de escabullirse a fumar más veces de lo que permitía el horario. También se le había visto en actitud cariñosa con una enfermera. Y la enfermera para con él, todo hay que decirlo. Tales hechos estaban en completa

desaprobación dentro de Aston Hall.

—¡Murphy! ¡Dios mío! Pero si acabo de verle en la entrada. ¡Fumando un cigarro hasta los dedos!

—Las autoridades ya están al corriente. Dicen que hoy mismo, al término de su jornada, le seguirán hasta su casa. Les he pedido que si observan algo inusual me lo comuniquen antes de proceder con la detención. Prefiero evitar un escándalo en la calle que llegue hasta la prensa —dijo, haciendo fuertes aspavientos.

—¿Por qué sospecha de él?

—En primer lugar, porque es irlandés. Ya conoce el carácter belicoso de esta gente. ¿Ha estado en la isla?

Negué con la cabeza.

—Bien por usted. No vaya si no quiere ver con sus propios ojos la barbarie en la que se sumía nuestra civilización hace solo cincuenta años —guardó silencio. Creo que intentaba facilitarme que comprendiera el calado de la frase—. Smith ha muerto en la tercera planta, en el ala oeste, donde Murphy trabaja bajo sus órdenes y donde, sin ninguna duda, ese pobre perturbado ha encontrado el destornillador.

—Entiendo —asentí.

—Por otro lado —continuó con gran pesar—. No se lo tome a mal, *Mr*. Brown, pero ha de estar más atento.

Foster me puso mi propio maletín sobre el regazo. Era como si se lo hubiera sacado de la chistera. Un truco de magia que el ilusionista cuela frente a los ojos.

—Fíjese —continuó, señalando las múltiples marcas y arañazos. No sé si él era consciente, pero yo veía con claridad los trazos del destornillador en su superficie. Había hecho un buen trabajo, aunque insuficiente para destriparlo.

Tragué saliva y pronuncié, por quinta o sexta vez, lo único que me venía a la mente.

—¡Dios mío! —dije, sintiendo el peso del martillo.

—Tranquilícese, *Mr*. Brown. No le voy a hacer pagarlo. Entiendo que no puede estar todo el tiempo vigilando el maletín. Pero sí que le aconsejo que le eche un vistazo de vez en cuando. Hoy

mismo. Tiéndale una trampa a Murphy. Tenemos que dar caza al impostor. Ahora puede irse. Lo he cargado con los viales para que no tenga que esperar cola. Su prioridad en esta noche va más allá de la enfermedad mental.

Foster tiró de la pequeña cadena que asomaba de su chaqueta y su reloj de bolsillo saltó como un pez plateado sobre las aguas.

—Dese prisa —continuó—. La cola debe estar formándose.

Cuatro horas después la taquilla de Murphy rebosaba con las herramientas que esa noche llevaba adosadas a mi cuerpo. Llamé al director y este a su vez a la policía. Murphy fue arrestado. Y nunca más volví a saber de él.

6

El arresto trajo consecuencias. La primera es que me quedé sin algunas de mis principales herramientas, y en una ciudad como Birmingham, donde la lluvia terminaba corroyendo los tejados como el óxido el metal, no se podía dejar pasar muchos días sin prestar atención a algunas tareas de mantenimiento. Dadas las circunstancias, y el hecho, obvio, de que Murphy no habría firmado nunca su confesión, me pareció inoportuno comprarlas en la ferretería de la ciudad, donde los agentes de policía, sin duda, habrían intentado corroborar su inocencia. Decidí aumentar las precauciones, y no hacer ningún tipo de movimiento inusual hasta que se calmara la situación.

Pasadas unas semanas el ambiente se apaciguó, y aproveché uno de mis días libres para tomar un autobús hasta una localidad alejada que contase con su propia ferretería. Una vez compré las herramientas, a menor precio que en mi propia ciudad, me abofeteó la segunda consecuencia. O la realidad. O como diablos quieran llamar a la revelación que experimenté durante el trayecto de vuelta. Debía desistir en mi empeño de destripar el maletín. La tecnología era muy avanzada como para poder reproducirla con los medios tan precarios de los que disponía. A todas luces, estaba intentando llevar a cabo la trepanación de un cráneo con el cuchillo que usa el granjero para capar a los cerdos. Corría demasiado riesgo intentándolo de nuevo.

Foster se pasaba las horas comprobando que los maletines se le devolvieran intactos. Él no me lo había dicho, pero lo deduje por el

cambio en sus horarios. Al menor rasguño levantaría sospechas y entonces averiguaría dónde habían llevado a Murphy, porque escucharía sus maldiciones desde la celda de al lado.

Mi siguiente estrategia surgió al contemplar el comprobante de compra y mis nuevas herramientas desde la última fila del autobús. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Podía comprar un maletín al fabricante. Un objeto así supondría un gasto muy elevado, pero hay motivaciones en la vida para las que cualquier precio siempre es barato. Además, tenía dinero ahorrado. Hacía eones que no derrochaba en fiestas y nunca me había faltado trabajo. Pero, aun suponiendo que reuniera todo el dinero, no sabía cómo encontrarlo. Solo había una persona que pudiera conocer el dato e, indagar abiertamente con él hubiese sido como adentrarse hasta el cuello en aguas fangosas.

Aquella fijación de Foster que he mencionado hacia el estado en que le eran devueltos los maletines se estaba convirtiendo en un problema de salud mental. Su mirada, antaño clara y de inteligencia despierta, transmutaba a la del rey de un mundo cadavérico cada vez que se sumergía en el proceso de examinación. Estaba totalmente obsesionado con que alguien pretendía sacar el suero de Aston Hall. Hasta el punto en el que perdió la cordura e incrementó la seguridad de forma drástica.

Se establecieron controles al inicio y fin de cada turno en los que éramos meticulosamente cacheados. Durante un tiempo no era extraño ver al director como a uno más de los pacientes que vivían tras los muros. Deambulaba sin rumbo, rastreando algo en el aire que solo él era capaz de percibir. Se paraba en las esquinas a escuchar conversaciones con la mirada enturbiada por sabe Dios qué clase de ideas, e imaginaba mil confabulaciones que acabaron en más de una llamada telefónica a la policía con la consecuente intervención.

En mi caso, por suerte, conseguí pasar desapercibido durante este periodo tan convulso, pero vi con mis propios ojos cómo se llevaban esposados a más de un trabajador ante las extravagantes acusaciones del director.

El aspecto de Foster cambió radicalmente: Descuidó la vestimenta, el peinado y el perfume. Grandes y oscuras bolsas anidaron bajo sus ojos. De la nariz le asomó un vello negro y prominente, y su afeitado, otrora diario y bien cuidado, fue pasado por alto. Durante un largo tiempo solo vivió para controlar que los viales de los que nos hacía entrega llegaban a su destino, que los maletines no fueran forzados y que nada escondiéramos adosado a nuestro cuerpo. Su fijación llegó a ser tan desmedida que ordenó registros aleatorios de cualquier cavidad corporal en la que se pudiera ocultar un vial bajo pena de despido inmediato en el caso de que el trabajador se negara.

Aquella racha de locura transitoria terminó con una baja laboral de varios meses. Tiempo que Foster pasó recluido en una cabaña en las montañas. La cabaña era de la familia de su mujer y se encontraba en algún punto del Pirineo Francés que obvió concretar. No voy a engañarles, me alegré de esta circunstancia. Pensé que con el director fuera de combate se terminaría el exhaustivo control de los maletines, pero la realidad fue muy diferente.

Por aquel entonces, un hombre de ciencia como yo creía saber con seguridad dos cosas sobre el ejército. La primera, el ejército, geográficamente, tenía que ser un lugar muy ruidoso. En eso no me equivoqué. Y la segunda, la inteligencia de los soldados, dada su falta de objeciones a la hora de morir por la patria, tenía que estar por debajo de la media. En esto sí que me equivoqué. Supongo que, con estos datos, ya se imaginan quién asumió la dirección de Aston Hall. De la noche a la mañana, una desconocida delegación del ejército inglés, relacionada con operaciones especiales, se encargó de llevar a cabo el reparto de los viales. Cada tarde, los tranquilos jardines que rodeaban el edificio se convertían en un improvisado campamento.

La primera vez que los vi me faltó poco para entrar en pánico. Dos camiones de gran tonelaje traspasaron la linde y aparcaron bajo las copas de los árboles en los que vivía la colonia de gatos. Al menos veinte soldados bajaron de cada vehículo con sus respectivos aperos de supervivencia y combate. En menos de un minuto

defendían cada punto crítico del jardín. Hombres uniformados de un amenazante color pardo con boina roja sobre la cabeza.

Recordé entonces un dato que me dio un viejo médico que luchó en la Gran Guerra. «Hijo, créeme, la boina roja del ejército inglés puede salvarte la vida. Pero para ello tienen que ocurrir dos cosas: El francotirador debe creer que te ha dado de lleno en la cabeza, y tú has de tener la suficiente sangre fría como para no mover un solo músculo durante horas».

Vi a todos aquellos hombres desde una de las ventanas de la fachada principal. No solo me sorprendió la precisión con la que llevaron a cabo aquella pequeña invasión, sino lo preparados que iban para cualquier tipo de contingencia. De los bolsillos de sus pantalones sobresalían mapas, rollos de vendas y prominentes cuchillos atados con cinchas a la pierna. Recuerdo pensar que había estallado la guerra en Inglaterra. Pero luego sucedió algo. Los hombres echaron una rodilla a tierra y apuntaron con sus fusiles hacia la entrada. Cuatro de ellos descargaron un gran cofre de almacenaje de un camión. Observé aquello con perplejidad, pues, a pesar de la distancia, distinguí sin posibilidad de equivocarme que el cofre estaba hecho del mismo material que los maletines y el armario contenedor oculto en el despacho de Foster.

La compañía pasó allí la noche, atentos al pequeño campo abierto como si el enemigo fuera a asomar por la trinchera. Quise averiguar más sobre aquellos hombres y, una vez recogí mi maletín y cumplí con mis obligaciones médicas, busqué una habitación tranquila desde la que poder observarlos.

La habitación pertenecía a *Mrs*. Robbins. Una anciana de expresión afable con una fuerte obsesión por el orden y la limpieza. La ventana de su habitación era idónea para mi propósito, pues daba a la fachada principal desde un ángulo demasiado elevado como para que los militares pudieran verme. A mitad de la noche la anciana se despertó y se pasó las tres horas siguientes alisando mis ropas con sus propias manos, mientras yo observaba el exterior a la salvaguarda de las tinieblas.

No sucedió nada digno de mencionarse. Y esto me molestó.

Pues deseaba que la presencia de aquella compañía estuviera justificada por algo más que la protección del suero. La verdad me propinó un contundente golpe con la claridad del alba. El personal médico con permiso para la utilización del suero formaba fila frente a los dos hombres que dirigían la compañía. En pocos minutos todos los maletines fueron devueltos a los militares y los médicos pudieron salir de forma ordenada de la finca. Todos menos uno. Al apartarme de la ventana tropecé con el objeto que el militar de mayor rango echaba en falta en el cofre. Me había olvidado de devolver mi maletín.

Creo que no he corrido más rápido en toda mi vida.

7

Que el ejército tomara Aston Hall, en términos de salud mental, no fue una buena idea. Y desde luego no fue la clase de idea acorde a los valores de la institución. Pero supongo que quienes tomaron la decisión no vieron otro modo de hacerlo.

Las rodadas de los camiones destrozaron el jardín y la calma imperante en el edificio. Las rodadas no preocuparon a nadie. Con una pala, excrementos de oveja y una cuchilla afilada, la naturaleza volvería a su senda. Pero la cuestión de la calma sí que levantó unas cuantas ampollas, porque, al contrario que la hierba, esta rara vez rebrota tras el paso de la cuchilla. En la primera semana hubo muchas quejas; quejas que yo también presenté por escrito. Cualquier cambio en la rutina de los pacientes tenía malos resultados en la eficacia del suero, lo que se traducía en un importante retroceso de su salud. Al parecer, alguien de arriba escuchó nuestras quejas y los camiones, las tiendas de campaña y los soldados se esfumaron un sábado por la tarde haciéndonos creer que aquella noche no inocularíamos el suero. Pero los recursos del fabricante parecían inagotables y, al mismo tiempo que la compañía abandonaba los jardines, un nuevo modelo de contenedor llegaba en una flamante y alucinante montura: un Rolls Royce Phantom blindado para el combate.

Un entendido al que pregunté me dijo que solo se habían fabricado unas setecientas unidades y que podía sentirme un hombre afortunado solo por verlo, pues la mayoría se perdieron en la guerra o fueron exportados al continente asiático donde adquirieron el

sobrenombre de «Estrella de la India». Aquel modelo en concreto daba la sensación de contar una historia en la que abundaban las balas perdidas y las minas antipersona, aunque la carrocería luciera sin un solo rasguño. Tanto la pintura negra como sus enormes llantas plateadas resplandecían como si se lavara y encerara cada día por alguien que sabía lo cerca que el mundo había estado de perder aquel modelo único.

Solo era una corazonada que nunca pude constatar, pero a mí no me cabía la menor duda. Cada vez que aquel coche atravesaba la cancela de la finca tenía la sensación de estar viendo a un viejo soldado cuyo corazón se había parado para siempre en la profundidad de una trinchera. Y, sin embargo, algo bello y salvaje seguía manteniéndolo con vida a pesar del vacío que representaba aquella existencia alejada del ambiente hostil para el que había sido concebido. En el caso de aquel vehículo era un motor indestructible con el que se podía empujar cualquier cosa si el pavimento brindaba el agarre suficiente. Un V12 de casi 8000 cc cuya potencia, desaprovechada en aquellos paseos por la ciudad, clamaba en forma de vibración en el aire cuando el Phantom todavía ni siquiera asomaba el capó por la avenida. Ya a un kilómetro de distancia las aves levantaban el vuelo y los gatos huían despavoridos creyendo que se acercaba el fin del mundo.

Los hombres, llevados por la certeza de que jamás podríamos gobernar un puesto de conducción como aquel, nos congregábamos en la calle para verlo llegar. Un par de veces vi a un paciente llorar al contemplarlo desde la distancia. Creo que la ancianidad le hacía sentirse igual de desaprovechado que aquella maravilla de coche.

En su interior siempre iban los mismos dos jóvenes. Dos hombres que nada habían hecho en su vida para merecerlo salvo pertenecer a aquella delegación secreta encargada de traer el suero. Bajaban el contenedor del maletero y lo trasladaban al edificio de mantenimiento. No llevaban armas de gran calibre, pero sí pistolas que no se preocupaban en ocultar bajo el zarandeo de las gabardinas abiertas. El reparto del suero se hacía dentro de aquel edificio que olía a grasa de motor, desinfectante y cebo para roedores;

supuestamente lejos de las miradas de los espías que pudieran estar infiltrados en la organización.

Fue una etapa tranquila, sin muchos sobresaltos, que me permitió estudiar desde la distancia a estos dos hombres y llegar a unas conclusiones que suscitaron nuevas e increíbles preguntas. Aquel par rara vez hablaba en presencia de los trabajadores y, si lo hacían, se susurraban palabras al oído que nadie más podía escuchar. En ocasiones se comunicaban mediante códigos secretos que redundaron, demasiadas veces, en cabeceos y absurdos gestos de mano con los que no llegaban a entenderse.

En una ocasión, un paciente perturbado agredió a uno de estos jóvenes lanzándole un calzón impregnado de orines al grito de: «¡Jorge es el verdadero rey!». El soldado reaccionó con violencia, descuidando la calma inherente a hombres de su condición, abofeteando al paciente y propinándole una fuerte patada en el pecho. Cuando el hombre cayó al suelo, le escupió encima al grito de «¡Bastardo inglés!». Después se alejó a grandes pasos hacia un lugar en el que yo me encontraba de forma casual. Observé en silencio, desde una oquedad oculta en sombras. El soldado, al creerse en soledad, se limpió el rostro con un pañuelo que lucía un bordado heráldico desconocido. Aquel hecho, en apariencia sin importancia, despertó en mí una oleada de sospechas que terminaron revelando un secreto extraño e incomprensible.

Comencé a seguir a estos individuos por los jardines. Eran escurridizos, sobre todo antes de repartir el suero, pero una vez realizaban su cometido, y el contenedor quedaba vacío, se relajaban hasta el final del turno de noche, momento en que devolvíamos a sus manos nuestros maletines que custodiaban hasta el día siguiente. Tras estudiar sus costumbres, me percaté de que el mejor momento para observarlos y recabar información se daba a mitad de turno, pues, por muy entrenados que estuviesen, llevaban bastante mal el horario nocturno.

A partir de las dos de la madrugada, ambos soldados bostezaban y se frotaban los ojos como niños a los que hubieran sacado de sus camas. Ante esta situación, si el tiempo lo permitía, solían pasear

por los jardines fumando y bebiendo de un termo que lanzaba su cálido aliento al cielo. Su aventura culminaba a orillas del estanque; lugar que consideraban lo suficientemente apartado como para dejar de guardar la compostura. Allí bebían de sus respectivas petacas y, a veces, sin importarles que alguien pudiera mirarlos desde los ventanales, se desabrochaban los pantalones y orinaban en el estanque entre carcajadas. Tenía tal curiosidad por averiguar más sobre el extraño comportamiento de aquellos hombres, que una noche los espié desde las ramas de un frondoso árbol. Creyéndose a salvo, los escuché hablar entre ellos. Algunos sucesos casaron, como aquel comentario de «Bastardo inglés», sin embargo otros despertaron increíbles incógnitas que necesitaba resolver. Su acento era perfecto a oídos de cualquiera que no estuviera familiarizado con las modulaciones de la voz. Pero en mi caso ya había escuchado hasta la saciedad a un ruso intentando pasar desapercibido.

Durante algunos años de mi infancia, mi padre tuvo un amigo llamado Nikola Levenov. Era un hombre alto de prominente hueso mandibular y mirada estrábica y enturbiada. Su espalda era tan ancha como el colchón en el que dormía y sus ojos parecían estar permanentemente aquejados de febrícula. Levenov nació en Moscú, pero a la edad de ocho años sus padres se instalaron en Inglaterra, huyendo del ambiente hostil y las protestas que estaban a punto de alzarse en las calles. A pesar de su corto paso por Rusia, Levenov tuvo tiempo suficiente para adueñarse de todos los estereotipos del ciudadano de su país. Fumaba como un autómata cuyo combustible fuera el apestoso humo de aquellos cigarrillos rusos que siempre pendían de su boca. Tenía los dientes amarillos y las encías tan negras como la extremidad putrefacta que termina siendo amputada para brindarle una oportunidad al cuerpo.

Una vez, recuerdo, sufrió un persistente ataque de tos en el salón de nuestra casa que concluyó con uno de sus dientes rodando sobre la alfombra. Ante mi cara de estupor, Levenov pegó un talonazo a la pieza dental, que ocultó bajo el sofá, y me sonrió con aquel agujero que más bien parecía la quijada de un asno que llevara media década pudriéndose en el fondo de un lago.

El ruso también bebía vodka en cantidades tan ingentes que, para dar cabida a su alcoholismo, debía abastecerse de un tropel de licorerías de distintos barrios de la ciudad. Era pintor, especializado en ilustraciones religiosas y retratos tan realistas como el reflejo de un espejo.

A pesar de su incuestionable talento, nunca llegó a despuntar como un exitoso artista porque gustaba de ensuciar su obra con trazos pesados y atmósferas neblinosas que no terminaban de agradar al gran público. No obstante, Levenov contaba con un puñado de empresarios adeptos; espíritus marginales, perdidos en el alcohol y los burdeles, que habían encontrado en sus cuadros la respuesta a una realidad que a la mayor parte le pasaba desapercibida. Tales personas se encargaban de que al ruso no le faltaran materiales ni el vicioso combustible imprescindible para sumergirse en los trances que le llevaban a dar vida, por nombrarlo de alguna forma, a su particular obra. Aun así, el apetito del ruso por el vodka era tan desmedido que, durante algunos meses del año en los que la climatología dificultaba la importación por vía marítima, su hígado y pinceles se quedaban, literalmente, en el dique seco. Ante esta situación, Levenov solía refugiarse en nuestra casa, donde mi padre le ayudaba a aplacar la abstinencia con fuertes licores que recogía de las basuras y que él mismo mezclaba en cacerolas con el fervor de un alquimista. Recuerdo uno en particular, aderezado con un trozo de panceta de cerdo del tamaño de una rata, cuyo olor impregnó el ambiente de la casa y persistió en mi almohada durante meses.

A pesar de estos combinados explosivos, el ruso seguía echando en falta el vodka y, aunque durante días podía mantener una aparente normalidad bebiendo de la teta de estos brebajes, si las licorerías tardaban demasiado tiempo en solventar la escasez de vodka, terminaba perdiendo los nervios por la abstinencia. Cuando esta sombra le cubría, se desvanecían sus habilidades artísticas.

Sus manos no podían sostener el pincel frente al lienzo y la mezcla de los colores en su paleta perdía las inusuales características que eran firma de su obra. Conforme pasaban los días, sudaba y

temblaba tanto como un hombre al borde de la muerte y, alcanzado este fatídico punto, perdía el control sobre su lengua y su verdadero acento salía a relucir. Algunas veces deliraba en un extraño idioma mezcla de todas las lenguas que hablaba, y mi padre lo ataba con correas a una cama del sótano, cerca de mi madre, donde ambos seres desdichados pasaban los días hasta que algo en su estrella hacía que cambiara su suerte. En el caso de Levenov, la suerte llegaba con el buen tiempo y con el amarre de los barcos que traían su apreciado destilado. En el caso de mi madre, aquel golpe de suerte continuó haciéndose esperar.

Podía decir que estaba bastante seguro del origen de los militares, pero necesitaba constatarlo. Aquel acento que vislumbraba bajo la marcada entonación de las vocales podía ser solo producto de mi imaginación. Supongo que Foster, de haber estado allí, habría coincidido conmigo. Pero su obsesión, responsable de la situación, le había llevado a un forzoso retiro, y yo no tenía cabaña ni montañas en las que caerme muerto. Necesitaba oírlos hablar en ruso para tomar una decisión. Acudiría a las autoridades en caso de que mis sospechas fueran acertadas, y después veríamos. Para ello tracé un plan que les obligara a mostrar lo que ocultaban bajo aquellos uniformes ingleses. Lo de trazar es un mero formalismo. Una palabra que queda bien sobre el papel. Porque el trazo era errático y perdido, y nada salió como lo planeado.

Mr. Watson era un gigante. Un hijo de las montañas de dos metros de altura que había dedicado su vida al oficio de la piedra. Hasta los cuarenta años su vida iba bien, pero entonces comenzó a jurar ante sus compañeros que las rocas que cortaba en la cantera le susurraban que no lo hiciera. Cuando llegué a Aston Hall tuve una primera conversación con Foster en la que se me ponía al corriente de la peligrosidad del paciente. «Es un caso de manual. Con uno solo de sus episodios psicóticos habría bastado para escribir el *Dementia praecox*».

Me tomé muy en serio el asunto de este paciente. Por suerte no estaba a mi cargo, pero procuraba estar atento a su estado para intentar evitarlo en el caso de que estuviera atravesando una crisis.

La mayoría de las veces iba acompañado de una cuadrilla de celadores que controlaban con exactitud sus pasos, pero, en ocasiones, cuando la gripe o el resfriado diezmaban la plantilla, la situación obligaba a que marchara con menos.

Siempre recordaré aquella hoja del calendario. Era la noche del último domingo de un mes en el que uno a uno pasamos por un fuerte proceso gripal. Por suerte, yo ya estaba recuperado. *Mr*. Watson iba camino de su habitación. No se engañen, era una auténtica celda de seguridad, pero el uso de este término estaba desaconsejado en Aston Hall. Un celador joven y enjuto le acompañaba. Un examen médico de este sujeto habría revelado una ligera febrícula que cursaba desde hacía varios días. Además, el personal masculino encargado de los pacientes solía lucir como luchadores recién salidos del cuadrilátero, pero aquel chico ni siquiera rellenaba las ropas. Seguramente trabajaba allí porque era el sobrino de alguien, y un hospital psiquiátrico no es lugar para el favoritismo, porque, a pesar de los tratamientos, las cosas se torcían a menudo. Y cuando ya estaban torcidas, nada devolvía tan rápido la normalidad como unos brazos bien fornidos.

Esto que voy a contarles era un secreto a voces; la clase de secreto que era mejor pasar por alto por las complicaciones burocráticas que podía desencadenar. Algunos… Bueno, muchos. Mejor dicho; todos. Todos los pacientes desarrollaron cierto grado de dependencia al suero. Supongo que todavía me cuesta dejarlo por escrito, porque la institución fue muy concreta a la hora de que dejáramos pasar esta circunstancia. El suero enganchaba, y los pacientes esperaban el momento del pinchazo con algo más que unas simples ganas.

Como en casi todo había un patrón, y se daba la circunstancia de que, quienes más ansiosos esperaban el siguiente pinchazo, solían tener menor capacidad de entendimiento, bien por el estado de su enfermedad o porque fueran cortos de nacimiento. En el caso de Watson convergían ambas razones, por lo que había que tener cuidado cuando se aproximaban las veinticuatro horas desde su última inyección. Aquella noche el plazo estaba casi vencido y,

aunque Watson transitaba con aparente normalidad de regreso a su habitación, los signos de abstinencia en él eran reconocibles incluso desde la distancia. El sudor marcaba sus axilas. Las manos temblaban ligeramente. El flequillo se pegaba a su frente y la piel lucía con una vaga tonalidad amarilla.

Yo había salido a fumar. Aunque en realidad era una excusa, desde allí podía verlos sin que se percataran de que les vigilaba a través de la puerta acristalada.

La noche era fría y despejada. Se me hacía extraño contemplar estrellas hacia las que se elevaba con velocidad el humo de mi cigarro. Los tipos del Rolls Royce, a su vez, fumaban dentro del coche, ajenos a las rutinas de Aston Hall. El celador llevaba a Watson por la muñeca. La punta de la porra le caía en los riñones. Aunque no creo que fuera consciente de lo que significaba aquel punto de presión. Todo el mundo se apartaba a su paso. Algunos médicos se atrevían a saludarlo. Pero en el fondo aquellos leves cabeceos solo marcaban el pistoletazo tras el que aceleraban la marcha. Watson no parecía percatarse del temor que despertaba en los otros. Su conciencia estaba ocupada en doblegar la abstinencia que se apoderaba de su cuerpo. Solo unos metros más, pensaría el gigante. Solo unos metros y la inyección acabaría con todo: las voces, el temblor de las manos y, por supuesto, el sudor.

Me fijé en él cuando casi estaba delante de la puerta. Tenía peor cara que cualquier otro día. La gente también debió fijarse en este hecho y despejaron el vestíbulo como si en el suelo yaciera el cadáver de una res supurando esporas de ántrax. Tiré la colilla al suelo y entré con prisas en el edificio.

—Disculpe —me dirigí al celador—, ¿sabe si ya se ha hecho el reparto de los viales?

—¿Los viales? —preguntó con cara de circunstancia.

—Sí, el suero. ¿Sabe si hoy harán doble reparto?

El celador miró por encima de mi hombro. Sin duda buscaba el Rolls Royce, aunque no sé si realmente quería darme una respuesta o empezaba a tantear la posibilidad de que los militares le sacaran de la que se le venía encima.

—El agua —dijo *Mr*. Watson—. El agua verde.

Tenía la voz grave y profunda. La clase de voz idónea para contar historias junto al fuego. De repente me percaté de lo milagroso que era el suero. Nunca había escuchado a Watson. Y sin embargo, bastaba con mencionar el medicamento para que aquel hombretón abriera la boca.

—¡Eso! ¿Ve? Este hombre sabe a lo que me refiero. ¿Le han dado ya su agua?

Estaba jugando sucio. Por todos los infiernos que lo sabía. Pero yo tenía un propósito, y aquella era la única forma de conseguirlo. *Mr*. Watson centró la vista un momento. De su boca entreabierta se descolgó un elástico hilo de baba. Me miró, aguardando a algo. Intuí que hacía amago de subir el brazo. Sus ojos buscaron una inyección en mis manos que no iba a proporcionarle. Sentí miedo.

—Pero, pero… —titubeó el celador.

—¿No deberían haberlo hecho ya esos hombres? —dije, señalando a los ocupantes del Roll Royce.

—Agua. Agua verde.

Mr. Watson se percató de la existencia del coche. No sé si entendía la situación, pero mucho me temí que los militares tendrían que explicársela.

El celador intentó detenerlo. Yo a su vez intenté detenerlo a él. Tenía la piel ardiendo. Sus ojos brillaban a causa de la fiebre y terminó siendo arrastrado como un zapato enganchado por el cordón al tobillo. Me aparté a un lado un instante antes de que el gigante me pasara por encima. Por un momento estuve convencido de que saldría a través del cristal, pero terminó asiendo el picaporte.

—¡Llame a seguridad! —gritó el celador, descargando la porra sobre la espalda de *Mr*. Watson.

Lo cierto es que pensé en llamarles, pero no se puede decir que corriera a hacerlo. Cuando ideé aquel plan no pensé en los daños colaterales. Uno nunca se pone a pensar en ellos cuando se tiene tan a mano un objetivo que puede rozar con los dedos. Y los hubo. Pocos, pero de los que te roban el sueño durante meses.

Watson corrió hacia el coche, vociferando aquellas dos palabras

que era incapaz de contener. «Agua, verde, agua, verde». El celador descargaba la porra sobre su espalda. La diferencia de corpulencia era más que considerable, pero una porra es una porra y Watson, a pesar de no estar en sus cabales, se detuvo después del último golpe. Miró al hombrecillo con cara de «¡Eh, cuidado! Podrías romper un frasco de agua verde con eso». Entonces estiró su brazo y le rodeó el cuello con una mano. La porra cayó al suelo, los pies quedaron colgando.

Recuerdo que me vino a la mente la imagen de una novela ilustrada que había leído de pequeño. Trataba del Oeste Americano y de cómo el *sheriff* de un pueblo detenía y colgaba en la horca a una banda de villanos. Comencé a gritar justo después del crujido del cuello. Me pareció increíble haberlo escuchado. Los pies del celador dejaron de caminar en el aire. Para entonces los militares del Rolls Royce llevaban ya un rato fuera del coche contemplando una escena que parecían no comprender del todo.

Watson abrió la mano y el cuerpo sin vida del celador cayó al suelo. Me dio la impresión de que los cuervos del tejado graznaron. El militar más cercano a Watson intentó desenfundar el arma cuando el gigante se volvió hacia él. «Agua, verde. Agua, verde». El otro intentó volver al interior del vehículo, pero no atinaba con el tirador de la puerta. Watson avanzaba. Sus pies aplastaron la hierba y se embarraron en las rodadas de los camiones. El copiloto consiguió abrir el coche al tiempo que el otro sacaba su pistola y apuntaba a la cara del gigante. Watson fue mucho más rápido, propinándole un puñetazo formidable.

Recuerdo los «ouch» y los «ains» de las personas a mi alrededor, viendo cómo la mandíbula del militar se desplazaba lateralmente hasta el punto de no poder retornar a su posición.

El segundo puñetazo fue aún más estremecedor. El movimiento nació desde la base de la cintura. Fue el tronco el que empujó la mano y no solo el brazo el que llevó aquel puño del tamaño de un pollo hasta el rostro del militar.

El cuerpo describió una parábola perfecta antes de caer sobre el capó del Rolls Royce. La carrocería blindada absorbió el impacto y

el militar, inconsciente o medio muerto, no se movió del sitio. Su compañero gritó desde el otro lado del coche, pero yo solo pude leer sus labios porque la gente se concentraba a mi alrededor y clamaba pidiendo auxilio.

No era inglés. De eso estaba tan seguro como de que Watson tenía el mejor gancho de derecha que había visto en mi vida. El personal de seguridad salió al fin al exterior. El aire de la noche nos abofeteó el rostro. Húmedo y frío, pero lleno de palabras desconocidas. Creo que nadie más se dio cuenta. Había costado una vida. Dos si el militar no volvía a levantarse del capó. El compañero no dejaba de vociferar improperios en ruso. Creí que también moriría, pero entonces un tropel de hombres armados con porras se abalanzó sobre Watson. Los golpes llovieron como estrellas fugaces de agosto. Tuvo suerte de ser un gigante. O no. El caso es que cualquier otra persona no habría soportado esa paliza. Cuando le redujeron y se lo llevaron a rastras en estado semiinconsciente, un par de sanitarios atendieron a los heridos. El celador nunca más se levantó del suelo. El militar de la mandíbula rota fue operado esa misma noche. Su compañero se despidió de él en inglés. Seguirían engañando a todos. Pero no a mí. El ejército ruso danzaba por los jardines. Pensé que no debía extrañarme. Aquel era un lugar en el que, por encima de todo, imperaba la locura.

Al saber que los soldados eran hombres del ejército ruso, deseché la idea de contactar con el proveedor que abastecía a Aston Hall. Simplemente porque comprendí que, el proveedor comercial, la empresa a la que había pensado comprar material, no existía. El suero y los materiales que utilizaban para su transporte se encontraban en una esfera inalcanzable e incomprensible para mí.

¿Por qué el gobierno permitía que tropas del ejército ruso anduvieran con libertad en suelo inglés? ¿Y por qué ellos nos suministraban el suero?

Aquellas preguntas, durante semanas, bulleron en mi cerebro. Cada noche me acostaba en mi cama, mirando de reojo la línea que yo mismo marcaba en una botella de *whisky* añejo que, dado el pasado de mi padre, me había jurado no traspasar jamás en el plazo

de un solo día.

Las preguntas rondaban en mi cabeza, agitando mis sueños e imposibilitando mi descanso y, mientras tanto, el tiempo corría en el sótano. Aquel lugar húmedo y oscuro por el que pululaban roedores e insectos cada vez debía parecerse más a la mente de mi madre. Como si la gravedad de su perturbación estuviera infectando cuanto la rodeaba. A mi madre se le acababa el tiempo y, de alguna forma, a mí también.

8

Mi ánimo se derrumbó. Dos hombres habían muerto ya por mi culpa. Tras años de mantenerme estable y todo lo mentalmente fuerte que permitía mi circunstancia, me vine abajo en el plazo de una sola jornada. Los recuerdos de aquel día se hallan sumidos entre capas de un cortinaje neblinoso e impenetrable.

La tarde anterior no solo había sobrepasado la marca de la botella, sino que acabé con ella y con la mitad de otra hasta que perdí el conocimiento y pasé la noche tendido sobre la alfombra del salón. Desperté con una fuerte resaca y una marca de tejedura en el lateral derecho de mi cara. Un dolor pulsátil laceraba mi cabeza y sentía el estómago revuelto. La sola visión de la botella rota en el suelo me produjo fuertes e improductivas arcadas.

Pasé una hora sumido en la nada. Sesenta minutos en los que no tuve un solo pensamiento con el peso suficiente como para recordarlo, hasta que recuperé cierto ánimo y me dispuse a preparar café en la cocina.

La llama del fogón también me insufló aliento, pues, aunque no tenía aún la suficiente conciencia como para haberlo constatado, la temperatura había descendido varios grados. En algún momento de la noche el fuego poco alimentado se consumió, las brasas se atenuaron y las condiciones meteorológicas empeoraron. El agua hirvió y pasó a través del embudo para acumularse en el depósito de la cafetera. La estancia se inundó de un delicioso aroma a vainilla y granos tostados. Mis oídos agradecieron el burbujeo del café cuando las últimas gotas tornaron a vapor. Reaccioné a aquellos estímulos

asociados al de un despertar menos turbulento, y capté un matiz diferente en el ambiente en el que hasta entonces no había reparado. Comprobé la hora en mi reloj, pues encontraba la escasa luz que se colaba a través de las rejillas de la persiana distinta; como diluida por una vidriera de tonos claros y amarillentos.

Abrí la persiana de golpe. Una bandada de cuervos levantó el vuelo de las numerosas y esqueléticas ramas de un árbol cuando mi cara asomó del otro lado del cristal. Penachos de nieve cayeron a los pies del tronco produciendo golpes sordos.

La ciudad bullía de una clase de vida distinta y circunstancial. Birmingham estaba cubierto por un manto blanco de veinte centímetros. En las calles, impolutas, los niños moldeaban muñecos y se lanzaban bolazos al cuerpo y rostro a pesar de que el cielo seguía cubierto de densos nubarrones oscuros. No podía descartar una nueva nevada y, con la bajada de temperaturas que traería la noche y la consecuente helada del pavimento, veía difícil acudir a mi puesto de trabajo cuando cayera el sol. Volví a bajar la persiana, hastiado por aquella circunstancia, y me concentré en mantener la casa caliente, pues, si la estancia en la que me encontraba era tan fría como para entumecer mis huesos, el sótano en el que se encontraba mi madre era mucho peor.

Tras tomar el café y un desayuno ligero, bajé al sótano y encendí un vigoroso fuego en la chimenea. El artilugio, de hierro forjado, tenía una placa descriptiva que detallaba su procedencia. Era de fabricación canadiense. Supuse que, de haber podido, habría contado una historia truculenta en la que las ratas y el olor a madera húmeda serían los protagonistas en la oscuridad de la bodega de un barco. Era pequeña y cilíndrica, como una cacerola en la que se pudiera cocinar para una familia numerosa. El tubo recorría las tres paredes restantes de la habitación, salvando los ángulos mediante numerosos codos, antes de desaparecer en el techo hacia la planta superior. El aspecto de aquel apéndice ennegrecido por el hollín y el paso de los años era el de una larga y segmentada pata de araña. Imaginé que, en la recóndita cabaña de un profundo bosque, lugar para el que estaba diseñada, habría lucido de un modo menos

siniestro que en la penumbra de aquel sótano.

Coloqué velas alrededor del cuerpo de mi madre. Lo hice sin percatarme de lo que estaba haciendo. Llevaba años sin retomar aquella costumbre y de pequeño lo hacía con frecuencia porque otorgaban al acto de cuidarla un carácter especial. El nivel de detalle que contemplé me resultó escalofriante y, sintiendo una mezcla de miedo y repulsión, las apagué una por una. Mis experimentos la habían deteriorado hasta el punto de no hallar el valor para enfrentarlo.

Cerré los ojos unos segundos, deseando que su figura se diluyera en la negrura. Pero no se iba. Juro por Dios que pude contemplarla con absoluta nitidez durante largos minutos. El volumen de su cuerpo se diluía bajo el camisón, haciendo imposible distinguir sus piernas, salvo en las rodillas, donde los huesos habían crecido en contundentes nódulos calcáreos que soldaban la articulación. Los ojos miraban al techo, hacia aquel agujero por el que desaparecía el tubo de la chimenea. Bajo el colchón de la cama guardaba una libreta en la que anotaba cada cambio, cada pestañeo, cada minúsculo movimiento o temblor en las falanges de sus dedos. Pero nada. Llevaba años petrificada. Y meses con los ojos fijos en aquel punto, donde debía ocultarse la gigantesca araña dueña de aquel apéndice.

Dejé caer la libreta al suelo y agarré su mano entre las mías. La ligereza era alarmante. Lloré en silencio durante un tiempo, contemplando las llamas y dejando que los restallidos y chispazos de la madera me sacaran de cuando en cuando de la cadena de pensamientos que se sucedían en mi cabeza. ¿Cómo alguien podía trasladar a Inglaterra una chimenea desde Canadá y yo no era capaz de traer uno de aquellos pequeños viales desde el trabajo?

En la calle, la borrasca retomó su peor cara y descargó copiosos copos que cayeron con la ligereza de las hojas de otoño. El único ventanuco del sótano que daba a pie de calle pronto quedó totalmente cubierto por la nevada, oscureciendo aún más aquel lugar en el que el tiempo parecía discurrir al capricho de un dios malvado y desprendido. Habría de pasar una semana, o dos, hasta que toda

aquella nieve que pronto se convertiría en hielo se descongelara.

Y fue en ese precario momento cuando encontré la respuesta que tanto tiempo llevaba buscando.

El suero se conservaba a menos dieciocho grados, pero no podía inyectarse a esa temperatura a pesar de estar en un estado relativamente líquido. Necesitaba de una temperación para que el paciente no sufriera los efectos secundarios derivados de inyectar una sustancia a semejante temperatura en el interior de su cuerpo. La temperación debía ser meticulosamente controlada, puesto que un solo minuto marcaba la diferencia entre un suero en condiciones estables con una potente luminiscencia verde, de un líquido apagado y transparente. El tiempo que debía transcurrir entre que se sacaba el suero del maletín y la aplicación en el paciente era de quince minutos exactos.

Necesitaba mudarme a un lugar más cercano a Aston Hall; necesitaba estar a menos de quince minutos del trabajo.

9

La nieve tardó cinco días en fundirse, pero allá donde la imponente altura de los edificios sombreaba las calles, el manto blanco se mantuvo hasta el inicio de la que fue la primavera más inusual que haya vivido. Yo regresé al trabajo al tercer día, con paso lento e inseguro, pues, tal y como sospechaba, las noches traían una brutal bajada de temperatura que convertían los restos de nieve en una masa resbaladiza por la que era imposible transitar sin peligro. Pero el esfuerzo que hice en las calles tuvo su recompensa. Finalmente, la firme mano que gobernaba la institución había regresado a casa.

Dados los acontecimientos, dos meses fue un tiempo que a mí se me pasó en un suspiro. Había invertido cada uno de mis días en perseguir un misterio que no estaba preparado para resolver. La presencia de los militares escapaba a mis capacidades y, la de su nacionalidad, a toda lógica.

Con el regreso de Foster estas cuestiones dejaron de tener importancia, ya que, como el mago blanco de una saga fantástica, su partida trajo un periodo convulso y su vuelta, la luz que disipó estas sombras.

Nada volvió a saberse de los extraños hombres del ejército ruso. A todos los efectos, fue como si se los hubiera tragado la tierra o hubiesen sido arrastrados por una de las fuertes ventiscas que asolaron la ciudad en aquellos días.

Foster estaba en el edificio. Nadie me lo dijo y, sin embargo, flotaba en el ambiente cada uno de los perfumes inherentes a su persona: la colonia varonil, la loción para el afeitado y el jabón con el

que lavaba la ropa.

Ardía en deseos de saber cómo el elegante director justificaría lo sucedido durante su ausencia.

No había salido todavía del vestuario cuando un compañero me pasó el mensaje de que Foster me hacía llamar a su despacho.

Tal debía de ser el estado de alegría del director, que el sonido del gramófono llegó mucho antes a mis oídos de que yo pudiera contemplar la puerta de su despacho. Sonaba una obra de concierto orquestal del compositor ruso Ígor Stravinski, llamada La consagración de la primavera. Los violines, las tubas y los oboes, entre otros muchos instrumentos que el director me había ayudado a identificar durante nuestras charlas, llenaban los pasillos del psiquiátrico de una atmósfera alegre y foránea. La pieza se escribió para la compañía de *ballet* ruso que actuó en París durante la temporada de 1913. Ya la conocía, claro, pues Foster, no sé bien si en plena conciencia, me instruía en una de las disciplinas de las que él más disfrutaba.

Instantes antes de tocar a la puerta, me percaté de un hecho que cambió el paradigma mental en el que iba sumergido. Mi intención era, mediante la plática, la cual yo dominaba con una sutileza superior a la del director, sonsacarle información acerca de lo sucedido durante su ausencia. Pero el hecho de que en el despacho del director de un hospital inglés sonaran casi constantemente piezas musicales rusas, elevaron en mí las sospechas de que Foster podía ocultar secretos inimaginables. No podía ser que muchas de las piezas musicales que escuchaba, de tan rabiosa actualidad, hubieran caído en manos del director sin que este no mantuviera un contacto directo con la alta sociedad rusa que le instruyera acerca de los jóvenes talentos del país. Sin embargo, y en contra de mis expectativas, fue el propio Foster el que me invitó a tomar parte de aquella conversación, en la que la farsa estuvo tan presente que habría podido ocupar uno de los asientos libres de su despacho.

—¡Pase, pase! —insistió tras mi llamada con los nudillos—. ¿Ha tocado varias veces? Quizá no era consciente del volumen —sugirió mientras giraba la ruleta del gramófono en sentido contrario a las

agujas del reloj—. Pero, ¿quién puede reprocharle la felicidad a un hombre contento? ¿No es así, mi querido Brown?

No supe contestar de inmediato, pues la energía que emanaba resultaba apabullante. Su sonrisa, la precisión de sus movimientos, la fuerza con la que se desplazaba al cruzar el despacho; todo en él parecía desmedido y a la par sumamente controlado. Su aspecto era radiante, como el de un hombre que hubiera cogido la jubilación cuando aún le restaban décadas de trabajo. Tenía la piel tostada por el sol y la intemperie de la montaña, y había ganado unos kilos que le rellenaban las mejillas y le torneaban los músculos de las piernas. Supuse que los numerosos paseos por los escarpados senderos de los Pirineos serían los responsables de la llamativa mejora en su aspecto y estado de salud.

—¿Qué le ocurre, *Mr.* Brown? ¿Acaso le ha comido la lengua el gato? —preguntó con una sonrisa resplandeciente.

—Le noto… distinto —dije, convencido de no hallar un adjetivo mejor para la ocasión.

—Tome asiento. —Señaló el sofá de cuero—. ¿No habrá dejado usted de fumar, verdad? —bromeó.

Negué con un movimiento, mientras intentaba esbozar una sonrisa que me costaba cincelar.

—Fantástico, fantástico. Porque le he traído un regalo.

Foster me pasó una preciosa bolsa de terciopelo verde oscuro. El contenido se reveló en el mismo instante en el que la tomé en mis manos.

—Es una auténtica Peterson —dijo cuando saqué la pipa de la bolsa.

La verdad es que era una maravilla. Nunca me habían hecho un regalo tan caro y personal, y no pude más que quedarme absorto apreciando la fuerte sensación de calidad que emanaba de aquel objeto. Montaba un hornillo modelo Dalkey Cumberland con una cánula bastante larga. Maderas nobles, muy bien pulidas, agradables al tacto.

—Es única. Especialmente fabricada para usted y para la clase de tabaco que fuma.

No supe qué contestar ante tal regalo y asentí despacio, mostrando tanta confusión como agradecimiento.

—Francia es un lugar interesante —continuó—. Resulta que las pipas Peterson, aunque son originarias de Inglaterra, se fabrican en suelo galo. Al parecer el roble francés produce un tipo de madera idónea para fumar tabaco. Y también para sus complejos *châteaus*. El universo debió crear esos robles para el deleite de los hombres, ¿no le parece?

Se detuvo, pensando sus siguientes palabras. Yo no podía dejar de mirarle. Parecía haber rejuvenecido diez años desde la última vez. Hasta su cabello lucía fuerte y con menor cantidad de canas.

—¿Le parece que lo comprobemos? —sugirió.

—Por supuesto —acepté.

Mientras preparaba la pipa, Foster se acercó al mueble bar y dispuso dos *whiskies* añejos en unos elegantes vasos de cristal que, como comentó más adelante, también eran un recuerdo de Francia.

Se sentó frente a mí, ofreciéndome el vaso. El *whisky* era de excelente calidad, como todo lo que rodeaba a aquel misterioso hombre. La leña ardía con viveza en la chimenea y el ambiente del despacho era agradable y propicio para que el presente saliera de escena dejando paso a las historias. Historias de tiempos tan lejanos y perdidos que encabezamos con la palabra antaño.

Stravinski seguía deleitándonos a bajo volumen como un murmullo lejano del oleaje en el caserón que se alza sobre el acantilado. A veces, debía detener la respiración para saber si aquel gramófono seguía funcionando y, cuando lo hacía y mis oídos rescataban al sonido del olvido, la obra me parecía una ensoñación, un canto de sirena por cuya existencia el marinero se pregunta en cubierta.

Brindamos.

—Ha mencionado que me encuentra diferente —recordó cuando el tabaco estuvo prensado y las pipas ardieron por primera vez. Foster también estrenó una para tal ocasión, por si no lo he mencionado.

—En el buen sentido —me apresuré a decir.

—En el extraordinario sentido —bromeó.

Asentí, contagiado de su buen humor.

—Es el suero, *Mr*. Brown. Esa medicina es un milagro. Sí. Me he tratado yo mismo. Llegué a un estado en el que… En fin, prefiero no ahondar en ese punto, por respeto a mi integridad.

Quise guardarme mis conclusiones, pues llevaba ya meses inyectándolo y, si bien los resultados siempre eran positivos, a veces extraordinariamente positivos, no lo hubiera descrito como un milagro. No es que no fuera efectivo, pues de haberlo considerado así hubiera abandonado el hospital meses atrás cuando aparecieron los militares rusos y la cotidianeidad se llenó de ametralladoras y fusiles de asalto. El suero funcionaba, pero había un grupo de pacientes en los que su eficacia encontraba resistencia. O quizá solo era mi percepción dada la prisa que yo tenía por resolver una enfermedad como la que padecían. Una enfermedad muy similar a la de mi madre.

—Sé lo que está pensado, *Mr*. Brown. Tenemos pacientes que llevan en tratamiento desde que abrimos el hospital y sin posibilidad inmediata de abandonarlo. Solo quiero decirle que es normal. El hecho de que yo mismo lo haya probado, y a la vista están los resultados, refuerza la idea de lo que venimos haciendo en este lugar.

—Entiendo —dije, arrancando una densa bocanada a mi nueva pipa. Tiraba con fuerza, facilitando la percepción de los sabores. Foster no había mentido. La pipa estaba diseñada para el tabaco que yo fumaba, de brizna generosa y combustión lenta. Un auténtico hacedor de locomotoras.

—Los resultados del suero dependen, en gran parte, de la voluntad del paciente. Cuanto más pone este de su parte, mayor es su poder de sanación. Por eso mismo, quizá en esos pacientes a su cargo, aquejados de síndrome de cautiverio, los efectos aún tarden tiempo en revelarse. Pero, una vez que lo hagan, una vez que den la cara…

—Será como la consagración de la primavera —me adelanté, aludiendo al título de la obra que estaba a punto de terminar.

—¡Válgame Dios, *Mr*. Brown! ¡Qué mente más despierta! Creo

que por eso disfruto tanto de nuestras conversaciones. —Guardó silencio, llevándose el vaso a los labios. Terminó el *whisky* de un trago, como si necesitase de la turbiedad del alcohol para lo que diría a continuación—. Voy a darle una gran noticia. En primicia, por supuesto. Esto no puede salir de aquí, al menos hasta que lo comunique de forma oficial al resto de la plantilla.

—Ya sabe que puede confiar en mí —añadí, animado por el creciente calor que brindaba la bebida.

—Hemos recibido una nueva versión del suero —Lo soltó de golpe, como si llevara meses sujetando una irrefrenable incontinencia verbal.

—¿Cómo dice? —De repente sentí mi cuerpo en tensión. Jamás habría imaginado una mejor noticia. Me vi a mí mismo con los ojos abiertos y expectantes, el vello de los brazos erizado y la pipa escupiendo humo como la cumbre de un volcán.

—Esta versión, según los primeros resultados, es al menos cinco veces más potente.

—Es fantástico —aseguré.

—Y usted lo probará esta misma noche —anunció con mirada penetrante.

La expresión de Foster cambió. Su última frase bien podría haber sido un ofrecimiento o una orden directa.

—¿Tan pronto?

—Nuestro proveedor ha removido cielo y tierra para que medicamento y paciente llegaran a la par a nuestras instalaciones.

—¿Paciente? ¿Cómo? —pregunté, entendiendo que aquella nueva versión del suero se probaría en una única persona.

La expresión del director se ensombreció del todo.

—Entiendo su preocupación, pero este es un paciente especial. El laboratorio que lo desarrolla quiere un ensayo en absoluta exclusividad.

Fumé, cavilando pensamientos tan insustanciales como el humo que abandonaba mi boca. ¿Quién podría ser ese hombre para que un laboratorio médico confiara únicamente en él la calidad de su producto?

—Defina especial, por favor.

Foster se revolvió en el sillón, como si el tapizado de cuero de pronto le abrasara las posaderas. Se sentía incómodo, y yo creía saber el motivo.

—Durante mi ausencia… —titubeó—. Bueno, se habrá dado cuenta de que sucedieron cosas.

—Cosas es un nombre nada aceptable para lo sucedido.

Foster asintió, asumiendo el golpe.

—Verá, *Mr*. Brown, en este hospital tenemos pacientes que son mucho más de lo que aparentan. Hay altos cargos del ejército, no solo del ejército inglés. —Se detuvo, buscando en mí la complicidad necesaria para seguir aquella insólita vía de conversación. Y debió encontrarla, pues pronto continuó desbrozando la enmarañada maleza que suponían los hechos vividos durante su retiro a las montañas—. No es ningún secreto que el frente de batalla es el entorno ideal para un buen número de neurosis. Ya en el 440 a. C, Heródoto describe en sus crónicas cómo numerosos soldados presentaron problemas de ansiedad, insomnio y angustia tras sobrevivir a la batalla de Maratón. Tenga en cuenta que en aquella época la tecnología bélica era conocida para el enemigo. No había sorpresas más allá del largo de una espada y unas pocas tácticas de batalla. Pero, hoy, un soldado puede enfrentarse en cada contienda a un tipo de arma que no ha visto nunca. Bazucas, minas, bombas, lanzallamas…

»Repasando la prensa reciente, he visto que un tal doctor Longoria ha realizado experimentos con lo que él denomina el rayo de la muerte; un arma capaz de acabar con un ejército desde kilómetros de distancia sin generar daños colaterales. Al parecer convierte los glóbulos rojos en un fluido parecido al caldo de cocina. El estrés generado por no saber si uno va a saltar por los aires o se verá envuelto en llamas resulta demoledor para la mente. Tras la guerra, muchos dirigentes y mandatarios cayeron gravemente enfermos. La depresión y sus terribles consecuencias, se apropió de sus vidas. Dadas las prometedoras características del suero, su fórmula patentada e irreproducible, así como las dificultades

asociadas a su transporte, un gran número de países han confiado en Aston Hall como el lugar perfecto para sanar a esta clase superior de ciudadano.

Se detuvo de nuevo, transmitiéndome la importancia y ansiedad de cuanto me estaba revelando.

—Comprenderá también —continuó en tono confidente—, que muchos de estos dirigentes son excelentes estrategas y han de permanecer en el anonimato. La seguridad de sus países de origen pertenece, íntegramente en algunos casos, a sus personas. Se firmó un documento —dijo como si le acabara de quitar hierro al asunto —, un tratado en el que Aston Hall, pasara lo que pasara, se consideraría un lugar de paz. Un reducto apartado de cualquier clase de batalla, con un estatus político superior al de una embajada.

Me dejé caer contra el respaldo y fumé en silencio, concentrado en relajarme y asimilar los conceptos. Aquella información explicaba lo sucedido en ausencia de Foster, pero aun así seguía dejando cabos sueltos. Sobre todo en lo referente a los rusos, pues estos eran los únicos extranjeros de los que tuve constancia en aquellos días.

—Entiendo —dije, tentado de indagar en mayor profundidad. Pero comprendí que aquellas palabras de Foster ponían en peligro su seguridad, y quién sabe si también la mía. Por lo que decidí guardar silencio.

—Agradezco su cautela, *Mr*. Brown. Poco a poco le iré revelando detalles, pues, como ya se habrá dado cuenta, es usted dueño de toda mi confianza. Un hombre de honor, como así me han constatado por su comportamiento también durante mi ausencia. Solo ha surgido una cosa que me ha extrañado —sugirió.

No sabía por dónde iba a salir y, como ya saben, mis actos no eran tan modélicos como Foster los exponía, por lo que no pude evitar sentir de nuevo aquella tensión en la espalda. Estaba seguro de que el celador muerto a manos de *Mr*. Watson se había llevado mi secreto a la tumba. Pero ¿y el gigante? ¿Dónde estaba aquel hombre al que no había vuelto a ver desde el accidente? ¿Podía haberme identificado como la persona que interactuó con ellos minutos antes de lo sucedido?

—Me han dicho que ha faltado a trabajar.

—Durante la nevada —aclaré, con cierto alivio.

—La nevada, claro —sonrió—. ¡Dios mío, *Mr*. Brown! Me tenía preocupado. Pensaba que había perdido usted su buen hacer. ¿Cómo no he caído antes?

—Quizá porque nadie le aclaró este punto.

Foster se detuvo. El párpado del ojo izquierdo se contrajo, pero sin llegar a cerrarse. No podía exhibir una expresión más escrutadora.

—No lo había pensado hasta ahora, amigo mío.

No tenía la menor idea de lo que estaba hablando, pero decidí seguirle la corriente.

—Puede que estas reuniones le estén granjeando enemigos —anunció con pesar.

—¿A mí? —me sorprendí.

—La gente es visceral. Y pocas emociones pueden ubicarse con tanta precisión en las vísceras como la envidia. Le confieso, *Mr*. Brown, que quien me habló de sus días de ausencia al trabajo, no mencionó una sola palabra sobre la nevada. Porque, de ser así, ni siquiera me habría atrevido a plantearle el tema como lo he hecho.

—No se preocupe. Quizá esa persona también lo pasó por alto —le dije—. Su ausencia trajo días complicados, con un notable incremento de la ansiedad general. Como seguro que ya sabe…

—¡Oh! Además de buen trabajador, es un excelente compañero. Cualquier otro me habría intentado sonsacar la identidad del informador. Pero mírese, usted, incluso, intenta defenderlo. ¿Sabe lo que le digo?

Me esperaba un aumento o la revelación de un nuevo secreto, pero Foster dijo algo inesperado. Algo que creí que conduciría a la resolución del único obstáculo entre mi madre y el suero.

—Me siento en deuda con usted por haber puesto en duda su profesionalidad. Dígame, ¿hay algo en lo que pueda ayudarle?

—Ahora mismo —dije—, no se me ocurre nada.

A veces me preguntaba en qué momento Foster había decidido que aquellas agradables charlas, sin mayor importancia que el mero

pasatiempo, eran signo de una amistad inquebrantable.

—¿Cómo es posible? —Se levantó, quitándome el vaso vacío de las manos. Lo observé hacer en el mueble bar, hasta que volvió con el vaso cargado con dos dedos de aquel líquido ambarino—. Ninguna gran idea ha surgido sin ayuda y, créame, mi querido *Mr*. Brown, este *whisky* es un compañero solidario.

Foster bebió del suyo, también renovado. Se sentó y adquirió una pose taciturna, llevándose un dedo a la sien. De pronto abrió los ojos con exageración, como si le acabara de surgir una gran idea.

—¿Dónde vive? —preguntó.

—Al otro lado de la ciudad.

—¡Inaudito, *Mr*. Brown! ¿No había un lugar más alejado? ¿España, quizá?

Solté una carcajada. Por un momento había creído que toda aquella potencia de la que Foster hizo gala al llegar se estaba disolviendo, pero su buen humor, así como aquella energía arrolladora, según él, fruto de su tratamiento con el suero, seguían bien patentes.

—No encontré un lugar más cercano. Son cincuenta minutos a buen paso. Un paseo agradable siempre que el tiempo lo permite.

—¡Cincuenta minutos! —se quejó—. ¿Sabe usted lo que representan en realidad cincuenta minutos?

—¿El tiempo que tardo en llegar desde mi casa hasta Aston Hall?

—¡Bobadas! —bramó de nuevo—. En cincuenta minutos se puede escribir un final redondo para una novela. O escuchar casi dos veces esta obra de Stravinski —Señaló el gramófono, donde el disco daba vueltas en silencio—. ¡Por Dios, *Mr*. Brown! ¿No se da usted cuenta? Necesita mudarse inmediatamente.

—Bueno, sí —balbuceé, pues, no podía creer que Foster, sin saberlo, estuviera de acuerdo con mi deseo más urgente.

—¿A cuánto asciende su alquiler?

—¿Cómo dice?

—No hace falta —dijo, alzando la mano—. Entiendo que esa información es suya. Además, como su futuro casero, he de ofrecerle

mi mejor oferta sin la ventaja que supondría conocer su cuota actual.

—No sé si le estoy entendiendo.

—Verá, *Mr*. Brown. Esto que voy a decirle ahora es información confidencial.

Me extrañó aquella introducción, pues apenas habíamos hablado en otros términos.

—Más confidencial, incluso —continuó—, que el asunto de los militares.

—Entiendo —dije, tratando de evitar un súbito movimiento de mi nuez.

—A mi mujer nunca le ha agradado este ambiente —comenzó, desviando la mirada hacia el crepitante fuego de la chimenea—. Es francesa de nacimiento, aunque ha vivido la mayor parte de su vida en Londres. Nuestro matrimonio no iba del todo bien en el momento en el que me asignaron el puesto de director. Yo le prometí dejar este país lluvioso y regresar a Francia. Podría buscarme la vida por allí, como se suele decir, en los viñedos de su familia. Al fin y al cabo, ella siempre ha seguido mi estela, y yo estaba conforme con que había llegado el momento de seguir la suya. Pero, ¿cómo iba a rechazar este puesto y lo que significa el suero? Los primeros informes apuntaban a que estábamos ante la sustancia más innovadora en el campo de la medicina desde la invención de la anestesia. No podía perdérmelo. Así que le ofrecí la posibilidad de que tuviera su propia casa. Está empeñada en un imposible. Quiere ser pianista. ¡Con treinta años! ¿Qué músico se forja a esa edad? Dígamelo usted, *Mr*. Brown.

Abrí la boca, pero él contestó antes de que yo pudiera hacerlo.

—¡Ninguno! Pero aun así dispuse la vivienda. La compré para ella, y le habilité un cuarto insonorizado a fin de que pudiera tomar sus lecciones de piano sin molestar al vecindario. Necesitaría muchas lecciones. De hecho, si en verdad desea ser pianista, no debería hacer otra cosa desde que se levante hasta que se acueste. Lleva tres décadas de retraso, y el tiempo no espera; menos aún al artista.

Mientras Foster desgranaba los pormenores de la propiedad que su esposa nunca llegó a habitar, yo no dejaba de pensar en la

milagrosa coincidencia que significaba aquel cuarto insonorizado. Allí podría cuidar de mi madre, mantenerla cerrada durante las primeras fases de curación, durante las cuales, según mi experiencia en Aston Hall, algunos pacientes parecían regresar de entre los muertos con una ingente necesidad de hablar.

Recuerdo el caso de la señora Duane, aquejada de personalidad múltiple, que tras la tercera dosis del suero no paró de hablar durante dos días.

Perdido en aquellos pensamientos, percibía en mi rostro una exagerada sonrisa para la que, de seguir así, Foster no encontraría explicación. Pero, ¡qué demonios! Había sufrido tanto… Había sacrificado tanto a lo largo de mi vida en favor de mi madre y, en consecuencia, en detrimento de mí mismo, que los sentimientos que me provocaba aquel golpe de suerte no debían de ser muy diferentes del banquero al que, tras cotejar que no hay error en sus cuentas, le sobra un lingote de oro. Sin embargo, la dicha y la consecuente sonrisa se desvanecieron en mí al percatarme de que quedaba un asunto crucial por detallar.

—Director —llamé, sin percatarme de que le estaba interrumpiendo. Foster no pareció tomárselo a pecho, sino que, creyendo compartir conmigo la ansiedad de aquella nueva felicidad, exhibió unos ademanes exagerados al animarme a que planteara la cuestión por la que le había interrumpido mientras describía el vigor con el que crecían las petunias sembradas en los maceteros de las ventanas—. ¿A cuánto ha dicho que queda esa casa de aquí? —indagué, cruzando los dedos sin temor a que pudiera percatarse de aquel gesto.

—¿A cuánto queda? —repitió, contrayendo el rostro.

Le percibí extrañado por la pregunta, por lo que intenté suavizar el modo en el que la había planteado.

—Más o menos —añadí enseguida—. Aunque si puede usted ser conciso, se lo agradezco…

—Bueno, mi querido *Mr*. Brown, digamos que, por mucha nieve que descargue el próximo temporal, no tendrá usted excusa para faltar a trabajar. Puede asomarse por esa ventana y echar un

vistazo. Es el edificio al final de la avenida. El vecindario es excelente.

Ni siquiera tuve que moverme del sitio.

—Fantástico —comenté, todavía descolocado.

—Pues no se hable más —dijo, propinándose el habitual golpe en el muslo con el que solía cerrar un acuerdo—. Ahora a trabajar, *Mr*. Brown. En cuanto acabe su turno pase de nuevo por mi despacho. Para entonces ya tendré preparado un borrador del contrato de alquiler. No hace falta que lo firme hoy mismo. Puede llevárselo a casa y estudiarlo con tranquilidad. Cabe la posibilidad de negociar cualquier formalismo con el que no esté de acuerdo. No le pediré un alquiler muy alto porque para mí es más importante que la casa esté habitada a que siga…

Escuchaba su voz sin prestar atención en lo que él recorría el perímetro del despacho. Acababa de caer en la cuenta de que trasladar a mi madre, en su estado actual, supondría un enorme desafío. En los últimos años había vivido en al menos media docena de viviendas, de las que siempre procuraba que estuvieran situadas en barrios residenciales, a poder ser, tan tranquilos como alejados del bullicio del centro.

Además, una vez instalado, las probabilidades de que el director me agasajara con frecuentes visitas se me antojaban alarmantes. Dada la estima que me procesaba, estaba seguro de que no tardaría más de una semana en presentarse en la casa con una cesta bajo el brazo con los más apestosos quesos de la zona. El estado en el que se encontraba mi madre era delicado; sobre todo delicado de entender.

Cuando me deshice de aquellos primeros temores a los que ya prestaría la debida atención, Foster se sentaba de nuevo frente a mí. Llevaba en la mano una de las carpetas en las que se guardaban los expedientes del hospital. Al alzar la vista comprobé que uno de los cajones del archivador de la pared estaba abierto. El director ya no hablaba de la casa, sino que pasaba hojas del expediente relatando los pormenores del paciente al que yo iba a administrar, por primera vez en Aston Hall, la nueva versión de suero.

Juro que algo raro sucedió momentos antes de que Foster revelara su identidad.

Repentinamente, su nombre flotaba en mi cabeza como si ya lo hubiera escuchado antes. La sensación fue tan intensa que un fuerte escalofrío me recorrió la espina dorsal. Aquel hombre se llamaba Ray Donald y, *a priori*, no iba ser más que el desdichado al que yo privaría de sus viales en favor de mi madre en cuanto hubiera concluido la mudanza a la casa del director. Pero Ray Donald resultó ser algo muy diferente; un misterio que, aún hoy, no he llegado a comprender.

10

Salí del despacho con el expediente del hombre llamado Ray Donald en la mano izquierda; una carpetilla ligera que, aun sin haber tenido oportunidad de examinar, sospechaba que poco iba a aportarme acerca del origen de mi nuevo paciente. En la derecha, el maletín con el único vial de la nueva versión del suero que se administraría esa noche en todo Aston Hall y, en la cabeza, una amalgama de dudas y posibilidades inciertas. Las órdenes de Foster fueron claras: debía velar al paciente durante la noche, a fin de comprobar los efectos del medicamento.

Decir que el director relató maravillas acerca de la nueva versión sería quedarse corto. Palabras como remisión o recuperación total llevaron todo el peso de la conversación, haciendo que yo mismo me estremeciera ante el aparente poder de la nueva sustancia. Sin embargo, cuando llegó el momento de examinar por primera vez el suero, confieso que me mostré escéptico. Y, a mi parecer, la cara de Foster también reveló cierto desconcierto que se empeñó en disimular.

A primera vista, la nueva versión no se diferenciaba en nada de la anterior. Ambas se transportaban bajo las mismas condiciones físicas que proporcionaba el maletín y ambas exhibían ese resplandor sobrenatural, como de fuego fatuo, cuando el vial se exponía a ojos del observador. Para mayor coincidencia, el nuevo suero también necesitaba de quince minutos exactos de atemperación. A pesar de todas aquellas primeras dudas, era tal el deseo que sentía por constatar sus efectos curativos en aquella clase de pacientes con los

que la anterior versión se había mostrado ineficiente, que me tomé la tarea con todo el rigor profesional que merecía.

Según las impresiones que me transmitió Foster, el estado de conciencia de Ray Donald no se diferenciaba apenas del de mi madre, por lo que acudí a su encuentro preso de una ligereza que delataba mis ansias de conocerlo. Cuando llegué al ala del edificio designado para mi trabajo, me llevé la primera de la larga lista de sorpresas que me daría aquel paciente. Ray Donald no estaba allí, entre las personas que atendía cada noche.

Un primer vistazo a la sala más grande me reveló una serie de cambios. Las camas no estaban en la misma posición y algunos pacientes habían sido trasladados. Dudé de si Foster mencionó algo al respecto; puede que incluso hubiera detallado la ubicación exacta de Ray Donald en el edificio y yo, sumido en mis propios asuntos, lo hubiera pasado por alto. De repente me sentí embargado por la inseguridad, pues sabía que Foster tenía informadores dentro del hospital y que, probablemente, en aquel momento estarían tomando nota de cada uno de mis movimientos. Ahora que había encontrado el modo de hacerle llegar el suero a mi madre, no podía perder la oportunidad por un despiste.

Busqué entre las numerosas enfermeras de atuendo blanco y elegante cofia que pululaban con rapidez por los pasillos, hasta que me topé con la persona que buscaba. Linda Wellington era una mujer joven. Me habría revelado su edad en más de una docena de ocasiones y, en todas ellas, el último dígito siempre terminaba esfumándose de mi memoria. Sabía que estaba en la veintena, y que por sus enérgicos modales y su risa fácil y en ocasiones escandalosa no debía rebasar los veinticinco. Pero solo era una intuición que no me atrevía a corroborar con ella. Era una mujer de belleza clásica. Si Nikola Levenov, el viejo amigo pintor de mi padre echado a perder por el alcohol, hubiera pintado cuadros normales, cuadros cuya belleza estuviera impregnada por la clase de atemporalidad que los hace dignos de ser expuestos en galerías internacionales, no me habría extrañado que Linda Wellington le hubiera servido de modelo. Tenía los cabellos besados por el fuego; largos y bien

peinados, y la piel pálida salvo en puntuales zonas rosáceas, como en las mejillas, que le brindaban la apariencia de estar sufriendo transitorios episodios de febrícula.

A mí siempre me pareció que sus ojos verdes, preciosos y con el poder de coleccionar interminables filas de pretendientes, transmitían un profundo sentimiento de tristeza. Era hablar con ella y, al verme reflejado en aquellas indómitas esmeraldas, sentir que todo cuanto hacía en mi vida carecía de sentido. Con razón se dice que los ojos son el espejo del alma. Lo que ocurre es que la mayoría lo malinterpreta. La gente cree saber lo que sienten los demás cuando miran directamente a los ojos. Y no es así. No es un espejo hacia dentro, sino hacia fuera. Solo así puedo explicar que todo mi agitado y tormentoso mundo interior se desvaneciera en claros cuando me veía reflejado en los ojos de Linda Wellington. Claros muy tristes, pero claros al fin y al cabo.

Recuerdo una ocasión, al acabar mi jornada, en la que Foster y yo convertimos su despacho en una típica mañana londinense. La claridad ya asomaba por la ventana. Habíamos fumado tanto que nos picaban los ojos y reíamos ante cualquier comentario absurdo por el alcohol y el cansancio acumulado. El nombre de Linda Wellington salió a relucir.

—Vamos, *Mr*. Brown, ¿es que no se ha fijado en cómo le mira esa chiquilla cada vez que se cruzan?

La verdad es que no me había fijado en absoluto y así se lo hice saber.

—¿No ha notado nada raro en ella cuando habla con usted?

Hice memoria y la negativa surgió en mí con naturalidad. Pero en seguida rectifiqué y le comenté aquel asunto suyo de la edad.

—¿Cómo dice? —se sorprendió Foster—. ¿Le ha dicho su edad en más de una docena de veces y aún no sabe lo que significa? Amigo Brown, hay asignaturas que el hombre siempre tendrá pendientes si no las cursa de forma adecuada. El amor es una de ellas. Esa mujer no para de repetirle su edad para que usted sepa que está en edad casadera.

Desde aquel momento cuidé mucho de espaciar las

conversaciones con Linda Wellington. Ya había visto lo que el amor podía hacer por las relaciones previamente forjadas al momento en el que se establece una pareja. Mi padre dejó de lado a mi madre por aquel nuevo amor, y por nada del mundo permitiría que la historia se repitiera, salvando los matices obvios.

Pero en aquella noche, en la que no tenía la menor idea de dónde encontrar al paciente llamado Ray Donald, Linda era, con toda probabilidad, la única persona en la que podía confiar.

—Señorita Wellington —llamé a su espalda. Linda llevaba una bandeja en las manos con distintas clases de preparados en polvo, agujas, recipientes y soluciones neutras para la reconstitución de medicamentos. La había interrumpido en el momento exacto en el que iba a entrar en la habitación 309, en la que varios pacientes, atados con correas a sus respectivas camas, miraban al techo con gesto somnoliento.

—¡Por Dios, Kristian! —Solo ella me llamaba así cuando todo el mundo prefería hacerlo por mi apellido—. Te he dicho mil veces que me llames Linda. Señorita Wellington es… Demasiado formal —dijo tras el lapso que le ocupó encontrar la palabra adecuada.

—Claro, Linda —rectifiqué.

—¿Qué quieres?

La percibí distinta, puede que molesta o altiva, y no me extrañó en absoluto. Llevaba semanas evitándola. Hasta el momento de la conversación con el director Foster en el que me reveló aquel detalle, nuestros encuentros habían sido diarios. Solíamos compartir unos pocos minutos en el exterior, bajo el cielo estrellado, si la niebla lo permitía, disfrutando de un rápido tentempié. Luego cada uno volvía a su trabajo y, aunque jamás nos habíamos visto fuera de Aston Hall, la conexión entre nosotros era notable. Diría que incluso fuerte, aunque yo no fuera consciente en aquellos días.

—Disculpa la brusquedad —añadió Linda, relajando el gesto—. Cuando me has tocado la espalda pensé que era otra vez ese pesado Callaghan. No para de insinuarse y de contarme chistes obscenos a los que no les veo la gracia.

Yo no caía en quién podía ser el tal Callaghan. Y seguro que

Linda me lo había contado mil veces.

—¿Callaghan? —pregunté—. ¿Te está molestando? ¿Quieres que hable con él? —dije lo que creí que ella esperaba escuchar.

—Vaya —sonrió—. Kristian Brown, estás irreconocible. Seguro que quieres algo…

—En realidad no. —La sombra de la decepción cruzó por su rostro—. No ahora —me apresuré a corregir—. Me preguntaba si sobre las tres, te apetecería dar nuestro habitual paseo por los jardines.

Me sudaban las manos y creía saber el motivo.

—¡Me encantaría! —dijo, pero inmediatamente exhibió una pose contrariada—. ¿Te refieres a hoy?

—Claro, ¿cuándo iba a ser?

—Pero, Kristian —rio con aquella risa. Un sonido dulce que, dentro de los muros de Aston Hall, no era habitual escuchar—. ¡Qué hombre más despistado!

—¿Despistado? —pregunté, sin saber a qué se refería.

Linda chascó la lengua y se metió en la habitación, haciendo ademanes negativos con la cabeza. Sonreía, al menos, por lo que supuse que la conversación no había concluido todavía. Al minuto salió sin la bandeja. No me había percatado de que debía pesar una barbaridad para sostenerla mientras conversábamos. Así lo constaté por cómo abría y cerraba las manos y se masajeaba los antebrazos.

—Anda —dijo, tirando suavemente de mi bata blanca—. Me llevó a un lugar apartado, lejos de ojos indiscretos, y me preguntó en voz baja: —Dime, ¿qué te ocurre?

—¿A mí? —Levanté la voz sin quererlo. Linda situó el índice sobre sus labios.

—Kristian, te he visto rondar por las habitaciones. Aunque tú nunca te preocupes por mí, yo sí suelo hacerlo con regularidad.

Me sentí como un niño siendo recriminado por sus padres por llegar tarde. Y como un crío guardé silencio, incapaz de contestar nada a aquella mujer de ojos tan verdes y vivos como el mismo suero.

—Creo que sé lo que te pasa —aseguró.

—¿En serio?

—Kristian, te conozco mejor de lo que crees.

Tragué saliva. Ella se percató del gesto.

—Mira, si adivino lo que te pasa, tendrás que hacer algo por mí.

—¿Algo? —repetí, más asustado que emocionado por la perspectiva.

—Algo, sí.

Asentí levemente, sintiéndome como el hombre hipnotizado sobre el escenario, a merced de un público deseoso de espectáculo.

—Creo que no sabes dónde han instalado a tu nuevo paciente.

Una súbita flojera se apoderó de mis piernas. ¿Cómo era posible que aquella mujer tuviera semejante conocimiento de mi circunstancia? Fui a abrir la boca, pero entonces ella lo resolvió con un movimiento de cabeza. Alzó levemente el mentón, señalando un pasillo oscuro que en pocas ocasiones había transitado. En aquel lugar se hallaba la respuesta. Ahora solo faltaba saber cuál sería el precio que Linda me exigiría.

—De verdad que no me pasa a menudo —intenté defenderme.

—Kristian, por favor… —dijo en tono irónico, elevando tanto los ojos que los iris desaparecieron bajo los párpados—. Ya te he dicho que eres el hombre más despistado que conozco. Siempre estás en alguna parte, a la que a nadie invitas y de la que prefieres no hablar.

—Bueno, yo… —intenté excusarme.

—No te preocupes. Cada uno somos de una forma diferente y a mí ya sabes que no me desagrada la tuya.

Mi nuez, esta vez, se bloqueó a mitad de recorrido. A punto estuve de sufrir un ataque de tos.

—Lo reconozco. Soy un hombre despistado —dije, alzando los brazos—. ¿Qué me pides a cambio? —Forcé aquella parte de la conversación, a fin de salir cuanto antes del atolladero.

—Ahora mismo, solo que vayas a atender a tu nuevo paciente. O el director Foster se pondrá furioso. Sé que sois buenos amigos, pero se las gasta muy mal cuando algo no sale de acuerdo con lo esperado.

—¿Solo eso? —pregunté, escéptico.

—El resto te lo diré a su debido tiempo.

Despegó los talones del suelo, poniéndose de cuclillas, y me dio un suave beso en la mejilla. Vi cómo se alejaba con absoluta naturalidad. Tardé unos segundos en recomponerme y, cuando Linda desapareció hacia el interior de la habitación 309, encaré el oscuro pasillo que me conduciría hasta Ray Donald. Una idea cruzaba por mi mente con movimientos pendulares. Iba y venía, y amenazaba con quedarse estancada. ¿Qué podría querer de mí Linda Wellington?

11

Apenas conocía aquella parte del ala oeste, pues era un sector apartado en el que el hospital no instalaba pacientes. La zona tenía un defecto de construcción. Un fallo que al director Foster, a mi entender, no le preocupaba resolver. Su discurso al respecto se basaba en repetir una y otra vez las mismas frases. «Las cuentas de gastos van demasiado ajustadas para un primer año. Ya veremos qué deparará el siguiente». Era la clase de respuesta que solía perdurar durante décadas en cualquier trabajo cuando un empleado solicitaba un aumento. El defecto de construcción no era otro que un problema de impermeabilidad en el tejado. Cada vez que llovía aparecían goteras y en Birmingham, como ya he comentado, llovía durante casi todo el año. Lo bueno es que la circunstancia se podía mitigar con unos cuantos cubos dispuestos de forma estratégica. Lo malo es que el sonido de las gotas de agua desquiciaba a cualquiera, y esto era muy problemático para algunos tipos de pacientes. Por eso el sector había quedado abandonado; salvo por aquellos cubos con los que había que tener cuidado de no tropezar, y el constante sonido del agua cayendo como de las estalactitas de una caverna.

Sin embargo, supongo que por casualidad y sin que estuviera en el plan diario de las labores de Aston Hall, aquella zona había sido destinada a un nuevo uso que nada tenía que ver con el ejercicio de la medicina. Olía constantemente a cebollas, porque el personal de limpieza había encontrado el modo de procrastinar en la tarea de bajar a diario la ropa de cama a la lavandería. Las sábanas y camisones se acumulaban en el suelo de una habitación, hasta que la

amarillenta montaña era demasiado alta para obviarla. Creo que quien terminaba por ocuparse de la escrupulosa tarea era el que perdía algún tipo de apuesta que el personal de limpieza llevaba a cabo en los bares de la ciudad. Como ven la gente normal se divertía, y en el fondo casi nadie era consciente de que se dedicaba a una de las profesiones más lúgubres del mundo.

Pasando de largo esta habitación, el ambiente se normalizaba, aunque ni mucho menos como para instalar a un paciente. La humedad era densa y la presencia de microscópicos hongos en el aire, sobre todo en los días de lluvia, atenazaba la garganta. Ray Donald debía ser alguien cuya presencia tenía que pasar desapercibida. Esta era la única explicación razonable para que el director Foster hubiera habilitado aquel espacio para él. Los misterios seguían amontonándose en Aston Hall, y lo cierto es que cada día que pasé a partir de entonces solo sirvió para suscitar más cuestiones.

Nunca olvidaré la primera vez que vi al anciano. La escena me resultó tan impactante que la visión me trasladó a una época en la que un melancólico Nikola Levenov contemplaba a mi madre preso de su desbordante sensibilidad artística. Yo era solo un niño que se había creído que aquella lúgubre realidad que me rodeaba era la misma lúgubre realidad que todo niño vivía en su casa. En consecuencia, escuchaba a aquel artista acabado y alcohólico como a un miembro más de la familia. Nikola relató, sumido en un llanto tranquilo e imparable, que mi madre, durante sus estados catatónicos de los que por aquel entonces todavía conseguía salir de vez en cuando, adquiría la fragilidad y belleza de una escultura mortuoria. Decía que toda tela se transformaba sobre su piel en mortaja, y que no podía asegurar si estaba viva o muerta, o si aún era de carne o estaba esculpida en piedra. Su cuerpo era un misterio digno de admirar al nivel de un estrellado firmamento. Tal emoción le llevó a caer de rodillas frente a la cama en la que mi madre pasaba los peores momentos de su enfermedad. Cogió su mano y, entre lágrimas, le juró su amor de artista. Mi padre, ante tales hechos, cambió el débil tacto de la mano de su esposa por el peso de una

botella de vodka y, sin prestar atención a sus ruegos y juramentos, lo sacó a rastras de la habitación. No hubo violencia, aunque el desconsolado llanto del artista me dejó tan marcado como si mi progenitor hubiera apaleado al ruso hasta la muerte.

Ray Donald parecía una blanca estatua de mármol cubierta por el sudario de un muerto. Pero ni el anciano era tal cosa ni tampoco el sudario. Solo era un hombre en aparente estado de catalepsia cubierto con una fina sábana blanca en mitad de una pequeña habitación. Todo estaba limpio. Olía a pintura fresca y a la habitual mezcla de vinagre y jabón con la que fregaban los suelos. La iluminación era tenue, aunque suficiente para desplazarme sin peligro. El espacio contenía una cama y una silla a los pies. La silla estaba girada con respecto a la cama, como si alguien la hubiera abandonado con prisas. Puse la palma de la mano sobre el asiento. Estaba seguro de que percibiría el calor residual de la persona que le había estado velando, pero la madera estaba fría.

En un lateral había una estantería. No era lo habitual, pero a algunos pacientes les gustaba leer o guardar allí sus propias piezas de ajedrez. Aunque no era muy ortodoxo, porque el hospital tenía un lugar adecuado para estas actividades, se permitía en casos excepcionales donde la posesión de estos artículos no representara peligro. La estantería de Ray Donald estaba tan vacía como él mismo lo estaba de signos de conciencia.

Dejé sobre su superficie el maletín y la carpeta con su expediente, y eché un vistazo. La persiana estaba bajada hasta la mitad. La levanté y abrí las cortinas. La luna llena ayudó a dar luz a los rincones más oscuros de la habitación. Podría haber encendido la lámpara del techo sin temer por el descanso del paciente, pero la noche estaba avanzada, y yo siempre intentaba respetar los ritmos naturales.

Al mirar por la ventana me percaté de una de aquellas paradojas que solían suceder en un hospital psiquiátrico. Ray Donald tenía la mejor vista de todo el edificio, pero eran paisajes de los que no podía disfrutar. Las ramas de los árboles se agitaban con delicadeza revelando la presencia de los felinos. La superficie del estanque

brillaba con luz de plata. Las aguas estaban mansas y reflejaban la bóveda nocturna y sus astros. Era tal la calma y claridad, que el efecto espejo resultaba sobrecogedor. Solo se veía interrumpido por puntuales incursiones de los peces que subían a la superficie buscando alimento. Abrí unos centímetros la hoja de la ventana, a fin de que el aire fresco ayudara a llevarse el olor a pintura y, mientras la estancia se ventilaba, me dispuse a estudiar en profundidad a mi nuevo paciente. Mi primera valoración evidenció una contradicción. Ray Donald era un hombre consumido. La más leve contusión podría haber acabado con su vida. Sin embargo, los latidos en la carótida evidenciaban un corazón excepcionalmente robusto. Sobre el resto, parecía la momia de piel adherida al hueso que los niños esperan ver bajo la tapa del sarcófago.

Tomé su expediente y me situé bajo el dintel de la puerta para que la luz del pasillo me permitiera leer. No hallé nada importante durante la segunda lectura, salvo detalles sobre su fisonomía que podían apreciarse a simple vista. Ray Donald debía ser uno de esos pacientes especiales que Foster había mencionado, porque su informe, a diferencia del de otros, no mencionaba su origen ni diagnóstico, ni nada que pudiera ofrecer pistas sobre su verdadera identidad.

Dejé aquellas hojas inservibles encima de la cama, a la altura de sus pies, y miré bajo la sábana. Un solo vistazo me reveló más que aquella media docena de páginas mecanografiadas a doble espacio. Ray Donald tenía amputados el meñique y el anular de la mano derecha y el índice y el corazón de la izquierda. Sus pies eran dos muñones retorcidos y exhibía una cicatriz profunda en el pecho, vestigio de una herida infringida por un animal salvaje. Me tomé aquella parte de la exploración con todo el detenimiento y concentración que requería. La herida debía haber sido terrible; tan profunda que el esternón habría quedado a la vista. Una herida de la que solo un hombre entre miles consigue reponerse.

Desde el punto de vista médico, tenía un matiz hermoso y misterioso al mismo tiempo. Cómo el cuerpo, a diferencia de la mente, encontraba con mayor facilidad el modo de sanarse. Después

me centré en las zonas amputadas; la piel circundante mostraba un ligero color tumefacto y la clase de cicatriz con la que había que estar familiarizado. Por supuesto, dado el campo médico en el que trabajaba, yo jamás me había topado con algo semejante. Tampoco con una herida como la de su pecho. Aunque recordé algunos pasajes de mis libros de medicina en los que se hacía mención a aquella clase de cicatrices por exposición. A primera vista no se diferenciaban en mucho del tipo de lesión que deja el fuego, solo que esto era diametralmente distinto.

Tomé nota mental de verificarlo más tarde, una vez estuviera en casa y tuviera acceso a mi biblioteca, aunque si he de decir la verdad, y me he jurado a mí mismo que así lo haría en este escrito, para cuando dejé caer la sábana sobre su cuerpo ya tenía la seguridad de que Ray Donald había sufrido gravísimas congelaciones mucho tiempo atrás. Las temperaturas necesarias para provocar la congelación periférica de las extremidades no se daban en Inglaterra, por lo que aquellas cicatrices, incluyendo la del esternón, eran la mejor pista que tenía acerca de la verdadera identidad del hombre.

Ray Donald debía haber sido un intrépido explorador bajo las órdenes de uno de los muchos gobiernos que, según Foster, colaboraron en la creación de Aston Hall. Recordé algunas novelas de aventuras que leí durante mi juventud, en las que hombres intrépidos, al servicio del dinero de contrabandistas o empresarios, viajaban a las últimas zonas inexploradas del mundo, donde tenían cabida salvajes e impensables leyendas. Si aquel hombre era uno de estos legendarios exploradores, acabó como cualquiera de los tesoros que le hubieran encargado encontrar; perdido en el tiempo, en un rincón oscuro y apartado.

Una vez superé el asombro que me produjeron aquellas cicatrices, coloqué diversos objetos sobre la estantería: mi reloj de bolsillo, el expediente del paciente, un cuaderno y la pluma estilográfica con la que tomaría notas de todo cuanto sucediera a partir de la inyección. «El destino confabula a mi favor», pensé.

Ray Donald sería el primero en probar la nueva versión del suero. La experiencia serviría para cuando llegara el momento de

probarlo en mi madre. Desbloqueé los cierres del maletín, cuya acción rompió el silencio con un eco metálico que siempre encontraba agradable. Un frío hálito surgió de su interior, golpeándome el rostro; tomé nota de la hora a fin de cumplir con exactitud los tiempos.

La luminiscencia verde era tan potente que fue suficiente para alumbrar la estancia en lo que preparaba la jeringuilla y el resto de los materiales con los que debía proceder. Dejé el vial sobre la estantería, controlando el pulso ante el repentino temblor de mi mano. A diferencia de un gran número de compañeros, todavía no había sufrido ninguna clase de percance con los viales. Ni siquiera con los vacíos que devolvía puntualmente al director a pesar de que este había insistido en que podía desecharlos en la basura. ¿Se imaginan que hubiera roto el primer vial de la nueva versión del suero? ¿Qué habría dicho Foster?

Una vez el vial estuvo fuera de peligro me sequé el sudor de la frente con el dorso de la mano y coloqué la silla de modo que no perdiera de vista el reloj. Me senté y comprobé los movimientos aleatorios de las miles de burbujas del suero. Era un vaivén hipnótico. Parecía un enjambre de diminutos y rápidos insectos buscando la salida de aquel espacio hermético.

La iluminación verde arrancaba sombras fantasmagóricas que se movían como gusanos sobre el rostro de Ray Donald, y dibujaba figuras angulosas que se arrastraban por el suelo con la cadencia de un suave oleaje. Era la primera vez que inyectaba el suero en completa soledad y debo confesar que el líquido elemento, dadas sus extraordinarias propiedades físicas, produjo en mí una rara sensación de ensoñación, como si todo estuviera teñido del velo oscuro de una pesadilla nocturna.

Una vez alcanzado el minuto catorce, me puse en pie y tomé el vial en mis manos. La luminiscencia permanecía inalterada, luego el proceso avanzaba conforme a las normas de uso. Preparé la inyección y busqué una vena en el brazo de Ray Donald con el vigor suficiente para inocular el líquido. Pero lo cierto era que el anciano tenía las venas tan consumidas que apenas eran visibles bajo la piel.

El tacto tampoco revelaba protuberancias que ayudaran a encontrarlas y el segundero del reloj no cesaba en su movimiento. El tiempo jugaba en mi contra y en el de aquel anciano.

Rápidamente, cuando apenas restaban menos de veinte segundos para que el suero comenzara a deteriorarse, palpé las piernas, el otro brazo y el resto de lugares donde pudiera poner la inyección. Ray Donald estaba tan seco como una pasa. Había cometido un error de novato al apurar tanto. Un sudor frío se condensó en mi frente y percibí cómo mi mano también se humedecía y agarraba la inyección con menor eficiencia.

Cuando solo me quedaban diez segundos, tomé una decisión arriesgada; inyectarle el suero en el único lugar donde le había podido comprobar el pulso. A ambos lados del cuello, discurren las arterias carótidas suministrando un gran caudal de sangre al cerebro. Tal lugar estaba desaconsejado para la inyección, pues los efectos del suero al penetrar directamente en el cerebro no habían sido estudiados. Pero el tiempo se agotaba, así que la cuestión me obligaba a correr ese riesgo.

Le clavé la aguja en el lado derecho del cuello, allá donde el pulso era apreciable, y apreté el émbolo hasta que todo el contenido del vial se incorporó a su torrente sanguíneo. Los efectos fueron inmediatos. Me asusté, y la jeringuilla cayó al suelo rompiéndose en diminutos fragmentos. Recé una oración cuando vi lo que había hecho.

A diferencia de la primera versión, aquel suero no perdió su antinatural luminiscencia tras penetrar en el organismo. Los miles de diminutos conductos que discurren bajo la piel se iluminaron en color verde. El líquido recorrió la cara como un gusano arrastrándose por conductos estrechos, reptando y retratando ramificaciones y conexiones inimaginables. Unas más gruesas, otras increíblemente minúsculas. Los ojos de Ray Donald, ocultos bajo los párpados cerrados, también se iluminaron, dotándolo de un halo fantasmagórico.

Momentos después, la luminiscencia de sus ojos y del increíble árbol vascular dibujado en su rostro, se desvanecieron de golpe.

Quedé a oscuras, acompañado del hálito grisáceo de la Luna, cuya presencia en el cielo volvió a parecerme irreal.

Una extraña sensación de ansiedad se apoderó de mí y tuve que salir al pasillo a tomar aire. No recuerdo con exactitud lo sucedido, pero sé que transcurrieron muchos minutos antes de que pudiera recuperarme.

Una vez conseguí calmarme, volví al interior y me senté con el cuaderno y la estilográfica en la mano. Apenas tomé notas, pues más allá de lo sucedido, no aprecié cambios destacables en el estado físico del paciente. El ritmo cardíaco era estable, el pecho se elevaba de forma sosegada. Sin embargo, alcanzado el último cuarto de hora de mi turno, y con el sol asomando con levedad por el horizonte, percibí un movimiento bajo la sábana cuando me disponía a abandonar la habitación. Había sido tan fútil, que dudé de que hubiera llegado a suceder. Sin embargo, un segundo aleteo en el tejido disipó todas mis dudas: Ray Donald había movido los dedos que aún conservaba en una de sus manos. Sin historial médico en el que pudiera contrastarlo, no podía saber el tiempo exacto que llevaba paralizado, pero por el estado de su cuerpo, habría jurado que no menos de diez años.

Instantes después, sucedió algo extraordinario. Aquel hecho debería haberme suscitado esperanza, pero lo cierto es que despertó en mí un profundo e inexplicable temor. Ray Donald abrió los ojos. Era tan extraño como inesperado.

La nueva versión del suero funcionaba en pacientes de su condición, donde la anterior versión se había mostrado poco efectiva. Sin embargo, algo inexplicable sucedía en el paciente. Su mirada, en lugar de aparentar la confusión inherente a un hombre que regresaba a la conciencia después de años de oscuridad, albergaba un brillo calculador. Sus ojos eran del azul más profundo que he contemplado. Más azul que el destello en la caverna helada donde el haz de luz acaricia por primera vez su superficie. Un azul, de algún modo, inconcebible para un ser humano.

Intenté recomponerme, pero me fue imposible. Los ojos de Ray Donald no dejaron de seguirme allá donde me desplazaba hasta que

abandoné, en un estado cercano al pánico, aquella apartada habitación del ala oeste.

12

Al finalizar el turno pasé por el despacho de Foster para valorar su oferta de alquiler y comentar lo sucedido durante la noche. Como arrendador no tenía desperdicio. Todo en la oferta se inclinaba hacia mi lado de la balanza y lo agradecí por dos motivos. El primero de ellos era obvio, pues iba a ahorrar tiempo y dinero con respecto a mi anterior vivienda. El segundo tenía más que ver con las condiciones inmediatas en las que me encontraba: Estaba cansado, y con el ánimo demasiado alterado como para meterme en dialéctica y negociación.

Escuché la oferta y estampé mi firma en ese preciso momento a pesar de la insistencia del director para que lo pensara con calma. Tras el correspondiente apretón de manos, Foster me entregó las llaves y me concedió tres días para instalarme. Le agradecí el detalle y, cuando estaba a punto de abandonar su despacho, me preguntó, en un tono que no exigía rigor, por el estado de Ray Donald y la efectividad de la nueva versión del suero.

Tuve serias dudas acerca de cómo contestar a estas preguntas, pero, como sabía que no había actuado con toda la profesionalidad que de mí se requería, decidí faltar a la verdad. Sin duda era lo más inteligente, porque de haberle dicho al director que la primera dosis de un medicamento experimental había sido inyectada en un lugar tan insólito como el cuello, y las posteriores consecuencias que este atrevimiento desató, habría sido apartado del programa.

Respiré profundamente antes de contestar. Recuerdo que Foster me miraba con algo más en la recámara que simple expectación. No

quise explayarme en detalles, por lo que le mentí vilmente, buscando finalizar cuanto antes la conversación. Le dije que no había observado cambios dignos de mencionar y que como el anterior suero, en aquella clase de pacientes aquejados de síndrome de cautiverio, aquel primer vial parecía no ofrecer resultados.

Foster se mostró más decepcionado que sorprendido, a lo que respondí con que no perdiera la esperanza. «Quizá en la mañana observen cambios». La artimaña calmó sus nervios, y se despidió de mí con un acertado «Cuídese».

Al llegar a la que todavía era mi vivienda caí rendido en la cama. Un sueño pesado se adueñó de mis párpados y fui incapaz de mantener los ojos abiertos. Luchaba contra aquel impulso que me llevaba a dormir porque tenía que cuidar de mi madre tras mis numerosas horas de ausencia. Pero sencillamente fui incapaz de mantenerme despierto.

Algo extraño sucedió durante aquellas horas de descanso. Aquel fue el inicio de una larga serie de terribles y vívidas pesadillas que se repitieron en todos los días posteriores de trabajo en Aston Hall. No podía afirmarlo, pero estaba seguro de que aquel sueño agitado que me despertó entre agónicos y guturales gritos con las sábanas revueltas y empapadas en mi propio sudor, estaba relacionado con el hecho de que Ray Donald hubiera abierto los ojos. También me ardía el pecho. No era la clase de sensación procedente de la angustia, sino un dolor vivo y lacerante de herida recién afligida. El dolor irradiaba desde la altura del esternón, allá donde Ray Donald exhibía el zarpazo que los años habían convertido en una horrible y deforme cicatriz.

El dormitorio estaba totalmente oscuro, pues, aunque el día ya estaba avanzado, solía bloquear mediante persianas, cortinas e inventos cualquier paso de luz. En mitad de aquella oscuridad, me incorporé sobre la cama y me concentré en calmar mi respiración. A medida que el ardor en el pecho disminuía me esforcé en recordar la pesadilla. Pero a mi cabeza no llegaban más que un montón de imágenes inconexas sin orden ni sentido, salvo por un matiz común: La luminiscencia del suero imperaba en todas ellas como un espíritu

maligno que buscara la forma de permanecer en nuestro mundo. Pero en un momento dado, aquel fulgor verdoso era desplazado por un nuevo y poderoso color. Los ojos de Ray Donald habían brillado en mis sueños con aquel azul místico e inexplicable, extendiéndose como la corrupción.

Lo más aterrador vino después, y no lo hizo en forma de hechos, sino de absoluta convicción: Salvando el detalle del color, los ojos del anciano y los viales del suero brillaban en el mismo e incomprensible espectro. Aunque viví aquella primera pesadilla como una de las experiencias más perturbadoras a las que me he enfrentado, no tuve oportunidad de enfocarme mucho en este problema, pues otro más apremiante, y de muy difícil solución, comenzó a crecer como un tumor en mi conciencia. Trasladar a mi madre supondría un desafío. Un desafío de 40 kilos incapaz de desplazarse que debía hacer desaparecer y reaparecer con la destreza de un ilusionista. Y a estos medios me consagré para conseguirlo.

13

A la tarde de mi primera pesadilla fui a un *pub* a las afueras de la ciudad. Debería haber estado empacando objetos y guardando el contenido del armario en las maletas, pero estaba tan confundido por la premura con la que debía proceder, que opté por retirarme a un lugar donde pudiera pensar en soledad. Para aquel entonces la línea de la botella que me había jurado no rebasar era una frontera sin ninguna clase de importancia. Solía acudir a aquel *pub* en mis días libres y, si bien mis visitas habían empezado en un paradigma bastante abstemio, a esas alturas bebía hasta perder el sentido.

El ambiente oscuro, salvo por algunas mesas que destacaban bajo las lámparas como pequeños oasis de luz, era tranquilo. Me gustaba aquel sitio porque la aguja del segundero parecía mostrar cierta clemencia cuando asentaba el trasero sobre el desgastado tapizado en cuero, y bebía aquella cerveza tan negra como los gatos que se sacaban los ojos a las puertas del local. Allí siempre había gente suficiente. Suficiente para no sentirse hundido en la decadente y fría soledad; suficiente para no sentirse turbado por el murmullo de numerosas conversaciones. El camarero tenía la mala costumbre de dejar caer la jarra sobre la barra una vez cerraba el grifo de cerveza. En consecuencia, aquella larga y pulida pieza de madera, siempre estaba salpicada de espuma. Atendiendo a este hecho, tan solo había que tener cuidado del lugar en el que uno apoyaba el cigarrillo y no llevar oro en las muñecas cuando te arremangabas los puños de la camisa. Pues bien sabía, por el silencio en el que se consumía mi tiempo en aquel *pub*, que su clientela la componían

delincuentes y mafiosos que se reunían en las mesas para planear golpes o amañar apuestas. Yo no abría la boca y ellos nunca me decían nada, y el tiempo transcurría en un particular estado de simbiosis.

A veces, durante las jornadas de liga, llegaba algún herido por arma blanca tambaleándose hasta caer a los pies del cabecilla. Entonces sí que solían chistarme, o simplemente me llamaban por el apodo con el que me conocían: «Eh, tú, el que bebe en silencio, ¿llevas hilo y aguja?». Salir con aquellos objetos se había convertido en una costumbre tan marcada cuando iba al *pub* como la de llevar mi cartera con no menos de veinte o treinta libras esterlinas, desde una primera vez en que, de forma improvisada, salvé la vida de un miembro importante de la mafia que entró al local con los intestinos colgando hasta las rodillas.

Llevaba tres pintas de negra tan turbia como la cuestión que me mantenía anclado a la barra, cuando un chiquillo de no más de once o doce años ataviado con la clásica boina de repartidor de periódicos, pantalón de pana corto y tirantes, rebasó las puertas del local. Llevaba lo que parecía ser un montón de panfletos en un hatillo bajo el brazo y otro montón de ellos en el interior de una bandolera. Llamaba la atención como la gallina que atraviesa el territorio de los lobos parándose a picotear la tierra. El camarero, ocupado en abrillantar las jarras con un trapo tan plomizo como los cielos de la ciudad, se olió la tragedia al alzar la vista y no dejó que el crío se aventurara más allá de la puerta.

Henry Leibniz, como se llamaba aquel camarero de origen austriaco, pero de costumbres tan inglesas como la hora del té, se escurrió sobre la barra con elegancia y aterrizó a menos de un metro del repartidor de periódicos. Un segundo vistazo me reveló la verdad bajo aquellos ropajes de trabajador. Mi primera apreciación era errónea. El chaval no había cumplido la primera década. Un pegote de mocos secos le asomaba bajo la nariz y las mejillas lucían como brasas incandescentes por el frío de la calle. En la rodilla izquierda se le acumulaban las costras hasta el punto de que habría sido difícil distinguir cuál de aquellas había sido la última en formarse. La

derecha despedía un hilillo de sangre de una rozadura cuya suciedad circundante también estaba fresca. O el chico era muy torpe, o alguien lo cargaba cada día de papeles hasta rebasar su propio peso.

El pequeño pidió permiso para repartir entre la clientela unos cuantos de aquellos panfletos y colgar uno en la puerta. Henry Leibniz negó a ambas peticiones con la cabeza, y le instó para que se marchara cuanto antes. Pero el crío tenía muchas agallas o era tan estúpido como para no darse cuenta de lo que significaban las rápidas miradas que Henry echaba por encima de su cabeza hacia las entrañas del *pub*. Hasta en tres ocasiones, con inconfundible acento irlandés, el repartidor le pidió dejar solo uno de aquellos pequeños carteles clavado en la puerta, y en todas ellas el austriaco se lo negó. Finalmente, Henry le propinó un tortazo que hizo saltar su boina por los aires. El crío y los panfletos siguieron la dirección contraria, cayendo ambos al suelo. Se levantó rápidamente, esforzándose por recoger sus papeles y salir de allí antes de que llegara el segundo golpe. Sin duda un golpe que ya conocía y que solía tener un carácter mucho menos avisador. De su cara resbalaron lágrimas silenciosas, momento en el que entendí el origen del pegote de mocos que acumulaba bajo la nariz.

Chisté al pequeño repartidor para que se fijara en mí. El peso de docenas de miradas se cargó en mi espalda, pero no me importó en absoluto porque el alcohol me susurraba al oído que era más valiente de lo que era en realidad. El crío, confundido, levantó la mirada en el momento justo en el que le lancé una moneda. La cogió al vuelo, demostrando que en absoluto era torpe, y se la guardó en el bolsillo. Antes de marcharse vino corriendo hacia mí y me entregó en la mano uno de aquellos papeles que casi le habían costado una paliza. Salió a la calle antes de que pudiera haber leído la primera línea.

Poco a poco, los ojos clavados en mi espalda volvieron a mirarse entre ellos y el pesado silencio que se había instalado en el local fue sustituido por unas pocas palabras de asombro.

Encendí un cigarrillo mientras Henry Leibniz regresaba a su lugar tras la barra, me quitaba la pinta a medio consumir y murmuraba algo sobre que, por hoy, no tenía derecho a seguir

bebiendo de su barril. La mano que sujetaba el panfleto empezó a temblar. Henry debió pensar que la rabia me carcomía las entrañas y no dudó en dejar de lado las jarras que abrillantaba, para afanarse en el largo de un objeto que parecía el cañón de una escopeta. Digo parecía porque en realidad no mostré la más mínima atención a lo que quiera que estuviera haciendo el camarero.

Dejé un billete sobre la barra y salí del *pub* sin levantar ni una sola vez la vista del panfleto.

«Joseph Houdini estará encerrado en un barril que a su vez estará custodiado bajo llave en una celda de policía y tardará menos de dos segundos en escapar», leí ensimismado por el asombro. Por supuesto, aquel no era el auténtico Houdini. Tras su fallecimiento por peritonitis, la leyenda del mago se había extendido como la pólvora. El apellido Houdini se convirtió en un sobrenombre del que se adueñaban magos de poca monta para enaltecer sus espectáculos. Para más bajeza, juraría que el espectáculo que anunciaba el panfleto también era una copia del auténtico.

Pero estos matices poco importaban en una ciudad de la categoría de Birmingham, donde la magia rara vez visitaba a sus habitantes. El precio para acceder al espectáculo se fijaba en dos libras con veinticinco chelines, asegurando que cualquier clase de truco como trampillas o falsas paredes serían supervisados frente al público. La imagen de Houdini (el auténtico), pintada a mano con una técnica magistral, salía del barril envuelto en lenguas de fuego que acariciaban su elegante traje. Numerosos demonios rojos custodiaban la celda mientras el mago sonreía con suficiencia con los brazos cruzados sobre el pecho. La publicidad en sí era de una extravagancia que llamaba poderosamente la atención. La clase de extravagancia que necesitaba para salir airoso del atolladero en el que me hallaba metido.

Debió llover mientras la vida transcurría sin rumbo en el interior de aquel tugurio, porque el empedrado de las calles lucía como un diminuto país de los lagos. Pequeños charcos de los que bebían perros y gatos de la calle cuando no eran pisoteados por el tránsito de un policía a caballo. Anochecía y, aunque algunas estrellas

asomaban con timidez en el cielo, la línea del horizonte aún mostraba una pincelada de colores cálidos. Al final de la avenida, un grupo de críos ataviados con boina de repartidor formaban un corro en el que pronunciaban palabras con demasiado peso incluso para un adulto.

Me acerqué con cautela, sorteando los numerosos charcos del suelo y tratando de no ser descubierto, pues sospechaba el motivo por el que se habían congregado. Veinte o treinta metros antes de llegar a ellos descubrí un destello metálico en el suelo. Era mi moneda. La misma que le había lanzado al pequeño repartidor de periódicos. Supuse que la habría perdido en una nueva caída y que, después de todo, aquel crío sí que debía ser un tanto patoso. El pequeño se hallaba sentado en mitad del círculo. Tenía los largos dedos del austriaco marcados en la mejilla y una nueva herida en la rodilla izquierda.

Un joven, algunos años mayor que él, que destacaba como el cabecilla del grupo, no parecía tener problemas a la hora de relatar en voz alta cómo iba a hacer arder el local de Henry Leibniz hasta los cimientos. Lo verdaderamente alarmante no era que quisiera quemarlo, sino que juraba que lo haría con o sin clientela dentro. Hablaba con dominio, enfatizando su discurso con una cachiporra robada a la policía que levantaba al aire o bajaba según conviniera a sus palabras. El grupo, formado por niños de mirada limpia y caras manchadas de carbonilla, seguía los movimientos del arma como si se tratara de una varita mágica. Al verme, el cabecilla guardó silencio, y el resto estrechó el círculo como la manada que se cierra ante el depredador. Pero el pequeño repartidor, al que yo le había entregado la moneda a cambio del panfleto del falso Houdini, me identificó como uno de los protagonistas de su historia. El círculo se abrió y me permitieron el paso, pero el cabecilla se interpuso entre el que, desde esa distancia, por el notable parecido físico, me pareció que se trataba de su hermano.

—¿Quién es usted? —preguntó con desconfianza.

—Tan solo un viajero. Aunque algunos me llaman mago —añadí, dejando caer la publicidad de Houdini al suelo. Todas las

miradas se centraron en la suavidad con la que cayó la hoja y, en absoluto silencio, quedaron atentos a mi próximo movimiento. La semilla de la posibilidad estaba sembrada—. ¿Cuál es tu nombre? —pregunté al pequeño, al tiempo que le ofrecía la mano para levantarle del suelo. Tiré de él con ímpetu. Con la mitad de fuerza habría bastado para despegarle de los adoquines, pero mi intención era otra. Quería hacerle volar. Quería que siguiera aumentando la atmósfera mágica. El crío cayó en mis brazos, casi trastabillando; momento que aproveché para colar la moneda en el bolsillo de la chaqueta que quedaba bajo la bandolera. La razón me decía que, de ambos bolsillos, el izquierdo y el derecho, ese debía ser el de peor acceso.

—Me llamo Tommy Thiel —contestó, sorbiendo los mocos, una vez recuperó la compostura.

—No digas ni una palabra más —amenazó el joven de la cachiporra.

—¿Sabes por qué he venido? —pregunté, sacando la bolsa de terciopelo azul en la que guardaba la pipa de fumar. Realicé los preparativos con asombrosa lentitud, como si les enseñara, tan solo mediante gestos, cada fase previa al acto de fumar. Finalmente la prendí con un fósforo y crucé las manos a la espalda aguardando a que el chiquillo respondiera. Mi aparente calma dejó aún más estupefacto al grupo que, desde que había pronunciado la palabra «mago», me observaban como si lo fuera; salvo el hermano mayor, que parecía confiar únicamente en aquella arma para disolver disturbios.

Tommy obedeció a su hermano sobre las palabras. Pero en silencio movió de lado a lado la cabeza.

—¿Recuerdas que te di una moneda? —mencioné al exhalar una copiosa calada.

Movió de arriba abajo la cabeza.

—¿Dónde la has guardado?

Tommy tardó en reaccionar. No porque no le inspirase confianza, sino porque mediante furtivas miradas que lanzaba a su hermano, buscaba su aprobación. Finalmente se llevó un tímido

dedo al bolsillo contrario sobre el que caía la bandolera.

—Mete tu mano y compruébalo —ordené, en el profundo tono de voz con el que el director Foster solía transmitir órdenes. El chico obedeció de inmediato y, con gesto de sorpresa, se percató de que no estaba allí.

—Muéstrales el bolsillo —pedí señalando al resto.

Tommy le dio la vuelta al forro. Estaba vacío.

Armándome de valor, avancé hacia él esquivando el brazo estirado de su hermano. La cachiporra me rozó en la sien, pero el joven cabecilla me dejó hacer. Supongo que su curiosidad pudo más que el peligro que yo pudiera representar. Cuando estuve frente a Tommy, clavé una rodilla en el suelo y le quité la boina de la cabeza. Una cascada de pelirrojos rizos cubrió su frente. La sensación que me asaltó era de que Tommy era aún más pequeño de lo que aparentaba a simple vista.

—¿Podrás sujetar la boina con ambas manos? —pregunté.

El círculo se estrechó a nuestro alrededor. Ningún niño quería perder detalle de lo que ocurría.

Tommy asintió, afianzándola.

—¿Estás seguro? Porque la moneda va a hacer un viaje y, si algo sale mal, tendrá que aterrizar en tu boina.

El chico, por su expresión, no entendió una sola palabra de lo que decía, pero movió afirmativamente la cabeza.

—Ahora quiero que visualices la moneda en tu bolsillo. Tal y cómo la guardaste antes de salir del local. ¿Lo estás haciendo?

Tommy asintió.

—Tienes que hacerlo mejor —insistí.

Tommy cerró los ojos, frunció el ceño y, transcurridos unos momentos de suma concentración, volvió a asentir.

—Bien, ahora sí. La moneda ya está en su sitio.

Quiso llevarse la mano al bolsillo, pero le recordé que había asegurado que podía sujetar su boina. Su expresión era de fastidio y, por los murmullos que pude escuchar a mi espalda, sus compañeros de pandilla también se sentían decepcionados. Entonces, con la punta del índice, toqué el bolsillo de Tommy. Todos se quedaron

perplejos. Su hermano se situó a mi derecha, pero enseguida los otros niños le apartaron. Poco a poco incrementé la fuerza, sabiendo que la parte dura que estaba palpando era su pequeño hueso de la cadera.

—¿La sientes aquí?

Tommy asintió, esbozando una tímida sonrisa. El murmullo a mi espalda se incrementó.

—¿Quieres verla?

Tommy asintió.

—¿Quieres que vuele?

De nuevo asintió.

—¿Quieres que se mueva de sitio sin que yo la toque?

Entonces Tommy se quedó paralizado, sabiendo que acababa de descubrir el siguiente paso de la función. El resto de los niños alzó la voz, pidiendo que la hiciera volar, que la moviera de sitio.

Retiré la punta del índice de su chaqueta y, mirándolo fijamente a los ojos, dibujé con el dedo una parábola en el aire que fue de su bolsillo derecho hasta sus ojos, donde Tommy se puso bizco, para después bajar con lentitud hasta la zona de la bandolera que cubría su otro bolsillo.

—Ya está —dije, poniéndome en pie.

Tommy no tuvo tiempo de comprobarlo, porque el grupo de críos le cercó como aves de rapiña. Era tal la euforia con la que aquellos pequeños trabajadores querían creer en la magia, que Tommy cayó al suelo, y sobre él se abalanzó el resto. Fue su hermano el que le sacó la moneda del bolsillo izquierdo y la mostró en alto como instantes antes había esgrimido la cachiporra. Yo salí del círculo y avancé, fumando en silencio, hacia el final de la calle. Numerosos viandantes que se habían detenido a contemplar el espectáculo de magia me observaron con expresiones variopintas. Cuando ya casi estaba a punto de doblar la esquina, escuché los numerosos taconeos de su calzado. Algunos hundían sus pies en los charcos sin que pareciera importarles. El grupo de niños me perseguía, tal y como había imaginado.

—¡Oiga, oiga, señor Mago! —llamó Tommy—. ¿Puede hacerlo

otra vez? —preguntó lleno de admiración. Los demás me miraban de la misma forma, sumándose en un frenesí de voces. Entonces hice el último truco; la guinda del pastel. Tommy aún llevaba la boina en las manos, por lo que me acerqué a él y le revolví los rizos.

—¡Tommy! ¿Qué tienes aquí? —pregunté, rebuscando detrás de su oreja.

El niño rio, esperando. El resto estalló en largas carcajadas nerviosas. Mostré una segunda moneda que había ocultado en mi mano y la dejé caer en la boina de Tommy, que la sujetaba como si pidiera limosna. Volví a salir del círculo, sabiendo que, pasara lo que pasara, vieran lo que vieran cuando llegara el momento, para ellos todo estaría justificado. Porque yo era un mago. Esta vez tardaron la mitad de tiempo en alcanzarme, y sus voces lo hicieron mucho antes.

—¡Queremos más monedas, señor Mago! ¡Haga aparecer más monedas!

Yo no detuve la marcha. Caminé muy seguro de mí mismo, sabiendo que había sembrado una brillante solución a mi problema más inmediato. Ellos no dejaron de seguirme.

14

Al día siguiente no hubo reparto de prensa ni de panfletos publicitarios. Así fue como resolví el asunto de la mudanza de todos aquellos objetos estrafalarios que guardaba en casa y cuya existencia quedaba justificada por años de experimentación. Serpentines, jeringas de vidrio, embudos de decantación, picnómetros, manómetros de rama abierta, un matraz esférico, un metrónomo, una balanza monoplato, entre otros utensilios. También varias cajas que cuidé de forrar con telas oscuras; una de ellas muy pesada, con no menos de doscientas libretas con las anotaciones de todo lo descubierto hasta la fecha en la batalla personal que libraba contra la enfermedad mental. Un cajón destacaba entre el resto, puede que por los incomprensibles y exóticos jeroglíficos con los que decoré su exterior, extraídos de un antiguo tratado de medicina egipcio que compré a un árabe en un mercadillo londinense. O puede que porque aquel cajón, dadas sus particulares medidas, era el único capaz de contener un cuerpo. En cualquier caso, por razones culturales obvias, nunca había llegado a encontrar un uso para aquellos papiros, salvo aquel día, pues cuando los niños de la calle vieron el cajón decorado con aquellos símbolos, rodeado de cirios prendidos y humeantes varitas de incienso, el efecto resultó demoledor. Yo me había vestido para la ocasión: Chaqueta negra, camisa de cuello alto y generosos puños. Una elegante pajarita remataba mi aspecto, el cual era indistinguible del de la ilustración de Houdini (el auténtico). Mis zapatos brillaban como nunca, y la piel de mi cara jamás se había sentido tan cómoda enarcando una

sonrisa. Al principio, el grupo miró el cajón con recelo. Lanzaban rápidas miradas o reían de forma nerviosa si se empujaban entre ellos en su dirección. Uno lo llamó el *sarcótago*. Yo le reprendí diciendo que no era ningún sarcófago, aunque su utilidad tuviera relación con los muertos.

—¿Qué es? —preguntaron al unísono.

Tardé en responder. Y bajé la voz. Sembrando la idea en sus cerebros de que, lo que tenían ante ellos, era un milagroso objeto del mundo antiguo.

—Es el «resucitamomias» —dije para cerrar aquel asunto, pero, como era de esperar, aquella palabra despertó cientos de preguntas.

Rápidamente pedí que se sentaran a mi alrededor, formando un círculo cuyo centro ocupé, esgrimiendo mi pipa de fumar. Cuando todos estuvieron dispuestos, les relaté una historia improvisada sobre el motivo por el que en realidad los egipcios momificaban cadáveres. Les dije, a todas aquellas caras tan llenas de suciedad como de asombro, que los sarcófagos conservaban las momias, hasta que llegaba el momento de traer de vuelta a los muertos. Para ello, aunque hubieran transcurrido milenios, se utilizaba un «resucitamomias». Uno de los críos, sin duda el más inteligente, hizo una excelente pregunta.

—¿Lo ha probado alguna vez?

El humo de la pipa, cargada con un tabaco de combustión lenta, llenaba la habitación de una densa neblina. Las velas danzaban a merced de corrientes invisibles. Sus caras eran la definición pura de la atención. El ambiente no podía ser más propicio:

—Ahora mismo está en uso —solté, liberando a la bestia.

Se alzó un pavoroso murmullo, cuyos imprevisibles efectos me vi en la obligación de controlar de forma inmediata. Alcé la voz, pidiendo calma, recordándoles el motivo por el que un mago les había abierto las puertas de su casa. Les hablé de la confianza que había depositado en ellos, y de la que esperaba por su parte. Les dije que no tenían nada que temer de la persona que estaba dentro del cajón. El proceso de resucitación era lento, y aún quedaban varios meses por delante. Varios meses hasta que pudiera moverse o

comunicarse.

—¡Varios meses! —soltó Tommy con hastío.

Yo le reprendí con la mirada, y le hice ver que la magia tenía sus tiempos, y que nada se podía hacer por acelerarla.

—Tommy, ¿cómo quieres traer de vuelta a alguien que lleva muerto más de cinco mil años, en un solo día?

Aquel razonamiento les hizo comprender, o al menos sirvió para que se callaran, por lo que continué aderezando aquella historia estrafalaria.

—La persona que hay dentro de la caja es una poderosa sacerdotisa. De hecho, es la artífice del objeto que cada día le devuelve un poco más la vida. ¿Os imagináis la clase de enemigos que puede granjearse una persona así?

Los chiquillos me miraron como si realmente fuera el portador de una magia superior. Nunca, hasta entonces, había vivido semejante manifestación del poder de la palabra. Hubiera podido pasar por este episodio de puntillas. Decir simplemente que, unos niños de la calle, convencidos de que yo era alguna rara clase de mago, me ayudaron a mudar mis objetos de casa a cambio de unas pocas monedas y un secreto. Pero para mí es importante relatarlo, dados los increíbles acontecimientos que comencé a vivir con Ray Donald a los pocos días.

Como decía, llegados a aquel punto en el que yo era el centro de todas sus miradas y mi palabra era el alimento que bebían sus cerebros, les dije que confiaba profundamente en ellos para que me ayudaran a mudarme de casa. Pues los enemigos de la sacerdotisa estaban enterados de que yo, gracias al «resucitamomias», la ayudaba a volver a la vida.

A la noche, la mudanza estaba hecha. El hermano mayor de Tommy, aunque aún no tenía edad de conducir, consiguió un camión de repartos. En la zona de carga rodaban cebollas, rábanos y pimientos carcomidos por el paso de los días. Los críos se llevaron buena parte de mi salario semanal, más los restos de verdura. Mi mayor logro fue que no abrieran el cajón para ver el estado de la sacerdotisa. Pues, una vez superados los temores iniciales, los

miedos se transformaron en ansias de conocimiento. Pensé que con el pago había ganado su silencio, pero alguien habló. Y en menos de cuarenta y ocho horas tuve que enfrentarme a la primera consecuencia de aquel ocurrente episodio.

15

Mi nueva casa coincidía con su descripción. Era una vivienda amplia, exquisitamente decorada, en la que el director no había reparado en gastos. La impronta personal de Foster era palpable en la elección de los muebles y objetos, como si no descartara del todo instalarse junto a su mujer en un futuro no muy lejano.

Había un mueble biblioteca con sus obras favoritas. La colección era menos voluptuosa que la de su despacho. Pero había ediciones en cuero, y raros y antiguos ejemplares que habrían sido la envidia de muchos académicos. En una esquina del salón se situaba un elegante escritorio con numerosos cajones y departamentos. Los únicos ocupantes de su superficie eran una moderna máquina de escribir modelo M40 de la prestigiosa marca Hispano Olivetti y un taco de hojas blancas como para que un octogenario detallara con exactitud sus memorias. Aunque el país del fabricante era Italia, y nos encontrábamos en Inglaterra, el teclado de la máquina contenía aquella extraña «N» coronada por una virgulilla. Letra que los españoles conocen por el nombre de eñe. Tomé nota mental de comentarlo con Foster, pues bien sabía, dado el agrado que mostraba por los detalles, que de aquel asunto derivaría una interesante conversación.

También había un mueble bar en el que no faltaba uno solo de los licores que Foster degustaba a diario, así como una selección de sus tabacos favoritos con los embalajes intactos.

Una vez instalado dediqué mi tiempo a colocar la mayor parte de mi colección de utensilios de laboratorio, y las cajas de mudanza, en

la habitación insonorizada. Temía una visita del director: un encuentro no agendado en el que el hombre se interesara por el estado de mis comodidades.

La habitación era una maravilla. Se podía gritar y golpear las paredes sin que nadie supiera lo que sucedía de puertas para adentro, como pude constatar con un par de niños que se ofrecieron voluntarios. Las cuatro paredes de la habitación, así como el techo, tenían una gruesa capa de revestimiento acolchado similar al de las celdas de Aston Hall. Los enseres de Foster, la cama de mi madre, el pequeño laboratorio, así como las cajas de las que no quería deshacerme por si volvía a trasladarme, la ocuparon al completo, por lo que tuve que dejar algunos instrumentos en el salón. Los dispuse como parte de la decoración, y no me preocupé más del asunto, ya que, dada mi formación, mi relación con aquellos objetos era perfectamente justificable.

A la noche caí rendido, sin fuerzas, náufrago en aquel nuevo mundo de pesadillas azules al que acababa de llegar. Un mundo neblinoso y etéreo que comenzaba nada más cerrar los ojos y en el que creía observar, aunque suene a locura, la silueta de una enorme bestia acechándome desde el interior de mi cabeza.

Al despertar, cansado y de alguna forma dolorido, alimenté a mi madre y la ayudé a evacuar. Todas estas acciones las llevé a cabo con premura, pensando que Foster, o alguien del vecindario, podía tocar a la puerta en cualquier momento. De nuevo, no estaba equivocado.

Era la mañana del día en cuya tarde debía regresar a Aston Hall. Mi tiempo expiraba, y quería dejar todo dispuesto para que, esa misma noche, pudiera llevar a casa el vial con el que daría comienzo el tratamiento de mi madre. Había repasado el plan cientos de veces. Esa noche Ray Donald no recibiría su dosis. El suero iría directamente del maletín a mi bolsillo. Momento que aprovecharía para salir a fumar a los jardines. Dando un paseo, con aire distraído, me dejaría llevar hasta los límites de la finca, donde yo mismo me sorprendería al contemplar la arboleda cercana a la calle. Una vez allí, la oscuridad y la suerte, serían mis guías.

Era pronto. El timbre sonó dos veces. Deduje que debía tratarse

de alguien que concluía su turno en el psiquiátrico y que aprovechaba la cercanía de la vivienda para hacerme una visita fugaz. Abrí las ventanas para descongestionar el ambiente, aunque flotase en el salón el aroma del café recién hecho, y, taza en mano, comprobé una última vez el candado de la habitación insonorizada. Sí. Había comprado un candado para proteger el contenido de aquella habitación. En el contrato de alquiler no se mencionaba nada en contra de reforzar la seguridad y, en el hipotético caso de que el director tuviera que acceder a la vivienda en mi ausencia, me libraría de una situación difícil de explicar. Abrí, esbozando una sonrisa cordial, pues en mi fuero interno estaba convencido de que encontraría al director Foster con una cesta de embutidos, quesos y otros manjares gastronómicos. Pero no era el director la persona que apareció en el rellano de la escalera.

Un aire perfumado de esencias florales sacudió mi cara y mi rictus sonriente se esfumó dando paso a otro de absoluta incredulidad.

—¡Señorita Wellington! —exclamé, embargado por la sorpresa—. ¿Qué está haciendo aquí? Y, ¿cómo ha sabido…? —Las palabras se me atragantaron. Supuse que Linda querría visitar el interior y bien sabía que, donde un hombre ve una simple pared, una mujer es capaz de ver el futuro que acontecerá al resguardo de dicho muro.

—Kristian, ¿podrás hacerme caso algún día? —rebatió ella.

Todavía llevaba el uniforme del hospital, junto a la cofia en la cabeza y un voluminoso bolso del que asomaba la manga de una blusa por la cremallera. El flequillo caía en pico bajo un lateral de la cofia. Podría haber estado despeinado, pero algo me decía que había sido colocado a propósito.

—¿Hacerle caso? —pregunté.

—Sí, querido. No sé las veces que te he pedido que me llames por mi nombre. Y tutéame también. No soy ninguna señora, aunque te empeñes en hacerme sentir así.

—Está bien, está bien —me disculpé.

—¿Estás con alguien? —preguntó, dubitativa, al desviar la mirada hacia el pequeño resquicio por el que asomaba mi nariz y

una boca constreñida. No lo había hecho adrede, pero tras abrir la puerta de par en par y comprobar que se trataba de Linda, había cerrado la hoja con lentitud como una de esas viudas solitarias que no se fían de la gente.

—Para nada, es que, ya sabes… La mudanza. ¡Aún no he sido capaz de establecer un orden! —dije, sintiendo palpitaciones.

—Me lo imaginaba. Pero no debes preocuparte, he visto las casas de algunos hombres solteros y no creo que nada pueda asustarme. Si quieres, puedo echarte una mano —se ofreció.

Dudé, porque me habría venido muy bien y, aunque estuviera dedicado por completo al cuidado de mi madre, en el fondo tenía ganas de vivir una vida más normal. Incluso me habría conformado con una vida estandarizada. Rechacé el ofrecimiento y Linda Wellington puso cara de hastío. Luego, tal y como la caracterizaba, hizo uso de la artillería.

—¿Recuerdas que quedamos en que debías hacer algo por mí? —La expresión del que siempre consigue su propósito se adueñó de su rostro.

—Ops, sí, aquel asunto —dije con aire distraído, intentando que comprendiera que no me lo había tomado tan en serio como ella.

—Pues quiero que me invites a una taza de ese delicioso café.

—¿Café?

Linda dio un empujón a la puerta. Por suerte pude apartarme a tiempo de que la hoja no me golpeara la cara. Decidida, se plantó en la entrada y me entregó el bolso y la cofia para que se los guardara.

—¿Ahora vas a negarme que este olor tan maravilloso no es de café recién…? —enmudeció de pronto, clavada en mitad de la entrada, contemplando el brillo del suelo, el reluciente barniz de los muebles, los vivos colores de los azulejos—. Kristian —murmuró—, pero si está todo impoluto.

—Bueno, no creas… —dije para ganar tiempo.

Hice amago de colgar sus pertenencias en el perchero, pero este debía estar guardado en la habitación de mi madre, por lo que tuve que dejarlas en el suelo. Linda reaccionó a aquel descuido con una de sus bellas sonrisas.

—Kristian Brown —comentó, rompiendo el protocolo que acababa de establecer—, es usted un verdadero manojo de nervios.

Sonreí, pues poco más podía hacer, y la invité a pasar al salón. Su mirada viajó a través de los numerosos volúmenes de la biblioteca. Linda era curiosa y muy aficionada a la lectura, y en numerosas ocasiones me había trasladado su intención de profundizar en ramas no tan conocidas de la literatura. Pues, aunque le gustaba leer, no tenía acceso a un buen catálogo de libros. Desgraciadamente, no consideré que aquel fuera el momento de iniciar una conversación que pudiera extenderse durante horas, pues si bien la urgencia me instaba a terminar aquel encuentro cuanto antes, Linda también desearía marcharse a su casa para descansar. En cuanto a mí, ya había perdido toda esperanza de tomarme un descanso antes de comenzar el turno de noche.

Linda tomó asiento en uno de los sofás de crin y, tras reparar durante segundos en la única puerta de la casa asegurada mediante un candado, se me quedó mirando, enarcando la misma y desconcertante sonrisa.

—Kristian —llamó.

—¿Qué? —respondí con miedo.

—¿Y el café?

Suspiré aliviado, y agradecí que no hubiera hecho la pregunta que cualquier persona normal habría hecho. En cinco minutos dispuse dos buenas tazas de porcelana (propiedad de Foster y su mujer), la cafetera y otros enseres sobre un carrito que era parte del mueble bar. Lo situé a orillas de los sofás y serví dos tazas al gusto de Linda: hasta la mitad de café y con mucho azúcar. La señorita Wellington bebió con tranquilidad, sin dejar de observar los rincones, estantes y objetos.

—¿Sabes por qué estoy aquí? —preguntó sin rodeos en el momento en el que la taza apoyó en el platillo.

—No se me ocurre —aseguré.

—Bueno, Kristian, en primer lugar, porque me caes bien. Pero eso ya debes saberlo. En segundo, porque el director Foster me ha insinuado en varias ocasiones lo conveniente que sería para ti. Con

la excusa de este asunto, hoy mismo me ha llamado a su despacho. ¿Sabes que tengo algunos amigos que trabajan en el turno de día, no? —preguntó y no continuó hasta que moví de lado a lado la cabeza—. Dicen que Foster también está en el hospital durante todo el turno. La cuestión es: si está de noche, y también de día, ¿cuándo descansa?

—No tengo la menor idea —aseguré.

—Ni yo tampoco. El caso es que me ha dicho que está preocupado por ti. ¿No te parece curioso?

—¿Curioso? ¿Por qué?

—Me refiero a que un hombre que se pasa las veinticuatro horas del día en su lugar de trabajo se preocupe de otro que, por lo menos, duerme en su casa.

—Entiendo. ¿Tan preocupado le has visto?

—No del modo en que te sucediera algo, sino porque esa pequeña torpeza que te caracteriza retrasara tu vuelta. Ese hombre te quiere a su lado. Y solo Dios sabe el motivo.

—Pues como ves voy bastante adelantado. Algo muy raro tendría que suceder para que faltara a trabajar esta noche.

—La verdad es que sí. Cualquiera diría que has contado con ayuda… —dejó caer Linda. Más que una posibilidad me pareció una afirmación. Y, por el tono, intuí que aguardaba a que le aclarara esta cuestión.

—Me organizo bien —comenté, restándole importancia.

—Eso mismo le dije a Foster. Pero él confía en que un pequeño apoyo femenino te vendría bien para darle orden a la casa. Pero, ¡vaya! —dijo asombrada, mirando en derredor—. No lo has hecho nada mal.

En aquel momento desconecté de sus palabras. Tan solo podía observar sus ojos almendrados bordeados por largas y tupidas pestañas, entornándose a cada sorbo de café. Para mí estaba muy caliente. Prefería que se enfriara en la taza, pero Linda soplaba el interior cada vez que iba a beber de ella, lo que la hacía hablar de forma entrecortada, y llevar a cabo un abanico de gestos que a mis ojos resultaban deliciosos. Perdido en preguntas internas que no me

atrevía a responder, desfilaron por mi conciencia, pero sin hacer la menor mella, una lista de palabras a las que no dediqué atención: vinagre, suelo, jarrón, estatuilla, polvo… Hasta que un nombre me hizo volver al presente de un modo tan apabullante que, sin quererlo, volqué el café sobre mis pantalones.

—¡Kristian! —clamó Linda, poniéndose rápidamente en pie—. ¿Te has quemado? —preguntó.

—No —aseguré, aunque mi gesto dijera lo contrario.

Linda salió disparada a la cocina. Yo todavía seguía absorto en intentar recordar qué era lo que me decía acerca de Ray Donald. Al momento volvió con un trapo húmedo. Hubo un instante de confusión. Aunque puede que no lo esté expresando correctamente. Quiero decir que me sentí muy confundido. Ella estaba dispuesta a limpiarme la mancha situada en la cara interna del muslo. Pero a mí no me pareció decoroso, por lo que tomé el trapo y me limpié yo mismo.

—Bueno, tu primer incidente casero —bromeó, mientras observaba la torpeza con la que me desenvolvía limpiando. No pude más que sonreír, pues su buen humor tenía algo de contagioso—. ¿Qué ha hecho que te sobresaltes de esa manera? —indagó.

—Nada en especial —mentí, pues no quería que se percatara de que, de nuevo, volvía a perder el hilo de sus conversaciones. Tenía un claro problema de atención. Un problema que solo se manifestaba en su presencia.

—Es este asunto de Ray Donald, ¿verdad? Resulta desconcertante.

—Totalmente —coincidí, aguardando a que desarrollara el mencionado asunto que yo había pasado por alto.

—Bueno, cuando entres a trabajar esta noche, lo verás con tus propios ojos. El anciano está mucho mejor. Foster se ha encargado de él durante tu ausencia. Él mismo le ha administrado las correspondientes dosis y ha velado sus noches como si se tratara de un familiar. Todo esto resulta extraño. ¿No tienes la menor idea de quién puede ser ese hombre?

Negué rotundamente, recordando la grotesca cicatriz que

cruzaba su pecho. La desilusión asomó por su rostro.

—Entonces —pregunté, muy interesado por su respuesta—, ¿ha recuperado la conciencia?

—No. —Linda volvió a sonreír, y me pareció que aquella sonrisa contenía algo de perdón. Creo que acababa de comprender que no le había prestado atención y, aun así, tenía el suficiente cuajo conmigo para volver a pasarlo por alto. Aquella mujer tenía el cielo ganado—. No se puede decir que esté consciente. Sabes que mi trabajo como enfermera solo consiste en cuidar de forma física al paciente. Además, de esta clase de pacientes que hay en Aston Hall, no me atrevería a decir que están en plenas facultades ni aunque me invitaran a cenar esta noche.

Reí ante aquel comentario. Y la risa me hizo bien.

—Yo no diría que su estado sea de conciencia —continuó Linda Wellington—. Tiene los ojos abiertos y te sigue con la mirada allá por donde vayas. Y esas alucinaciones que manifiesta…

—¿Alucinaciones?

—¡Kristian! —llamó al orden, ahora sí, disgustada—. ¿Has escuchado algo de lo que te he dicho?

—Perdón —tartamudeé—, pensé que no se trataban de alucinaciones como tal, sino de simples episodios de euforia —dije lo primero que pensé que podía estar relacionado.

—Esto es distinto, Kristian.

—¿Distinto? ¿Por qué?

La expresión de Linda Wellington se ensombreció de pronto. Parecía que el sol diera marcha atrás en el día y que la estancia se oscureciera a la par que lo hacía su rostro. Percibí sus ojos nerviosos, buscando el fuego de una chimenea; un lugar en el que pudiera reposar la vista sin tener que pensar demasiado. Era la primera vez que veía a Linda en aquel estado.

—Pronuncia palabras raras. Vocablos imposibles de repetir. Cosas sin sentido —resolvió a la par que sus ojos regresaban a los míos.

—¿Por ejemplo? —pregunté, intrigado.

Linda se quedó callada, supongo que haciendo memoria, o

deseando que sucediera algo que evitara tener que pronunciar aquel nombre. Una llamada al timbre, un trueno que hiciera temblar los cristales.

—*Jigou* —dijo al tiempo, no sin dificultad—. Repite esa palabra más de veinte veces por noche. Foster hace como si nada sucediera y no se pronuncia al respecto.

Yo tampoco me pronuncié de inmediato, sino que me sumí en reflexiones que pudieran dar sentido a lo que acababa de decir. Resultó ser un esfuerzo inútil.

—Quizá no sea nada —resolví ante el callejón sin salida hacia el que se dirigía la conversación.

—Sí, quizá —coincidió con voz vacía.

Ambos nos quedamos callados, presos de lo sucedido. Nunca pude contrastarlo con Linda, pero mi sensación, y juraría que la de ella también por la extrañeza que despedía su rostro, es que en aquel salón se había pronunciado una palabra que no pertenecía a nuestros respectivos mundos. Como si a un indígena del Amazonas le preguntaras por el teléfono más cercano.

Se puso en pie y pidió pasar al cuarto de baño. El agua corrió durante un rato. El toallero metálico chocó con la pared cuando se secó las manos. Yo aproveché para cargar la pipa.

—Kristian, ¿puedo preguntarte algo? —preguntó al volver. Parecía haberse tranquilizado.

—Claro. —Contesté porque no tenía la menor idea de lo que diría a continuación y, de haberlo sabido, no sé si habría aguantado el tipo.

—¿Qué hay tras esa puerta? —Sus ojos señalaron la habitación del candado. ¿A qué otra puerta de la casa podía referirse? Todo en ella era diferente a las otras. Aun así, me giré de forma estúpida, esperando a que ocurriera un milagro.

—Ah, esa puerta —intenté disimular, preso de los nervios.

No sé qué diablos debió ver Linda. Puede que su ojo de enfermera presintiera el colapso nervioso y, antes de que yo respondiera, me hizo una extraña confidencia.

—No es necesario que respondas, Kristian. Verás, —explicó,

dejando la taza sobre el platillo y el conjunto en el carrito mueble bar. Se inclinó una buena distancia hacia mí y, en susurros, como temiendo que alguien más en la casa pudiera oírla, dijo—: conozco tu secreto.

Por poco me atraganto y, aunque pude salvar la situación, sí que me vi afectado por un golpe de tos.

—No tengo secretos, Linda —contesté cuando me hube recuperado.

—Eso no es del todo cierto —aseguró—. Guardas la clase de secretos que pasan desapercibidos para la mayoría, pero no para los pocos que te observamos con atención. Desde la primera vez que te vi supe que tras tu apariencia de hombre tranquilo se escondía algo más. La gente cree que se trata de algo turbio y tenebroso. Hacen bromas por los pasillos. «Allá va Kristian el…». —No continuó.

Sus ojos se habían humedecido. Brillaban con el tembloroso fulgor cercano al llanto. No hizo falta que terminara la frase. Yo sabía perfectamente cómo me apodaban en el psiquiátrico. Algunos pacientes se habían creído esa historia y me temían de tal modo que, con solo verme merodear por sus habitaciones, sufrían ataques de pánico. Mi lividez y mis ojeras condimentaban aquella leyenda y, sobre todo, el hecho de que casi nunca compartía mesa con mis iguales.

—El *comecerebros* —dije, acabando la frase por ella.

—No digas eso —me regañó Linda—. Es un mote estúpido. Digno de la crueldad de un colegio. Y ahora que conozco tu secreto, no tengo miedo de decir que me siento más atraída por ti.

—Pero, Linda, ¿qué estás diciendo?

—No te hagas el tonto, Kristian. Ya no. Tu secreto está a salvo. Jamás le desvelaré a nadie quién eres realmente.

—Linda, por favor…

—No, Kristian, conmigo no tienes que excusarte. Mi sobrino Markus, el hijo menor de mi hermana, juega en estas calles a la pelota. Casualmente, la otra noche cené con ellos antes de ir a trabajar. Markus llegó a casa un poco tarde y, en cuanto entró por la puerta, mi hermana le pidió explicaciones. Al parecer había estado

con su pandilla. Ya sabes que en la calle no hay distinciones. Todos los niños juegan y las pelotas no tienen prejuicios con el dinero. Dijo que muchos niños habían faltado al partido. No pudieron jugar de forma reglamentaria por ser insuficientes, así que hicieron una excursión al río. Calcularon mal el tiempo y por eso llegó tarde.

—Entiendo —dije aliviado, creyendo saber por dónde fluiría la historia.

—¿Y sabes por qué no pudieron jugar a la pelota?

Negué con la cabeza, pero el gesto no melló en ella.

—Al parecer, la mayor parte de chicos de la calle estaban ocupados en una extraña tarea.

—Extraña… —repetí.

—Dijeron que habían quedado con un mago. Un hombre misterioso que hacía aparecer y desaparecer monedas. Y que, si ellos le ayudaban a que se mudara a una vivienda cercana a Aston Hall, haría aparecer muchas, muchísimas monedas.

Me quedé en silencio. Linda me miraba con una rara expresión, mezcla de admiración y desconfianza. Por momentos parecía dudar del relato de un chiquillo, por otros asumía que las piezas encajaban. Finalmente, hizo la pregunta que, en realidad, le había llevado a hacerme esa improvisada visita en una hora tan temprana.

—Kristian, ¿eres el mago del que los niños hablan?

Su vista quedó fija en el candado de la habitación insonorizada. Por un momento creí que ella también podía hacer magia.

16

«Lo soy, Linda Wellington. Soy el mago del que hablan los niños». Las palabras volaron por el aire; tan seguras y firmes que me sorprendí del aplomo con el que las había pronunciado. Negarlo me habría supuesto más problemas que asumir el papel de aquella historia que llegó, por singulares coincidencias del destino, a oídos de Linda.

Lo malo llegó a continuación.

Tendría que haberlo visto venir, pero algo me ocurría siempre en presencia de aquella mujer que dejaba a la altura del suelo cualquiera de mis defensas. La señorita Wellington tenía un carácter curioso y una voluntad férrea. Si se piensa, son unas excelentes cualidades. Salvo que uno mismo sea objetivo de su desbordante curiosidad, claro, entonces ya no resultan tan interesantes como para lidiar con ellas.

Linda ni siquiera aguardó al día siguiente para manifestar su enorme deseo por presenciar uno de mis trucos de magia. Cualquier truco de magia, apuntó varias veces tras mi primer y contundente rechazo. Ante su exagerada insistencia, y en vista de que los medios normales no bastarían con ella, tuve que recurrir a una serie de excusas y supercherías que hasta a mí me resultaron absurdas. Vamos, que me presenté a mí mismo como un hombre estrafalario y fanático. «Aún no. La fase lunar no es adecuada», decía yo. «¿Mañana? Tampoco», objetaba. «No realizo un truco hasta que no alcanzo un dominio absoluto del mismo». «A su debido tiempo. Pronto. Serás la primera», juré como se juran los amores que vienen

después del primero. Las palabras, al menos, le parecían graciosas, y conseguían relajar la tensión entre ambos, y Linda se marchó con la sensación de haber descubierto un nuevo y apasionante estrato de mi personalidad. Un nivel que, al parecer, también le resultaba atractivo.

Cuando aquella noche llegué a Aston Hall me llevé una grata sorpresa. Linda esperaba a las puertas de la finca. Su fina figura se apoyaba contra una de las pesadas hojas de forja. El aire ligero arrastraba un puñado de hojas marchitas de un otoño que al menos yo ya había olvidado. Linda fumaba en silencio, contemplando los numerosos y escurridizos gatos que pululaban entre las largas ramas de un árbol. Uno de los animales debía de estar en celo. Maullaba repetidamente a la Luna mientras un buen número de felinos se frotaban contra su cuerpo. Si uno se aventuraba en la locura de cerrar los ojos y concentrarse en sus maullidos, el sonido era indistinguible de un llanto. Aquel felino me puso los pelos de punta, pero Linda parecía inmune a sus efectos.

Un coche de policía estaba aparcado junto a la puerta. Acaricié el capó con aire distraído al pasar. Estaba frío. ¿Nuevas pesquisas sobre el caso del destornillador? De vez en cuando la policía se pasaba a hacer preguntas sobre el pobre Murphy. Preguntas que ya habían hecho y que nadie podía responder de forma diferente. Supongo que así transcurre la investigación policial. Se comprueban una y otra vez las versiones, hasta que el ciclo se rompe con la aparición súbita e inesperada de un contraste. A mí se me paralizaba el corazón cada vez que veía uno de esos coches, pero por suerte nunca tuve que contestarles directamente.

—Mago Brown. —Sonrió Linda, una vez superé el coche de policía—. Suena bien, ¿verdad? Mejor que Houdini. —Dejó escapar una calada que voló como un espíritu que sale de la tumba. Una densa neblina se apoderaba con lentitud de la calle. La noche se cerraba, y la humedad calaba los huesos.

Miré a ambos lados y me llevé un dedo a los labios, pidiendo su silencio.

—¡Linda! Por favor, un poco de decoro. Ya hablamos de llevar

este asunto en secreto. Al menos hasta que reúna el dinero para montar mi propio espectáculo.

Lo del espectáculo fue una farsa más. Una excusa improvisada con tal de que dejara de insistir en que abriera la habitación del candado y le enseñara los objetos con los que hacía mis trucos.

—De eso mismo quería hablarte —dijo, insinuando unas intenciones que no fui capaz de desvelar.

—¿Cómo? —indagué, quedándome plantado, pues, erróneamente, me había convencido de que Linda no volvería a tratar este asunto en semanas.

—He pensado que si le comentaras al director Fo…

—¿Foster? ¡Estás loca! ¡Soy académico! —Alcé demasiado el tono y Linda adquirió una expresión contrariada.

—Bueno, Kristian —replicó con voz conciliadora—, solo quiero ayudarte. —Guardó silencio. El cigarrillo se escurrió de su mano y expiró en el suelo. Veía en su rostro la intención de añadir algo, solo que no se atrevía a pronunciarlo. Terminó reuniendo el valor, o la insensatez. Solo sé que preferí que no hubiera hablado—. Tengo dinero ahorrado —comenzó. Su voz tembló. Supe que no era por el frío—. Y que si este es tu sueño yo podría…

Dejé caer al suelo mi maletín médico. Ni por asomo, cuando en la mañana le confesé los pormenores de la historia, supuse que en pocas horas estaríamos en esa situación.

—Linda, por favor —dije, haciendo algo para lo que hasta entonces no había tenido valor. Rodeé su rostro entre mis manos, miré sus hermosos ojos, y le hablé con una franqueza que me salió directa del corazón—, eres una mujer maravillosa. Y agradezco mucho que hayas pensado en esto, pero no puedo hacerlo. Es mi sueño, y no sería capaz de involucrarte en un negocio tan arriesgado. Domino unos cuantos trucos; suficientes para un espectáculo, pero, ¿qué habrá después, cuando la gente se harte de verme sacar monedas de las mangas o conejos de mi chistera?

—Pero —replicó—, mi sobrino habló de algo diferente. Un truco extraordinario relacionado con una momia. Algo que nadie ha visto nunca. —Su mirada adquirió el brillo de la admiración.

Llevado por un oscuro impulso, le tapé la boca con mi mano, a la par que experimentaba una horrible sensación de angustia. Mis ojos volaron por los alrededores, buscando personas que pudieran estar escuchando. Los felinos maullaron en las alturas, dando saltos que agitaron las ramas. ¿Sería posible que aquellos críos hubieran visto a mi madre? Antes de que ella interpretara el gesto con alarma, descubrí su boca y me retiré un par de pasos, asustado de sus palabras, y de mi reacción.

—Linda, ¡no! —repliqué—. Es un truco prohibido, ¿me oyes?

—Pero, ¿por qué?

Me sentí contra la espalda y la pared y, antes de permitir que aquella locura continuara, me condené a mí mismo.

—El truco no es mío —solté aire. No sobreactuaba. Realmente me costaba respirar—. Es de Houdini.

—Ops, entiendo —Dejó de mirarme. La decepción se adueñó de su expresión, y, de algún modo, esto me consoló.

—Y ahora, si me disculpas… —Me escabullí hacia la entrada del sanatorio.

Linda se quedó allí, fumando otro cigarro. Le costó encenderlo, pues intuí el resplandor de los fósforos fallidos hasta que uno duró más que el resto. Yo eché a andar entre los árboles, internándome en la niebla. Ya no solo era un gato el que maullaba de aquel modo desgarrador, sino que se le había unido el resto de la comuna.

Mientras caminaba a toda prisa por las oscuras praderas de Aston Hall, tuve la sensación de que aquellos gatos sabían mi nombre. Y que sus maullidos no dejaban de repetirlo: «¡Brown, Brown, Brown!».

17

Entré en el psiquiátrico ensimismado en una maraña de fatales posibilidades. Si alguien me saludó no devolví el saludo porque apenas era consciente de mi alrededor.

Pasé de largo la recepción, la sala de estar, el comedor y los vestuarios sin saber si me había cruzado con alguien. La primera persona de la que verdaderamente tuve constancia se trataba de un hombre que deambulaba por un pasillo. No reparé en él por casualidad. De hecho, lo difícil habría sido que no lo hiciera. La lámpara en el techo temblaba y emitía puntuales picos de tensión que por momentos nos dejaban a oscuras.

El hombre era un paciente del ala este; alto y delgado, que caminaba con los ojos en blanco. La boca lucía abierta como una cavidad en la que alguien hubiera derramado tinta china. No había dientes ni lengua. O eran indistinguibles en mitad de aquel pozo de oscuridad. El paciente se había bajado los pantalones y estos arrastraban por el suelo enmarañados al tobillo izquierdo. De pronto se percató de mi presencia. Se detuvo y me observó largamente sin que las pupilas aparecieran en ningún momento. Conocía a aquel hombre. Los del ala este habían sido los primeros en recibir el suero. Si mis cálculos eran correctos, algunos de ellos debían llevar más de doscientas inyecciones. Él, en concreto, incluso alguna más.

¿Cómo era posible que aquel hombre estuviera en semejante estado después de llevar tanto tiempo en tratamiento?

Un relámpago iluminó el pasillo. Los cristales temblaron por el consecuente trueno y la luz se fue al instante. Cuando la iluminación

volvió a los pocos segundos tenía al paciente tan cerca que pude ver con claridad los detalles de su boca. La situación era tal como la había previsto en la distancia. No había dientes ni lengua. Y lo peor es que todo parecía recién arrancado a golpes y mordiscos.

El hombre se abalanzó sobre mí. Mi maletín médico cayó al suelo por segunda vez en ese día en el momento en que me cubrí la cabeza con los brazos. Instantes antes de que el demente me agrediera, dos celadores atraídos por mi llamada de auxilio, corrieron a socorrerme.

El hombre fue derribado entre gritos de horror por la pesadilla que tenía lugar en su mente. Intentaba pronunciar algo, pero la herida de la boca le impedía hacerse entender. En el momento en que uno de los celadores iba a ponerle la camisa de fuerza, el paciente se escurrió como una anguila y salió corriendo en la dirección que me había llevado hasta allí.

«No se preocupe», fue todo cuanto escuché decir a uno de aquellos hombres cuando echaron a correr tras él.

Observé el pasillo. Me pareció más oscuro y solitario que nunca. Tardé al menos quince minutos en tranquilizarme. Los gritos del hombre cesaron en aquel lapso, aunque muchos otros, supongo que contagiados ante el inusual incidente, se elevaron desde las celdas en las entrañas de Aston Hall.

Aquel había sido un terrible e injustificable fallo de seguridad. El último fallo de esta clase acabó con mi propio destornillador atravesando el ojo y parte del cerebro de un compañero. Debía hablar con Foster, pues tenía la intuición de que algo raro estaba sucediendo.

La intención duró muy poco, pues Foster apenas pudo prestarme atención. Tras tocar con los nudillos en su puerta, se desató un episodio cuya confusión se sumó a la que ya arrastraba. Habitualmente el director no hacía esperar, porque de él dependía que el suero fuera administrado dentro de los tiempos marcados.

Llevé mi cabeza a la puerta y posé la oreja con cuidado. Se escuchaba un leve murmullo; apenas perceptible por el sonido de la música clásica que, como en cualquier otra noche, acompañaba las

veladas del director. La voz del sujeto no me resultó conocida, por lo que pensé que se trataba de un aparato de radio en el que el locutor acompañaba la entrada de la pieza musical.

Giré el picaporte, pues pensaba que el director estaría concentrado en la lectura de los múltiples informes del día. Sin embargo, en cuanto empujé la hoja de madera me llevé una sorpresa mayúscula. Foster estaba reunido, sentado en su escritorio. Los codos apoyaban en el tablero y entrelazaba las manos con fuerza. Los dedos caían sobre la nariz. Los nudillos se mostraban blancos, carentes de la fluidez del riego. Su rostro era pétreo, tensionado, y la mirada reflejaba preocupación.

Por un momento vislumbré en él al mismo hombre descentrado que se había tratado a sí mismo con el suero. Su mirada no se despegaba de las dos personas sentadas del otro lado de la mesa. Uno de ellos hablaba en un tono lento y soporífero, como si leyera un informe de numerosas páginas cuya contemplación de la extensión le robara sus energías. Fue su compañero, el que permanecía en silencio mientras rasgaba el lápiz contra un cuaderno de notas, el primero en percatarse de mi presencia. Los tres me miraron al tiempo, y yo cerré con rapidez la puerta, sabiendo que acababa de interrumpir una reunión importante. Foster me llamó por mi nombre antes de que hubiera soltado el picaporte, indicando que entrara. Dudé unos instantes, pues, en algún tipo de detalle que capté sin llegar a procesar, algo me decía que aquella no era una reunión normal.

A la tercera vez que pronunció mi apellido abrí de nuevo la puerta del despacho y me situé bajó el dintel. Los dos hombres se habían puesto de pie. Iban ataviados con largos abrigos de lana oscura; bajo ellos, vestían chaqueta de botones dorados, los zapatos brillaban con el fulgor de las constelaciones de junio y sobre las cabezas portaban sendos sombreros con visera de pico. Aquellos sombreros eran la clase de prenda que destacaba entre la multitud. El que me quedaba más cerca, llevaba la pistola a la izquierda; pues el bulto era reconocible en ese lado de la cadera. Aquellos hombres debían ser los ocupantes del coche de policía que estaba aparcado en

la puerta.

—*Mr*. Brown, pase —invitó Foster con un rápido ademán de mano. Intentó sonreír, aunque su expresión aún quedaba demasiado cerca de la del hombre perturbado que reconocí en la mesa.

—No quería molestar, director. Tan solo pasaba para recoger…

—Los medicamentos, por supuesto —zanjó él con rapidez, desplazándose hasta la mesa de lectura. Sobre ella descansaba un único maletín.

No se me escaparon dos hechos. El primero es que la visita no debía ser tan inesperada como juzgué en un primer momento. Pues Foster, en mi presencia, no tenía reparos en desplegar el mueble oculto tras la biblioteca en el que guardaba los viales. Sin embargo, esa noche ya había procedido antes de que yo llegara. Por lo que no tenía intenciones de que los agentes de policía conocieran la existencia del mecanismo. Y el segundo, que a su vez reforzaba el secretismo con el que estaba actuando, era que Foster siempre llamaba a las cosas por su nombre. Había sustituido la palabra suero por medicamentos. No sé por qué lo hizo, pero reconozco que fue una circunstancia que no se me habría escapado por nada del mundo.

Los policías, por su parte, no me ofrecieron saludo. Tampoco yo a ellos, pues veía en sus expresiones cierto malestar por mi intrusión. El de la pistola, incluso, me dedicó una mirada mezquina. Mi vista se desvió un segundo, por pura inercia, a la libreta abierta sobre el escritorio. A lo que el hombre reaccionó endureciendo aún más, si cabía, su expresión de malestar.

—Discúlpeme, director. No sabía que…

—¡*Mr*. Brown, por Dios! Siempre tan educado, amigo mío. No ha sido el primero de hoy, ni será el último, como imaginará por nuestro proceder. Vaya al ala oeste, con nuestro nuevo paciente. En cuanto acabe con estos señores me reuniré con usted.

Cuando salí del despacho me quedé unos segundos apoyado con la espalda en la puerta y el maletín con el suero sujeto con firmeza sobre el regazo. La falta de tacto de aquellos policías, sin duda, se debía al hecho de que el despacho de Foster era constantemente

interrumpido al inicio del turno de noche para que este hiciera entrega de los viales, por lo que no me preocupé más al respecto. Sin embargo, aquellas últimas palabras del director, con las que manifestó su intención de reunirse conmigo en la habitación de Ray Donald, sí que me preocuparon.

Mi plan era escapar con aquella dosis hasta mi recién estrenado hogar, inocularle el suero a mi madre y volver con la misma premura con la que había marchado. Lo conseguiría, sin duda, aunque de nuevo todo apuntaba a que no iba a ser en ese día.

18

Linda Wellington no exageró en absoluto. El anciano Ray Donald había mejorado desde aquel primer vial que le administré días atrás. Sin embargo, su estado despertó en mí serias dudas acerca de los distintos estadios de conciencia definidos por la medicina. En aquel cuerpo demacrado por la inactividad, y destrozado por fuerzas naturales, todo apuntaba a que los recuerdos de un hombre habían encontrado la forma de salir de su prisión.

Escuché su voz bastantes metros antes de que pudiera ver la habitación. No puedo decir que gritara, pero sí que hablaba en un tono claro y seguro que no entendía de modales ni de horas tardías. La voz había sido bella en otro tiempo. La clase de voz que marca la diferencia en el discurso.

Lo que sucedió a continuación se repitió en todas las otras ocasiones, lo que me llevó a pensar que el anciano conservaba una minúscula conexión con la realidad que le otorgaba cierto control sobre sus actos. Todo un misterio. No les quepa duda. Cada vez que una persona entraba o merodeaba en las inmediaciones de la habitación, Ray Donald bajaba el tono hasta extinguir la voz.

Durante aquel tiempo recogí muchos datos con los que elaboré un detallado informe. En mi obsesiva y repetitiva lectura, a fin de hallar una explicación a lo que sucedió, he llegado a entender que Ray Donald nunca fue consciente de lo que hacía. Y, sin embargo, había voluntad en aquel cerebro de proteger la historia que escapaba de sí como el aire de un neumático pinchado. Su estado de consciencia nunca mejoró más allá de aquella insólita circunstancia.

Sobre el papel, Ray Donald padecía un raro síndrome de cautiverio. En la práctica, no tengo la menor idea de lo que le sucedía.

He teorizado mucho al respecto, llegando a creer en fuerzas malignas que están, y juegan a su antojo, con nosotros. Dejé constancia de su historia. Puede que esta sea una de las tareas más arduas y complicadas que he llevado a cabo en mi vida.

A veces pienso que todo el sufrimiento que contenía aquel cuerpo quedaba justificado ante la verdadera misión que vino a llevar a cabo. El anciano debía haber muerto durante aquel episodio de juventud, por contra, aunque muchas décadas después, terminó llevándolo hasta aquella cama. Dado su deplorable estado, y los hechos tan extraordinarios que sucedieron en su presencia, creo que no tenía importancia que Ray Donald fuera Ray Donald. Podría haber sido cualquier otra persona. Lo único verdaderamente importante era su historia. Aquel hombre era un libro viviente. El continente de una historia extraordinaria. Una historia que debía ser contada.

Linda Wellington tampoco exageró al decir que el paciente te seguía a todos lados con la vista. Y aunque era un hecho que yo ya había experimentado la noche en la que lo traté por primera vez, siguió pareciéndome igual de perturbador por mucho que lo experimentara en los sucesivos días.

La habitación se hallaba sumida en una agradable penumbra. La temblorosa luz de una llama cruzaba los límites de la puerta, internándose en el pasillo. Al principio no entendí el motivo, siendo una excepción sobre el resto de los pacientes. Pero cuando entré y los ojos del anciano comenzaron a seguirme, comprendí que la persona había razonado que el detalle podía colaborar en su mejora. La lámpara de queroseno no era el único elemento nuevo. Junto a la cama, en el lugar en el que había estado la estantería, ahora había un pequeño escritorio y una silla. Sobre el escritorio brillaba la lámpara con agradable luz anaranjada. Estos elementos, aunque austeros, eran suficientes para leer durante las noches de vigilia. Supuse que aquellos cambios se debían al director Foster, que acomodó la estancia durante los días en los que me había sustituido. Utilicé el

escritorio para dejar el maletín y mis instrumentos.

La cabeza de Ray Donald asomaba por la sábana como si estuviera separada del cuerpo. Comprobé sus constantes mientras sus ojos buscaban los míos. Me sentía muy turbado por lo vivido entre aquellas paredes y, durante un pequeño lapso, evité el contacto visual. Todavía recordaba con demasiada claridad el fulgor de sus ojos, origen de mis extrañas pesadillas. Enseguida razoné que era una actitud estúpida, una situación insostenible en una relación médico-paciente. Por lo que terminé encarando su mirada. Si bien sus ojos seguían mostrándose asombrosamente vivos y azules, carecían del brillo sobrenatural de aquella primera vez.

Yo era un científico, un hombre entregado al método y al resultado, por lo que disipé mis dudas y busqué una razón para lo sucedido. La causa era el suero. Sin duda era un efecto secundario por la localización de la inyección en el cuello.

¿Habría observado Foster ese mismo efecto en las noches en las que se ocupó del anciano? ¿Me preguntaría al respecto? El único modo de saberlo y de estar preparado era administrarle cuanto antes el suero, pero me hallaba en una tremenda encrucijada.

No quería demorar por más tiempo mi propósito, pero la inminente presencia de Foster suponía un gran riesgo.

Me senté en la silla del escritorio, reflexionando al respecto. Foster había dicho que en breve me alcanzaría, cuando terminara con la pareja de policías. Aunque mi nueva casa estaba a un paso del hospital, cabía la posibilidad de que Foster no me encontrara una vez llegara a la habitación de Ray Donald. ¿Qué le diría entonces? ¿Qué pensaría si se percatara de que el vial vacío no aparecía por ningún lado? Escapar con el suero en cualquier otra noche sería muy arriesgado, por muy dispuesto que estuviera a hacerlo. Pero escapar bajo esas condiciones era como ofrecerse a la manada de lobos desnudo y con los huesos rotos.

No pude dedicarle a esta cuestión más de un par de minutos de ideas descabelladas. El cansancio acumulado me doblegó por muy frenético que fuera mi pensamiento. Creo que llegué a un punto en el que ya no pude más, y de un momento a otro me quedé dormido.

Desperté sobresaltado, sin tener la menor idea del tiempo transcurrido. Me dolía la espalda y me ardían las nalgas de estar sentado en la silla. Estaba confuso, pero la confusión no duró mucho. Enseguida comprendí lo que me había despertado. Creía haber soñado, y que una rara voz, profunda y lejana, me dictaba palabras durante el sueño. Para mi sorpresa, al despertarme, la voz seguía recitando aquella larga cadena de vocablos.

Miré a Ray Donald, aunque me costó hacerlo. No quería encontrarme con sus ojos. La pregunta de cómo y de qué modo me habría estado mirando durante el sueño comenzó a quemarme por dentro. El anciano tenía la vista fija en el techo. Susurraba palabras sueltas, aunque parecían formar parte de un todo. Su voz era la misma que la de mi sueño. Algo raro le sucedía, pues, a diferencia de antes, ahora parecía haber un componente sufriente en el tono.

—¿Se encuentra bien? —pregunté.

El hombre enmudeció de inmediato. Sus ojos intentaron ubicarme. Digo sus ojos porque estoy seguro de que ninguna inteligencia los dirigía, luego su visión debía tratarse de un acto involuntario. Tan involuntario e inevitable como la respiración. Entonces, ¿por qué guardaba silencio al sentir una presencia?

Me asaltó la clase de revelación sobre la que científicos, médicos o filósofos habrían escrito centenares de páginas sin llegar nunca a tener una convicción absoluta. Estaba contemplando la expresión automática, por parte de una mente fragmentada, de un secreto inconfesable. Me quedé satisfecho con la idea, y añadí lo siguiente por si en algún momento era yo el que escribía alguna de aquellas largas disertaciones: «La mente es un mar en el que no nos podemos bañar, y cuya presencia se adivina únicamente por el lejano murmullo de sus olas». Tenía que comprobar mi teoría.

Salí al pasillo y aguardé en silencio. No me equivocaba. A los pocos minutos la voz se elevó pronunciando extrañas letanías. Conforme pasaba el tiempo, y nada le alteraba, Ray Donald hablaba más alto. Hasta que adquirió el tono firme que había escuchado por primera vez en el pasillo. Le escuché durante largo tiempo. Tiempo en el que Foster no apareció por ningún lado. Prefiero no pensarlo,

porque allí mismo se esfumaba la oportunidad de haber desaparecido con el vial. Aunque he de reconocer que no fue un tiempo del todo perdido.

Aquellas supuestas alucinaciones de Ray Donald tenían más sentido del que aparentaban. No sé si de algún modo estaba predestinado para esta tarea, pero, con el tiempo, a base de escuchar a muchas personas con dificultades para expresarse, aprendí a entenderlos con mayor facilidad que el resto. Mi padre era un ejemplo. La historia de cómo perdió a su amor surgió a fragmentos inconexos durante el sueño.

En el caso de Ray Donald era algo más complicado. La historia que narraba estaba ahí. Solo había que seleccionar las palabras, y construir las frases aplicando el orden necesario.

Era extraño. Despertaba mi curiosidad. Pero, antes de que pudiera detectar con exactitud el patrón, escuché el sonido de unos pasos. La cercanía de estos me sobresaltó y me colé de un salto en la habitación. Tomé la muñeca del anciano y coloqué la membrana del fonendoscopio. No sé por qué disimulé de aquella forma. No estaba haciendo nada malo. Quizá por el hecho de que el director me encontrara en un lugar que no era propiamente mi puesto de trabajo.

Los latidos del anciano retumbaron en mis oídos, camuflando el sonido de los pasos. Pese a todo. Pese a las viejas heridas, las amputaciones por congelación y su rara y no diagnosticable clase de parálisis, la auscultación fue positiva. Ray Donald tenía el corazón de un caballo, lo que se solía traducir en una salud de hierro. El director Foster entró en la habitación. Venía envuelto en una de sus enérgicas auras; actitud muy diferente de la que había mostrado en el despacho. Tales episodios, en los que la potencia de su personalidad se exaltaba hasta el punto de empequeñecer a la del resto, sucedían de forma esporádica. Pero no podía negar que ya se habían repetido en el tiempo las suficientes veces como para encontrar el patrón que las desencadenaba. Bajo mi juicio médico, cuando el director caía en estos episodios eufóricos, perdía el control de su estado de ánimo.

—¡*Mr*. Brown! —llamó en voz alta desde la puerta. Al parecer había olvidado la quietud y el silencio propios de la hora y el lugar.

Levanté un segundo la mirada y alcé un dedo. Creo que entendió que estaba concentrado en los ruidos del fonendo. Aguardó con paciencia hasta que dejé el aparato apoyado sobre mi cuello. Me apreté entre los ojos, simulando el cansancio de una noche larga y monótona. Ray Donald estaba callado. Los ojos cerrados. Petrificado en aquella cama como si jamás hubiera sucedido nada de lo experimentado.

—¡*Mr*. Brown! ¡Qué profesionalidad! Digna de un médico de su categoría. ¿Cómo se encuentra el paciente? —Tenía la mirada luminosa. De hecho, demasiado luminosa.

Observó a Ray Donald. Lo recorrió de arriba abajo como la pieza de carne que está a punto de trabajar el carnicero.

—Algo excitado, me temo —revelé.

—¡Ops! ¿Cómo es posible?

De nuevo, me asaltaron las dudas. ¿Debía decirle que el paciente parloteaba sin control cuando creía haber hallado el modo de entenderle? Miré a Foster. Él a su vez clavaba la vista en mí. Sonreía mostrando aquellos dientes perfectos que parecían haber sido tallados por un escultor. Pequeñas gotas de sudor asomaban en su frente. Aguardaba. Se puede pasar de largo a través del cuerpo de la serpiente, pero nunca por delante de su cabeza.

—Esas palabras que pronuncia cuando está solo… —dije finalmente.

El rostro de Foster se ensombreció. Sin duda esperaba otra clase de noticia.

—No me asuste, *Mr*. Brown. Sabe que el hospital se juega mucho en este ensayo.

—Para nada. De hecho, es solo una evolución. De cómo responda de aquí en adelante al tratamiento determinará si se trata de una buena o mala evolución.

—¿Entonces? —preguntó.

—He estado escuchando a Ray Donald.

—Ya… Bueno, no debe usted entretenerse en esos asuntos. Yo

mismo le escuché decir estos días de atrás un montón de cosas sin sentido.

—Pues verá, lo cierto es que creo que sí tienen sentido. Me ha parecido detectar un patrón en la comunicación, pero no he tenido tiempo de estudiarlo.

Foster se afianzó el mentón. Su gesto era tan contrariado como el del niño que se enfrenta sin maestro a una ecuación.

—No sé si le estoy siguiendo, amigo mío.

—Una parte del inconsciente de Ray Donald trata de comunicarse, pero es incapaz de hacerlo de forma coherente.

—¿Por qué?

—Diría que su mente se halla en un estado laberíntico.

—Interesante. Sumamente interesante —masculló, sin dejar de frotarse el mentón—. Lo tendré en cuenta. Deme unos días. Quizá menos para hacerle saber mi opinión. ¿Ya le ha inyectado el suero? —Cambió de tema con rapidez. Sus ojos enfocaron el maletín. Habría jurado que era capaz de ver el interior.

—Aún no.

—Estaba seguro de ello, amigo Brown, aunque siempre conviene asegurarse.

—¿Cómo lo ha sabido?

Foster dedicó una larga mirada al anciano.

—El comportamiento del paciente difiere del de las pasadas noches. Este hombre reacciona de forma muy enérgica al suero.

—¿En qué sentido? —pregunté.

—Enseguida le pongo al corriente. Siga usted con sus quehaceres. No quiero interrumpirlo y, por favor, inyecte el vial cuanto antes.

Foster era la clase de lobo que se camuflaba bajo la buena educación. En su discurso siempre había «porfavores» y «muchasgracias» y un sinfín de halagos y agradecimientos. Pero con el tiempo había aprendido que, bajo la piel del educado caballero inglés, habitaba la bestia que jamás cesaba en su empeño. Para que no me demorara en inyectar el vial, el director bajó al mínimo la lámpara de queroseno. Las tinieblas se alzaron. Foster acababa de

disponer el escenario. Debía abrir el maletín en su presencia. Mis manos temblaron de rabia al comprender que moría mi oportunidad. Los cierres quebrantaron el silencio. Ecos sordos y metálicos que golpearon contra mis oídos y pecho. El maletín se abrió como un libro. Vi a Ray Donald reaccionar. Sus ojos se movieron bajo los párpados con movimientos rápidos que abarcaban toda dirección. El anciano buscaba. Algo dentro de él deseaba la inyección. La intangible criatura acababa de ser liberada. ¿Acaso me había desacostumbrado a contemplarlo? ¿O esa fue siempre la potencia lumínica de aquella versión del suero? La atmósfera se tiñó de aquel espectro verdoso. Pronto, la habitación se pareció a un pantano en el que flotasen mortuorios fuegos fatuos. Observé a Foster. Sus ojos, sedientos, no perdieron de vista el vial. Nada de aquello parecía extrañarle.

—Como decía —continuó mientras yo preparaba la inyección —, existe una clara diferencia entre el momento previo al suero y lo que ocurre tras inyectarlo. Observará, *Mr*. Brown, que unos pocos segundos después del pinchazo, el paciente adquiere verdaderas ganas de parlotear. Si usted cree que lo de antes era decir incoherencias, aguarde a lo que está a punto de escuchar.

Foster, con las manos entrelazadas, y la mirada perdida en el reflejo verdoso que bailaba en las sábanas, repitió algunas de las palabras pronunciadas por el anciano en los pasados días. La mayoría eran incomprensibles, y las había aprendido a base de escucharlas.

Su opinión era que formaban parte de un idioma de una región remota. Sin embargo, comentaba, el paciente hablaba casi todo el tiempo en inglés: mencionaba sin parar el hielo, describía un monumental templo perdido en la cima de una montaña, y decía seguir el rastro de unas grandes pisadas en la nieve. Yo escuchaba con atención, en lo que tomaba el raquítico brazo del anciano y me concentraba en encontrar una vena con vigor suficiente para recibir el pinchazo. Foster, habiendo pasado por estas mismas dificultades, sonrió con autoridad. Luego retiró la sábana, y señaló la pierna a la altura de la femoral. Parte de la horrenda cicatriz del pecho, así

como las amputaciones, quedaron a la vista. No pude evitar el escalofrío al contemplarlas teñidas por la luz del vial.

—Tranquilo, amigo Brown. No son más que las viejas heridas de un cazador. Proceda. Aquí mismo —dijo, señalando la cara interior del muslo—. Por cierto…

—¿Sí? —La inyección tembló en mis manos. No me gustó aquella interrupción en el último segundo; cuando la aguja se hundía en la piel.

—Quiero agradecerle su discreción.

—¿Mi discreción?

A Foster le costó empezar. Me extrañó mucho, porque a aquel hombre nada se le atragantaba.

—Desde que se produjo aquel desgraciado accidente con el destornillador, la policía se presenta sin avisar. Me consta que estuvieron un tiempo apartados, cuando los militares tomaron el mando y la jurisdicción policial quedó a la altura de sus zapatos. Pero desde que el ejército se marchó no han dejado de meter sus narices en nuestros asuntos. Quieren saber qué ocurre aquí dentro. Yo les digo que lo que en cualquier otro hospital. Curamos personas. ¿Verdad, amigo Foster?

Asentí y actué conforme a su demanda, sintiendo una sensación extraña. No me había equivocado en cuanto a los policías. Debía ser cauteloso. Foster sonreía envuelto en las fulgurantes tonalidades del suero; como esas marionetas de madera que, aunque estén siendo consumidas por el fuego, son incapaces de cambiar de expresión.

19

El timbre sonó a las cinco, hora de mi té con media rodaja de limón. La puerta de la habitación insonorizada estaba abierta. Por eso pude escucharlo.

Había perdido la cuenta de las horas que llevaba velando el descanso de mi madre. La bebida humeaba sobre la cómoda. Al lado había otra taza con té del día anterior. El líquido casi rebosaba del recipiente. Llevaba días sin apetencia. A veces me sucedía. Acumulaba tazas en fila sobre aquella cómoda hasta que ya no cabían más, o alguna de ellas caía al suelo por accidente. Si no descuidaba aquella costumbre era precisamente por eso: se trataba de una costumbre, el último hilo en romperse antes de perder la razón.

El timbre sonó por segunda vez. Sentí el impulso de levantarme, pero el ligero peso de las manos de mi madre me lo impidió. «He de ir, madre». No hubo reacción. Su cuerpo estaba presente, pero ella llevaba años fuera. En el fondo sabía que un milagro no bastaría para que volviera. Hay gente que necesita dos milagros. En nuestro caso puede que incluso tres. Miré aquellas manos. ¿Acababan de apretarme o eran imaginaciones mías? Las uñas estaban quebradizas; como ramas bajo el peso de la nieve. Las articulaciones, deformes, retorcían las falanges, haciendo inservibles aquellos dedos que antaño me dieron su cariño.

Me puse en pie. Su mano quedó en el sitio. La arropé y salí de la habitación sin cerrar la puerta. A esa hora siempre llamaba el cartero. Un par de timbrazos. Siempre un par de timbrazos y luego

se quedaba escuchando mis pasos desde el descansillo. Si no los oía colaba las cartas bajo la puerta. En otras casas llegué a acumular tantos sobres en el suelo como tazas sobre la cómoda.

Abrí confiado, sin reparar en mi aspecto. Tenía el pelo alborotado y los botones de la camisa desabrochados. Linda Wellington me sonrió desde el otro lado. Su expresión mostró agrado. Creo que se alegró de verme así de desaliñado.

—Kristian, buenas tardes.

Recuerdo pensar que me pareció insegura. Sus ojos esquivaban los míos, los brazos estaban cruzados sobre el pecho, la espalda demasiado rígida. Aun así, la ansiedad surgió en milésimas de segundo. Temí el mismo empujón que pegó a la puerta la primera vez que vino a visitarme y, llegados a este punto, no sé lo que habría sido capaz de hacer con tal de proteger el secreto de la existencia de mi madre.

—Linda, por favor. No tenía ni idea… De haberlo sabido estaría aseado y debidamente vestido. —Sabe dios que intenté aparentar normalidad, pero quizá el resto de la creación no estaría de acuerdo.

—Tranquilo, de verdad. Estás en tu casa. Es tu tiempo de descanso —dijo con actitud comprensiva.

—Dime, ¿ha ocurrido algo?

—No —aseguró, agachando con timidez la cabeza—. Solo quería saber si estabas bien. Después de… Bueno, después de… —titubeó de nuevo—, quería disculparme —añadió con aplomo.

Allí comenzaba a asomar la auténtica Linda Wellington y no aquel manojo de nervios que estaba frente a mi puerta. Aquella hubiera sido manejable, pero la auténtica Linda era tan ingobernable como un barco sin timón.

—¿Disculparte?

—Creo que me metí demasiado en tus asuntos, y estos no me corresponden. —Imaginé que la frase no terminaba ahí. A aquella declaración le faltaba un «todavía».

Linda quería meterse en mis asuntos. Y no puedo imaginar por qué una mujer tan bella estaba obsesionada con inmiscuirse en la vida de un hombre como yo.

—No hay por qué disculparse.

Ahí estuvo mi fallo. He pensado muchas veces en ello. De haberme mantenido firme, Linda Wellington se habría convertido en un problema que se hubiera ido disipando. Pero al final tuve que ser descortés, y nada reafirma más una idea que el hecho de que te la quiten de malas maneras. Aunque eso fue más adelante. Aquella tarde fui educado. Me mostré atento y cercano. Fui la clase de persona que siempre debí ser.

—¿Me invitas a un café? —pidió, señalando el interior, el cual yo mantenía medianamente oculto.

La situación me era familiar. Sabía cómo terminaría si no la resolvía. Linda entraría en la casa, y yo no podría remediarlo. Mi única salida era salir de allí de inmediato. Tal y como iba vestido, sin hacerla esperar ni un minuto.

—Tengo una idea —comenté.

—Dime —Sus ojos se iluminaron. Había visto esa cara cientos de veces en el *pub* cuando a un jugador le llega una buena mano. Solo que yo conocía sus cartas. Acababa de repartirlas. Y, créanme, la jugada no era tan buena como ella creía.

Tomé mi chaqueta del perchero. Al fin lo había colocado. Y seguramente acababa de salvarme de una situación muy difícil.

—Tomemos ese café fuera. Me han hablado de un sitio en el centro donde sirven los mejores pasteles de la ciudad.

Linda Wellington sonrió de forma maravillosa. La ilusión se había adueñado de ella. Una ilusión que se esfumaría por siempre en pocas horas.

* * *

Pasamos la tarde recorriendo el centro de la ciudad. Las bucólicas avenidas daban cabida a coloridas viviendas con hermosos jardines a la entrada. Los bulevares de altos árboles cuya frondosidad se cerraba sobre nuestras cabezas, yacían sumidos en el mágico velo

de la niebla. Pero alrededor de las cinco y media, como si el destino aún me brindase un último y perfecto escenario para que surgiera el amor entre Linda Wellington y yo, la niebla se retiró y la ciudad nos regaló una estampa despejada.

Aprovechamos la inusual circunstancia para sentarnos en la terraza de una típica cafetería en la que varios clientes charlaban de forma animada. La plaza no tardó en llenarse de vida. A los habituales paseantes se le sumaron músicos callejeros y algunos artistas itinerantes que nos regalaron su humor e ingeniosos malabarismos. Temí porque Linda volviera a la carga con el asunto de la magia, pero creo que estaba aprendiendo a ser cauta.

Tomamos té y comimos bollos de Pascua. Yo fumé en mi nueva pipa, cuyo lujoso acabado llamó tanto la atención de Linda que, además de darle un par de caladas, terminó por arrancarme una conversación acerca del viaje de Foster. Procuré no revelar datos que únicamente se entendieran dentro de la amistad que mantenía con el director. Pero aun así le conté muchas cosas. Supongo que tenía ganas de hablar. Puede que incluso necesidad. Además, aquel momento tan distendido me sirvió para aprender una lección acerca de la señorita Wellington: cuanto más confidente fuese con ella, más cercana se mostraba a mis peticiones. De haber continuado aquella forma de relación, hubiese sido fácil llevarla.

Linda solo quería sentirse parte de algo. Y ese algo, incomprensiblemente, era yo. Hablamos sobre la vida, pasado y presente, y sobre nuestros respectivos trabajos en el hospital. Linda deseaba conocer detalles del suero: la clase de detalles que nadie está en disposición de revelar sin jugarse el puesto. Intenté comprobar, del modo más sutil que fui capaz, hasta qué punto, durante el tiempo que Foster estuvo retirado, fue consciente del extraño paradigma en el que todos nos vimos envueltos. Y si, al igual que yo, había dudado de la nacionalidad e intenciones de los militares. Pero Linda vivía su vida, sin hacerse preguntas, y no se paraba a pensar en esta clase de detalles.

Recuerdo aquel momento como una experiencia feliz y probablemente la tarde más despreocupada que he vivido hasta

ahora. Durante un tiempo que no puedo concretar, olvidé a Foster y olvidé el suero. Me olvidé de mi madre y de mis experimentos, y de aquellas pesadillas del azul del hielo que impedían mi sueño. Pero como toda idílica ensoñación, fue barrida por el reloj. La tarde expiró en el lejano horizonte. El ocaso trajo un fugaz dorado que tornó en rojos y morados. Una mirada que creí que conformaba un recuerdo perpetuo. Pero en pocos minutos el cielo albergó la oscuridad, y mis ojos olvidaron el color como si aquel lienzo perfecto jamás hubiera existido. El horario apremiaba y, tal y como estaba de mal vestido y desaliñado, tendría que acudir a aquel puesto de trabajo donde los «clientes» rara vez sonreían.

Pagué la cuenta y le dejé una generosa propina al camarero. Linda fumaba en silencio, viendo el dinero salir y entrar en mi bolsillo como si en algún momento fuera a descubrir el truco de magia con el que había sorprendido a los niños. La brasa alumbraba su rostro, pero también dibujaba unas cuantas sombras. Supe que aquella era la naturaleza de la vida. No hay luz sin sombra, ni negro sin color. Me asaltó un mal presentimiento, relacionado con que no hubiera podido dejar la habitación insonorizada debidamente cerrada. Si alguien entraba en la casa, mi madre estaría a la vista. Linda no entendió las exageradas prisas, aunque al menos me dio la razón en que podíamos llegar tarde al trabajo. Le dije que no se entretuviera. Debía pasar por casa, pero ella podía adelantarse. Mejor que uno de los dos esquivara el chaparrón de Foster. Linda se mostró imperturbable. Agarró mi brazo y juró que no se soltaría de él, al igual que yo juré que no olvidaría el color de aquel atardecer.

Algo contrariado, emprendimos el camino de vuelta. La masa de paseantes se diluyó en los límites de la plaza, y la visión me brindó una extraña coincidencia. Había un coche de policía aparcado al final de la calle. El mismo coche de policía que la noche anterior estuvo aparcado a las puertas de Aston Hall. Todo hombre maldito es malpensado. O son los malos pensamientos los que terminan por hacer de un hombre, un ser atormentado y maldito. En alguna parte de este ciclo nació mi desconfianza, a pesar de que no era del todo descabellado que la pareja de policías que había visto en el despacho

de Foster estuviera de ronda por la ciudad. Aun así, preferí dar un rodeo y no pasar por delante del coche.

Linda no se dio cuenta de que no tomábamos el camino más corto, pues estaba a otras cosas, hechos que acontecen a personas que creen estar enamoradas, y que, de forma inocente y espontánea, apoyan con sutileza la mano sobre la de la persona junto a la que camina. No agarré aquellos dedos, aunque a diferencia de los colores del atardecer, su tacto perduró en mi memoria durante mucho tiempo.

20

No pasé por casa. Linda iba tan encaramada a mi brazo que la sola mención de separarnos hacía que me lo constriñese aún más. A pesar del rodeo y de las furtivas miradas que dediqué a la retaguardia, llegamos con la hora justa al hospital.

Caminamos deprisa. Linda hablaba sin parar. Yo escuchaba con atención cada una de sus palabras. Nunca intervine salvo cuando la salvé en dos ocasiones de un tropiezo. Si alguien se hubiera fijado en nosotros habría creído que la señorita Wellington caminaba encaramada al brazo de un cadáver. Puesto que el aliento vital emanaba de su boca y de mi mutis silencioso no se apreciaba absolutamente nada. Aun así, no fiché a tiempo, puesto que no llevaba uniforme, ni fonendo, ni el resto de los instrumentos médicos con los que debía trabajar. Prefería mi propio material al del hospital. No solo por cuestiones higiénicas, sino porque muchos de aquellos utensilios llevaban décadas formando parte de mi vida. En este aspecto, consideraba a algunos de ellos como de mi familia.

El hospital tenía su propio material y, por primera vez desde que había entrado a trabajar en Aston Hall, tuve que ir al almacén a abastecerme de todo cuanto me faltaba por el error que había cometido aquella tarde. De hecho, la persona que atendía el almacén se sorprendió tanto de mi visita que en un primer momento pensó que yo era un paciente más haciéndose pasar por médico. Una vez resolví el malentendido, e hice acopio de todo lo necesario para ejercer mi jornada de trabajo, me dirigí al despacho de Foster para recoger el suero. La puerta estaba cerrada con llave. Toqué con los

nudillos, pero nadie respondió. Me sorprendió mucho. La línea bajo la puerta indicaba que las luces estaban apagadas. No había nadie. ¿Dónde estaría? Seguramente fuera del edificio, puesto que rara vez cerraba su despacho si no era para ausentarse durante horas. Foster era un ratón que no salía de su madriguera. Considerando esta como toda la extensión de la finca. ¿Tan tarde era que habría repartido ya todos los viales? Podía haber salido a fumar. O dar el paseo que acostumbraba cuando notaba que le embotaba el sueño.

Maldije mi suerte. Si tenía que esperar al director, sufriría un importante retraso. Todo apuntaba a que esa noche, de nuevo, no se parecería en nada a lo planificado. Parecía como si aquel suero conspirase para no salir del edificio. Me encaminé al ala oeste, donde estaba mi paciente y la increíble vista de la que se disfrutaba desde su habitación. Pensé que desde ahí quizá podría localizar a Foster. Tan solo debía asomarme por la ventana y buscar la brasa en la oscuridad. Con suerte, también distinguiría la pequeña columna de humo elevándose desde su pipa.

Ray Donald hablaba en voz alta, señal de que nadie merodeaba por la zona. La habitación estaba oscura, y la voz salía de ella como un torrente. Al parecer el tratamiento con el suero traía mejoras, ya que los efectos perduraban entre inyecciones. La lámpara de queroseno no estaba encendida. Entré a tientas. El recelo a lo desconocido hizo que aguardara hasta que me acostumbré a la oscuridad.

Ray Donald enmudeció al sentir mi presencia. Fui muy cuidadoso, pero al parecer el anciano tenía el oído muy fino. Vagos contornos tomaron forma ante mis ojos. Distinguí la lámpara sobre el escritorio y, a su lado, un bulto que identifiqué como el maletín.

¿Podría ser que Foster hubiera dejado el suero en la habitación antes de irse? «¡Bendito Foster!», me dije. Encendí un fósforo de la caja de mi bolsillo. Arrimé la llama a la mecha y esta encendió perezosamente hasta mantenerse estable. La luz me brindó un descubrimiento inesperado.

No era descabellado haber confundido en la oscuridad aquel objeto con el maletín. Pero, ¿qué hacía allí una máquina de escribir?

Del rodillo asomaba una hoja en blanco en cuyo margen izquierdo estaba anotada la fecha del día. Un generoso taco de hojas se situaba a la derecha de la máquina; ordenadas con pulcritud y luciendo ese espacio en blanco que desea ser mancillado una y otra vez por la oscuridad de la tinta. No caí de inmediato en lo que podía significar la presencia de la máquina, pero no me cupo duda de que Foster estaba detrás de aquella irregularidad.

De pronto, tuve miedo. Empecé a atar cabos, a recibir imágenes intrusivas de una figura husmeando en la profundidad de mi salón.

Acerqué la lámpara a la máquina, arrojando luz sobre el teclado. Había una eñe. Letra inexistente en el mundo anglosajón. Si no era la misma máquina que había en el salón de mi casa, era un modelo idéntico.

¿Qué probabilidades existían de que dos máquinas de escribir con la misma extraña letra estuvieran a menos de un kilómetro de distancia en una ciudad de Inglaterra? Un segundo vistazo hizo que se me desbocara aún más el corazón.

Efectivamente, era una m40 Hispano Olivetti. Igual a la de mi casa. ¿Acaso Foster había accedido a la vivienda sin mi permiso? ¿Hasta tal punto imaginaba que llegaba nuestra amistad?

Una larga sucesión de ideas claustrofóbicas comenzó a desfilar por mi cabeza. Los policías, el coche entrando por el final de la calle con las luces y sirenas encendidas, Foster conduciendo a los agentes a través de las entrañas del edificio, señalando hacia la última habitación del ala oeste. O quizá, después de todo, en el valor que el hombre daba a nuestra amistad, estuviera dándome una oportunidad. La máquina era un mensaje para decirme que conocía mi secreto, y que me daba un margen de tiempo para huir.

Atenazado por los nervios, conseguí elaborar una respuesta más plausible. Ante la cuestión que yo mismo le había planteado sobre Ray Donald, Foster pidió tiempo. Dijo que en unos días me daría una respuesta. El anciano parecía querer comunicar un mensaje, y mediante aquella máquina de escribir, yo lo inmortalizaría en papel. Llegado a este punto, imaginé la escena: Foster, como buen casero, habría querido hacerme una visita, en la que hablaríamos sobre la

máquina de escribir, y de las primeras impresiones de la casa. Pero al no encontrarme en ella, se preocupó en exceso y decidió abrir la vivienda por su cuenta.

O quizá fuese otro el motivo, menos dramático, pero igual de urgente, el que le hubiera llevado a saltarse las reglas básicas entre arrendador y arrendatario. Como un regalo de bienvenida que no quisiera llevar de vuelta. Quizá porque el regalo humeara aún caliente recién salido del horno, o porque fuera frágil y la intemperie acabara con su suculento aspecto. Al entrar, cargado con el voluminoso paquete en sus brazos, se dirigió directamente al salón, donde estaba el escritorio con la máquina de escribir. Dejó uno y tomó la otra y, de vuelta, sin haberse percatado antes por la urgencia del peso que cargaba, vio que la habitación insonorizada estaba abierta.

Llegado a este punto, no fui capaz de imaginar lo que había pasado a continuación, cuando el recto y educado director hubiese contemplado el deplorable estado en el que se hallaba mi madre tras décadas de enfermedad y experimentos. Pero, si aquello había sucedido de tal modo, lo que no entendía era qué estaba haciendo la máquina de escribir allí, con la hoja lista para almacenar las palabras de Ray Donald.

Los nervios volvieron a aflorar y, llevado por ellos, me situé junto a la ventana para explorar las inmediaciones de la finca. Había un coche aparcado en la calle, pero era incapaz de distinguir si se trataba o no del de la policía. De pronto, me percaté de que aquella hoja asomara sin más por el rodillo era la medida más inteligente para mantenerme localizado y ocupado. Foster, en esos momentos, estaría dando acceso a la policía a la vivienda.

Estaba acabado.

Tuve la certeza de que el viento arrastraba el sonido de las sirenas. Numerosas patrullas venían en mi búsqueda para llevarme preso. Sin saber qué hacer, ni hacia dónde huir, me dejé caer al suelo. Desconozco el tiempo que pasé apoyado contra la pared, con los brazos rodeando mis rodillas, sin hacer el menor ruido ni movimiento. Pero debió ser mucho, porque el anciano Ray Donald

volvió a hablar en mitad de la penumbra. Primero leves murmullos que no tardaron en convertirse en palabras sueltas que se sucedían entre pausas. Con los minutos elevó la voz, y el flujo de palabras se volvió denso y en apariencia inagotable. Guardé silencio, escuchando. Aquella concentración me sirvió para poner orden algunas de las frases que pronunciaba. No podía creer lo que escuchaba. Me puse en pie y contemplé la calle y la finca por la ventana. Abrí el cristal. Los coches de policía no se adivinaban en la avenida, sin embargo, escuchaba con claridad el agudo sonido de las sirenas. Me pregunté si podía estar sugestionándome hasta el punto de sufrir alucinaciones auditivas. Todo permanecía tranquilo, no se veían luces ni movimientos y, sin embargo, inexplicablemente, el sonido de las sirenas era claro y perturbador. Ray Donald enmudecido de repente, e instantes después, una voz, potente y conocida, me habló por la espalda.

—¡*Mr*. Brown! ¡Válgame Dios! Llevo un rato buscándole. ¿Qué está haciendo ahí? —preguntó el director.

Me giré hacia él. Al contrario de lo que había imaginado, Foster estaba tranquilo. Llevado por la profesionalidad que le caracterizaba, tomaba el pulso del paciente en el cuello.

—¿Aquí? —pregunté, perdido en una algarabía de posibles excusas que no llegaban a tomar forma.

—Acabo de pasar por delante de la habitación y no le he visto. ¿Ha estado aquí todo el tiempo? —Compuso un gesto contrariado.

Me fijé en su brazo izquierdo, elongado por el peso del maletín. Por eso me había estado buscando con tanto ahínco, pensé. Traía personalmente el suero.

—Todo el tiempo —me defendí—. He abierto la ventana un momento para airear la habitación. Notaba la atmósfera cargada. —Guardé un silencio repentino. Tenía la sensación de estar sumando excusas innecesarias. Si quería que el director Foster albergara sospechas sobre mi conducta, tan solo tenía que añadir una más. Fui a cerrar la ventana, pues la noche transcurría con puntuales rachas de viento. Por debajo del ululato seguí distinguiendo las sirenas de los coches de policía. Solo que ya me había convencido a mí mismo.

O bien alucinaba, o confundía el sonido. Dudé, encarando a Foster. El director no prestaba atención al ruido. Algo en Ray Donald le mantenía concentrado. Finalmente me atreví a hacer la pregunta—. ¿Escucha usted algo?

Tuve miedo de la respuesta.

—Ah, eso. Malditos gatos —chascó la lengua. Estaba molesto. Seguro que por su cabeza desfilaba la idea de coger un rifle y poner fin al problema. Pero ya les hablé al respecto. No es recomendable disparar cerca de un paciente mental. Además, acuérdense de lo que hicieron con un simple destornillador…—. Ya tenemos más de esos endiablados felinos que pacientes. Cualquier día lo solucionaré yo mismo.

—Gatos —susurré, vislumbrando movimientos entre las ramas de los árboles. Podrían ser ellos, aunque también podría ser el viento. En mi interior dije otra cosa menos inocua. «Malditos gatos. Malditos, malditos gatos. Casi me hacen perder la razón».

—¿Ha visto la máquina? —preguntó Foster.

—Me resulta familiar —insinué. Luego cerré la boca, recordando lo que puede suceder cuando se pone excusa sobre excusa.

—Es idéntica a la de su casa. Cuando dispuse el piso para mi mujer y recibí el modelo, no pude resistirme a comprar una segunda unidad para mí.

—¿Para qué querría su mujer una máquina de escribir?

—Siempre tan suspicaz, *Mr*. Brown.

Acepté el cumplido, asintiendo. Pero aún estaba lejos de atreverme a sonreír. Quizá al día siguiente, pensé.

—Locuras de artista, supongo. No solo quería tocar el piano, sino que pensaba acompañar la música componiendo sus propias letras. ¡Sus propias letras! ¡Le aseguro, *Mr*. Brown, que mi mujer tiene muchas virtudes, pero la voz no es una de ellas! Hice bien en insonorizar aquella habitación. El vecindario me lo habría agradecido, aunque finalmente, bueno… Usted ya sabe. —Se quedó mirando a un punto en la pared—. Un día de estos le haré una visita. Beberemos *whisky* y le revelaré un par de secretos más sobre

las mujeres. Le vendrán bien. Me han dicho que usted y Linda… O Linda y usted —apuntilló el detalle—. Desde fuera casi nunca se llega a saber quién es el que da el primer paso. Lo importante es si echan a andar a la vez. Bueno, no es asunto mío.

Asentí despacio, haciendo algún juramento. No podía negarme a su visita. ¿En qué momento había pensado que vivir en la casa del director iba de la mano de mis planes?

—¡Ops, *Mr*. Brown! Según qué asuntos, es usted una tumba, pero ya soltará esa lengua, ya. El corazón no late en silencio, y pocas cosas hacen tanto ruido al romperse. ¿Y ahora qué le parece si le inyectamos el suero al paciente? Estoy deseando leer los resultados.

—¿Leer? —Repetí sin comprender. Aunque yo mismo había elucubrado minutos antes la posibilidad, la mención de la señorita Wellington me acababa de perturbar.

—¿Para qué otra cosa pondría aquí la máquina de escribir?

—Claro —dije.

—Sabe usted mecanografiar, ¿no es cierto? —preguntó al ver mi cara de desconcierto—. Podría asignarle a una de nuestras administrativas. Pero, créame, no le convienen. Tienen espíritu de alcahueta, y demasiadas sobrinas solteras. Además, habría que hacer una nueva contratación —dijo, llevándose las manos a la espalda. Bordeó la cama. Y luego volvió en la misma dirección.

—Pero las cuentas van muy justas para un primer año —dije lo que seguro iba a decir a continuación.

Si en algún momento de la noche Foster pudo albergar alguna duda acerca de mi comportamiento, aquella frase la desterraría por completo.

El director se detuvo de pronto. A pesar de la poca iluminación, habría jurado ver lágrimas en sus ojos.

—Es usted un buen trabajador. Y por ello, si necesita que una adminis…

—No se preocupe. Sé escribir a máquina. Podría llegar a las doscientas pulsaciones por minuto, aunque no creo que las alucinaciones del paciente den para tanto.

—¡Ja! Vaya, *Mr*. Brown. ¡Doscientas pulsaciones! —Volvía a

bordear la cama. Las manos a la espalda, agarradas una a la otra con firmeza. El maletín sobre la cama, rodeándolo como si lo idolatrara. Parecía un animal salvaje enjaulado—. Ni un corazón enamorado como el suyo aguantaría semejante ritmo.

No hice comentarios. Él podía intentar tirar cuanto quisiera de mi lengua, porque en realidad lo que hacía era elongar una y otra vez de la suya.

—Una vez le inyectemos el suero —continuó—, tomará notas de toda palabra que salga por la boca del anciano. Podríamos estar ante un extraño efecto de esta versión del suero del que deberíamos informar. O puede que sea otra cosa. Algo sin importancia. Usted dijo que tenía una teoría, y yo quiero leerla puntualmente al alba. Cada día hasta que esta historia quede zanjada.

21

«Quiero leerla puntualmente al alba». La frase perduró en mi conciencia durante mucho tiempo. No lo habría hecho de haber descubierto una historia repleta de desvaríos. Pero no fue eso lo que terminó llenando la página en blanco. No lo fue. Ni mucho menos.

Algunos rasgos de la personalidad de Foster destacaban sobre otros como escarabajos gigantes en una colonia de hormigas. Pero uno en particular, por lo irrefrenable y psicopático que le hacía actuar de cara a los demás, despuntaba en su mano como el puñal afilado fabricado para sesgar vidas.

Aquel talante de Foster a la hora de conseguir su objetivo no podía llamarse tesón. Tesón es lo que empuja a la leona en la sabana cuando las hienas, entre excéntricas risas, vienen a por sus cachorros. Foster era tan hiena como león, y guiaba sus impulsos con la frialdad de un depredador. Pero todo esto lo supe mucho después, con los años y las consecuentes investigaciones que se llevaron a cabo a raíz de lo sucedido con Ray Donald. El director haría cualquier cosa con tal de conseguir su objetivo. Por eso ni siquiera me inmuté cuando me comunicó que estaría presente en todas las ocasiones en las que inyectara la nueva versión del suero.

¿Acaso la presa se revela de forma violenta contra el depredador cuando sabe que, indefectiblemente, el final está cerca? ¿O por el contrario se abandona a la mandíbula abierta y la consecuente intensidad de la mordida que pondrá fin a su sufrimiento?

Lo único que puedo decir con seguridad, es que yo soy la víctima de esta historia. Y aunque el león aflojó mi pierna ya hace mucho

tiempo, la hiena aún escarba en mis tripas.

Cierto es que en apariencia permanecí tranquilo, aunque la rabia bullía en mis entrañas como gusanos retorciéndose.

Recuerdo su expresión. Un hombre lleno de estupor al contemplarme. Un colega que no comprendía mi repentina falta de acierto a la hora de hallarle una vena al paciente. Yo no había vuelto a pronunciar palabra. Puede que Foster hubiera seguido hablándome después de todo. Pero yo no podía estar en un lugar más alejado. Mi cerebro estaba secuestrado por la emoción. Si hacía un solo movimiento la inercia me llevaría a estallar con un grado de violencia como seguramente aquel hombre no había visto. Al verme en semejante estado, me quitó la inyección de las manos y le inyectó el suero en la pierna. Pasado el trance, se aflojó la corbata y me dejó a solas con el paciente y con el vial vacío sobre la mesa. Un recipiente al que miré con verdadera aversión por todo lo que significaba contemplarlo sin el líquido en su interior. Recuerdo el toque de su mano en mi espalda antes de abandonar la habitación, la fuerte exhalación y el eco de sus zapatos en el pasillo y cómo, en cuanto este se extinguió, el anciano comenzó con sus murmuraciones.

El efecto del suero fue casi inmediato y, conforme penetraba en su organismo, y caían con desquiciante lentitud los minutos, Ray Donald perdió todo decoro a la hora de dar voz a sus alucinaciones. Ya no era necesario que todo cuanto le rodeaba permaneciera en silencio, aunque sospecho que el anciano prefería algunas clases de ruidos sobre otras, pues, aunque narraba de forma ininterrumpida, con los estruendos o las voces que no le eran conocidas mitigaba el tono.

Tomé asiento frente al escritorio y dispuse la lámpara junto al teclado. La hoja en blanco, hasta entonces nimio habitante de la oscuridad, destacó con peso renovado. Creí vislumbrar el temor que acosa al escritor frente a la máquina. El inmenso y devorador vacío contenido en aquel pequeño espacio. Pero pronto comprendí que no iba a compartir aquel temor, puesto que no debía dar forma a nada. Yo solo era un instrumento. Unos oídos con los que escuchar y unas

manos con las que escribir.

Me concentré en aquel murmullo lacónico que por momentos creí que estaba a punto de extinguirse. Lo que quiera que gobernara la mente de Ray Donald conocía el inconfundible sonido de una máquina de escribir. Pues su voz se fue acompasando a las pulsaciones de mis dedos sobre el teclado y, pronto, la narración y la transcripción tomaron forma como si ambas, durante décadas, se hubieran esperado.

22

Alcanzado este punto, he de ponerles al corriente sobre algunos hechos: la narración de Ray Donald no era ni mucho menos lineal. Yo no me sentaba al teclado y el texto quedaba de un golpe tal y como lo leerán. Fue una tarea ardua, pesada y con un resultado nefasto. Un disparo en el pecho me habría causado menos daños que la historia del anciano. ¡Diablos! Hasta un matrimonio de por vida con Linda Wellington me habría hecho mayor bien que las horas que pasé tecleando.

Con los años he llegado a enseñar la historia a un puñado de personas. Uno de ellos me ofreció un punto de vista similar al mío. Lo que quiera que quedara en el interior de la cabeza del maldito anciano protegía la historia alterando el orden de las palabras. Era una rudimentaria forma de encriptación, pero muy eficaz si el que escuchaba lo hacía solo de pasada. Las primeras líneas me dejaron boquiabierto. Me enfrentaba a lo desconocido. A un cáliz para el que mi educación y mis prejuicios me situaban en desventaja. No era un gran estudioso del tema, pero sabía que todos los intentos de la ciencia por abordar el mundo sobrenatural habían sido un fracaso. Aún así, caí en la trampa de la mente que para todo busca una explicación.

Debería haber dejado pasar todo esto, pero no lo hice y ello me llevó a mirar de frente a algunos de mis demonios. Y a otros que vivían su propia existencia.

Aquella primera noche inicié un diario de mi puño y letra en el que anoté los datos relacionados con el estado físico del paciente.

Iba a ser solo un compendio médico, un informe detallado. Pero lo cierto es que terminó siendo mucho más.

En él anoté cosas increíbles. Hechos que son imposibles de explicar desde el punto de vista médico. Durante algunos momentos alternaré la historia de Ray Donald con pasajes de este diario, en el que describo tanto lo que le sucedía físicamente durante la narración, como la crónica de cómo yo viví estos perturbadores hechos.

Aquella primera noche resultó apabullante solo en la historia, lo verdaderamente increíble sucedió poco después, conforme avanzó la trama. Aunque he de reconocer que en ese día experimenté sensaciones imposibles dado el lugar y las circunstancias en las que me encontraba. Aquellas sensaciones convergen en una única palabra. ¡FRÍO! Sería una pérdida de tiempo desarrollar el concepto, o adornarlo con adjetivos que resalten su crudeza, fue el mayor frío que he llegado a sentir. Un frío absoluto que se estableció en aquella habitación austera.

Mis apuntes dicen que eran las tres de la mañana cuando percibí el descenso de la temperatura. Llevaría tiempo bajando, pero no lo consideré con la importancia suficiente como para tomar nota en el diario. Luego llegaron las tiritonas y los fuertes escalofríos, y la caligrafía del diario se volvió, en ocasiones, bastante ilegible. Recuerdo que me levanté a comprobar la ventana. Estaba cerrada y, aunque era de noche y debía hacer frío en la calle, el tacto del cristal resultaba templado en comparación con la temperatura de la habitación.

Salí en búsqueda de una manta. El aire del pasillo me abofeteó como una corriente caliente de agosto. ¿Qué diablos estaba pasando? ¿Era aquella habitación o es que me estaba enfermando? No encontré mantas limpias. Sucias había por docenas en aquella estancia a la que iba a parar la ropa antes de que la bajaran a la lavandería. Créanme, la montaña de ropa de cama era tan alta como para sepultar a una persona que tirase de la manta equivocada. Y yo no estaba dispuesto a asfixiarme en un velo de excreciones. En mi desesperación, le robé la manta a un paciente que yacía bajo los

efectos de un somnífero.

Al volver junto a Ray Donald apoyé la palma de mi mano en su brazo. El tacto era normal. No moriría congelado, aunque yo estuviera a punto de hacerlo. No sé qué es lo que me empujó a seguir tecleando. Era algo tan incomprensible como el frío que me calaba los huesos y me hacía arder las articulaciones.

Concluí cuando el amanecer comenzaba a desplazar a la noche. La voz de Ray Donald casi era inapreciable. O bien se había vaciado y ya no quedaba más historia que contar, o bien los efectos del suero comenzaban a mitigarse. Mi estado era deplorable. Temblaba de los pies a la cabeza. Mis labios estaban agrietados. Tenía las uñas moradas y sentía un profundo dolor al respirar. Apagué la lámpara de queroseno, a la cual ya no le quedaba combustible más que para unos pocos minutos. Tomé el taco de hojas y me situé frente a la ventana.

El amanecer hizo dos cosas: llevarse aquel horrible frío y brindarme la fuerza necesaria para abandonar el ala oeste. Cualquiera que me hubiera visto deambular por los pasillos me habría tomado por uno de los pacientes. Viejo y encorvado. Aunque no fuera ninguna de ambas cosas.

Conseguí llegar hasta el despacho de Foster. Agotado, toqué con los nudillos en la puerta. Supongo que el sonido no resultó más fuerte que el que puede hacer accidentalmente la brizna de hierba que se inclina contra el suelo. Toqué de nuevo. Esta vez estuve seguro de que se había escuchado lo suficiente. Abrí la puerta al no obtener respuesta. Foster no estaba. No saben lo que lo agradecí. Creo que incluso llegué a soltar una oración por segunda o tercera vez en mi vida. Dejé la historia de Ray Donald sobre su mesa y me encaminé a la salida del hospital. Al abrir las puertas el sol me acarició en el rostro con el primero de sus rayos. Los gatos habían dejado de maullar. Sonreí. Lo había conseguido.

23

Al llegar a casa preparé café y me dejé caer en el sofá en el momento en el que apagué el fuego y la cafetera emitía sus últimos burbujeos. La tapicería se quejó, advirtiéndome de que no estaba preparada para esos envites.

Desde que salí de Aston Hall no había soltado en ningún momento el cuaderno en el que redacté la historia de Ray Donald y los hechos que acompañaron a la narración. Algo muy extraño estaba sucediendo, pues, en apariencia, era como si la historia del anciano tuviera el poder de materializarse en el lugar y el tiempo en el que era contada. La temática no era menos inusual, y en parte coincidía con las cicatrices que le habían quedado al anciano. No cabía duda de que aquel pasaje ocultaba los detalles de cómo el hombre había acabado en semejante estado. Algo fuera de toda lógica era la fecha en la que situaba los hechos, pues, de ser cierta, Ray Donald tenía que ser demasiado viejo como para seguir con vida. Y sin embargo, su cuerpo mutilado ocupaba una cama del hospital.

Serví el café sumido en estas cavilaciones y volví a tomar asiento. Encendí una pipa y fumé en silencio hasta que la estancia estuvo tan cargada de humo que la puerta tras la que ocultaba a mi madre me pareció una ensoñación lejana y etérea.

Abrí el cuaderno y leí en voz alta a fin de que mi propia voz me revelara la clave que el silencio no me quiso compartir. Al finalizar me quedé boquiabierto. Tenía que hacer algo por ordenar aquella información. Me senté frente a la máquina de escribir y pasé a

limpio todo lo que había anotado en esa noche. Desconozco el motivo, pero la sensación que me embargó durante este proceso, fue de que estaba haciendo algo prohibido.

#RAY DONALD#

Acompaño sus palabras con las anotaciones médicas y la descripción de las inusuales (por mencionarlas de algún modo) impresiones que experimenté mientras las transcribía. Tras analizar el resultado final no me cabe duda de que el anciano detalla en voz alta las anotaciones de un supuesto diario de viaje.

Informe médico.

El paciente, en aparente estado catatónico generalizado, reacciona con movimientos oculares a conciencia tras la inyección que nuevamente le ha administrado el director Foster. Es capaz de seguir objetos. Sus pupilas reaccionan a la luz con relativa normalidad. La rigidez en las extremidades se mantiene y, tras una concienzuda exploración, mi dictamen es firme: el paciente no recuperará la movilidad sin un profundo trabajo terapéutico. El ritmo respiratorio, así como el latido cardiaco, son normales y se corresponden con los de un hombre de su edad. La capacidad cerebral está claramente alterada, ya que, aunque es capaz de articular frases y/o palabras, el orden de estas, por sí mismas, no las dota de significado.

Comienzo a las 11:02 pm.

01:01 am.

Ray Donald ha repetido la palabra desaparición más de veinte veces. Como consta por el detalle horario, aunque se

trata de un fragmento sumamente corto, tengo serias dificultades para darle forma y sentido. Barajo la posibilidad de desechar esta parte, ya que, los hechos guardan mayor parecido con una vívida pesadilla que con un fragmento de la historia. Ahora que lo pienso, me pregunto si el anciano es capaz de hacer distinciones entre ambas formas de narración, o si simplemente es poseído por el flujo continuado de sus palabras. Tendré que ser más cauto a la hora de escoger qué partes del texto forman parte de la verdadera historia y cuales son el producto de su enferma imaginación.

02:03 am.

A pesar de la inoculación del suero, Ray Donald lleva más de una hora en silencio. Tras la anterior anotación, alguien ha volcado en uno de los pasillos el carro en el que se traslada la vajilla de la cena hasta las cocinas. El estruendo se ha escuchado con absoluta claridad, tras lo que el anciano no ha vuelto a pronunciar palabra. Su ritmo cardíaco aumentó hasta las 150 pulsaciones y tuvo dificultades respiratorias tras el episodio. Sospecho que la mente de este hombre aún se esconde de la amenaza que le llevó a caer en este estado.

02:43 am.

Ray Donald vuelve a articular palabras. Aunque el ciclo parece reiniciarse cada vez que regresa al estado de mutismo. La tarea se presenta ardua y aburrida; y temo que el cansancio y el malestar acumulado en estos días hagan que mi ánimo decaiga.

03:10 am.

Detengo la transcripción porque el frío que se adueña de

la habitación me resulta insoportable. Tengo la corazonada de que el frío es un constructo mental de mi imaginación, aunque suceden cosas, como la visión de mi aliento tras cada exhalación, que contradicen esta teoría.

03:58 am.

Tras este último fragmento la respiración del anciano se ha vuelto pesada y entrecortada. Sus inhalaciones, por momentos, recuerdan a las de un animal braquicéfalo aquejado por la exposición a altas temperaturas. Si no fuera porque la cabeza del hombre asoma por encima de la blanca sábana y es perfectamente distinguible, diría que esa cama de hospital acoge en realidad a una bestia de gran tamaño.

4:10 am.

Su estado de agitación no hace más que empeorar, lo que me hace temer por la salud general del paciente. Detengo este particular estado de trance encendiendo la luz y haciendo notorios ruidos. El anciano reacciona de forma súbita. El ruido de mi propia respiración entrecortada es cuanto se escucha ahora en la habitación. He de poner fin a esta locura.

Transcripción ordenada de la narración de Ray Donald.

3 de enero de 1863.

No será el primer encargo que lleve a cabo para la GLUI (Gran Logia Unida de Inglaterra), aunque sí el primero por el que me paguen tanto. Hace más de cinco años que no me embarco en un viaje tan peligroso. Y más de diez desde la última vez que

acepté un trabajo del que no creo una sola palabra. Voy a hacerlo por dinero, como aquel año que gasté en la selva buscando la legendaria ciudad perdida del dios Mono. La ciudad Blanca nunca apareció y la selva arrebató la vida de casi toda la expedición. Eran hombres adultos y sus muertes no pesan en mi conciencia, como tampoco pesarán las que acontezcan en este viaje. Este otro reino perdido no es menos enigmático. Según el hombre que se hace llamar RM, del que sospecho que a pesar de haber intentado proteger su identidad, se trata del último archimaestre vivo de la Logia, Shambala es real. Y su ubicación me será revelada en el plazo de unas semanas. El motivo de que nadie la haya encontrado hasta ahora se resume en que se trata de una ciudad excavada en la roca cuya amplitud desciende hacia el corazón de la montaña. Un grupo de nativos de la zona dicen que los hijos inmortales de un Buda la protegen desde hace más de treinta siglos. Creía conocer buena parte de las leyendas del Himalaya, pero jamás había oído nada acerca de estos hijos inmortales.

24

Pasaban de las seis de la mañana. Acababa de sobrevivir a otra extraña noche en aquel mundo etéreo en el que mi labor era custodiar las palabras que lo componían. Caminaba hacia el despacho de Foster a través de uno de los largos y estrechos pasillos tan característicos de la institución. El eco de mis pasos me parecía menos real que los sonidos del anciano.

No sabía definirlo, pero tenía la certeza de que en el interior de Ray Donald habitaba algo diferente a la enfermedad mental. Lo que ocurría nada tenía que ver con los efectos del suero más allá de la liberación que este llevaba a cabo en la mente. Aquel ser abominable del que apenas tenía pistas habitaba en sus recuerdos.

Estaba nervioso por lo vivido, pero más inquieto aún por la perspectiva de tener que describir estos episodios frente al director. Si me mostraba fiel a la realidad, en algún momento mi cordura quedaría en entredicho. No me faltaban argumentos para defenderla aunque Foster fuese la clase de hombre para el que hay cosas que son indefendibles. Mi madre habría sido el ejemplo perfecto.

Una vez conocí a un paciente que juraba haber sido alcanzado hasta en seis ocasiones por un rayo. La mayor parte del personal del hospital opinaba que algo así era imposible. Pero solo había que contar las cicatrices en su cuerpo para darse cuenta de que llevaba razón. Tenía seis orificios de entrada y cinco de salida. El último rayo fue el que le abrasó el cerebro al no encontrar el modo de salir del cráneo. Aquel hombre decía que con cada rayo Dios había purgado uno de sus pecados. Le encerraron por asegurar que el rayo

le había alcanzado seis veces. No por decir que un dios le señalaba directamente con el dedo. Así estaban las cosas con la enfermedad mental.

Llevaba las hojas en la mano. Esta vez el anciano se había mostrado errático y menos comunicativo. Pero armándome de paciencia conseguí arrancarle algunos interesantes pasajes que añadir a lo del día anterior.

He de decir que Ray Donald no era consciente de nada. Creo que todo lector ya estará al corriente de este hecho, pero por si acaso lo repetiré las veces que hagan falta. Ray Donald no era consciente de nada. Por lo tanto, no continuaba sus narraciones en el punto en el que las dejaba el día anterior.

Con el paso de los días aprendí a dirigirle. Si Ray Donald relataba algo referente a una fuerte ventisca, al día siguiente podía retomar la narración si yo le susurraba palabras al oído acerca de este hecho. El caso es que en aquella jornada tuve que escuchar todo lo del día anterior y solo había sido capaz de llenar media página de contenido nuevo. Me dolían los ojos de vislumbrar las teclas en mitad de aquella penumbra, pero estaba satisfecho con el resultado. Foster lo consideraría un equipaje ligero en comparación, pero, ¡maldita sea!, a mí el contenido de aquellas páginas me pesaba en la mano como el de una biblia medieval.

Decidí que lo mejor era guardar silencio al respecto. Los sonidos inhumanos de Ray Donald podían explicarse dentro de un contexto de reacción adversa a la inyección. Pero luego estaba la otra posibilidad. La que en su momento ni siquiera era capaz de explicarme a mí mismo frente al espejo sin que me sonrojara. Si Foster sospechaba que aquella nueva versión del suero podía ser peligrosa para el proyecto, paralizaría el hospital. Si albergaba dudas sobre mi cordura, el proyecto se acabaría para mí. Mi madre no tardaría en morir. Y yo no tardaría en yacer en el ataúd de al lado. Desde hacía años guardaba una soga bajo la cama cuya principal característica era el nudo corredizo que me sentaba alrededor del cuello como anillo al dedo.

De camino a su despacho me crucé con Linda Wellington. En

su rostro, bajo la expresión de cansancio, aún perduraba algo de lo que habíamos vivido en aquella tarde en la ciudad. Al menos, así me gusta pensar que sucedió.

La muchacha hablaba con el médico encargado de la primera planta. Un joven de buena familia y aspecto ario. Cabello rubio tupido sobre cejas rubias despobladas. Nariz pequeña y mejillas sonrosadas. Era apuesto. Dolorosamente apuesto. Linda abrazaba una carpeta de documentos contra su pecho. Si te parabas a pensarlo parecía temer que fuera a quitársela. Él apoyaba una mano en la pared, y con la otra se colocaba el flequillo en un gesto que repetía cada pocos segundos. Su cuello y espalda se inclinaban hacia Linda como el buitre sobre el cadáver.

Los ojos de Linda buscaron los míos desde la distancia y, cuando al fin se encontraron, ella levantó una mano con timidez. El tipo ario lo interpretaría como un simple saludo. Pero yo sabía lo que significaba. Lo deduje por la forma en que ella se encogía sobre sí misma. ¿Han escuchado alguna vez una llamada de auxilio? Pues Linda Wellington no gritó en mitad de aquel pasillo, aunque su mano, sus ojos y cada poro de su cuerpo suplicase para que la llevara conmigo.

Ella me gustaba. La certeza me asaltó en ese preciso instante. Había levantado defensas, cavado multitud de trincheras y construido toda clase de empalizadas para que la mirada de Linda Wellington no terminara por conquistar mi corazón. Pero el amor no entiende de ataques ni de defensas. Es el viento a favor del barco entre dos tierras. Y nada puede detener el viento, aunque sí se puede hacer algo por impedir que el barco alcance determinado puerto. Eso es lo que hice. Hundí el barco. Con todos sus recuerdos y el tesoro de lo que nos quedaba por vivir.

No devolví el saludo a Linda Wellington ni agarré su mano al vuelo para subirla a la grupa de mi inexistente caballo. Pasé de largo con la mirada fija en la distancia y la cabeza tan alta como permitía mi estructura corporal. Algo se me rompió por dentro y las palabras de Foster resonaron en mi interior con dolorosa y viva voz: «Pocas cosas hacen tanto ruido como un corazón al romperse». Estuve

seguro de que tanto Linda como el médico que la acompañaba habían escuchado el ruido de los numerosos fragmentos estrellándose contra el suelo.

—¡ERES UN IMBÉCIL, KRISTIAN BROWN! ¡Un maldito imbécil! ¡No hay magia en ti!, ¿me oyes? —El eco de sus últimas palabras resonó en el pasillo, devorando mis pasos. Claro que la oía. Y aún hoy, la sigo oyendo.

Foster abrió la puerta sin darme oportunidad de llamar. Creo que estaba escuchando tras la hoja.

—Pase, pase. —Me invitó enseguida—. ¿Un poco de té?

Su gesto era contrariado. Casi parecía que él mismo hubiera sufrido el rapapolvo. Accedí al interior y Foster cerró con prisas, como si temiera que Linda Wellington apareciera de repente para aporrear la puerta. Tragué el nudo que llevaba en la garganta y contemplé el interior del despacho. Me pareció frío y solitario, aunque el fuego ardía con viveza en la chimenea en aquella primavera insólita y fría. Por alguna razón no podía dejar de contemplar las llamas.

—*Mr*. Brown, ¿se encuentra bien? —preguntó, sacándome de mi ensimismamiento.

—¿Qué? —respondí, distraído.

—¿Le apetece una taza de té?

No había reparado en ello. Sobre la mesa había una tetera plateada a juego con unos llamativos vasos. El té humeaba como recién preparado. Al lado, un plato de pastas con un surtido tan copioso que el conjunto parecía a punto de desbordarse. Las pastas también olían como si acabaran de salir de los fogones de Aston Hall. Ya habíamos usado aquel juego de té. Pero en aquella ocasión le encontré otro significado. Foster lo adquirió durante un viaje a Marruecos que realizó junto a su mujer. Creo que una parte de él quería olvidarla, pero otra mucho más grande y poderosa deseaba que no lo hiciera. Por eso seguía sirviendo el té en aquella vajilla, y había comprado una máquina de escribir idéntica a la de ella, y vestía con las corbatas que ella consideraba que mejor le quedaban con los trajes que ella misma le había arreglado tiempo atrás. Su

pasado no era muy diferente de mi presente y, el futuro de ambos, discurriría con dolorosas e increíbles coincidencias.

Acepté la taza y asentí agradecido. Foster me la entregó con el ademán de un elegante camarero. Luego señaló uno de los sofás y me invitó a que tomara asiento. La urgencia congestionaba su rostro, como si no hubiera tiempo que perder. Mis ojos regresaron al magnético baile de las llamas.

—Voy a tener una charla con esa jovencita, *Mr.* Brown. Un hospital mental no es lugar para peleas de enamorados. Y menos a esta hora de la mañana.

—No era una pelea. Y menos una de enamorados, director Foster. Solo un simple malentendido y, por mi parte, le aseguro que no volverá a suceder.

—¿Por su parte? —preguntó. No pudo sonar más irónico—. Precisamente es a usted a quien no he escuchado decir una sola palabra. Los gritos de esa mujer habrán despertado a los pacientes. No quiero imaginar lo que nos espera esta jornada, cuando todos esos sueños interrumpidos se conviertan en horas de conductas desquiciadas. Yo pensaba que Linda Wellington estaba hecha de otra pasta. Pensé que se vendrían bien. La chica necesita sentar la cabeza. En el hospital corren como la pólvora algunas habladurías. Y en cuanto a usted…

Foster me miró con gesto contrariado. Creo que acababa de darse cuenta de hasta qué punto se había excedido en sus funciones.

—El caso es que me atreví a hablar con ella y hacerle un par de sugerencias, aunque no se altere, ni mucho menos llegué a arreglar su matrimonio.

Cuando pronunció esa palabra por poco le escupí el té a la cara.

—Aunque estuve cerca —aseguró—. Ruego que me disculpe por mi osadía.

—No se preocupe, director —aseguré, incomodado por el tema.

Asintió agradecido. Realmente estaba afectado. Si le hubiera contestado de otra forma, le habría robado el sueño.

—Déjeme que enmiende mi error —pidió—. Hablaré con ella. Me encargaré de que no vuelva a molestarlo.

—Yo lo haré. Se lo aseguro. No volverá a presenciar un incidente como este en el hospital. Al menos no uno en el que Linda Wellington y yo seamos los protagonistas.

Foster accedió a regañadientes, con aquella mirada escrutadora que no distaba mucho de la de un boxeador en la esquina del cuadrilátero. Luego abrió el primer cajón del escritorio y sacó una bolsa de tela rebosante de tabaco.

—Pruebe esta maravilla, *Mr*. Brown —señaló con la palma de la mano extendida—. Lo recibí ayer. ¡Tabaco del Amazonas! —comentó, eufórico—. ¿Ha oído hablar de esta selva?

—Algo habré leído de ella —contesté sin demasiado interés.

—Puede que cuando me jubile me decida a hacer una expedición. Mi última aventura —nombró con nostalgia—. ¿Se imagina la de milagros botánicos que aún nos quedan por descubrir y los efectos maravillosos que podrían tener ante enfermedades para las que estamos totalmente desarmados? ¡Ah! —suspiró, al tiempo que llenaba la cazoleta de la pipa con el nuevo tabaco—. Sería como revivir la experiencia del suero, pero desde otro escalafón.

—El primigenio… —susurré mientras meditaba al respecto.

Foster pegó un mamporro sobre la mesa que volcó la bolsa de tabaco.

—¡Que me aspen, *Mr*. Brown! Es el hombre más acertado que he conocido. ¡Por favor, ¿no va a fumar hoy?! —preguntó, señalando las numerosas hebras oscuras. Parecían la clase de gusanos que se retuercen bajo tierra.

—Me duele la cabeza —aseguré, llevándome una mano a la sien.

Foster volvió a abrir el cajón de la mesa y rebuscó en él hasta que dio con una cajita metálica. La abrió y volcó el contenido en la superficie. Media docena de pastillas blancas rodaron por el tablero.

—Tome dos —dijo—. Son masticables. Y hágame el favor de recomponerse y sacar la pipa que le regalé. No creo que ninguno de los dos volvamos a tener muchas más oportunidades de fumar un tabaco tan excepcional como este.

Intuí algo extraño. Como si su mensaje escondiera mayor trascendencia. Finalmente llené mi pipa. Foster me pasó los

utensilios necesarios para que el tabaco quedara prensado. También me ofreció fuego. La llama surgió ante mi rostro bastante antes de que me hubiera llevado la pipa a los labios. Tuve la sensación de que estaba pendiente de mis movimientos. Como si mostrara un interés profesional ante algunas de mis reacciones. En el fondo, su expresión no era muy diferente de cuando me acompañaba en las inoculaciones del suero.

A colación de esta idea, le pasé los documentos que había redactado. En ellos, además del nuevo pasaje, incluí una copia del informe médico del paciente. En algunos puntos coincidía con lo escrito en mi diario, en otros era una sarta de mentiras.

Fumamos en silencio. Yo volví la mirada al fuego mientras el director leía los documentos con atención.

A veces le escuchaba murmurar sonidos de duda o disconformidad. Entonces se paraba y hacía la correspondiente pregunta. Yo contestaba y, si estaba conforme, él asentía y devolvía la vista a las páginas apoyadas en su regazo.

Fumé con desgana y, cuanto más se cargaba el despacho, más pensaba en que, el nuevo y exótico tabaco de Foster, se parecía muchísimo al de siempre. Me pregunté acerca de cuántas cosas en mi vida había creído solo porque alguien dijo que eran ciertas. Y si las raras sensaciones que percibía al escuchar los relatos de Ray Donald no se deberían también a esta forma de sugestión.

La voz de Foster me sacó del ensimismamiento cuando terminó de sopesar aquellas páginas. Para entonces el humo de las pipas era tan denso que rascaba la garganta el solo hecho de respirar. Las llamas en la chimenea habían perdido fuerza y amenazaban con extinguirse y dar paso a las brasas.

—Es interesante, *Mr.* Brown. Aunque le voy a ser sincero: no soy un gran crítico literario, pero me considero un buen lector. Creo haber leído a todos los que hay que leer. También he leído a otros que casi nadie conoce y, créame, he disfrutado tanto o más que de los primeros. Y, ¿sabe qué?

—¿Qué? —pregunté intrigado.

—Ray Donald no pasará a la historia de la literatura.

Luego pegó otro violento golpe sobre la mesa y rompió a reír con carcajadas más sonoras, incluso, que el rapapolvo que me había echado Linda Wellington.

—No lo había visto de este modo —aseguré. Estaba claro que Foster pensaba que la historia era falsa pero, entonces, ¿cómo explicar las amputaciones por congelación y la horrenda cicatriz del pecho?

—¿No creerá usted en todo esto? —indagó, agitando los papeles. Pero antes de que pudiera contestar, continuó hablando como si ya conociera mi respuesta—. Mi teoría es que este hombre, además de un trotamundos, era aficionado a escribir historias. Bastante flojas, por cierto. Tome —ordenó, dándome los papeles—. Léala usted en voz alta.

—¿Ahora? —pregunté, perplejo.

—¿Cuándo si no? Tenemos tabaco, una bebida caliente y un agradable fuego en la chimenea. No creo que haya mejor momento para contar historias. Pero sáltese sus conclusiones médicas, a no ser que considere que haya algo digno de mencionar.

Carraspee, pero no por aclarar la voz, sino porque sentía que algo se cerraba alrededor de mi garganta. Leí con voz entrecortada lo que me había llevado toda una noche transcribir.

19 de enero de 1863.

Acabo de firmar el documento. Soy el nuevo expedicionario de la GLUI. Junto con la mitad del dinero me han revelado la posible ubicación de la ciudad. Se halla nada más y nada menos que a seis mil metros de altitud. Sobra decir que esto la convierte en la expedición más cara y peligrosa de la que he formado. Me preocupa la aparente falta de juicio de la Logia, ya que no han puesto objeción a que me acompañen algunos patrocinadores. Tampoco entiendo la prisa por empezar el viaje, pues bien se sabe que siempre es mejor visitar estas tierras en verano. No sé dónde creen que van todos esos ancianos obesos y trombóticos, pero de lo que estoy seguro es que la gran mayoría no regresará de esa

montaña. Aunque qué se puede esperar de un hombre moribundo cuya esperanza de vida reside en un manuscrito mágico que, supuestamente, concede el don de la inmortalidad y la transmutación de la materia. Tal manuscrito se encuentra en Shambala, custodiado por esos misteriosos «Hijos de un Buda», y el trasfondo oculto de la misión, no es otro que recuperar el manuscrito. La presencia del archimaestre es imponente a pesar de su enfermedad, pero el respeto que genera se desvanece cada vez que abre la boca. No he conocido persona más dispuesta a creer en la superchería. De hecho, su propio despacho, en vez de tratarse de un lugar pensado para la dirección de la Logia, parece una pintoresca exposición. Hay cabezas reducidas de los jíbaros del Amazonas colgando en ristra como ajos secos, un tomahawk de los powhatan, una venus de la fertilidad, una máquina astronómica para reproducir órbitas planetarias con milenios de antigüedad, un serpentín para destilar pociones del Renacimiento… Y podría seguir enunciando raros y perversos objetos durante una hora. Por otro lado, todo lo que acontece a esta expedición no es menos rimbombante. Resulta que las leyendas que hablan de los misteriosos hijos de un Buda son tan enigmáticas como numerosas. Algunos pueblos, incluso, llegan a emparentarlos con el jigou; la criatura que en occidente conocemos como el Abominable hombre de las nieves. Todo esto, claro, según las palabras del archimaestre.

—La historia es mala —continuó Foster en cuanto concluí—. Parece salida de un autor virginal.

—No sé si le sigo —aseguré.

Foster chascó la lengua.

—Digamos que Ray Donald sabe lo que está haciendo. Ambos sabemos que no es el caso, pero es necesario que lo pongamos sobre la mesa para que podamos juzgarlo. ¿Me sigue ahora?

—Creo que sí —mentí. Realmente no tenía la menor idea de a qué se refería. Además, el despacho estaba tan lleno de humo que empezaba a sentirme mareado. Tenía la sensación de estar siendo

entretenido a propósito.

—¡Perfecto! —exclamó—. ¿Cuál diría usted que es el mayor defecto de un escritor, *Mr*. Brown?

—¿La soberbia? —dije lo primero que se me ocurrió.

—¡En absoluto! —zanjó con energía—. Si un escritor no es soberbio entonces no es un escritor. Hablaríamos de un charlatán; un simple cuenta historias no muy diferente del hombre que vende verdura y le ameniza la espera con las anécdotas del día. Créame, la literatura siempre ha estado en mayor deuda con la soberbia que con la técnica. Ni se imagina la de libros que se escribieron solo porque el escritor creía que podía hacerlo, y los que se quedaron por el camino aunque el autor supiera cómo escribirlos. Pero el asunto de Ray Donald es diferente. No está en condiciones de ser soberbio, y sin embargo ha construido una historia en su cabeza que usted transcribe cada noche. Pero, ¿sabe qué, amigo Brown? Por muy agradable que sea su lectura, no está exenta del peor defecto.

Abrí los ojos tanto como pude y me incliné ligeramente hacia atrás, agarrándome a los reposabrazos. Algo me decía que aquella respuesta iba a tener la contundencia de un tortazo.

—No es creíble. Y si nadie cree en lo que escribe, entonces nadie creerá en él.

—Tiene sentido —aseguré tras razonarlo.

—Aun así, no todo está perdido. El escritor puede hacer uso de algunos trucos.

—¿Trucos? —repetí y de inmediato sentí un nudo en el estómago.

La sola mención de la palabra me llevaba a lo ocurrido durante la mudanza. A veces estaba seguro de que había sido un episodio limpio; un día sin fisuras. Pero me golpeaban las dudas cuando recordaba las palabras de Linda Wellington al respecto de su sobrino.

—Basta con apoyarse parcialmente en la realidad —continuó Foster con aquella improvisada clase sobre el oficio de la escritura—. Y si esta realidad es desconocida al gran público, pero el autor tiene sólidos conocimientos de ella, entonces puede disfrazarla de ficción,

y hacer que la mayoría le crea. ¿No le parece increíble? Cuando el escritor ha transformado la realidad tanto que solo puede juzgarse como falsa, es cuando verdaderamente la interpretamos como real.

—Director Foster —dije con tono cansado—, creo que no le sigo.

—Eso es porque desconoce el truco de Ray Donald.

—¿El truco? —volví a preguntar aún más contrariado.

—Recuerda las iniciales con las que se inicia el relato.

—La GLUI…

—¡Exacto! Tiene usted una excelente memoria, amigo Brown. El caso es que GLUI es el acrónimo real de la Gran Logia Unida de Inglaterra.

Me quedé boquiabierto. Hasta el momento aquella era la primera prueba fehaciente de que, al menos una parte del relato del anciano, tenía una base real.

—Lo que ocurre es que el truco se desmorona cuando los conocimientos del lector son mayores que los del autor en un tema concreto.

—Quiere decir…

—Exacto, amigo Brown. Yo soy socio honorífico de la GLUI.

—¡Vaya! —exclamé, cambiando de expresión—. Entonces, ¿le suena a usted el nombre del archimaestre?

—La verdad es que no. Pero he leído toda la documentación que la logia reparte cada año a sus socios y…

En aquel momento me desconecté. Si a ojos de Foster él había descubierto el truco de Ray Donald, a su vez, yo acababa de descubrir el suyo. Puede que la persona que tenía a mi frente fuera un hombre muy versado, pero estaba lejos de ser un hombre sobre el terreno. Ray Donald había sido algo muy diferente. Las cicatrices lo demostraban, y la realidad con la que vivía los hechos que narraba. Foster no me convenció en absoluto. Allí no había ningún truco. Cuando recuperé el hilo de sus palabras, Foster había cambiado de tema y me felicitaba por el trabajo realizado.

—Me parece interesante el cambio que ha observado en las constantes —dijo, aludiendo a la parte falsa del informe—. Siga

estudiando el caso con atención. Y no deje de transcribir su historia. Quién sabe si detrás de toda esa palabrería se esconde algo de valor.

—Muy bien —contesté con ademán de marcharme. Estaba agotado, y aquella charla me parecía un paripé.

—Una cosa más, *Mr*. Brown.

—Dígame —dije, percibiendo un cambio en su postura.

Foster arrancó con tono confidente.

—Voy a salir de viaje.

Se me erizó la piel. Por nada del mundo lo habría imaginado. Era la oportunidad que llevaba tanto tiempo esperando. Una conjunción de astros.

—¿Otra vez? —pregunté, esperando que se animara a revelarme más detalles.

—Será solo unos días. Parto este mismo viernes.

—Entiendo.

—Verá, *Mr*. Brown, si le cuento esto, es solo porque usted y yo…

Confieso que me encontré confundido. Foster había cambiado de actitud. El tipo imperturbable acababa de dar paso a un ser inseguro. Los ojos me observaban como los del perro apaleado en mitad de la lluvia y los charcos. Solo en un par de ocasiones había visto desvanecerse de semejante forma el porte de aquel hombre. Y, como en las otras ocasiones, estuve seguro de conocer el motivo.

—Le entiendo, director —comencé—. Pero, créame, no es necesario que me dé explicaciones.

Las quería, pero debía hacerle creer que no. No era muy diferente del truco del escritor.

—Pero, quiero hacerlo —insistió—. Confío en usted. Más de lo que piensa.

—Está bien —accedí, relajando la postura.

—Mi mujer me ha enviado una carta. He de viajar a Londres. Puede que haya… Una oportunidad —dijo. La palabra se le atragantó varias veces antes de que pudiera soltarla.

Aquella revelación tenía muchas implicaciones, pues hasta el momento el director nunca había admitido que su mujer le había

abandonado.

—Enhorabuena. Es una gran noticia.

—Ya veremos. No tengo muchas expectativas pero, al menos, es un paso más cerca de ella. Hace solo unos meses cualquier contacto, incluso por carta, era del todo impensable. Por cierto —continuó tras un instante de silencio—, no se preocupe por lo de la casa.

—¿Cómo? —pregunté, poniéndome en alerta.

—La casa en la que vive. La que iba a ser para mi mujer. En el hipotético caso de que decida regresar a Birmingham, la casa seguirá siendo de usted.

—Entiendo —contesté. La verdad es que ni se me había pasado por la cabeza. Pero era un gesto que agradecer. No sé lo que habría sucedido en el caso de haber tenido que hacer otra mudanza…

—Imagino que ella querrá recuperar algunas de sus pertenencias. El piano, supongo, y puede que otras cosas. Lo resolveremos a su tiempo, con una visita rápida. No le molestaremos más de lo necesario.

—¿Cuándo? —La palabra se me atragantó en la boca, pero pude disimularlo.

—Si todo va bien, quizá este mismo lunes.

—Este lunes —repetí, imaginándome la escena.

No tenía donde esconder a mi madre y no podía sacarla de casa dado su frágil estado de salud. Pero antes de que pudiera afligirme aún más, Foster me brindó la solución. Una solución increíble. La oportunidad que llevaba esperando desde el día que había entrado a trabajar en Aston Hall.

—Quiero pedirle un favor, amigo mío.

—Adelante.

—Quiero que sea usted el que reparta el suero este viernes. No me fio de nadie más. Y no quiero, esta vez, incurrir en errores del pasado. —Supuse que se refería a los militares.

La noticia me dejó petrificado. Iba a tener acceso a todos los viales de Aston Hall.

Tenía unos días para sacar a mi madre de su estado y que abandonara el piso por su propio pie.

25

#RAY DONALD#

Acompaño sus palabras con las anotaciones médicas y la descripción de las inusuales (por mencionarlas de algún modo) impresiones (¿alucinaciones?) que experimenté mientras las transcribía.

Informe médico.

El paciente, en aparente estado catatónico generalizado, reacciona con movimientos oculares en lo que parece ser a conciencia tras la inyección que nuevamente le ha administrado el director Foster. Es capaz de seguir objetos. Sus pupilas reaccionan a la luz con relativa normalidad. La rigidez en las extremidades se mantiene. El ritmo respiratorio, así como el latido cardiaco, son normales y se corresponden con los de un hombre de su edad. La capacidad cerebral está claramente alterada, ya que, aunque es capaz de articular frases y/o palabras, el orden de estas, por sí mismas, no las dota de significado.

Comienzo a las 10:01 pm.

11:06 pm.

Hasta el momento la noche transcurre con normalidad. He intentado reconducir la transcripción a fin de alcanzar el punto en el que nos quedamos ayer susurrándole numerosas veces la palabra *jigou* al oído. Mi intención era que hiciera una descripción mayor de la morfología de la criatura, pero creo que no he acertado en la elección de la palabra, ya que, tras unos segundos en los que el paciente ha dejado súbitamente de respirar, ha sufrido violentas convulsiones. Su espalda se ha arqueado hasta el punto de que he escuchado un fuerte crujido en las vértebras y de su boca mana una espuma densa y blanquecina. Creo que ha estado cerca de la parada cardiaca. No sé qué me habría deparado el futuro si hubiera llegado a suceder.

01:05 am.

El paciente está estabilizado. Le he hidratado por mis propios medios debido a la gran cantidad de fluidos que ha perdido. Debería detener esta locura y que las enfermeras se encarguen de su cuidado, pero Ray Donald se ha convertido en el único testigo vivo de las capacidades reales del suero. Necesito saber hasta dónde llega el poder curativo de la sustancia.

02:03 am.

Ray Donald vuelve a articular palabras. Retomo la tarea de mecanografiar en la máquina, aunque desecho por hoy seguir intentando redirigir la historia.

02:45 am.

Resulta sumamente curioso. Ha sido pensar en que la temperatura de la habitación, esta vez, parecía agradable, y

he empezado a sentir frío. Tomo una de las mantas que guardo escondidas bajo la cama.

03:56 am.

Creo que algo está a punto de ocurrir. La respiración del anciano se ha acelerado y sus ojos se han iluminado con el mismo azul antinatural que cada noche veo en mis pesadillas. Dios mío. Es imposible…

04:02 am.

No puedo creer lo que estoy viendo. Por un momento tengo dudas de si llamar a Foster y hacerle partícipe de estos hechos. ¿Es el suero? ¿El suero está causándole estos efectos? ¿El suero le está convirtiendo en… esto?

05:30 am.

El paciente duerme debido a un fuerte sedante que le he administrado. Doy por finalizada la noche y con ello la transcripción, y paso a detallar todo cuanto he vivido sinnotificar la hora exacta en la que viví los hechos.

Tuve que realizar numerosos parones mientras sacaba adelante la narración, puesto que, mientras las palabras de Ray Donald abordaban algunos pasajes, sobre todo en lo referente a los del misterioso ser de las montañas, su cuerpo sufría evidentes transformaciones que no puedo explicar mediante el simple método científico. A lo ya experimentado en inoculaciones anteriores, tales como el cambio en el color de los ojos y una respiración animalesca, añado en este informe las que considero más aterradoras y notables, y, por tanto, me veo incapaz de pasar por alto.

El tono muscular generalizado del paciente se tensó y el

volumen de sus músculos, en algunos casos, aumentó hasta triplicar el de su tamaño original. Pasó de tener un contorno pectoral de 79,6 cm, según su expediente médico, a engrosar hasta los 152 cm, lo cual le convierte en el mayor volumen torácico que haya medido. Así mismo, tomé medición de los bíceps cuando estos alcanzaron los 41 cm de contorno. Tal musculatura hundió el colchón hasta aplanarlo como una hoja de papel debido al repentino y colosal peso que adquirió el paciente. Por suerte, el estado general de Ray Donald, a pesar de puntuales movimientos esporádicos, fue bastante tranquilo. De haberse descontrolado la situación habría sido imposible reducirlo ni por todos los celadores que Aston Hall tiene en plantilla. Creo que no será una mala idea hacerse con un par más de correas de las que dispone la propia cama, a fin de inmovilizarlo en las siguientes noches.

Dejo constancia, aunque no de forma oficial en el informe, ya que se tratan de impresiones propias que no tienen que ver con el estado del paciente, de que finalmente acusé una considerable bajada de temperatura en la habitación hasta el punto de que mi aliento, de nuevo, se hizo visible.

Transcripción ordenada de la narración de Ray Donald.

22 de marzo de 1863.

Ningún otro viaje se me ha antojado más pesado, y sin embargo he disfrutado de las interminables noches de tren atravesando las fronteras de una larga lista de países. He visto montañas, lagos oscuros y el reflejo de una luna clara y brillante tiñendo de plata las ciudades. La incomodidad ha merecido la pena, sin embargo, lo que he encontrado aquí, hace que pierda el

ánimo. El grueso de la expedición se compone de veintidós hombres armados. Algunos visten con uniformes de campo cuya pulcritud y color me hacen pensar que apenas tienen una o dos puestas. De la manga de uno aún pende la etiqueta del sastre. ¡Válgame Dios! Otros treinta porteadores para cargar con todo lo que estos occidentales arrastran. Los hombres de las montañas hablan los dialectos de la región Khumbu y del monte Makalu. Se han sorprendido cuando he intervenido en sus bromas y me he expresado en sus respectivos dialectos. Decían que el jigou, como llaman en Tíbet a la legendaria criatura bípeda de las nieves, devorará en una sola noche a los ingleses. Yo les he dicho, al contemplar las gorduras de la mayoría, que ni siquiera el jigou podría tener tanta hambre. Después, ante su desconcierto, les he explicado que, aunque tengo aspecto occidental, nací en una remota aldea de la India, y que mi padre fue un reconocido explorador que me llevaba a sus viajes siempre que las circunstancias lo permitían. El carácter de estas pequeñas gentes resulta agradable, aunque no se me ha escapado el hecho de que al menos dos de ellos no se han sentido cómodos al oírme pronunciar el nombre prohibido del jigou. No lo dejaré aquí por escrito, pues temo que el diario pueda caer en manos de los ingleses. Más allá de esta circunstancia, los sherpas *son un ejemplo de fortaleza y compañerismo que…* (El paciente siempre convulsiona al llegar a este punto, por lo que no puedo avanzar más en esta parte de la transcripción. Cuando vuelve a estabilizarse su narración describe unos hechos diferentes).

28 de marzo de 1863.

Creo que los ingleses nada saben acerca de la crudeza de esta tierra. En su campamento abundan las teteras al fuego, los pasteles y el tabaco de pipa. Aunque llevo décadas sin vivir en Inglaterra, algo me dice que la estampa de cualquiera de sus praderas en una soleada mañana de domingo no dista mucho de

lo que veo desde mi saco de dormir. Aquí, en la planicie, la visión de la lejana cadena montañosa conmueve el espíritu. Algunas de las cumbres se internan en el oscuro firmamento hasta donde la vista no puede alcanzar. El fulgor de los astros se refleja en la nieve inmaculada con tanta viveza, que en algunos puntos del lejano horizonte el cielo es indistinguible del hielo. Al ritmo que llevamos tardaremos todavía una semana en alcanzar los tres mil metros de altitud. No quiero pensar lo que les sucederá a la mayoría de estos hombres cuando empiecen a notar el peso de las muchas balas que llevan en los bolsillos. Uno de ellos camina en zapatos… Eso da una pista de la clase de hombres que dirijo hacia su propia perdición.

29 de marzo de 1863.

Hay un hombre que destaca entre el resto. Durante mi visita a la logia nada se mencionó al respecto, pero sospecho que se trata de lo que en el mundo de exploradores y cazatesoros conocemos como el «Último hombre». Tales individuos se contratan en secreto. En apariencia son uno más de los que conforman la expedición, con sus miedos y deseos, pero en realidad son la última oportunidad del financiador, en el caso de que la misión fracase, de hacerse con la información y tesoros encontrados hasta el momento. Se hace llamar Michael Scott. Aunque sospecho que es un nombre falso, y que lo sacó del protagonista de un libro manoseado que gusta leer cuando acampamos. Es alto y de tez morena de nacimiento. Va mejor armado y equipado que cualquiera, y cuando descansa su mano siempre roza la pistolera. Este hombre tan pronto goza de mi respeto como que carece de él por completo. Esta última circunstancia surge cuando se emborracha y se jacta de sus hazañas. Cuenta que, en el pasado, durante un viaje a Rumanía, averiguó la ubicación de la tumba perdida del legendario Vlad Draculea. Dice que profanó la tumba durante la noche, y que el aire que surgió de ella no era en

absoluto viciado. Los ingleses le piden que cuente la historia cada noche. Historia que ha narrado con al menos seis variaciones. En la última llegó a decir que Vlad abrió los ojos e intentó morderle el cuello. El relato finaliza cuando aporta las pruebas de lo que llama la hazaña de su carrera. Tales pruebas penden de su cuello en el interior de una pequeña bolsa de cuero. Dos largos colmillos que pasa a los presentes para que los examinen. Algunos de estos hombres se santiguan, y otros han de sentarse para no caer mareados. La pasada noche accedí, ante las numerosas peticiones del grupo, a echarles un vistazo. Diría que no son más que los colmillos de un puma de las montañas. De todos modos, no le quitaré el ojo de encima, pues me consta que, en situaciones de extremo peligro, «Los últimos hombres» son siempre los primeros en quitarse de enmedio.

04 de marzo de 1863.

Ha muerto el primer hombre. Muy a mi pesar, era uno de los pocos cuya condición física habría sido de ayuda en la cordillera hostil que alcanzaremos en los próximos días. ¡Dios mío! Esperen… El sonido. Creo que ha caído otro.

¿Es que nadie les ha explicado a estas personas que no se debe caminar al filo del abismo? El primer cadáver es el de un hombre que, en su ignorancia, transitaba al borde de un precipicio, a la diestra del lomo de uno de los voluminosos y lanudos yaks. De repente, el animal se ha detenido a olisquear el aire. Es la primera vez en mi vida que he visto a un herbívoro de estas características husmear como lo hacen los depredadores. Algo ha debido captar, pues se ha puesto nervioso y se ha encabritado a pesar de que son criaturas dóciles y tranquilas. El peso del equipaje ha caído sobre el hombre, el cual no ha podido mantener el equilibrio y ha acabado despeñándose por el barranco. Hemos acampado cien metros más arriba. Muchos hombres lloran en el silencio de sus tiendas. Otros recogen sus cosas para darse la

vuelta. Hay algo que nadie se atreve a decir en voz alta, y que yo no puedo corroborar ya que en el momento en el que ha sucedido me encontraba escribiendo este diario. Los hombres de la Logia susurran en pequeños grupos. Dicen que el segundo no cayó por accidente, sino que cuando se asomó al abismo por el que se despeñó el primero, su mirada era turbia y confundida. Algunos intentaron detenerlo al adivinar sus intenciones, pero este saltó al vacío sin el menor titubeo, y mientras aquel desdichado caía, algo enorme y gutural contestaba a sus gritos. Según dicen el rugido provenía de unos mil o dos mil metros más arriba: en la zona donde, supuestamente, encontraremos la entrada a la ciudad. Les he pedido que mantengan la calma, informándoles de la existencia del leopardo de las nieves. Tales felinos viven a altitudes del todo impensables. Son pequeños en comparación con las panteras de la selva, y sin duda las montañas han colaborado en amplificar su rugido.

02 de abril de 1863.

Quedamos siete. Ocho si cuento al «Último hombre» como a uno más de mis compañeros. Cinco ingleses, un único sherpa *del que sospecho que no está en sus cabales y yo. La mayoría desaparecieron la pasada noche, aunque los últimos, los cuales ya presentaban síntomas de congelación, se han ido con los primeros rayos de la mañana. Digo que desaparecieron porque yo no juraría sobre la Biblia que esos hombres se marcharan por sus propios medios. Las temperaturas cayeron por debajo de los diez bajo cero, y la ventisca cubrió por completo buena parte de las tiendas. Una de estas tiendas era la mía. He estado atrapado hasta que estos cinco hombres me han rescatado de morir sepultado. Al preguntarles sobre las extrañas luces azules que observé a través de las paredes de la tienda me han mirado con estupor. Yo creía que alguna clase de aurora se había apoderado del cielo, pero al parecer nadie ha visto algo parecido. Sin*

embargo, muchos de ellos coinciden en otro punto que pone los pelos de punta. Dicen no haberse enterado de nada de lo sucedido, y haber dormido plácidamente a pesar de las fatídicas condiciones meteorológicas. Y aún a pesar de no haber escuchado a la mayor parte de la expedición al marcharse, coinciden en haber oído en sus sueños el particular crujido de la nieve bajo el peso de algo lento y gigantesco. Tras este extraño testimonio he intentado hallar una explicación. He rastreado la zona durante al menos una hora, y no he sacado nada en claro. Hay muchas huellas humanas en la nieve. Pero no hay ninguna de los yaks. ¿Qué diablos les ha pasado a los animales?

26

La aguja del minutero sobrepasó las ocho de la mañana. Me entretuve caminando, deambulando por las calles mientras no dejaba de darle vueltas a lo que acababa de experimentar. Las palabras de Ray Donald no solo daban forma a una historia única y extraña, sino que parecían tener el poder de transmutar la realidad mientras las pronunciaba. Al igual que ese misterioso libro tibetano al que los expedicionarios de su diario otorgaban poderes tan rimbombantes como la inmortalidad. El frío que sentía en su presencia no distaba mucho del que los exploradores de la logia sufrieron durante el ascenso. Y todo ello comenzó la misma noche en que conocí al paciente. Luego llegaron mis vívidas pesadillas azules cuyo auténtico contenido era el milenario e insondable hielo de las montañas, y el infierno en el que cada noche me veía envuelto en aquella habitación. Pero ni ese hombre ni el suero podían tener la culpa de lo que me estaba sucediendo. Había algo más que no llegaba a comprender.

El ruido de mis pasos me devolvió a aquel insustancial presente del que añoraba escapar. Las neblinosas avenidas, concurridas únicamente por los animales que rondaban alrededor de los contenedores, se convirtieron en un laberinto que hasta en dos ocasiones me devolvieron a los muros de la institución. Resultaba increíble que me hubiera extraviado en un camino que prácticamente discurría en línea recta, pero aquella niebla era densa y traicionera, y mi brújula mental no pasaba por su mejor época.

El viento sopló con fuerza, arrastrando vieja hojarasca y restos de

basura que voltearon sobre los adoquines. No tardaron en perderse calle abajo, entre los densos mechones de niebla. Los gatos se lamentaban desde algún lugar fuera de mi alcance. Un maullido tan lejano e inagotable que parecía surgir de una oscura y demente dimensión en la que estuvieran atrapados. Las ramas de los árboles se agitaban con violencia. A veces escuchaba un chasquido. Un tronco al caerse, y entre medias de estos sonidos, creía distinguir el misterioso bufido de la respiración de Ray Donald.

No hacía falta ser un especialista para saber que algo me estaba ocurriendo.

Pensé en el suero. Y cómo las cosas habían comenzado a torcerse justo cuando el director me escogió para trabajar con la nueva versión. Cabía la posibilidad de que estuviera sufriendo alguna clase de efecto secundario no estudiado. No era del todo descabellado. Quizá los simples vapores del medicamento fueran suficientes para desencadenar los episodios. ¿Qué se podía esperar de una sustancia con una energía lumínica capaz de iluminar una estancia? Puede que el propio Foster estuviera al corriente de tales efectos. Siempre me había parecido, cuanto menos cuestionable, el hecho de que una vez pusiera la inyección desapareciera durante toda la noche con el maletín contenedor. Pero el vial vacío quedaba sobre la mesa, expandiendo sus misteriosas partículas. El efecto en el anciano era mayor porque la sustancia entraba en contacto con la sangre. Todo era tan descabellado que podía ser cierto. Otra vez el truco del escritor.

Un par de horas antes, cuando todavía estaba bastante afectado por lo sucedido en presencia de Ray Donald, llamé a la puerta de su despacho. Llevaba otro tramo de la historia en la mano y el informe médico del paciente. Ningún dato del informe era real. No podía mencionar nada de lo sucedido sin poner en entredicho mi cordura. El despacho estaba vacío. Supuse que el director estaría atareado preparando su viaje. Dejé los papeles sobre la mesa y salí a caminar hasta que, finalmente, tuve la voluntad de volver a casa. Fue entonces cuando me perdí.

Los faros de un coche solitario me hicieron comprender. Era un

auto pesado, con acabados de lujo y un motor potente cuyo sonido se imponía por encima del viento. Aunque no tan potente como el Rolls-Royce de los militares. El coche pasó tan despacio por mi lado que creí que se calaría. La niebla me impidió ver al conductor. El coche seguía la única dirección habilitada para aquella calle. Cuando salía de casa en cualquier día siempre me cruzaba con vehículos de frente. Aquel coche había surgido a mi espalda, luego era yo el que caminaba en dirección contraria.

Pensé en ofrecerle al conductor unas monedas con tal de que me acercara a casa. Incluso llegué a silbar con dos dedos y levanté un brazo haciendo aspavientos. Pero el vehículo no se detuvo. Era como un barco a la deriva sin tripulación. El barco podía permanecer a flote por siempre, o chocar contra las rocas. Pensé que era mejor así.

Me levanté el cuello de la chaqueta y apreté el paso. Tardé otra media hora en llegar a casa. Para entonces estaba agotado física y mentalmente. El solo hecho de meter la llave en la cerradura supuso un alivio. La casa olía a cerrado y a un perfume lúgubre y desconocido. Lo achaqué a la humedad que transportaba la niebla y que se colaba por los resquicios. Durante el camino había estado dándole vueltas a mis sospechas. ¿Sería seguro utilizar el suero con mi madre después de lo que yo mismo estaba experimentando? Nunca antes me lo había planteado. Pero ahora que tenía la seguridad de que el momento iba a llegar, debía resolver la cuestión.

Preparé té y la papilla con la que alimentaba a mi madre en lo que sopesaba mis escasas opciones. La respuesta me sobrevino en el momento en el que desbloqueé el candado de la habitación insonorizada y abrí la puerta para comenzar con los cuidados habituales. El hedor era insoportable. Cabía la posibilidad de que el suero no fuera seguro, pero era necesario. Era incluso algo más que necesario. Era lo único que nos quedaba a ambos. Mi madre estaba en un estado lamentable. Si Ray Donald parecía un hombre consumido por la enfermedad, mi madre estaba dos pasos más allá. Una simple corriente de aire podría ser suficiente para causar su muerte. El tiempo de los milagros y la experimentación había

expirado. Era el momento de apostarlo todo a un único número. Ray Donald había necesitado de al menos media docena de dosis para que su cuerpo experimentase aquellos increíbles cambios. El aumento de la masa muscular, la elasticidad de los miembros… Quizá disminuyendo la dosis pudiera conseguir un efecto más controlado. Tres inyecciones me pareció un número acertado.

La observé y me surgieron más preguntas. Si conseguía hacerla despertar, ¿seguiría siendo ella? Tantos años de sufrimiento a raíz de un amor no correspondido ya no tenían sentido.

Me senté sobre la silla en la que solía vigilar su sueño y coloqué el plato entre mis piernas. El plato humeaba caliente, pero estaba muy lejos de resultar apetitoso. Le coloqué un trapo alrededor del cuello para que no se manchara y la tomé de la nuca. Había que erguirla. Después comenzaba la fiesta del atragantamiento en la que los pegotes de puré terminaban escurriendo por las paredes. Los cabellos estaban tan frágiles que se quebraban al contacto. Sus ojos no se apartaban del techo; fijos en aquellas manchas de su propio alimento. Tomé la primera cucharada y se la metí en la boca. Y, tras superar las toses y conseguir que tragara, sonó el timbre de la puerta. No me moví del sitio hasta que vacié el plato. Entonces lo hice, pero hasta la cocina, donde fregué los cacharros con desgana mientras la persona que llamaba amenazaba con quemar el timbre. Una vez se cansó y escuché sus pasos bajando por la escalera, me asomé por la ventana que tenía a mi frente. La niebla se había retirado. No había ni rastro, como si solo hubiera sido una ensoñación mental.

La puerta del edificio se cerró con un fuerte golpe. El suelo bajo mis pies tembló. El sonido de los tacones sobre el asfalto apareció instantes antes que la figura de la persona. Era el sonido de unos pasos encolerizados. No me sorprendió en absoluto ver la silueta de Linda Wellington. Caminaba airada, ajena al tráfico y a los viandantes. Durante el minuto y pico que tardó en recorrer el largo de la avenida no se giró ni una sola vez. Aunque de haberlo hecho habría dado lo mismo, sus ojos no habrían llegado a toparse con los míos, pues permanecí todo el tiempo oculto por el visillo. «¿En qué me estoy convirtiendo?», pensé. Linda torció la esquina y se perdió

en otra calle.

Los minutos pasaron. No digo que lo hicieran de forma rápida, sino que al final consiguieron pasar. La eternidad no debía ser muy diferente. Me sentía incapaz de apartar la vista del pavimento, como si la respuesta correcta a la pregunta que acababa de hacerme pudiera hacer retroceder a Linda. Pero ella ya no estaba. Jamás volvería a estar para mí.

Un par de minutos después vislumbré el coche de policía. En su interior iban aquel par de inspectores. Llevaban las ventanillas bajadas y fumaban largos cigarrillos de tabaco picado. Tampoco ellos miraron en mi dirección. Supuse que vendrían de Aston Hall, donde su ausente director, no habría podido dar respuesta a sus preguntas. Aquella mañana no pasé nada a limpio. Sencillamente, no tenía fuerzas para seguir enfrentándome a lo desconocido.

27

#RAY DONALD#

Acompaño sus palabras con anotaciones médicas, sucesos destacables ocurridos durante la noche, así como de la descripción de las inusuales (por mencionarlas de algún modo) impresiones (¿alucinaciones?) que experimenté mientras las transcribía.

Informe médico.

El paciente, en aparente estado catatónico generalizado, reacciona con movimientos oculares en lo que parece ser a conciencia tras la inyección que nuevamente le ha administrado el director Foster. Es capaz de seguir objetos. Sus pupilas reaccionan a la luz con relativa normalidad. La rigidez en las extremidades se mantiene y el volumen de los músculos ha vuelto a ser normal a pesar de los inexplicables cambios físicos experimentados anteriormente. El ritmo respiratorio, así como el latido cardiaco, son normales y se corresponden con los de un hombre de su edad. La capacidad cerebral está claramente alterada, ya que, aunque es capaz de articular frases y/o palabras, el orden de estas, por sí mismas, no las dota de significado.

Comienzo a las 10:35 pm.

Tras ponerle la inyección, Foster ha desaparecido de forma fugaz. Al contrario que en días anteriores, en los que se mostraba animado, e incluso, aguardaba un par de minutos hasta que la algarabía de palabras del paciente se volvía insoportable, ha abandonado la estancia con prisas, llevándose el maletín y dejándome el vial vacío sobre la mesa. En cuanto lo he visto lo he tirado por la ventana a fin de descartar la teoría de que los efectos del medicamento puedan transmitirse por el aire. Por suerte no ha hecho demasiadas preguntas cuando he inmovilizado al paciente con la doble correa de cuero. El simple hecho de insinuar que la mejoría del suero podría llegar de forma súbita, y que, de darse el caso, el paciente podría hacerse daño por un supuesto estado de excitación, le ha parecido razonable. Aunque no descarto que más tarde deseche mi argumento. Pues le he visto sumamente distraído.

Todo este asunto de su mujer, de la que, por cierto, tras horas de conversación acerca de ella, sigue sin revelar su nombre, le tiene muy estresado. Espero que esta vez el director sepa manejar mejor sus nervios, pues, como ya se dio con anterioridad, tiene tendencia a la neurosis. De ser así, y en el caso de que él mismo decida tratarse con esta versión del suero, los resultados podrían ser catastróficos.

11:45 pm.

La noche transcurre, todavía, y remarco esta última palabra, con normalidad. Sin embargo, he de decir que tengo miedo por lo que pueda suceder de un momento a otro. Mi estado de alerta es elevado, reaccionando a estímulos que en otras ocasiones con seguridad habría pasado por alto. Sin ir más lejos, he escuchado un extraño ruido en el jardín que me

ha llevado a levantarme y echar un vistazo por la ventana.

Ray Donald no ha dejado de hablar a pesar de haber escuchado con total claridad el estruendo de la silla al arrastrarla. Algo me dice que el anciano conoce y tolera mi presencia. O quizás la desea o la necesite para otros propósitos que no alcanzo a imaginar. Diría que incluso ha dejado de encriptar la historia. Pues me he sorprendido varias veces captando frases largas y completas que auguran que al final de la noche tendré muchísimo material. Parece como si algo le empujara a terminar cuanto antes con todo esto. Esta opción resulta aún más perturbadora.

Lo que he visto en el jardín me ha dejado ojiplático. Resulta que los malditos gatos han encontrado el vial vacío. Algunos de ellos solo eran visibles por el reluciente brillo de sus ojos en la oscuridad. Han estado un rato olisqueando el vial, hasta que uno de ellos, de pelaje muy oscuro y al que le faltan las dos orejas y un ojo por las peleas, ha jugueteado tanto con él que lo ha hecho rodar hasta las aguas del estanque. Luego de perderlo se ha dado la vuelta y ha mirado en mi dirección. Estoy seguro de que su único y fulgurante ojo anaranjado ha reparado en los míos.

12:36 am.

No sé si el uso de esta expresión es correcto, pero puede que el sentido del humor sea lo último que me quede. Parece que la noche empieza a animarse. El tono de Ray Donald se ha agravado, y su gesto tiende a endurecerse. Por momentos lo veo como algo positivo. Cualquier cambio en un paciente de su condición ha de considerarse como tal, pero no dejo de pensar en lo que pueda venir a continuación.

01:36 am.

Todo apunta a que el episodio de hoy, dado lo avanzado del relato, va a ser difícil de sobrellevar. Por ello, previendo lo que pueda suceder, paso a detallar las medidas exactas del cuerpo de Ray Donald, dado que en el día anterior todo sucedió de forma súbita y errática y la experiencia científica se basa en la obtención de los mismos resultados. Si hoy vuelvo a percibir, en ausencia del vial vacío, cambios físicos en el paciente que se asemejen a la clase de criatura que aparece en su historia, tendré que dar los hechos como ciertos.

Altura: 173 cm.
Contorno torácico: 79,6 cm.
Contorno cintura: 65 cm.
Contorno bíceps: 20 cm.
Contorno muslos: 31 cm.
Longitud de las manos: 16 cm tras la amputación.
Longitud de los pies: No medible por amputación.

05:34 am.

Tras casi tres horas de transcripción ininterrumpida, he tenido que abandonar a toda prisa al paciente al temer por mi seguridad. He cerrado la puerta de la habitación con llave y a su vez la puerta del pasillo que da acceso a aquella sección vacía y maldita del ala oeste. Con suerte, las correas con las que inmovilicé al anciano serán suficientes para contenerlo, al menos hasta que se mitiguen los efectos de la droga, aunque no pondría la mano en el fuego, puesto que, si bien podría confirmar con exactitud la identidad del hombre que amarré al inicio de la noche, albergo serias dudas acerca de la identidad de la criatura que en estos momentos se halla en su

cama.

¿Ese ser es Ray Donald? ¿El hombre es un monstruo? ¿O el monstruoso ser de las montañas encontró el modo de convertirse en un hombre? ¿Acaso el suero tiene el poder de romper las cadenas mentales que detienen a la bestia en su interior?

Desconozco cual es el disparador de la situación, pero, pronto, en cuanto pruebe la eficacia del suero con mi madre, descubriré el verdadero trasfondo de esta historia. He llevado conmigo el informe y la máquina de escribir a un lugar seguro y muy poco frecuentado del hospital, a fin de relatar lo acontecido durante su narración.

Los sucesos de hoy, si bien siguen la línea de los de ayer, resultan aún más imposibles de concebir desde el punto de vista científico. Todo mi ser se niega a creer en las más que evidentes pruebas que se me presentan. Sin embargo, y hasta que encuentre otra explicación, me veo en la obligación de seguir detallando los hechos tal y como los he experimentado.

Entorno a las 5:07 am, cuando la historia de Ray Donald alcanzaba el clímax, la llama de la lámpara situada sobre el alfeizar interior de la ventana ha comenzado a chisporrotear. Al tiempo, la sombra de los muñones inferiores del anciano que se arroja sobre la pared ha aumentado considerablemente. Al girarme para contemplar la parte baja de la sábana, he descubierto que las extremidades inferiores estaban engrosando rápidamente y, en el lugar de los muñones, se elevaban un par de bultos parecidos a unos pies de gran tamaño. Con sumo cuidado, y nada de valor, he retirado la sábana a fin de contemplar la imposible situación. Esta vez, el cambio físico se ha cebado de la cintura para abajo. Si bien el tórax permanecía tan raquítico como siempre, las piernas se han transformado en las del ser monstruoso que describe su historia. El ser que camina por las indómitas cimas del Himalaya y cuya existencia resulta

un aterrador misterio para los pueblos tribales de este recóndito lugar. No he podido medir los pies con exactitud, puesto que los gritos del anciano resultaban tan aterradores que he puesto todo mi empeño en no ser descubierto por el resto de los trabajadores. Para ello, he tomado una almohada y se la he puesto sobre la cara, pero, cuando pensaba que empezaba a tranquilizarse, la parte inferior del ser ha empezado a llenarse de un denso pelaje blanco y, a pesar de estar fuertemente inmovilizado, se las ha arreglado para zafarse de la presión de la almohada. He caído al suelo y, al levantarme, y ver con mis propios ojos las facciones bestiales que adquiría, he abandonado la habitación a toda prisa. En mi huida he acertado a llevarme la máquina de escribir.

Los gritos dejaron de escucharse antes de que cerrara la puerta del pasillo, pero soy incapaz de sacármelos de la cabeza. Mañana es el gran día. Foster partirá a su viaje y yo me quedaré a solas con el anciano. Y fuere como fuere, pienso poner fin a todo cuanto acontece.

Transcripción ordenada de la narración de Ray Donald.

07 de abril de 1863.

Shambala es real. Aún no puedo corroborarlo, pero toda mi intuición me dice que no debo estar equivocado. Si lo estuviera, ¿cómo podría explicar la fiereza con la que la montaña se defiende de nosotros los invasores? Desde ayer no ha cesado la tormenta, y en estos últimos días apenas hemos podido ascender unos cien o ciento cincuenta metros. Seguimos un sendero que por momentos parece tallado en el hielo por una arcaica inteligencia. El tamaño resulta monstruoso comparándolo con cualquier otro de los que tomamos al inicio de la expedición. Que se sepa, nadie

habita en esta región cuyas condiciones hacen imposible el desarrollo normal de la vida. Entonces, ¿qué demoníaca entidad ha construido este camino?

05 de abril de 1863.

Seguiré escribiendo. Aunque ni yo mismo sea capaz de entender mi propia letra. Tengo las manos entumecidas por el frío, el pulso tiembla al sujetar la pluma y la tinta se congela cada vez que la aparto de la llama del candil. No dispongo de mucho aceite, por lo que quizá aguarde unos días para continuar el diario, a fin de que las condiciones cambien, reanudemos la marcha y ocurra algo digno de mencionar.

06 de abril de 1863.

Nos falta el aire. Calculo que estamos a cinco mil quinientos metros de altitud. Deberíamos encontrar la entrada a la ciudad de forma inminente, pero aún no he podido explorar en las inmediaciones. La buena noticia es que al fin podemos salir de las tiendas. La tormenta parece haber amainado y el cuajarón de nubes oscuras se aleja por un continuo viento del este. Las cumbres han quedado a la vista. Hay tanta nieve que resulta imposible evitar el fuerte reflejo del sol. Pero la estampa es maravillosa. Hay cumbres y valles hasta donde alcanza la vista. La fuerza de este lugar no dista mucho de la floreciente selva, solo que en vez de copas de los árboles son las montañas las que inundan el horizonte. Esta mañana me ha visitado Michael, al que yo me he empeñado en identificar como el «Último hombre». Su actitud era muy diferente de la de los últimos días. Ahora se muestra amistoso y con ademán colaborador. Creo que al fin ha entendido que, ni aún aunando fuerzas, se multiplican nuestras opciones de supervivencia. Me ha pedido que me prepare con rapidez. Quiere enseñarme algo. ¿Habrá encontrado la ciudad?

* * *

Buenas y malas noticias. Michael ha encontrado unos extraños grabados. Un hallazgo fortuito que debemos agradecer a la misma fuerza de la naturaleza que los ha mantenido ocultos durante siglos. Los fuertes vientos han desprendido la nieve que cubría una colosal pared, dejando a la vista un muro tallado en la propia montaña cuya altura se pierde en la infinitud de la cima. Puede que seamos los primeros extranjeros en miles de años que contemplan esta insólita estructura. Los grabados parecen representar un libro redactado en una forma desconocida de escritura cuneiforme. La totalidad del texto alcanza los diez metros de altura; hecho que de por sí ya resulta sumamente singular. No creo que exista nadie vivo en occidente capaz de traducir esta lengua, aunque sospecho que en lo referente a la última frase existe una rara coincidencia que ya he observado en otras partes del mundo. Creo que Michael, aunque ha guardado silencio al respecto, ha experimentado la misma inquietud que yo al contemplarla.

Los símbolos que la componen están tallados con mayor profundidad y envergadura, por lo que la vista queda fácilmente atrapada en un intento inútil de descifrar su lectura. Insisto en que no somos capaces de entenderla, pero no me cabe duda de que la frase contiene una advertencia. Tanto en el Amazonas, como más recientemente en la indómita selva del Congo, observé patrones parecidos en las cercanías de los templos. Tales textos suelen hacer referencia a los enormes poderes de los dioses que habitan en su interior. Todo parece apuntar a que Shambala debe de estar muy cerca. Quién sabe si detrás de la gigantesca estructura.

La mala noticia es que ya solo quedamos tres personas para contemplarla. Michael, el último sherpa *y yo. En cuanto a este último, no le quito ojo de encima. Algo me dice que estas montañas, a pesar de haber nacido en un entorno similar, le están*

enloqueciendo. El hombre suda de forma copiosa y su mirada siempre se vuelve hacia atrás al menor ruido. Hasta en tres ocasiones le he tenido que llamar la atención porque no deja de murmurar extrañas letanías. En lo que concierne al resto de la expedición, solo puedo decir que las tiendas en las que pernoctaban han amanecido vacías. Con los sacos de dormir y los enseres personales dentro, como si sus ocupantes hubieran abandonado el lugar con prisas. Una decisión que, sin duda, se me antoja muy difícil de entender. Una de las tiendas, que estaba ocupada por un inglés de gran valor, sencillamente ha desaparecido. Los restos de tela y las cuerdas rotas parecen indicar que ha sido arrancada de cuajo. Quiero creer que por la misma fuerza del viento que ha dejado a la vista los grabados.

07 de abril de 1863.

Estamos vivos de milagro. Un tremendo alud ha sepultado el sendero. Solo podemos avanzar hacia la cima, aunque todos nuestros pensamientos estén fijos en el camino de vuelta. Obviamente, no podemos volver por el mismo sitio, luego, nuestra única oportunidad reside en que, cuando encontremos Shambala, esta nos ofrezca un lugar por el que descender la montaña.

* * *

¡Dios mío! No voy a poder dormir. Hemos contemplado la puerta. Estaba ahí, a solo unos metros. Pero la repentina noche y la bajada de las nubes la han ocultado de nuestra vista. Parecía gloriosa y gigantesca, por lo que hemos decidido acampar hasta que la luz de un nuevo día nos guíe en el descubrimiento. Michael y yo compartiremos tienda, pues apenas nos queda combustible en las lámparas y ambos necesitamos del calor que generan nuestros

cuerpos. Le hemos ofrecido un espacio al sherpa, *pero se ha negado rotundamente.*

08 de abril de 1863.

Todo ha cambiado en el transcurso de una sola noche, y no precisamente a mejor. Estábamos sumidos en una buena conversación acerca de ese misterioso libro sagrado que debemos hallar en la ciudad. Después de lo que Michael me ha contado sobre la logia, y la misión que se le ha encargado, he de decir que, en parte, creo en los poderes que se le otorgan. El archimaestre se muere en extrañas circunstancias. Digo extrañas porque el hombre lleva más de dos décadas pereciendo. Al parecer, ha conseguido frenar la fatal enfermedad gracias a los múltiples objetos que Michael ha encontrado para él a lo largo de estos años. Pero todo esto, incluso la sangre del vampiro, ya no le dan resultado. Su última oportunidad reside en ese misterioso libro cuyo poder reside en que fue escrito con la sangre de un auténtico Buda. El archimaestre debe leerlo en alto, y el don de la vida le será otorgado.

Michael no ha podido desgranarme más detalles, pues cuando estábamos en el momento cumbre de la conversación, un tremendo grito ha desgarrado el silencio. Al salir de la tienda hemos observado que el sherpa *ha desaparecido. En su lugar, he visto un cuchillo y un rastro de abundante sangre que nacía de su tienda y se extendía hasta la puerta de Shambala. Creo que el desdichado ha intentado suicidarse. A pesar de ser de noche, la niebla se ha disipado y el fuerte brillo de las estrellas y la luz de la luna me han ayudado a contemplarla en profundidad.*

No puedo creer que haya existido una civilización capaz de construir semejante maravilla. La puerta parece tan antigua como la propia humanidad. Tiene al menos ocho metros de altura por cinco de ancho, y toda ella está tallada con exquisitas runas y grabados cuneiformes. Dicha estructura debería pesar varias

toneladas, pero el mecanismo que la maneja hace que sea ligera como una pluma. Al abrirla en todo su esplendor, he comprobado que del otro lado no hay suelo, sino que el espacio cae en un oscuro y profundo pozo. Al asomarme he contemplado el vacío más absoluto que haya experimentado y, en mitad de este, he vislumbrado unas diminutas luces al fondo. Algo se arrastra allá abajo.

* * *

Han pasado tres horas desde el amanecer. En los últimos días he percibido a Michael distinto. Ahora me explico por qué. Al intentar planificar el descenso con las cuerdas y el material que nos queda, ha sido realmente tajante en su respuesta. «La última parte del viaje deberás hacerla solo». Al preguntarle el motivo me ha llevado al interior de la tienda y se ha descalzado. ¡Dios mío…! Es un milagro que haya logrado llegar hasta aquí. Tiene los dedos de los pies totalmente negros y congelados. La mano derecha también, como así me ha mostrado al quitarse el guante. Dice que no sobrevivirá más de dos días si no encuentro el manuscrito allá abajo. Me ha dado su mejor arma y mucha munición para enfrentarme a los Hijos del Buda. No puedo creer en esta parte de la historia y, sin embargo, ¿qué otras criaturas tendrían la fuerza suficiente como para construir la puerta? Antes he creído ver luces al fondo, como antorchas moviéndose de dos en dos. Pero lo cierto es que era un brillo azulado, tal y como los indígenas de estas tierras describen la mirada del abominable jigou. La tinta se congela. También mis manos. Haré el descenso antes de que sea demasiado tarde para mí también…

28

La mente tiene sus trucos. A la mente se le puede convencer de que terminará por acostumbrarse a cualquier hecho, por muy increíble que parezca. Solo que los límites son difusos y, cuando uno se sumerge demasiado en su propia estrategia, puede resultar difícil volver a la superficie.

Algo parecido me sucedió aquel día, porque, cuando llegué a casa, a pesar de todo lo que acababa de vivir, tuve el aplomo de acostarme en la cama como si nada hubiera sucedido. Como si el sol saliese cada día ajeno a lo que sucedía en el mundo. No pude dormir, aunque tampoco pasé las horas en vela, analizando mis ideas.

Al poco de acostarme y cerrar los ojos, me vi sorprendido por un extraño ataque. Primero tosí. Después rompí a reír. Reí durante horas. Sin poder parar. Tocaron el timbre de la puerta. Se trataba de un vecino alertado por el escándalo. La voz sonó dura tras la hoja. Dijo que no tenía derecho. Iba a avisar a la policía. Pero debió ser un farol, porque nadie acudió durante el resto del día. O quizá en comisaría no lo tomaron en serio. «Un vecino reía a plena luz del día». «¿Acaso no es la mejor forma de encarar la vida?», habría contestado el agente.

Me levanté bastante antes de lo habitual. Tomé una ducha y me obligué a ingerir alimento. Me dolía todo el cuerpo. No tenía hambre, pero aun así comí cuanto preparé en la cocina. Debía mantener la mente ocupada, porque si no, inmediatamente, pensaba en Ray Donald y en el hombre llamado Michael, en aquella

habitación de hospital y lo que sucedía al resguardo de sus muros cuando las palabras del anciano transformaban la realidad en base a su historia.

Alimenté a mi madre, la aseé y vestí con su prenda favorita. Una pieza sin mangas con estampado floral sobre fondo azul marino. Guardaba aquel vestido desde que tenía uso de memoria. Con el paso de los años, las numerosas mudanzas y la cantidad de veces que habíamos tenido que salir de una casa con prisas y en mitad de la noche, había ido perdiendo la mayoría de sus objetos personales. Pero todavía conservaba aquel vestido porque, inconscientemente, me había ocupado de conservarlo.

La pieza había salido en contadas ocasiones de la maleta, y siempre la devolvía a ella después de probárselo. La prenda era el último vestigio de un tiempo perdido, una época en la que la felicidad aún no se había visto truncada. La vestí con todo el cuidado del que fui capaz dada su fragilidad, y cepillé sus cabellos durante largo tiempo. Debía estar preparada para volver. Después tomé asiento frente al escritorio del salón. Coloqué una hoja en el rodillo y comencé a teclear en la máquina de escribir. Mis dedos se animaron enseguida. Conocían el tacto de aquellas teclas, la distancia entre ellas, el sonido del carro al accionar la palanca de retorno. Parámetros similares a los de la máquina gemela de Aston Hall. Las páginas cayeron con fluidez. Como lágrimas pesadas que surgen de un dolor que fragmenta el alma.

Me llevó horas concluir mi propia historia, la de Ray Donald y el diario basándome en mis apuntes y recuerdos. Entre medias tomé café. Hice té. Fumé en la pipa y volví a tomar café. Si hoy han podido leer determinados fragmentos de esta historia, se debe a aquella máquina de escribir que el director compró para que su mujer pusiera letra a sus canciones. No sé qué me empujó a hacerlo. Puede que la poca cordura que me quedaba clamara por dejar constancia de lo vivido en un momento en el que todo era calmo y la experiencia no estaba contaminada por las emociones. Cuando concluí, aún me restaban algo más de dos horas para ir a trabajar. No tenía nada más que hacer. Todo estaba dispuesto para el

momento en el que, tiempo después, volviera a casa con el suero.

Empecé a darle vueltas a los distintos escenarios que podían surgir a raíz de mi ausencia en el hospital. Me puse nervioso. Y ello me empujó de nuevo a la calle. Quería retomar las avenidas. Escuchar los sonidos de la ciudad y olvidarme de todos los posibles que alimentaba en mi cabeza.

No era la mejor tarde para pasear. Un viento del oeste agitaba las ramas de los árboles y las avenidas lucían frías y solitarias. Aun así, me abrigué y decidí echarle valor. Antes de que se cerrara la puerta del portal, reconocí la figura del director Foster doblando la esquina. Se dirigía con enérgica decisión hacia mí, solo que todavía no me había visto, puesto que era incapaz de levantar la vista del suelo. Algo le sucedía. No cabía duda. ¿Y qué hacía allí cuando debía estar a decenas de kilómetros de distancia? Pensé en las opciones para evitar aquel encuentro, que no eran muchas. Foster fue más rápido que mi toma de decisión, y pronunció mi nombre a voz en grito cuando eché a andar en dirección contraria.

—¡*Mr*. Brown! ¡Magnífico! Qué suerte encontrarle.

Me fijé en su vestimenta; Bajo la elegante gabardina abierta lucía uno de sus mejores trajes. Si bien el color, gris peltre, resultaba idóneo para conservar la imagen de orden y confianza que debía dar dentro de los muros de Aston Hall, no lo vi conveniente para su viaje. Sin entrar en los entresijos de la pareja, suponía que Foster debía mostrar siempre un aire demasiado formal; diría que incluso aburrido. Y su mujer, deseando dar rienda suelta y explorar sus actitudes artísticas, estaría cansada de tanta formalidad. Me fijé también en sus zapatos, unos mocasines que brillaban tanto como un capó de coche recién encerado. El único detalle que había cambiado en aquel hombre, y que llamó mi atención para bien, fue descubrir que estaba utilizando una nueva marca de perfume, de la que, como no podía ser de otro modo, venía totalmente embadurnado.

—Pues me encuentra de casualidad, director Foster —contesté, manteniendo la calma—. Voy a caminar un rato antes de ir a trabajar para desentumecer las rodillas —le informé con gesto

apresurado.

—¿A caminar? ¿Con este tiempo? —Levantó la cabeza hacia el cielo.

Los nubarrones lucían oscuros, en densos cúmulos que amenazaban tormenta. Como un mal presagio, una bandada de grandes cuervos sobrevoló nuestras cabezas en forma de punta de flecha. Al paso del último y rezagado ejemplar, el cielo se iluminó de forma abrupta y un poderoso trueno quebrantó el silencio en el que estaba sumido tras su pregunta. La primera gota la sentí en la mano. Una gota fría como el sudor que comenzaba a bajar por mis axilas ante la perspectiva de tener que refugiarme con Foster en el salón de mi casa.

—Muchacho, pasemos dentro —se apresuró él, sacando su propia llave del portal. Las bisagras de la puerta esgrimieron la queja para la que yo no encontraba valor—. ¡Vaya! ¿Esta puerta siempre ha estado tan oxidada? ¿Y qué le ocurre a este sitio? —comentó mirando en derredor—. Huele extraño. Mezcla de formol y ranciedad —sentenció olisqueando el aire.

Solo dejó de hacer aquel ruido con la nariz cuando se dirigió a la escalera y asomó la cabeza, quitándose el sombrero, bajo el hueco. Seguí sus pasos, contemplando la imponente altura sumida en tinieblas de los diferentes pisos. Foster se volvió hacia mí sin previo aviso. Sus ojos clamaban por cualquier clase de respuesta, aunque la razón me decía que debía darle una, al menos, medianamente lógica. Yo me encogí de hombros, intentando controlar los latidos de un corazón tan desbocado que amenazaba con abrirme el esternón.

—*Mr*. Brown —continuó Foster—. ¿Se encuentra bien? ¿No habrá cogido frío? Está usted pálido como…

—No —me apresuré a contestar—. Tengo… Algunos asuntos que requieren mi atención —dije lo primero que se me ocurrió.

—Entiendo —aseguró Foster—. No le robaré mucho tiempo.

Se escuchó el sonido de una puerta. Después el tintineo de unas llaves. La puerta al cerrarse y la llave haciendo girar el bombín tras unos intentos de más por entrar en el agujero de la cerradura. Luego, quien quiera que fuera, arrastró sus pies sobre las

desvencijadas maderas hacia los escalones. No conocía a ninguno de los vecinos. No tenía tiempo ni me había preocupado en buscarlo. Supe que mi natural tendencia al aislamiento no me ayudaría ante el inminente encuentro.

La situación era incómoda. Entendí que Foster no deseaba hablar hasta que la persona que bajaba por las escaleras abandonara el edificio. Carraspeé a fin de que esa persona no se llevara un susto de muerte cuando se encontrara en el portal a dos hombres en silencio. Todavía tardó medio minuto en colar el pie en el último tramo. Era una mujer mayor, ataviada con un abrigo de pieles y una florida pamela ligeramente ladeada. Llevaba un paraguas en la mano que apoyaba como un bastón. Tenía la tez cubierta de maquillaje blanco. Los agrietados labios, rodeados de una piel que se difuminaba en miles de minúsculas arrugas, lucían el trazo rojo y errático de una mano a la que le temblaba el pulso. El resultado era tosco; contrario a lo pretendido.

—¡*Mrs*. Whippet! —exclamó Foster, subiendo con rapidez los peldaños que le restaban de la escalera.

—¿Quién es? —preguntó la mujer con expresión desconfiada cuando la agarraba del brazo para ayudarla a bajar.

—Su vecino de abajo —contestó Foster.

La anciana se quedó plantada, mirando al director como si fuera una aparición del pasado. El frágil brazo temblaba bajo el de él con los espasmos propios de la parálisis agitante. La lengua se salía hacia la mejilla cada vez que intentaba articular palabra.

—¿De abajo? —consiguió repetir.

—Claro, ¿no se acuerda de mí? El dueño de la casa. —Foster esgrimió una sonrisa, pero la anciana contrajo todavía más los labios.

—Usted es al que le abandonó su mujer.

El director aguantó el golpe, pero su cara no pudo contener el desconcierto.

La anciana no se había percatado de mi presencia y siguió hablándole como si estuvieran solos en el portal.

—¿Quién es esa mujer?

—¿Quién? —Se extrañó el director.

—La que viene cada noche a mi cuarto. Una mujer algo menor que usted, bien vestida y con modales de gente adinerada.

Foster la soltó del brazo y yo me retiré un paso hacia atrás por puro instinto.

—No sé de qué me está hablando. *Mrs*. Whippet, ¿se encuentra bien? —preguntó, claramente preocupado.

—Siempre viene a las once. Y sé que sale de su casa porque escucho el ruido de la puerta. Se sienta en mi cama cuando estoy acostada y se echa a llorar. Si no fuera porque siento el peso en el colchón, diría que es un fantasma.

—Los fantasmas no existen, *Mrs*. Whippet —rebatió Foster, a fin de tranquilizarla.

—Claro que existen —espetó con contundencia.

El hombre clavó los ojos en mí y la mujer se percató en ese momento de mi presencia.

—¿Lo ve? —dijo ella al señalarme—. Ahí tiene uno.

Foster me miró con la expresión más confundida que he visto en mi vida.

—No es un fantasma. Es mi inquilino. El hombre que vive debajo suyo.

—Pobre iluso —articuló después de sacar numerosas veces la lengua—. ¿Y le extraña que su mujer se haya marchado?

Mrs. Whippet abrió la puerta del portal. La lluvia ligera empapaba los adoquines de la calle. Salió sin despedirse, abriendo el paraguas que llevaba en la mano mucho después de que empezara a mojarse. Se perdió entre las gotas y la incipiente niebla antes de que Foster fuera capaz de articular palabra.

—Esa mujer desvaría —aseguró.

—Por supuesto —coincidí.

Foster levantó la mirada en lo que supuse una creciente duda.

—Y además, creo que es ella la causante de este olor tan desagradable.

—Yo también lo creo. La vejez es un pozo de malos perfumes.

—Porque usted no vive con nadie… —volvió sobre su reflexión.

—¿Con esa mujer que la visita cada noche? No, la verdad es que

no —comenté con ironía.

—Discúlpeme, *Mr*. Brown. No he querido decir…

El hombre se derrumbó de repente. Las palabras de la anciana sobre su mujer le habían apuñalado. Se llevó el dorso de la mano a las mejillas, secándose las lágrimas.

—Oh, vaya. Siento la escena. He recibido un telegrama —dijo para explicarse—. No hace ni una hora. Mi mujer ha anulado el encuentro. Confiesa estar enamorada de un hombre joven, músico y además pobre. Solicita una pensión y la recogida de todos sus bienes.

—Vaya, director Foster. No sé qué decir.

Realmente no sabía qué palabras podían consolarlo. Todo lo concerniente a las relaciones personales quedaba tan alejado de mí como los confines del Sistema Solar. Lo único en lo que podía pensar era en que, si Foster no se quitaba del medio en el transcurso de esa noche, de nuevo frustraría mis planes.

—Váyase a casa —sugerí—. Prepárese una taza de té caliente, siéntese en su sofá bajo una manta, encienda su pipa y lea un libro. A veces no hay mejor compañía. Yo me encargaré, como teníamos hablado, de entregar el suero a los trabajadores. Necesita llorar, amigo mío. Y que las lágrimas se lleven cualquier pesar.

Foster levantó la vista. Sus ojos eran los de un zorrillo acorralado por los perros del cazador. El recuerdo, todavía cercano, de los días en los que se vio obligado a vivir retirado en una cabaña, debió dolerle tanto como ese telegrama.

—¿Podrá hacerlo? —preguntó con la cara crispada por la duda.

—Por supuesto que sí. Tan solo tómese un descanso. Un día para contrarrestar los efectos de la noticia. Usted y yo conocemos la putrefacción que puede surgir de una herida mal curada.

—Tiene razón, amigo mío. Sus palabras son siempre tan certeras… Es una suerte tenerle a mi lado. Tomaré ese descanso y dejaré el hospital en sus manos. Pero solo por hoy, *Mr*. Brown. No está en el destino de hombres como nosotros dejarnos arrastrar por la pereza.

Foster se enjugó las lágrimas una vez más y sonrió de forma

exagerada. Era la expresión de un hombre que sabe que está a punto de recibir el tiro de gracia.

—He dejado un sobre con instrucciones para el reparto de los viales. Luego recibí el telegrama de mi mujer y a partir de ahí fui incapaz de seguir sentado en aquel despacho. He venido por inercia, como el que recorre por primera vez los recovecos de un laberinto. No le robaré más tiempo, puesto que, si su pretensión sigue siendo salir a caminar con esta lluvia, sin duda debe haber un poderoso motivo para hacerlo. Está todo allí, *Mr*. Brown. Mañana, a más tardar, volveremos a vernos.

Foster me ofreció la mano. Reparé entonces en que las llevaba enfundadas en guantes de piel. El apretón fue considerable, como si quisiera inmortalizar el momento. Al retirar la suya me di cuenta de que había dejado un objeto en la mía; la llave de su despacho, metálica y brillante. No hizo mención de ello, como si al pasarlo por alto fuera menos real de lo que había sido o el conocimiento mutuo no hicieran necesarias las palabras. Después se sujetó el sombrero y salió a la calle, bajo la lluvia. Los hombros cargados caían a tierra, la gabardina casi rozaba el pavimento mojado. Pesados truenos acompañaron su paso.

La lluvia amainó unos minutos después, pero de las cornisas de los edificios siguió manando agua en chorros tan contundentes que salpicaban a más de un metro. Me vi obligado a caminar alejado de las aceras, por el centro de las solitarias calles. De camino a Aston Hall creí ver a Foster alejándose de los muros. Una figura en la niebla que se desvaneció cuando los focos de un coche alumbraron el lugar en sombras. La voz de la anciana resonó clara en mi cabeza.

«Claro que existen».

29

No creí que fuera a conseguirlo. Foster acababa de desvanecerse como un fantasma y en su lugar un coche de policía avanzaba en mi dirección. Algo sucedía en aquellas calles. Algo silencioso y maligno que emanaba desde el mismísimo corazón de Aston Hall. La policía debía sospecharlo y por ello aumentaban las rondas por los alrededores del edificio. El coche pasó por mi lado. Lo hizo muy despacio, como si los ocupantes quisieran que pudiera ver el interior.

Los agentes miraban al frente. Figuras de cera hipnotizadas que no se percataban de mi existencia o que permanecían atentos por si algo inesperado surgía de la niebla. El copiloto sujetaba la pistola con ambas manos sobre el regazo. El ocupante de la parte trasera era una figura más pequeña. No podía considerarse un niño, aunque tampoco un adulto. La gorra de repartidor de periódicos, calada hasta más abajo de las orejas, ocultaba parcialmente sus rasgos. Sin duda se trataba de uno de los jóvenes que participó en la mudanza. Estaba esposado y también miraba al frente, aunque antes de que el coche fuera devorado por el cortinaje blanco, giró la cabeza y me observó desde el cristal trasero. ¿Me había reconocido? No lo sé, pero la certeza de hasta qué punto me había equivocado cayó sobre mis hombros con un peso insoportable. Llegué al hospital con el corazón desbocado. El camino entre los jardines también se perdía en la niebla. Gotas de lluvia comenzaron a caer sobre mi cabeza, por lo que aceleré el paso hasta que la fachada principal de Aston Hall surgió ante mis ojos. Los gatos maullaban desde todas partes, disconformes con la lluvia.

Al abrir la puerta un ejemplar ágil y menudo se coló entre mis piernas, accediendo al interior. Era aquel engendro lleno de cicatrices y salvajes amputaciones por las peleas. El mismo que había jugueteado con el vial vacío antes de caer al estanque. Me pregunté si habría experimentado algún efecto y, si un cuerpo tan pequeño como el suyo, aún estaría bajo los mismos. El animal corrió a través de un pasillo, sembrando el pánico. Un paciente juró que era una aparición demoníaca y cayó al suelo fulminado por el *shock*. Dos celadores intentaron atraparlo, pero el felino fue más astuto. O simplemente más rápido. Yo tomé la otra dirección, intentando mantenerme al margen de la escena.

La ansiedad me embargaba.

Las paredes del pasillo parecían estrecharse a mi alrededor.

Llevaba una mano metida en el bolsillo, aferrada a la llave del despacho que Foster me había entregado minutos antes. La mano sudaba, y la llave se escurría como si quisiera salir de su prisión.

Sabía lo que tenía que hacer. Las circunstancias me empujaban a lo inevitable con una violencia que no podía resistir. No había tiempo para inocular una inyección cada día. Foster dijo que vendría al día siguiente para recuperar las pertenencias de su mujer, y si accedía a la casa, yo sería el siguiente en ocupar la parte trasera del coche de policía. Debía romper la parálisis inyectando una dosis suficiente. El suero tenía el poder. Pero, ¿con tres dosis como había pensado bastaría? ¿Cuándo el suero podría resultar peligroso?

A aquellas alturas mis dudas sobre el ser que habitaba en Ray Donald se habían disipado. La bestia estaba más relacionada con el poder del libro tibetano que con el suero en sí. El medicamento solo era un conducto; un catalizador que dejaba salir lo que quiera que habitaba en su interior. En la mayoría de los casos afloraba la razón a los pocos días de tratamiento, pero en el caso del anciano había algo más, algo que no era de este mundo y que no estaba en ningún lugar cercano a la razón.

La pregunta rondaba en mi cabeza una y otra vez mientras avanzaba por el pasillo. ¿Cuál sería la dosis? ¿Cómo podía averiguarlo?

Entonces caí en la cuenta. Las piezas del puzle encajaron. El sufrimiento se convirtió en gloria. Ray Donald era la respuesta. Siempre había sido la respuesta.

El gentío llegaba desde mucho antes de alcanzar su despacho. Todos los médicos del hospital estaban allí reunidos, aguardando a recibir los viales con los que dar comienzo a la jornada de trabajo. Entre la maraña de voces distinguí algunas conversaciones. «¿Dónde está el director?». «Otra vez ausente». «Dios mío… Los militares de nuevo no». La cola desbordaba el pasillo. Nadie se explicaba su ausencia, y yo no tenía tiempo para ofrecerles respuestas. Se hizo el silencio cuando saqué la llave de mi bolsillo y la esgrimí en la mano para que pudieran verla. Las miradas se concentraron en mí a la par que la cola se abría en dos como cortada por una espada. Mis compañeros me daban paso y, al tiempo que la cola se cerraba a mi espalda, volvieron los comentarios. «¿Qué está haciendo?». «¿Qué sucede?». «¿De verdad él va a…?».

El murmullo se extinguió cuando cerré tras de mí la puerta del despacho. Me quedé un rato en silencio, apoyado en ella, contemplando la oscuridad. El ambiente rezumaba un fuerte olor a tabaco y a alcohol, como si el cenicero estuviera desbordado de colillas y un vaso hubiera acabado en el suelo.

Vi una línea de luz al fondo. Un destello fugaz que se desvaneció tan pronto como apareció. Creí distinguir la luminiscencia verde del suero en aquel destello, y que esta provenía de una fisura en el mueble biblioteca. Pero el destello se repitió numerosas veces, negando mi intuición. Entonces entendí lo que estaba viendo. En el exterior se formaba una tormenta y los lejanos rayos eyectaban su luz a través de un resquicio de la cortina.

Encendí una lámpara y miré en derredor. Las señales de que el despacho había sido abandonado con prisas destacaban como sangre derramada sobre la nieve recién caída. La silla estaba girada con respecto a la mesa. El vaso que había imaginado roto en decenas de fragmentos en realidad yacía en el suelo; roto en decenas de fragmentos. El charco de alcohol se intuía en la débil luz, a punto de desaparecer. Sin embargo, el cenicero estaba limpio. El olor a tabaco

era el mismo de siempre, solo que llevaba horas sin fumar y mi olfato estaba menos viciado.

El sobre que Foster mencionó estaba en la mesa. El simple hecho de contemplarlo me atemorizó. Despertó en mí las sensaciones del niño que penetra en el cobertizo del padre sin permiso. Lo tomé con manos temblorosas. Era sencillo. También liviano. La clase de sobre en el que la gente corriente lleva el jornal a casa. Sentí cierta decepción. En mi fuero interno, deseaba que aquellas llaves que Foster me entregó con disimulo, y aquel sobre del que habló con un extraño fulgor en la mirada, significaran algo. Que de algún modo dieran sentido a todo lo que había vivido en el hospital. Pero todo esto no fueron más que sensaciones internas. Trampas de la mente que me distraían de mi verdadero propósito.

Tomé el abrecartas del escritorio y deslicé la punta bajo un hueco. El papel rasgó con el característico sonido. La caligrafía de Foster se adivinó al levantar la solapa. La letra también mostraba indicios de prisas, borrones y manchas de tinta.

Saqué el papel y lo desdoblé. Leí con atención. Era un comunicado escueto en el que Foster hacía hincapié en ciertos pasos a la hora de repartir el suero. La mayor parte de instrucciones me eran conocidas. Las había contemplado cientos de veces mientras él las ejecutaba y yo le estudiaba con todo mi interés. Las otras eran innecesarias.

Lo que más me sorprendió fueron las palabras de antes de la firma. «Buena suerte, amigo». En aquel momento no las juzgué como lo que en realidad eran, sino que las confundí con la despedida de un suicida. Sí. Tras leer su carta concluí que Foster se suicidaría esa misma noche. Creí que el comunicado de su esposa había acabado con su cordura y que, como tantos otros hombres que no saben vivir en el fragor de la libertad, había decidido poner fin a su vida. Aquella posibilidad complicaba aún más las cosas. Encendí un fósforo y prendí la carta. El papel ardió con vigor y, cuando las llamas culminaron la escalada hasta mis dedos, la lancé al interior de la chimenea. Los rayos volvieron a iluminar el interior del despacho. Alguien llamó con urgencia a la puerta.

—*Mr*. Brown, ¿se encuentra bien? ¿Podemos ayudarle?

—Un momento —contesté—. Enseguida empezaremos con el reparto.

Los murmullos se aplacaron, pero me insté a no perder más tiempo. Foster controlaba a aquellas personas, no yo. Yo solo era un títere de las circunstancias y, cuanto más tiempo postergara la situación, más daría que hablar. Encaré el mueble biblioteca decidido a cumplir cuanto antes con mi cometido. Un potente trueno retumbó en los cristales. La tormenta se acercaba, y, si los pacientes no recibían con prontitud el suero, la noche se complicaría.

Y se complicó.

Siempre recordaré la potencia de aquel rayo. Produjo un fogonazo tan sobrenatural que me dejó confundido en el sitio. El trueno estalló con violencia instantes después de que la noche volviera al firmamento. La luz de la lámpara tembló levemente antes de apagarse. Nunca había hecho nada parecido, pero allí, rodeado de tinieblas, me santigüé.

Gritos desgarradores se alzaron desde el otro lado de la puerta.

30

El edificio se recuperaba, aunque yo sabía que solo en apariencia. La normalidad aún tardaría en llegar. Puede que en unas tres o cuatro horas cuando las enfermeras hubieran administrado las necesarias dosis de calmantes, o puede que ya solo la fuerza del sol, para el que todavía faltaban seis horas, tuviera el poder de devolver la cordura a los habitantes de Aston Hall.

Tras el apagón eléctrico y temblar los cristales como si acabáramos de ser bombardeados, estalló la histeria.

Muchos de los pacientes eran excombatientes. Y los que no, aún teníamos el recuerdo de la muerte y la devastación de la guerra demasiado presente. Comenzaron a deambular por los pasillos con expresión desolada y perdida. Algunos se reunían y preguntaban por el refugio anti bombarderos más cercano, empujados por un viejo instinto de supervivencia que conseguía imponerse, bajo circunstancias extremas, a la enfermedad mental. Otros simplemente se arrancaban el pelo y pedían clemencia a soldados inexistentes. Caían de rodillas y convulsionaban como si acabaran de ser tiroteados. Me consta que un hombre murió de pura sugestión. Los que estaban acostados se levantaron y, los que estaban inmovilizados con correas de pies y manos a sus camas, simplemente gritaron. Gritaron como si las puertas del infierno se hubieran abierto bajo sus pies.

La cola de trabajadores que aguardaba frente a la puerta del despacho se diluyó en el momento en el que comenzaron los disturbios. Mis compañeros intentaron recuperar el control, pero se

convirtieron en parte del problema cuando fueron atacados y no tuvieron más remedio que defenderse.

Cayeron cristales al suelo. Escuché el chascar de unos huesos. Muebles arrastrados hasta caer y formar barricadas improvisadas e, incluso, el ruido sordo de un cráneo tras recibir un golpe y abrirse como un melón. Alguien llamó a la puerta con premura, pidiendo auxilio. Pero yo no fui capaz de moverme en mucho tiempo. Estaba paralizado por el miedo. Aunque mi miedo no tenía que ver con ser atacado, sino con no poder cumplir con mi propósito. Numerosas personas pasaron corriendo por el otro lado. Gritaron el nombre de Foster, aunque también distinguí el mío entre los numerosos gritos. Solo cuando estuve seguro de que llevaba minutos sin escuchar un solo sonido me atreví a salir del despacho. Para entonces ya llevaba el suero en la mano. Dos maletines con las dosis de mi madre y de Ray Donald. Lo primero que vi fue la sangre. Estaba por todas partes. La penumbra imperaba en el pasillo, pero esta se distinguía por las paredes en largos regueros oscuros extendidos con los dedos de una mano. La virulencia de la tormenta aumentaba y los relámpagos alumbraron puntualmente el camino. Distinguí un bulto inmóvil en el suelo rodeado de una extraña masa en movimiento. Era difícil pensar que la postura en la que yacía podía ser compatible con la vida. Un pie miraba hacia arriba, y el otro literalmente hacia abajo. Ningún hueso parecía estar del todo en su sitio. La extraña masa brincaba a su alrededor; olfateando, lamiendo y peleándose por conservar el puesto desde el que seguir olfateando y lamiendo. Al pasar por su lado descubrí el horror que solo los relámpagos me habían dejado entrever.

Había escuchado las quejas de Foster docenas de veces, pero nunca llegó a ponerle en solución, y ahora el problema se le había metido, literalmente, en casa. Los gatos invadían Aston Hall, y además se quedaban a comer. El hombre en el suelo era el médico que de vez en cuando tonteaba con Linda. Un leve lamento llegó a mis oídos, pero no estoy seguro de que surgiera de él. Aquel hombre ya no volvería a ejercer la medicina. Ni a flirtear con Linda, ni a hacer sus necesidades sin ayuda si es que sobrevivía a sus heridas.

Aston Hall se revelaba contra sus creadores y, sin dosis del suero con las que medicar a los enfermos, el futuro inmediato se presentaba peligroso e incierto.

Me dirigí al ala oeste. Antes de doblar la esquina miré atrás. Los gatos se abalanzaron sobre la cabeza de aquel médico, propinándole zarpazos a la altura de las cuencas de los ojos. Yo cerré los míos en el momento en que su pierna buena comenzó a convulsionar.

31

Maté a una mujer por el camino. Una víctima más entre las muchas que cayeron durante los disturbios. No tenía nada de especial, pero su cara angulosa y desencajada perduró vívidamente en mi memoria durante décadas. De nuevo encontré las paredes e incluso el techo de aquella apartada zona del hospital salpicados de manchas oscuras que anunciaban hasta qué punto la institución estaba fuera de control. Debería haber huido de esas señales, pero las circunstancias me obligaban a seguir adelante como un sabueso empujado por el rastro.

Al doblar una esquina me topé con la mujer. Aún no sabía que sería mi víctima, pero de alguna forma lo intuí. Las prisas con las que avanzaba hicieron que estuviéramos a punto de chocar. Su visión me dejó paralizado. Estaba de pie en el epicentro de las salpicaduras sanguinolentas, sujetando un fragmento puntiagudo de cristal por el que la sangre resbalaba fresca y abundante. El camisón estaba hecho jirones y la piel, flácida y cetrina, asomaba a través del destrozo. Los antebrazos mostraban numerosos cortes paralelos. Era un milagro que aún no se hubiera desmayado. No daba muestras de dolor, sin embargo, su expresión ausente ponía los pelos de punta. Al contrario de lo que pensaba, volvió en sí durante una fracción de segundo. Tiempo suficiente para que nuestros ojos se cruzaran. Ella intentó levantar el cristal por encima de su cabeza, pero fue lenta y torpe. Seguramente porque los cortes habían sesgado sus tendones.

Sonó a hueco cuando el peso de mi maletín cayó encima de su cabeza.

Recuerdo que se le cerró un ojo. Muy despacio. Y luego surgió una lágrima de sangre que resbaló por la mejilla. Sus miembros quedaron laxos y cayó al suelo, haciendo retumbar el pasillo. El sonido llegó claro a pesar de los numerosos gritos. Me quedé paralizado observando su rostro. La conocía. Era Rita Davies; una de mis pacientes con síndrome de cautiverio. La mujer no había movido un solo músculo a voluntad en los meses que llevaba trabajando en Aston Hall. El único vestigio de vida que hasta el momento había hallado en aquel cuerpo era el pulso cardiaco y las enormes meadas de la cama en las que despertaba empapada cada mañana. No sentí remordimientos por lo que había hecho. Al contrario. Aquella era la primera vez que comprobaba que el suero funcionaba donde antes no lo hacía.

Miré en derredor. Los gritos eran lejanos, pero no disminuían en número. La reyerta no se disolvía, sino que se trasladaba de lugar. Aston Hall tenía una enfermedad, y esta arrasaba entre los distintos órganos. Debí unirme al grupo de sanitarios que intentaban recuperar el control, pero sentía, de una forma clara y atroz, que nada de lo que sucedía tenía que ver conmigo.

Avancé decidido hacia el ala oeste, como Ray Donald, décadas atrás, lo hizo hacia el corazón de Shambala. El maletín goteaba sangre por una esquina. Un mechón de cabellos claros colgaba del cierre metálico. Distinguí figuras cruzando por delante de mí en la oscuridad. Sombras sigilosas que se esfumaron con prisas. Creo que solo eran pacientes que intentaban escapar de aquel infierno. Aunque también vi otras cosas. Espigados humanoides de miembros alargados cuya presencia desaparecía cuando los relámpagos estallaban en las ventanas. Mi formación médica indicaba que empezaba a afectarme el estrés y que no sería capaz de aguantar mucho más.

Me acordé de Linda Wellington. El llanto me invadió al darme cuenta de cuánto la echaba de menos. ¿Dónde estaba? ¿Estaría a salvo? ¿Qué pensaría de mí si supiera lo que le había hecho a Rita Davies? ¿Qué pensaría si llegaba a saber lo que iba a hacerle al anciano Ray Donald?

Todas esas preguntas cruzaron por mi mente y, por un momento, estuve a punto de dar media vuelta y adentrarme en la oscuridad hasta encontrarla. Incluso me percaté de que mi mano aflojaba, con voluntad propia, la fuerza alrededor del asa del maletín. No llegué a hacerlo, porque lo que vi al llegar al pasillo que desembocaba en la habitación de Ray Donald me dejó paralizado.

Una luz, intensa y azulada, asomaba por la línea inferior de la puerta. Conocía su significado. Lo sabía porque había escuchado su historia en los relatos del anciano y porque la había visto en el fondo de sus ojos al inyectarle el suero y desatarse las monstruosas transformaciones. Mi mano dejó de temblar al tacto del picaporte. Mi aliento se hizo visible con la respiración. El objeto estaba frío como solo el metal puede transmitir esta sensación. El frío y el azul eran parte de la misma presencia incorpórea. Ambos desaparecieron en cuanto empujé la puerta como si nunca hubieran existido. El frío dio paso a una temperatura cálida, aunque especialmente húmeda, y la luz a una oscuridad cerrada y profunda. Caminé a ciegas hasta la ventana. Tanteé el marco, descorrí la cortina y levanté la persiana. El jardín estaba lleno de gente. Los pacientes eran perseguidos por grupos organizados de enfermeros y celadores, aunque también se daba la situación inversa. Y no sabría decir cuál de estos grupos mostraba mayor crueldad hacia el otro.

Llovía. Llovía como si jamás fuera a dejar de hacerlo. Caían rayos, y estallaban truenos. Y la sangre se diluía en los charcos. Vi ancianas desnudas bañándose en las oscuras y frías aguas del estanque. Sus camisones flotaban a la deriva como restos de un naufragio. Hombres adultos se masturbaban en el barro y varias figuras intentaban trepar a las ramas de los árboles que ya no ocupaban los gatos. Era el caos. La escenificación perfecta de la ausencia total de cordura.

Pensé en Levenov, el viejo borracho artista de mi infancia. Creo que habría disfrutado pintando la escena, sacándole color a lo que la noche mostraba como cautelosos grises.

Apoyé el maletín en el escritorio y encendí la lámpara de queroseno. La llama chisporroteó hasta quedar fija, arrojando su luz

sobre la mesa y las paredes y revelando una película de polvo flotando en el tranquilo ambiente. La máquina de escribir permanecía impávida, ajena a la situación que en parte había desencadenado. Mis dedos jamás volverían a hacer uso de ella. De repente todo adquirió sentido. La lámpara de queroseno, la máquina, la ausencia de Foster y la tormenta que no cesaba en su empeño de mantener el caos en un lugar que pocos minutos antes había sido la máxima expresión del orden. Desbloqueé los cierres del maletín, seguro de lo que iba a hacer. La tapa se elevó como por arte de magia y el color del suero eclipsó por completo a la llama. Jamás había contemplado tantos viales reunidos en un espacio tan pequeño. Pensé que así debió sentirse Carter al entrar por primera vez en la cámara de Tutankamón y verse rodeado de maravillas que se apropiaban del fulgor de su antorcha.

Tomé las dosis correspondientes a Ray Donald y cerré rápidamente la tapa para mantener la temperatura en las restantes. Puse mi reloj de bolsillo sobre la mesa y anoté la hora. Recuerdo el minuto exacto. 1:53 horas de la madrugada. Jamás olvidaré aquella cifra porque todo lo que sucedió después de las 1:53 de la madrugada cambió mi percepción del mundo para siempre. Tenía quince minutos exactos en lo que el suero alcanzaba la temperatura idónea. El estado de Ray Donald difería del de las noches anteriores. Supongo que, aquella mente quebrada que parecía recomponerse parcialmente en el silencio, se diluía hasta el infinito en un universo profundo y oscuro a la sombra de los disturbios. Los ojos del anciano estaban cerrados, y por supuesto no flotaban en el aire sus habituales letanías. Estaba callado. Petrificado. Ausente. En el estado de un paciente de su clase. Los estruendos de los disturbios debieron llevar a su singular conciencia a replegarse en el rincón más alejado de su mente.

Pensé que la circunstancia representaría un problema. Su corazón podía estar latiendo débilmente. Y lo último que necesitaba eran dificultades para encontrarle el pulso. Estaba equivocado. El verdadero problema vino de un lugar totalmente ajeno al interior de su pecho.

—Doctor. —La voz sonó a mi espalda; cavernosa y masculina. Desde el mismo lugar por el que sentí un intenso escalofrío.

Me giré con rapidez. Fue un movimiento certero, dadas las circunstancias, que ejecuté en milésimas de segundo. La fantasmal luz de los viales iluminaba el rostro dibujando angulosos claroscuros. La cara parecía deformada. Daba más miedo que Rita Davies en mitad de su charco de sangre. Creo que no tenía nada en la vejiga, porque sin duda lo habría soltado en aquel momento.

Solo una persona en el hospital tenía semejante envergadura. Un hombre que llevaba encerrado desde aquel episodio en el que le partió el cuello a un celador y noqueó a un militar de un golpe formidable.

—Vuelva a su habitación —dije, controlando los nervios, sabiendo que con toda probabilidad no tenía habitación a la que volver. Alguien había abierto su celda, o quizá había derribado la puerta a golpes. Tenía fuerza suficiente.

Su boca estaba entreabierta. Un hilo de baba colgaba desde la comisura al pecho. Jadeaba de forma extraña, como si hubiera corrido durante horas. Tenía barro en las rodillas y manchas de hierba a lo largo del pantalón. Debía ser uno de los pacientes que había visto persiguiendo a los enfermeros. Persiguiendo y matándolos a golpes, me obligué a recordar. Avanzó un paso en mi dirección.

—No se acerque —grité, alzando la mano.

Se detuvo, sorprendido. Aunque sabía que eso no lo detendría por mucho tiempo.

—No puedo dormir —dijo, titubeante. Luego añadió algo. Y cuando lo hizo no percibí un solo matiz de duda en su voz—. Dígales que se callen.

Reflejaba dolor. Un sufrimiento constante que duraba ya demasiado tiempo. Como si un objeto invisible le atravesara la cabeza.

Miré al reloj de soslayo. La aguja avanzaba con ligereza, ajena a mis problemas. Restaban pocos minutos para que se cumpliera el plazo. Tenía que deshacerme de aquel gigante o la oportunidad de

mi vida se esfumaría ante mis ojos.

—¿A quiénes? —pregunté.

—Las voces —dijo, exasperado.

Luego se llevó ambas manos a las orejas, cubriendo sus oídos con fuerza. Podía estar refiriéndose a los numerosos gritos que se escuchaban en la lejanía, aunque también a las que daban lugar a las conversaciones que escuchaba en su interior. No tenía tiempo para discernir entre ambas circunstancias, por lo que mi única oportunidad residía en hacerle ver que estaba gravemente enfermo y que lo mejor sería que se retirara a su celda; donde en cualquier otro día le habrían administrado el suero.

—No hay ninguna voz, *Mr*. Watson.

Di gracias a Dios por recordar su apellido. Llamar a las personas por su nombre solía mejorar las cosas.

—Hay muchas voces. Todos hablan. ¡Usted! —levantó un dedo acusador. El dedo era tan tosco que apenas se distinguían las falanges—. Usted también tiene voces. Y también el viejo —dijo, señalando a Ray Donald—. El viejo habla más alto que nadie. Llevo semanas escuchándole desde la celda.

Aquella última frase confirmaba mis sospechas. Watson llevaba en aislamiento desde el incidente con los militares. Desde entonces habían transcurrido meses. Las celdas eran espacios pequeños; oscuros y húmedos. El protocolo resultaba efectivo. Los pacientes, tarde o temprano, terminaban calmándose. Aunque solo en apariencia. A mi juicio entraban en alguna clase de estado de letargo que conformaba un caldo de cultivo ideal para las paranoias. Y todo parecía indicar que la mente de Watson estaba sumergida en una muy profunda y enrevesada que había brotado tras verse liberado.

—No hay ninguna voz —dije, intentando mantener la calma.

Watson dio un puñetazo a la puerta. El puño penetró en la madera como el cuchillo en la mantequilla.

—¡Cállese! ¡Usted! ¡Y todas! ¡Cállense! —dijo, avanzando en mi dirección. Pero debió pensarlo mejor y se detuvo. Cogió carrerilla y estrelló la cabeza contra la pared. Se tambaleó, aunque aguantó el golpe. Aquel toro tenía cuello para otra tanda de encajes. Un hilillo

oscuro bajó por su frente. Se giró hacia mí y avanzó de nuevo. Retrocedí de un sobresalto. Por increíble que pueda parecer, Watson no había reparado todavía en la existencia de los viales a pesar de que ambos estábamos diluidos en la intensa luminiscencia del suero. Pero en aquel momento, las miles de pequeñas burbujas que bailaban en el interior de los pequeños frascos actuaron con su atención como un potente imán. Me echó a un lado de un manotazo y se quedó mirando los viales que reposaban junto al maletín.

—Usted tiene el agua verde. —Parecía un niño que acababa de descubrir la última chocolatina de la tienda—. ¡El agua acalla las voces!

Cerró los puños, al igual que hizo meses atrás antes de noquear al militar. Rememoré el movimiento. Un *uppercut* perfecto desde su cadera hasta el lado derecho de la cara del hombre cuya gorra saltó dos metros más que su cuerpo. La envergadura del militar lo situaba muy cerca de los cien kilos, y aun así había caído sin posibilidad de levantarse. Yo no llegaba a los sesenta y cinco. El golpe podía ser mortal.

Mr. Watson habría sido un gran púgil, pero la enfermedad le condenó a otra clase de vida. Sin embargo, la fuerza del boxeador destacaba en él como si entrenara a diario y acabara de defender el título de los pesos pesados. Recuerdo pensar que aquel hombre era el ejemplo perfecto de que la mente y el cuerpo rara vez se ponen de acuerdo.

Las manecillas del reloj revelaron que la hora era algo más que acuciante. Disponía de solo un par de minutos para cargar los viales e inyectar el suero antes de que perdiera eficacia. Ray Donald permanecía inmóvil; perdido en el laberinto de su mente.

—Tienes razón —le dije—. El agua verde acalla las voces.

—¿Me dará el agua verde? —preguntó.

—Voy a darte el agua verde —confirmé.

—¿Cuándo?

—En cuanto te sientes y me dejes hacer mi trabajo.

Mr. Watson tuvo un momento de duda. Hizo amago de taparse de nuevo los oídos, pero la mano se desvió en el último segundo,

arrastrando la sangre que le bajaba por la frente. Luego se sentó frente al escritorio, dejándose caer a plomo. La madera crujió bajo su peso. Creí que la silla se rompería, pero finalmente encontró la postura y dejó de removerse sobre el asiento.

La escena estaba llena de incoherencias. Los dedos eran demasiado gruesos para la máquina de escribir, pero aun así no dejaba de mirarla como si deseara lanzarse a teclear su propia historia. De repente gritó. La cogió con sus manazas y la lanzó en mi dirección. Me agaché en el último momento y la máquina se estrelló contra la pared. Cuando cayó al suelo se deshizo en cientos de piezas, como si jamás hubiera estado ensamblada.

—¡Quiere darle el agua verde a él! —El dedo apuntó al anciano.

—No es cierto.

—¡El viejo dice que sí!

Tragué saliva. Watson era tan inestable que una contestación equivocada podía desencadenar un ataque a Ray Donald. Si eso llegaba a suceder, mis problemas serían mayores.

—No es cierto. Pienso inyectártelo ahora mismo.

Esgrimió una mueca deforme; el peor intento de sonrisa que he visto en mi vida. Estiró su brazo derecho y lo dejó caer sobre el escritorio.

El sonido me trasladó a la infancia, cuando el carnicero del barrio lanzaba los costillares de vaca sobre el mostrador antes de abalanzarse con el cuchillo. Tiró con fuerza de la manga de la camisa. La tela rasgó de forma limpia. El brazo, fuerte y velludo, quedó a la vista.

Volví a encuadrar el reloj. Tenía menos de un minuto. Pensé que la situación no podía empeorar, pero lo hizo. Watson se percató de que el reloj me interesaba por algún misterioso motivo. Así que también lo agarró y me lo lanzó con fuerza a la cara. Esta vez no pude esquivarlo. Me golpeó justo encima del ojo derecho. La ceja se abrió y la sangre brotó de forma abundante, dificultándome la visión.

—El agua verde —ordenó.

Cargué los viales en tres inyecciones. La luminiscencia verde

perdía matices, pero no cabía duda de que el líquido todavía conservaba sus propiedades. Yo temblaba de pies a cabeza. En algún momento los nervios debieron traicionarme y desvié la vista al anciano. Watson también se percató. Por lo que tomó una de mis muñecas y la afianzó con su mano. Nunca me habían puesto grilletes, pero la sensación no debía ser muy diferente.

—Ahora —volvió a ordenar.

No restaban más de veinte o treinta segundos para que el suero perdiera su efectividad. Ray Donald estaba a más de dos metros de distancia y aquella bestia me agarraba sin posibilidad de zafarme.

Busqué un punto débil. Era todo músculo y nervios duros como el acero. El único sitio donde aquel hombre podía ser igual de vulnerable que cualquier otro era en los testículos. Sus piernas estaban ligeramente abiertas. El pantalón de tela era ancho, pero la pose sentada marcaba el punto a la perfección.

Podía ser un golpe certero o podía ser un error que me costara la vida. La distancia era menor a una pierna y él parecía estar abstraído en la realidad paralela que tenía lugar en su cabeza. Pero no confiaba plenamente en el plan. El cerebro es capaz de hacer cosas increíbles ante una amenaza. Y no conozco mayor amenaza que ponga a trabajar tanto al cerebro como una inminente patada en los testículos. A pesar de los riesgos lo hice. Jugué la carta imposible. El todo por el todo. Le dije que se relajara a la par que esgrimía una de las inyecciones. Watson cerró los ojos. Recuerdo que pensé que el miedo a las agujas no entiende de puñetazos ni de titanes del cuadrilátero. Le di una patada entre sus piernas. Sentí un dolor sordo en los dedos. Yo. ¿Se imaginan lo que debió dolerle a él? Su cara se contrajo hasta que se le difuminaron los rasgos. Después se quedó sin respiración y cayó de lado lentamente. Por un momento, aquel psicópata me pareció un tipo corriente. Esquivé su cuerpo de un salto y me situé junto a Ray Donald.

Según mis cálculos, llevaba varios segundos fuera de plazo. Sin embargo, el suero no había perdido su consistencia. Todo podía desvanecerse en cualquier momento, por lo que opté por la única vía segura. Retiré la sábana y palpé el cuello del anciano. En cuanto

tuve localizada la arteria, le clavé la primera de las inyecciones. Ray Donald abrió los ojos cuando el émbolo llegó al final del recorrido. Después continué con la segunda inyección. El anciano comenzó a mover los brazos. Movimientos rápidos y espásticos. El suero pasó a su torrente sanguíneo. Para entonces, los miles de diminutos capilares que discurrían bajo su rostro se iluminaron al unísono. Era el momento de la tercera inyección. Confiaba que aquel pinchazo levantara al paciente de la cama. Que le devolviera el control sobre sus piernas. Sin letanías de por medio que no rememoraran su historia, no temía la aparición de la bestia.

Sin embargo, nunca llegué a utilizar la tercera aguja porque *Mr*. Watson, haciendo uso de aquella vena de boxeador profesional que jamás había podido poner en práctica, se levantó del suelo y me agarró del cuello. La inyección cayó al suelo. Los diminutos fragmentos de cristal se esparcieron como nieve recién caída. El líquido perdió su luminosidad de forma instantánea y, de repente, el demente y yo quedamos envueltos únicamente por la austera luz de la lámpara de queroseno.

Aquel hecho le enfureció, al comprender que las posibilidades de acallar sus voces acababan de esfumarse. La rabia se apoderó de su cara y, con una única mano, la contraria con la que todavía se cubría sus partes, me levantó del suelo y me lanzó contra el escritorio. El mueble se derrumbó bajo mi peso. Me golpeé la cabeza y un fragmento de madera astillada penetró en mi gemelo la longitud de un dedo. Aullé de dolor al tiempo que un velo irreal y rojizo tiñó todo mi campo visual.

Mr. Watson avanzó hacía mí. Agarró la silla sobre la que instantes antes había estado sentado, la elevó sobre sus hombros y la lanzó hacía mí con violencia. Tuve los reflejos suficientes para coger el maletín y cubrirme con él la cabeza. El paciente se quedó extrañado. Pero la tregua apenas se mantuvo en el tiempo. Se abalanzó e intentó quitarme el maletín; intuyo que a sabiendas de que el interior podría contener otros viales. En el fondo había algo de raciocinio en él, aunque no del tipo que me hubiera gustado. Yo me agarré al asa con fuerza; hasta el punto de que sus tirones a veces

me levantaban del suelo y terminaban lanzándome de nuevo contra la pared. Aquel objeto era indestructible. Ya lo había comprobado antaño cuando intenté forzarlo. Pero a mí no me restaban más que unos pocos golpes.

Watson comprendió que existía un modo más fácil de quitármelo, y comenzó a lanzar sus puños a la altura de mi vientre y el hígado. Aquellos golpes me convencieron de una circunstancia que hasta entonces solo había imaginado. El gigante debía haber boxeado de verdad en otro tiempo. Algunas veces el maletín me sirvió de ayuda, pero lo cierto es que me tragué casi todos sus golpes. Al quinto o sexto dejé de notar dolor. Porque otra sensación, inquietantemente conocida, se adueñó del ambiente. El frío de las inmensas montañas de la historia de Ray Donald se percibía en la piel. Gélido y cortante. Erizando el vello y causando escalofríos. Intenté enfocar al anciano. Vislumbrar lo que ocurría. Pero no fui capaz porque la enorme silueta de mi atacante cubría la mayor parte de mi campo visual. Watson me lanzó el puño al rostro, que conseguí detener poniendo el maletín de por medio. Debió dolerle. Porque inmediatamente se detuvo y se lo agarró con la otra mano. Una sombra comenzó a crecer tras su espalda; cubriendo la pared del cabecero, y extendiéndose hacia los laterales. Algo estaba sucediendo, pero yo seguía sin poder verlo. Watson me propinó un crochet que, dada su altura, y el punto por el que el puño penetraba mi defensa, fui incapaz de detener. Me golpeó en la cara. El maletín cayó al suelo y yo le seguí doblando las rodillas.

Lo bueno de esa clase de golpes capaces de quebrantar una defensa, es que, al ser en curvatura, no tienen la potencia de un directo. Pero aun así fue suficiente para hacerme besar la lona. Perdí el conocimiento, pero si hubiera sido un directo, estoy seguro de que habría perdido la vida.

No sé cuánto tiempo estuve ausente. Creo que solo unos segundos. Pero cuando desperté Watson estaba sentado a horcajadas sobre mi vientre. Me propinaba estudiados bofetones en las mejillas y no paraba de repetirme que abriera el maletín. Le dije que lo haría, pero que ya no quedaban más dosis. Entonces se puso muy serio.

Me agarró por la camisa y me zarandeó contra el suelo. En pocos segundos me llevé más golpes en la cabeza que en todo el ataque del que tan torpemente me había defendido.

La visión comenzó a cubrirse de nuevo de aquel velo rojo e inexplicable. Creí que iba a perder otra vez el conocimiento, pero entonces sucedió algo que sostuvo mi conciencia durante unos pocos segundos más. Vi un halo azulado a la espalda de Watson. Una luz creciente e inexplicable que se extendía por la habitación con el mismo tempo que lo hacía la del suero.

Watson también se percató de ello, porque aflojó las manos que rodeaban mi cuello y se quedó quieto por un segundo, contemplando. Todo sucedió muy deprisa. Primero la cama, de resistente armazón metálico, sucumbió bajo el peso de algo gigantesco. El estruendo fue ensordecedor. Watson se olvidó de mí; hipnotizado en el cuerpo de increíbles proporciones oculto bajo la sábana. Aquello que ocupaba el lugar de Ray Donald rugió. La sábana se elevó a la altura de la boca y cayó cuando cesó el sonido. Watson se tapó los oídos, al tiempo que una larga sombra nos cubrió como un eclipse. La sábana cayó al suelo y algo que no podía ser de este mundo, se sostuvo sobre sus piernas frente a nosotros.

Watson gritó. La criatura le cogió por el cuello con una sola mano y lo levantó del suelo sin esfuerzo. Las piernas del gigante bailaron en el aire, a más de un metro de altura. La cabeza de la criatura, aun así, todavía se elevaba otro metro por encima de la de Watson. Hagan sus cuentas. Porque a mí nunca me han salido. Escuché el crujido de un hueso, el quebrar de un espinazo. El pijama de Watson se tiñó de rojo y sus piernas quedaron flácidas en el aire. Aquella cosa lo dejó caer sobre mí. El velo rojizo cubrió casi todo mi campo visual. Lo último que vi antes de desmayarme fue un enorme pie cubierto de un denso pelaje blanco; grotesco y brutal. Gruesos dedos de uñas negras se intuían entre el vello enmarañado. Los ojos, azules e intensos, me dedicaron una mirada de hielo. «*Jigou, el abominable hombre de las nieves*», escuché la voz del anciano. O era la mía propia. Nunca llegué a saberlo con seguridad.

32

El ruido de los cristales me despertó. El olor era extraño. De no haber podido abrir los ojos habría jurado que me encontraba en un lugar en el que pernoctaba el ganado. Un olor que me bajaba por la garganta cada vez que intentaba tragar saliva. Me costó enfocar. Cualquier pequeño punto de luz me taladraba la vista. Creo que al segundo o tercer minuto comencé a distinguir algo más allá de los simples bultos.

Lo primero que vi con claridad fue la cabeza de Watson. Todavía me miraba. Sus ojos, ausentes, conservaban la pregunta sobre lo sucedido. Era una expresión indescriptible, que probablemente no se le borraría hasta que alcanzara la segunda o tercera semana en descomposición. La barbilla le rozaba con el omóplato. Tenía el cuello partido, y el hueso astillado de la clavícula asomaba grotescamente por la piel. Sentí una náusea, seguida de un movimiento espástico que me llevó al vómito.

Las sirenas llenaban la calle. Multitud de coches de policía, pero también la alarma de la ciudad. Un sonido que, probablemente, los ciudadanos no habían vuelto a escuchar desde los bombardeos de años atrás. Un repentino viento gélido y aullante me animó a cubrirme con la ropa de cama del anciano. Pero la deseché de inmediato, pues me percaté de que era el origen de aquel olor tan repulsivo.

Tras muchos esfuerzos me puse en pie y contemplé el estado de la habitación. Crujieron unos cuantos huesos. Y algo, desplazado, volvió a su sitio entre gritos de dolor. No había soñado. La cama

estaba destrozada, hundida como un acordeón, y los escasos muebles y pertenencias que había sobre ellos diseminados por el suelo. Un rayo quebrado recorría la esfera del reloj. Las agujas se habían detenido a las 2:08. Pero lo más increíble era el estado de la ventana. En su lugar había un agujero. En algunos bordes colgaban fragmentos de madera y cristal. En otros se veía el ladrillo. El viento azotaba la lluvia, y la cortina de agua entraba en ráfagas mojando el suelo. No entendía lo sucedido, aunque alcanzaba a imaginarlo porque la puerta de la habitación estaba intacta. La criatura había salido por el único lugar que, con seguridad, la conduciría al exterior. Me asomé a través del agujero. La altura era de al menos doce metros. La lluvia fría me abofeteó en la cara, devolviéndome a la realidad. Los relámpagos de un antiguo y olvidado dios seguían iluminando el cielo. Otra repentina náusea me hizo saborear el ácido en la garganta. Pero esta vez contuve el vómito. El cadáver de Ray Donald estaba abajo. Reventado por el golpe. Con sus endebles miembros retorcidos y el camisón parcialmente arrancado. Caí de rodillas al suelo y me eché a llorar. ¿Acaso no existía una dosis segura para aquella versión del suero? ¿Correría mi madre el mismo destino si le inyectaba a ella las mismas dosis?

Algo me taladró el cerebro. Una imagen, un olor, un recuerdo. Algo a lo que no pude poner nombre, pero que fue el germen de una nueva y terrible perspectiva acerca de todos los meses de trabajo en Aston Hall. No entendía nada. Y los intrusivos *flashbacks* que tenían lugar en mi cabeza tampoco me ayudaron a entender. Tan pronto veía al anciano tendido sobre su cama, como a la criatura. Tan pronto veía a Watson sucumbir bajo el yugo del abominable monstruo, como hacerlo bajo mis propias manos. Era imposible. Yo no podía tener la fuerza suficiente para haber causado los destrozos y menos aún para matar a Watson. Pero la razón no dejaba de susurrarme una pregunta al oído. ¿Y si yo, como Ray Donald, también estaba perdido en mi propio laberinto? Me retiré de la ventana con prisas al distinguir las luces de la policía. No había tiempo para reflexionar sobre lo sucedido. Estaba empapado y muerto de frío, y temblaba de pies a cabeza. Pero tenía que

reaccionar o me detendrían.

Haces de linternas penetraron en la habitación. Estuvieron un buen rato alumbrando el agujero en el que había estado la ventana, para luego seguir su curso por el resto de la fachada. Escuché gritos y disparos, y lo mismo, pero en orden inverso. Hasta que hubo tanto de ambos que fue imposible distinguir cuál surgió primero.

Tropecé con un objeto en mi huida. Casi me había olvidado de todo. Incluso del motivo por el que había entrado a trabajar en aquel psiquiátrico. Contemplé el maletín en el suelo, intacto a pesar de todo lo sucedido. No necesitaba abrirlo para saber que el interior aún conservaba el resto de los viales listos para ser utilizados. En aquel momento tomé una decisión cuyas consecuencias no fui capaz de prever.

33

Después de lo vivido, salir de Aston Hall me pareció sencillo. La policía me ayudó sin saberlo, abatiendo a todo aquel que no vestía con atuendo médico o presentaba un comportamiento extraño. Los pacientes que colaboraron o se mostraron dóciles fueron agrupados en círculo en el jardín, esposados los unos a los otros hasta que ya no quedaron más esposas con los que inmovilizarlos.

A esas alturas de la noche la lluvia ya no calaba tanto como el miedo entre los enfermos, aunque seguía lloviendo. Y mucho. La mayoría yacía en el suelo; acurrucados sobre sí mismos. Temblando y murmurando. Y otros en silencio balanceándose continuamente con la cabeza enterrada entre las rodillas.

Crucé la finca con el maletín en la mano. Sorteando zapatos, prendas de vestir y algunos cadáveres. Vi rostros conocidos. Otros no tanto, aunque dudaba de estos porque la mayoría estaban deformados por los golpes que se habían llevado en el fragor de la reyerta. No vi gatos. Ni subidos a los árboles ni deambulando por el suelo. Supongo que después de ser cómplices de aquella locura huyeron a otra parte.

Dos coches de policía custodiaban la entrada, obligando a identificarse a todo aquel que quisiera utilizarla. Los faros encendidos me cegaban, aun así, me dirigí hacia ellos en relativa calma. El calor de los motores levantaba una cortina neblinosa desde el capó. Las gotas de lluvia atravesaban los haces de luz, como lluvia de estrellas fugaces.

Cuando me restaban apenas cinco o seis metros una voz me dio

el alto. Me cubrí el rostro con el maletín y bajé la vista al suelo. Fue un acto reflejo. Uno de mis zapatos no se veía por la película de barro. El otro pie estaba descalzo. No me había dado cuenta.

—¿Quién es usted? —preguntó una voz vagamente conocida. Intenté enfocar la silueta. Pero la luz de los coches era demasiado intensa. Aun así, distinguí una sombra negra con un brazo estirado. La mano empuñaba una pistola. El cañón del arma me apuntaba con firmeza.

—¿Puede apagar los faros? —solicité.

—Identifíquese.

—Me llamo Kristian Brown. Soy médico del hospital.

—Es cierto —dijo otra voz—. Le conozco. —Así que Linda Wellington estaba viva, pensé tras reconocerla. Me alegré tanto que me dio un ataque de risa. Debió sonar inoportuno. Porque otro agente apagó las luces, pero el hombre que me apuntaba con su pistola no dejó de encañonarme.

—¿A dónde cree que va? —preguntó el que cerraba la puerta del conductor de un portazo.

—Quiero ir a casa. No me encuentro bien.

Mi aspecto debía ser deplorable, pero entonces me fijé en el de Linda. Estaba tan llena de sangre como yo. Solo que no parecía tener heridas. Se cubría los hombros con una manta. Y un tercer agente de policía la tapaba con un paraguas.

El hombre que me encañonaba dudó. De repente reconocí a los dos. Eran los inspectores de siempre. Los hombres que había visto en el despacho de Foster. Los que tantas veces hacían su ronda por las inmediaciones de Aston Hall. Los que esa misma tarde habían detenido al hermano de Tommy y le trasladaban en su coche en mitad de la niebla. Sufrí otro *flashback*. Algo relacionado con aquel coche. Pero la imagen no llegó tan nítida a mi cabeza. Yo sabía por qué.

—¿Qué lleva ahí? —preguntó, señalando con la pistola.

Bajé la mirada al objeto que colgaba de mi mano. La lluvia resbalaba sobre la superficie del maletín. Y de ahí caía al barro en el que se había convertido el antaño bello jardín. Sentí el peso de mi

historia sobre mis hombros. No lo iba a conseguir.

—Le he hecho una pregunta —insistió. Instantes después escuché el sonido de precarga del arma. Se hizo un largo silencio. Un rayo cruzó el cielo y la lluvia empeoró de nuevo.

—Déjelo ir —pidió Linda Wellington—. Solo es un trabajador volviendo a casa con su equipo médico. Mírenlo. Está en estado de *shock*. No es peligroso.

Que Linda Wellington intercediera por mí me sorprendió. Pero más me sorprendió la reacción de la policía. Había perdido toda esperanza. Tenía la certeza de que sería detenido y juzgado por numerosos delitos. Desde robar el suero, hasta por asesinato. Sin embargo, tras un minuto de silencio y de pesadas miradas entre ellos, los policías se apartaron y pude irme a casa.

Cuando pasé por delante de Linda me detuve a su lado. Ella miraba al suelo; incapaz de levantar la vista. Lloraba. Vi las lágrimas deslizándose por su rostro a pesar de la fuerte lluvia.

34

La calle estaba oscura. El apagón también afectaba a la zona. Días después, los periódicos dirían que la electricidad falló en toda la ciudad. Si la alarma antiaérea seguía quebrando la noche se debía al generador del ayuntamiento. Aun así, atiné con la llave a la primera. Lo vi como un golpe de suerte.

El portal era un auténtico pozo infernal. Subí las escaleras despacio, a tientas de pies y manos para no tropezar y caerme. Intenté no hacer ruido, pero no lo conseguí. Cuando llevaba ocho o diez peldaños alguien abrió la puerta de su casa y salió al rellano. La voz llegó desde algunos pisos más arriba. Sujetaba un candelabro judío de siete brazos. Las velas titilaban en mitad de la oscuridad.

—¿Quién va? —preguntó. Otro *flashback* me asaltó en ese momento, solo que este se correspondía con un recuerdo real. La lengua de la anciana escapaba una y otra vez de su boca. Incapaz de contenerla dentro.

—Soy yo. El médico.

—¡Ah! —se quedó callada. Intuí que no le gustaba la respuesta —. ¿Qué ha pasado?

—Ha habido un accidente en el hospital. Los pacientes han escapado. Vuelva a su casa. La situación es peligrosa.

—Sé quién es usted. Y sé a lo que ha venido. A mí no puede engañarme.

Acto seguido dio un portazo. Estuvo echando cadenas y corriendo cerrojos durante algo más de medio minuto. Para cuando yo cerraba la puerta de mi casa todavía se escuchaba el eco de

aquellos sonidos.

Fui directo a la habitación, desnudándome y dejando las prendas mojadas por el camino. La noche me costaría una buena pulmonía, o algo más grave. Intenté encender una vela. Pero tenía tanto frío y me temblaban tanto las manos que todos los fósforos terminaban apagándose antes de que pudiera prenderla. Finalmente, y ante la falta de luz artificial, decidí valerme del vigor del suero. Abrí el maletín y los viales incendiaron la atmósfera. Me maravillé de nuevo. Era la primera vez que veía aquella magia en un lugar diferente de Aston Hall. Tenía algo de mágico e inconsistente, como una gesta imposible que pervive en las palabras de varias generaciones.

Mi madre descansaba sobre la cama, en la pose de siempre, atrapada en su indescifrable estado de consciencia. La luz del suero le sentaba bien. Su piel parecía más viva, la cara menos arrugada. En general la dotaba de algo que antes le faltaba. Me pregunté cómo habría sido con los tres viales y, por un momento, estuve a punto de arrepentirme de haberme inyectado uno de ellos.

Sí. Antes de abandonar la habitación de Ray Donald, yo mismo me inoculé una de las inyecciones ante los enigmáticos hechos que acababa de experimentar. Lo vi muy claro tras el primer *flashback* en el que me veía a mí mismo matando a *Mr*. Watson. Gracias al vial pude salir del recinto sin levantar demasiadas sospechas. Mi comportamiento había sido normal, diría que incluso relajado para la situación.

En aquel momento, dentro de la habitación insonorizada, me encontraba asombrosamente lúcido y enérgico. La esperanza se materializaba después de todo. Seguiría con el giro que había decidido darle a las circunstancias. Tomé la banqueta del piano y la situé junto a la cama. Me senté y puse al lado el maletín. No iba a necesitar tomar el pulso de mi madre, porque el resto de los viales tampoco se los inyectaría a ella. El suero era el mejor salvoconducto que tenía para averiguar la verdad de todo cuanto me sucedía. Y yo necesitaba descubrirla de una vez por todas.

Tomé su mano. El tacto me pareció un poco más frío que otras

veces. El peso algo más ligero. La verdad estaba cerca y, mientras aguardaba y contaba los minutos mentalmente para que el suero alcanzara la temperatura correcta, le hablé sobre todo lo que habíamos pasado en estos años, y sobre lo que el futuro podría depararnos. Solté su mano y dejé con cuidado que el peso apoyara en la cama. Preparé las inyecciones. Coloqué una goma alrededor de mi brazo y, cuando la vena estuvo lista, me inyecté el primero de los viales. Después el segundo. Noté algo en el pecho. Un traspiés del corazón. Toda mi visión se tiñó de suaves verdes y dorados e, instantes después, perdí el conocimiento.

35

Un sol cálido y brillante me despertó. Podía distinguir la luz a través del velo de los párpados. ¿Dónde estaba? ¿Por qué brillaba el sol de aquella forma, como si de repente despertara en una playa desierta? Abrí los ojos lentamente, acostumbrándome a la claridad. Estaba en mi casa, y sin embargo no reconocía del todo el lugar. El transcurrir del tiempo me brindó el entendimiento necesario. El material con el que Foster había insonorizado la habitación yacía en el suelo, arrancado por una fuerza que anhelaba la libertad. Las paredes parecían recién pintadas y los cristales estaban limpios y relucientes. Resultó que aquel lugar oscuro era en realidad la mejor habitación de la casa, solo que Foster la había convertido en otra cosa que había servido de un modo extrañamente ideal a mis propósitos. Me dolía la cabeza, aunque la neblina mental comenzaba a disiparse dando paso a una sensación de asombrosa lucidez. Sin duda seguía estando bajo los efectos del suero. ¿Cuánto tiempo llevaría inconsciente? ¿Cuánto para que el sol luciera de aquella forma?, volví a hacerme la pregunta.

Me levanté con cuidado. Mis rodillas temblaron, como si no pudieran sostener mi peso. Eché una mano a la pared al notar la pérdida de equilibrio y respiré profundamente. El movimiento reveló un dolor en el brazo, allá donde en un tiempo que no podía determinar me había inyectado los viales. Al abrir de nuevo los ojos reparé en la única cama de la habitación. Sentí un vuelco en el pecho. El corazón latió desbocado. Mi madre no estaba. Su cama estaba vacía. El peso de su cuerpo se marcaba en forma de leve

depresión en el colchón.

Corrí al salón, olvidando que mis piernas todavía eran incapaces de sostenerme. Caí de bruces nada más traspasar la puerta. Pero me fue indiferente. No sentí dolor. De hecho, recuerdo no sentir nada. La maravillosa visión del salón bloqueó cualquier otra percepción, incluso la de mi propio cuerpo. De alguna forma, flotaba en mitad de un hermoso sueño. Los ventanales estaban abiertos. Un aire cálido y floral llenaba la estancia. Pequeños pájaros pardos revoloteaban en el balcón, picoteando migas de pan. En el horizonte, amplio y despejado, no se veían cuervos. El sol acariciaba las baldosas y las paredes. Olía a desayuno, y comenzaba a despuntar en el aire el inconfundible aroma de los guisos de mi infancia por debajo del de pan tostado, fruta confitada y café recién hecho.

Una voz dulce cantaba en la cocina, donde la luz era más intensa que en ninguna otra parte. Parecía que el sol estuviera contenido allí dentro. Una figura, también radiante, pasaba con rapidez por delante de la puerta. Iba de un lado para otro. A veces trasladaba una bandeja llena de tazas y platos, y el sonido de la vajilla revelaba que la depositaba sobre la mesa. Otras veces tan solo pasaba por delante. Su caminar era ligero, como si siempre se moviera ejecutando pasos de baile. Llevaba puesto un vestido azul con estampado de flores. Era su vestido. El que yo había guardado durante años hasta que llegara aquel día. Y el día, al fin, había llegado. Mi madre se detuvo bajo la puerta; rejuvenecida y totalmente libre de enfermedad. Me miró durante largo tiempo. Durante aquel lapso solo escuché a los pájaros y el chapoteo de las ollas en los fogones. Después me escuché llorar. Recuerdo que abrió los brazos. Yo me puse en pie. Esta vez las piernas me sostuvieron el tiempo suficiente para alcanzarla y caer rendido en ellos. Me abrazó.

—Kristian, ¡hijo mío! ¿Eres tú?

Su voz… Era su voz. Una voz que con el tiempo había olvidado, y sin embargo ahora escuchaba con claridad, despertando miles de pequeños recuerdos cotidianos.

—Soy yo, madre.

—Dios mío —susurró. Las palabras se le atragantaron. Las

lágrimas rodaban por su rostro, pero finalmente consiguió continuar —. ¿Qué te ha pasado?

—El tiempo, madre. Lo intenté. Lo intenté muchas veces… Pero no lo conseguí. No pude curarte. Hasta hoy. Y no pude dejar de crecer.

—Kristian…

—Había un monstruo —recordé a la criatura en la que se convirtió Ray Donald. No sé por qué la rescaté de mis recuerdos en aquel momento, pero sentía que ella debía estar al corriente.

—Los monstruos no existen, Kristian —susurró con dulzura, besándome en la frente—. Ven. Tendrás hambre. He preparado el desayuno —dijo, quitándole importancia a lo que le acababa de decir.

Pasamos a la cocina. Creí que aquella luz intensa que vislumbraba desde la puerta me cegaría, pero mi vista no acusó el cambio. Una vez dentro, la luz era la normal de un día de primavera. Me sorprendí mucho. No cabía duda de que estaba en la cocina de mi casa, pero al mismo tiempo se parecía a la de la casa de mis padres. Por breves momentos los muebles cambiaban de forma. Primero eran los míos, y luego eran los del lugar en el que había vivido hacía décadas. La mesa estaba puesta. El horno aún irradiaba una fuerte atmósfera de calor. Había platos con bollos humeantes cubiertos de azúcar tostado, galletas de mantequilla en una cesta. Había lonchas de embutido, y fruta fresca de colores vivos, zumo, café y chocolate caliente en un cazo.

—Siéntate —me invitó.

Ella lo hizo a mi frente. Nos distanciaban menos de dos metros. Su cara estaba llena de vida. Los ojos brillaban. Las mejillas estaban sonrosadas. La boca, joven y opulenta, llamaba la atención. Y sin embargo, cuando intentaba captar todos aquellos matices en conjunto para dar forma a su rostro, este se difuminaba y no conseguía verla con claridad. Aquellas extrañas sensaciones, sin duda, eran efectos secundarios de la gran dosis de suero que yo mismo me había inyectado.

—¿Te apetece un chocolate?

Negué con un gesto apenas perceptible.

—De pequeño te encantaba.

Sonreí.

—Pero has crecido —justificó ella—. Ahora eres un hombre. Háblame de tu vida. ¿Has conocido a alguien?

Negué con la misma levedad que exhibí ante el chocolate.

—Mi vida has sido tú. Todo cuanto he hecho ha sido para curarte.

—¡Kristian! —Al elevar la voz contemplé por un segundo la totalidad de sus rasgos. Todos en su sitio. No sé si me entienden, pero todo volvió a emborronarse en el transcurso de un simple pestañeo.

Tomé un bollo y lo hundí en la taza. El chocolate rebosó por los bordes. Me quedé extrañado. Acababa de rechazar el chocolate, y no recordaba que ella me lo hubiera servido. Miré por la ventana. El sol marcaba el mediodía. Tragué saliva. Sufría ausencias, y estas jamás son un buen indicativo de nada. De pronto me di cuenta de que mis manos eran más pequeñas. La piel estaba más joven. Eran las manos de un niño de no más de cinco años.

—No te asustes, Kristian.

—¿Qué está pasando? —pregunté. Mi voz sonaba acorde al nuevo tamaño de mis manos.

—No ocurre nada, cariño mío. Cuando despiertes tendrás una nueva oportunidad.

Me llevé el bollo a la boca. Era esponjoso. El chocolate aún estaba caliente.

—¿Una oportunidad para qué? —pregunté.

—Para quién.

—¿Para quién? —repetí.

—Para ti.

El llanto afloró de inmediato. Sin embargo, no lloraba como un niño de cinco años, sino como el hombre adulto que era. Mi madre me observaba en silencio. No pude distinguir su expresión, pero supe que sentía tristeza.

—He desperdiciado mi vida.

—No es cierto. Solo la has dedicado a un propósito inalcanzable. Yo tuve mi oportunidad, Kristian. Y tú debes hacer lo posible por crear la tuya.

Sonrió. Y esta vez pude ver con claridad su sonrisa.

Volví a mirar por la ventana. El sol ya no estaba. En su lugar, las estrellas se agrupaban en brillantes cuajarones y constelaciones. Se había hecho de noche en cuestión de minutos. Luego volví la vista a mis manos. La taza de chocolate humeaba aún caliente. No entendía nada, pero igualmente me la llevé a la boca. Bebí despacio, disfrutando aquellas sensaciones que casi había olvidado.

—Tengo sueño.

—Tienes que dormir.

—No quiero. En los sueños habita el monstruo —dije, recordando el azul de sus ojos.

—No es cierto. Los monstruos solo habitan en la imaginación.

—Tengo sueño —repetí.

No pude resistir más el peso de los párpados, pero antes de que cayera sobre la mesa, sentí cómo me elevaba del sitio. Era pequeño. El tamaño de mi cuerpo era acorde al de mis manos. Mi madre me llevaba en sus brazos. Sonreía. Podía ver su sonrisa con claridad. Entonces me di cuenta de un detalle, mientras estaba callada, su imagen no difería en absoluto de la de mis recuerdos, pero mientras hablaba, y mi cerebro tenía que hacer aquel constructo mental, se difuminaban sus rasgos.

Decidí mantenerme callado para no dejar de contemplarla. En pocos minutos me acostaba en la cama y me tapaba con una manta. Se sentó a mi lado y me cogió de la mano. Su tacto nada tenía que ver con el de la persona que había estado cuidando durante tantos años.

—Duerme, pequeño.

Su rostro se difuminó un poco más.

—No quiero, mamá. Quiero quedarme contigo.

—No puedes.

—Mamá… —Mis ojos se inundaron de lágrimas, preso de una fuerte culpa—. ¿En qué me he convertido? Soy un ser… abominable

—dije, recordando los experimentos a los que la sometí, las muertes injustificadas, los engaños y traiciones. Pero, sobre todo, lo dije recordando a Linda Wellington.

Mi madre no contestó. Casi no podía verla. Su rostro era una mancha al contraluz de la Luna en la ventana. Una mancha verde que oscilaba como las burbujas del suero.

—Kristian —llamó.

—Dime.

—Sabes que tengo que irme —dijo con voz dulce y cariñosa.

—Lo sé.

—¿Y sabes por qué no lo he hecho todavía?

—Lo sé. —Mis ojos estaban cerrados. El verdor se difuminaba con aquella nueva oscuridad.

—Tienes que dejarme ir, Kristian.

—Lo sé.

Me quedé dormido.

Fin.

Epílogo

Declaración de Peter Thiel (en adelante PT) [15 de mayo, 8:03 pm, interrogatorio a cargo del inspector James Sidis (en adelante JS). Transcribe el oficial Elon Blake (en adelante EB)].

JS: ¿Cuál es su relación con Kristian Brown?

PT: ¿Otra vez?

EB: Responde a la pregunta que te ha hecho el inspector.

PT: Es la tercera vez en lo que va de semana.

JS: Ya lo sabemos. Pero ha ocurrido algo. Algo con lo que no contábamos y necesitamos contrastar la declaración.

PT: Putos polis.

JS: ¿Qué has dicho? Blake, ¿lo has anotado?

EB: Putos polis.

JS: Mira, chico. Puedo sacarte a ti y a tu hermano pequeño de la calle. Que no te quepa la menor duda. Podéis acabar en un hogar para huérfanos o en la misma cárcel. Los presos os rifarán. Ahí dentro nadie hace ascos a la carne fresca. O puedes colaborar las veces que hagan falta y veré qué puedo hacer para conseguirte un trabajo de verdad.

PT: Vine aquí por voluntad propia.

JS: Lo sé. Por eso vamos a ayudarte.

PT: ¿Cuál era la pregunta?

EB: ¿Cuál es su relación con Kristian Brown?

PT: Yo y mi hermano pequeño, Tommy Thiel…

JS: Se dice mi hermano y yo.

PT: ¿Cómo?

EB: Es igual. Continúa con la declaración.

PT: Mi hermano y yo le ayudamos con una mudanza a cambio de unas monedas.

JS: ¿Habíais visto antes a Kristian Brown?

PT: Nunca.

JS: O sea, que no le conocéis de nada.

PT: De nada.

JS: ¿Por qué accedisteis?

PT: A cambio de dinero.

EB: ¿Cuánto dinero?

PT: No lo sé. Monedas. Decía ser un mago. Se sacaba monedas de cualquier parte del cuerpo.

JS: ¿Qué ocurrió durante esa mudanza?

PT: Vi algo raro. Una caja grande. Él decía que era un objeto sagrado. Un sarcótago.

EB: Sarcófago.

PT: Eso.

JS: Pero no lo era.

PT: No sé si lo era. Yo no sé lo que es un sarcófago. Pero

sí sé lo que es un ataúd. Pensé que lo utilizaba para sus trucos. Pero luego vi lo que había dentro. Y tuve miedo. Todo empezó a encajar. No era un mago. Solo era un loco. Un tío trastornado.

JS: ¿Qué viste en el interior?

PT: Un cadáver.

EB: Descríbelo.

PT: No sé cómo hacerlo.

JS: Inténtalo.

PT: No sé. Estaba seco. Como cuando te cuelas en un almacén y encuentras una rata que lleva años muerta.

JS: ¿Sabías que Kristian Brown es médico en Aston Hall? ¿Especializado en psiquiatría?

PT: (risas) No tenía la menor idea.

JS: ¿De qué te ríes, chico?

PT: ¿Desde cuándo trabaja allí?

EB: Unos seis meses.

PT: (más risas) Discúlpenme. Pero si nadie en este tiempo ha sabido ver que ese hombre estaba mal de la chaveta, después de todo sí que se puede decir que sabía algún truco.

Declaración de Linda Wellington (en adelante LW) [16 de mayo, 6:30 pm, interrogatorio a cargo del inspector James Sidis (en adelante JS). Transcribe el oficial Elon Blake (en adelante EB)].

JS: Diga su nombre completo, por favor.

LW: Linda Wellington Turner.

JS: ¿Wellington es apellido de casada?

LW: No. Soy soltera y no estoy comprometida.

JS: De acuerdo, señorita Wellington. Aunque ya contactamos antes de la crisis de Aston Hall con usted, y le agradecemos su discreción y colaboración durante la noche de los hechos, he de hacerle una serie de preguntas dada la nueva situación. Algunas le serán incómodas.

LW: Adelante.

JS: ¿Ha mantenido relaciones sexuales con Kristian Brown?

LW: ¡Disculpe!

EB: Señorita Wellington. Limítese a responder a la pregunta.

LW: No.

JS: ¿Diría que Kristian Brown es un hombre de gran fortaleza física?

LW: No más que usted.

JS: No estoy bromeando, señorita. Creo que aún no entiende la gravedad del asunto.

LW: Si me lo pudiera explicar de nuevo…

EB: Adelante.

JS: Parece ser que el señor Brown ha estado inmiscuido en algo más que ocultar el cadáver, presuntamente, de su madre.

LW: ¿Por qué dice presuntamente?

JS: Lo encontramos abrazado a ella. Es cierto que había un cadáver, pero es imposible descifrar su identidad. Esa persona lleva muerta más de dos décadas.

LW: Dios mío…

JS: Lo sé, señorita Wellington. Pero ese hecho ahora ha quedado relegado a un lugar secundario. Verá, encontramos algo muy extraño en la habitación de uno de los pacientes del señor Brown.

LW: ¿Qué?

JS: Un hombre muerto en extrañas y violentas circunstancias.

LW: No creo que nadie muriera en otra clase de circunstancias durante los disturbios.

JS: Esto es distinto. Se necesita una fuerza tremenda para hacerle a ese hombre lo que le hicieron. Una fuerza de la que Kristian Brown no disponía. Además, el armazón de la cama estaba destrozado. El fabricante asegura que soporta perfectamente doscientos kilos. Sin embargo, la estructura se hundió como un acordeón por algo que desconocemos.

LW: No entiendo…

JS: Nosotros tampoco. Pero intentamos hacerlo. Creemos que varios locos…

LW: No los llame así. No son locos. Son pacientes mentales.

EB: Dejo constancia de ello en lo escrito.

LW: Se lo agradezco.

JS: Creemos que varios pacientes pudieron colaborar con él.

LW: Me parece muy improbable.

JS: De momento es nuestra mejor hipótesis. Aunque no la única.

LW: Entiendo.

JS: Le agradecemos su colaboración. ¿Tiene pensado marcharse de la ciudad en estos días? Porque quizá la requeriremos de nuevo en comisaría.

LW: No lo creo.

JS: Muy bien. Puede irse.

EB: Un momento. Acuérdese de la otra pregunta.

JS: Es cierto. Nos han informado de que había una colonia felina viviendo en el jardín.

LW: Era muy numerosa. Una plaga. Nunca he entendido por qué no han hecho nada para eliminarla.

JS: ¿Alguna vez vio usted uno de color blanco?

LW: ¿Cómo?

EB: Limítese a contestar a la pregunta.

LW: No lo sé. Diría que no.

JS: ¿Está segura?

LW: ¿A qué viene esto?

JS: Hemos encontrado numerosos restos de pelaje blanco en la habitación de los hechos. Parecen de alguna clase de animal. Intentamos encontrarle sentido.

LW: Juraría que todos eran negros. Pero, quién sabe, esos animales se reproducen sin control. Son peor que las ratas. La noche de los disturbios se colaron en el edificio. Lo hicieron en tropel. En mi huida vi a varios de ellos mordisqueando los cadáveres.

EB: ¿Se encuentra bien?

LW: Sí, gracias. Solo es una nausea. Últimamente tengo muchas. No sé qué me pasa…

JS: ¿Quiere tomarse un descanso?

LW: Por favor.

Declaración de Rufus Foster (en adelante RF) [20 de mayo, 9:12 pm, interrogatorio a cargo del inspector James Sidis (en adelante JS). Transcribe el oficial Elon Blake (en adelante EB)].

JS: Nombre completo, por favor.

RF: Rufus Foster Baker.

JS: ¿Es cierto?

RF: ¿Cómo dice?

JS: Sabe que no hemos podido comprobarlo. No tiene partida de nacimiento.

RF: Como tantas otras personas hoy en día. Durante la Gran Guerra se destruyeron infinidad de edificios gubernamentales.

JS: ¿No hay otro motivo?

RF: ¿Cómo cuál?

EB: Recuerde que no está aquí en calidad de testigo. Acumula ya varias acusaciones. El inspector Sidis le hará las preguntas. Limítese a contestarlas.

RF: (silencio)

JS: Algunas fuentes señalan que tiene tratos con el ejército. Este podría ser uno de los motivos por el que no podemos corroborar su identidad.

RF: Eso no es del todo cierto.

JS: Después volveremos a este asunto. Empecemos ahora por lo importante. ¿Qué es exactamente el suero?

RF: No estoy autorizado a contestar esta pregunta.

JS: ¿Por qué?

RF: Tengo contratos de confidencialidad con las personas que financiaron Aston Hall.

JS: ¿Sabe cuánto tiempo lleva encerrado en comisaría?

RF: Seis días.

EB: Siete.

JS: ¿Entiende lo que significa?

RF: No estoy seguro de adónde quiere llegar.

JS: Usted es el único detenido por la situación que se desencadenó en Aston Hall. En estos siete días nadie ha dado la cara por usted. Por lo tanto, es el único responsable de la muerte de treinta y seis personas. Sabemos que tiene que haber una infraestructura detrás. Proveedores que les suministraban el suero y material médico. Pero tampoco hemos sido capaces de dar con ellos. Lo cierto es que todo apunta a que usted se ha quedado solo.

EB: ¿Quiere replantearse la pregunta?

RF: ¿Qué pregunta?

EB: Entiendo que esté desconcertado, pero le ruego que se concentre. Será mucho mejor para usted. Inspector Sidis, ¿quiere repetirla?

JS: ¿Qué es exactamente el suero?

RF: Un experimento médico.

EB: ¿Podría detallarlo?

RF: Médico militar para ser exactos.

JS: ¿Usted es militar?

RF: Lo fui en otro tiempo.

JS: ¿Para qué sirve el suero?

RF: (silencio)

EB: Señor Foster, ¿va a responder a la pregunta?

RF: (suspiro) Control mental.

JS: ¿Cómo funciona?

RF: El suero no contiene ninguna clase de compuesto farmacéutico. Es una solución salina con microorganismos marinos bioluminiscentes provenientes de las profundidades del ártico. Necesita temperaturas muy bajas para ser estable. Una vez que se saca del dispositivo contenedor, los microorganismos mueren en aproximadamente quince minutos.

JS: ¿Es peligroso?

RF: En absoluto. De hecho, es habitual trabajar con soluciones salinas en medicina.

JS: No entiendo el mecanismo de control mental. ¿Cómo funciona?

RF: (Otro suspiro) ¿Entiende dónde estuvo la grandeza de lo que hizo Hitler?

EB: Yo no lo llamaría grandeza.

RF: Deje de lado lo moral. La grandeza de Hitler estuvo en que consiguió meter una idea descabellada en la cabeza de todos sus ciudadanos al convencerlos de que los judíos eran un mal para el país. Los mandos

ingleses se percataron del potencial del lavado de cerebro y quieren reproducirlo en la sombra. Llevan años financiando experimentos sin conseguir resultados definitivos. El proyecto inicial buscaba una sustancia que borrara la voluntad de las personas. Una vez fabricada se inyectaría a toda la población.

JS: ¿Quién querría inyectarse algo así?

RF: Todo el mundo. El proceso estaba bien definido. Primero se inventaría una enfermedad.

EB: ¿En serio quiere que nos creamos que el ejército quiere hacer enfermar a toda la población de Inglaterra?

RF: No hace falta que enfermen. Basta con decir que hay una enfermedad y que los medios colaboren distribuyendo información falsa. Cuando la población estuviera muerta de miedo, se anunciaría la vacuna. Todo el mundo querría ponérsela. Y, tras la inyección, los cerebros estarían listos para absorber la nueva información.

JS: Entonces, ¿el suero es esa sustancia?

RF: No. Vuelvo a decirle que el suero no es nada. Solo es un medio. Una puesta en escena de algo que jamás se consiguió.

EB: Entonces, ¿por qué utilizarlo con pacientes mentales?

RF: La mente humana es un misterio. Hitler consiguió controlar a un país con la palabra. Pero, ¿se imagina lo que hubiera conseguido con una sustancia que apoyara su propósito? Los judíos se habrían suicidado en sus casas sin necesidad de los campos de exterminio. La cuestión es que la mente más difícil de doblegar es la enferma, porque no responde a patrones. Si éramos capaces de convencer a un

paciente mental de que una sustancia, en realidad inocua, le sanaba, ¿se imagina lo que conseguiríamos con esa misma sustancia en personas sanas? El potencial es ilimitado.

JS: Hay algo que no entiendo. Si el suero no es nada, ¿por qué, hace unos meses, la ciudad se llenó de militares custodiándolo?

RF: La gran mayoría no eran militares. Tan solo actores de diversas nacionalidades con material militar.

EB: ¿Cómo dice?

RF: Había que convencer a todo el mundo, médicos, familiares y pacientes, de que se estaba trabajando con una sustancia única y revolucionaria.

JS: ¿O sea que todo es un enorme placebo?

RF: Una recreación para la mente.

JS: Vamos a ver, ¿usted está diciendo que han tenido durante casi un año a cientos de peligrosos pacientes mentales sin medicación? Pero, ¿haciéndoles creer que estaban medicados?

RF: Dicho así, suena un poco…

JS: ¡Pues claro que suena imbécil!

EB: Por favor, inspector Sidis, no se altere.

JS: Creo que bastante poco ha sucedido para lo que podría haber pasado. Podrían haber muerto ciudadanos de mi ciudad.

RF: Yo no soy responsable de ello. Esto viene de arriba. Tarde o temprano vendrán a buscarme. Y cuando lo hagan me sacaran de aquí.

JS: No le voy a engañar. El ejército y el gobierno están tan podridos que no me extrañaría que quedara libre

de cargos. Pero hay algo más. Algo por lo que usted está aquí sentado y que debemos investigar.

RF: ¿Qué?

JS: ¿Por qué contrató a Kristian Brown?

RF: ¿Kristian Brown? Consideré que era un buen médico.

JS: ¡Y una mierda!

EB: Inspector Sidis, no se altere.

JS: Lo siento. Pero no me trago una sola palabra.

EB: *Mr.* Foster, tenemos indicios de que, en su evaluación inicial como trabajador, usted pudo sospechar que *Mr.* Brown padecía graves trastornos mentales.

RF: ¿Indicios?

JS: Hemos encontrado la correspondencia que usted y *Mr.* Brown mantuvieron durante los meses previos a su incorporación. La documentación estaba en su despacho; meticulosamente ordenada en un archivador. Las cartas detallan parte de la delicada situación de su madre. También hay anotaciones de usted. Así como información de su pasado que debió contrastar con las personas que escribieron lo que *Mr.* Brown creía que eran cartas de recomendación. En algunas de ellas enumera algunas de sus posibles enfermedades mentales. ¿Quiere que se las mencione?

RF: (silencio) No es necesario.

JS: ¿Conocía usted la existencia del cadáver momificado que *Mr.* Brown conservaba en la casa que usted le tiene alquilada?

RF: En absoluto.

JS: Resulta curioso. Porque una vecina del edificio llamada *Mrs*. Whippet dice que usted entraba y salía del piso sin que *Mr*. Brown estuviera allí.

RF: Esa mujer está loca.

JS: Podría ser. No le voy a engañar. Algunos de sus testimonios resultan increíblemente desconcertantes. Pero, oiga, resulta que son certeros.

RF: (silencio)

JS: *Mr*. Brown, en su declaración, detalla que su madre ocupaba el cuarto insonorizado. Justifica la existencia de esta habitación porque usted le dijo que su mujer era pianista. Pero lo cierto es que nadie de su familia ha podido corroborar este hecho.

RF: (silencio)

JS: *Mr*. Foster, ¿dónde está su mujer?

RF: No lo sé. Se marchó.

EB: ¿Construyó usted la habitación insonorizada?

RF: ¿Para qué iba a hacer eso?

JS: Para que *Mr*. Brown creyera que aquel era un lugar seguro para esconder a su madre. Y, de paso, si algún vecino se quejaba del olor de la putrefacción, y la policía decidiese investigar, usted tuviera un salvoconducto a la vista.

RF: (silencio)

JS: Hace algunos meses cogió una larga baja médica. Al parecer, según el testimonio del propio Brown, usted había colapsado. Creía que todo el mundo quería robar el suero. Y eso le llevó a un estado paranoico. Pero nosotros tenemos otra teoría.

RF: (silencio)

JS: La fecha de su baja médica coincide con la de la desaparición de su mujer. Algunos vecinos coinciden en que durante esas semanas se escuchó ruido de obras en su piso. Al finalizar dichas obras y regresar usted a Aston Hall, fue cuando le ofreció a *Mr*. Brown la posibilidad de ser su inquilino.

RF: (silencio)

JS: Esto que le voy a decir a continuación no es nada ortodoxo. Pero es lo que nos ha llevado a investigar estos particulares hechos. *Mrs*. Whippet dice que hay un fantasma en el edificio. Por supuesto que cuando nos lo comentó la tomamos por una chiflada. Ya sabe que la gente mayor, a veces, cree ver cosas. Pero lo curioso es que la descripción física que hace de dicho fantasma concuerda a la perfección con la de su mujer desaparecida.

RF: (silencio)

JS: Estamos esperando una orden judicial para demoler unos cuantos muros de la vivienda, especialmente las paredes de esa habitación insonorizada. La burocracia va despacio. El incidente de Aston Hall ha saturado a la administración. Pero la orden llegará; tarde o temprano. Mientras tanto, usted podría ahorrarnos el trabajo. Si firma una confesión dejará, *ipso facto*, de pasar tiempo en la pequeña celda de esta comisaría.

EB: *Mr*. Foster, ¿quiere replantearse la pregunta?

JS: ¿Dónde está su mujer?

RF: Quiero un abogado.



SEBASTIÁN E. LUNA (38 años) es un autor madrileño afincado en la Sierra de Madrid.

Cursó estudios en filosofía y letras. Amante del deporte, la naturaleza, los destinos exóticos, el trabajo personal y las sabidurías orientales. Sus referentes literarios pasan por Poe, H.P Lovecraft, Haruki Murakami, Stephen King, Neruda y Cela entre muchos otros.

Desde muy temprana edad demostró un interés inusual por la lectura y la elaboración de sus propias historias. Ha escrito nueve libros y publicado seis, por el momento, a través de plataformas digitales de autopublicación.

Es un explorador de géneros literarios, según demande la trama de sus historias. Su bibliografía recorre el *thriller*, el terror, la aventura, el relato, la novela corta, el horror ecológico, romántica y poesía estelar (subgénero literario inaugurado en su poemario Stardust).

Todas sus obras poseen un fuerte componente anímico, una querencia hacia la manifestación de una verdad íntima, de trascendencia.